Mi locura de CEO INGLÉS

SARAH RUSELL



Mi locura de CEO INGLÉS

SARAH RUSELL

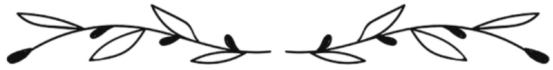
Primera edición.
Mi locura de CEO inglés
©Sarah Rusell
©julio, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo

Capítulo 1



Daniela

—No te haces una idea de lo que me acabo de enterar —me dijo Alma cuando descolgué el teléfono de mi mesa.

Giré la silla para mirar por la ventana.

A decir verdad, no tenía ni idea de por qué lo hacía, cuando yo estaba en una de las plantas centrales del edificio y justo delante de mí había un muro.

Vamos, que vistas, lo que se dice vistas, no tenía muchas, a no ser que fuera la hora del recreo.

¿Recreo?, os estaréis preguntando.

Sí, porque ese muro pertenecía a un colegio de primaria. ¿Y por qué he dicho a esa hora?

Porque no os podéis ni imaginar lo divertido que podía llegar a ser ver alguna que otra disputa entre ellos.

No vayáis a pensar que me pasaba el día mirando por la ventana, porque no era el caso, pero era inevitable verlos. Y lo siento, sé que no estaba bien, pero no podía evitar reírme al ver a los profesores separando a esas fierecillas.

Volví a acercarme a mi mesa con el teléfono pegado a la oreja.

—A ver, dime qué es lo que pasa —le contesté.

Aunque a Alma no hacía falta insistirle mucho para que hablara. A ella le encantaba hacerlo. Eso sí, lo hacía de tonterías o de cosas de las que se podía enterar, como era el caso en ese momento, pero cuando se trataba de algo que yo le contara de mi vida privada o en confianza, ahí era una tumba. Vamos, que se podía confiar en ella porque no iba a abrir la boca.

—El lunes llega el nuevo jefe.

Bueno, eso tampoco es que fuese un secreto, más que nada porque todo el mundo sabía que el jefe estaba a punto de jubilarse.

En realidad, no era jefe de nada y el que viniera tampoco lo iba a ser, pero sí era el mandamás de aquella sede.

Nosotras trabajábamos en una multinacional. Era tan grande que tenía sedes por todas partes, y lo bueno que tenía era que el creador de aquel imperio no se dedicaba solo a una cosa.

Y creo que ese era uno de los motivos por los que le iba tan bien.

Por ejemplo, nosotras trabajábamos en esas oficinas y llevábamos todo el tema de la gran fábrica que tenía allí. Esa en concreto se dedicaba a hacer baterías para coches eléctricos. Y no penséis que tampoco era para tanto, porque estábamos hablando de la fabricación para gran parte del mundo.

Y eso eran muchos coches y, por lo tanto, muchas baterías, partiendo de la base de que alguna vez en la vida también había que cambiárselas a esos coches.

Pues, como iba diciendo, todo el mundo sabía que el que era nuestro jefe en ese momento estaba a punto de jubilarse, pero, sinceramente, yo creía que iba a aguantar unos meses más.

—No me esperaba que fuera a ser tan pronto —admití.

—Pues sí, porque por lo que me ha dicho Clara, el jefe no está viniendo porque le ha dado un amago de infarto. Así que, cuando se recupere, se va a jubilar directamente. Vamos, que las oficinas no las vuelve a pisar más.

Mira, no creo que nadie lo echara mucho de menos, porque más seco, sieso y estirado que era él, no creía que hubiera nadie.

—A ver si tenemos suerte y el que viene es un poco más simpático y cercano.

—No sé qué decirte, porque el que se supone que lo va a suplir viene directamente de Londres.

Uy, eso tenía pinta de que iban a mandar a alguien desde la sede principal. Vamos, que no se habían molestado en buscar a alguien de por allí.

Sinceramente, a mí me daba igual que viniera uno u otro. Por norma general, no solía ver mucho a mi jefe, solo cuando me llamaba a su despacho para pedirme algo o en las reuniones que teníamos al principio de cada mes.

En esas reuniones era cuando nos veíamos los directivos de cada departamento.

Yo tenía a mi cargo todo el departamento de *marketing*. Nos dedicábamos a todo: desde redes sociales hasta diseños de todo tipo. Vamos, lo que se dice todo el tema de publicidad.

—Entonces no creo que sea mucho más divertido.

Ya me lo estaba imaginando.

Un hombre a punto de jubilarse también, que había pedido el traslado para pasar el tiempo que le quedase en un buen clima.

No quería decir el tiempo que le quedaba de vida; Dios quisiera que le faltara mucho para irse junto a él. Lo que quería decir era que pasara los meses o los pocos años que le quedasen trabajando allí, porque no era lo mismo hacerlo en el sur de España, con el clima tan bueno que teníamos, que pasarlos en Londres.

En cuanto a lo de divertido, no quería decir que los ingleses no lo fueran, pero sí que era cierto que, por norma general, eran mucho más serios que nosotros, los andaluces.

Aunque mejor dejábamos esas comparaciones, porque en mi tierra había algunos personajes a los que era mejor echarles de comer aparte.

Vamos, que gilipollas había en todas partes, sin importar de dónde fuesen.

—Mientras no nos amargue la vida en el trabajo, me conformo —me contestó.

—Estoy contigo. —Cerré los ojos un segundo.

Tenía que llevarme bien con mi nuevo jefe. Por muy mal que me cayera, delante de él no iba a perder la sonrisa.

Básicamente, lo mismo que había hecho con el jefe que tenía en ese momento.

Y no se trataba de ser una hipócrita. Bueno, miento, sí que lo era, pero porque tenía un propósito. O, más bien, un objetivo bien marcado.

Estaba claro que se me daba bien aquel trabajo. Además, era de lo que había estudiado y no es que no me gustase, pero mi sueño era tener mi propia floristería.

Y no una de esas que se encargaban de hacer simples ramos o coronas para funerales. No. Mi floristería iba a ser de diseño.

Por eso mismo tenía que seguir trabajando allí, para poder ahorrar hasta el último céntimo. No era precisamente barato montarla tal y como la tenía en mente.

Y lo peor de todo era pensar que quizás nunca lo llegara a conseguir, porque una cosa era soñar y luchar todo lo que me fuese posible hasta lograrlo, y otra muy distinta era dar el paso final.

Pensar que, si no funcionaba bien, podía perder todo lo que había ido ahorrando durante toda mi vida.

Pues eso, que si quería llegar a hacer ese sueño realidad, tenía que aguantar como fuese varios meses más. Digo varios por decir algo, porque desde luego que iban a ser muchos más.

Vamos, Dani, despacito y con buena letra.

Me lo dije a mí misma pensando en lo que siempre me había dicho mi padre toda la vida. Había dicho y seguía diciendo que el pobre mío seguía vivo y que así fuera durante muchos años.

—Oye, cambiando de tema —tampoco es que hubiera mucho más que hablar, pensé—, ¿qué te parece si salimos esta noche? Juanjo me ha dicho que va a ir con los amigos a un local nuevo que abrió hace un mes más o menos.

—¿Esta noche?

Los viernes no me hacía mucha gracia salir. Prefería hacerlo los sábados, que estaba más descansada.

Hacerlo esa noche era llevar a cuestas el cansancio de toda la semana.

—Sí, Juanjo me ha dicho que los sábados aquello se pone hasta arriba y que no lo vamos a disfrutar igual que si vamos esta noche.

Supongo que si Juanjo decía eso era por algo, porque jamás en mi vida había conocido a nadie a quien le gustase más la fiesta que a ese hombre.

Y ojo, que él no salía por lugares normalitos. No. Vamos, que eso sería lo último que hiciera el amigo de Alma.

Además, él no se cortaba un pelo en decir los motivos por los que se movía en esos círculos. Y ese motivo era claro: quería enamorar a una ricachona para que lo quitara de trabajar.

La verdad es que Juanjo era mucho Juanjo.

En otro momento me explayo mucho más en la forma de ser de ese hombre, porque había para rato hablando de él.

—Venga, a ver si es verdad que el local merece tanto la pena.

Aunque no me gustara salir ese día, por los motivos que he dicho antes, era verdad que después siempre terminaba pasándomelo bien. Muy cansada debía de estar para no disfrutar de una salida con Alma.

—Estoy segura de que nos lo vamos a pasar muy bien. No sé, siento dentro de mí que esta noche va a ser muy especial para las dos.

Reí.

Era más tontilla cuando quería.

—A ver si tienes una bola de esas con las que se ve el futuro en el centro del pecho y no te habías dado cuenta —le dije, riendo.

—No te voy a decir dónde la tengo —me contestó con ironía.

—No, mejor no me lo digas. Sé muy bien lo que has querido decir y, créeme, no es muy agradable la imagen que se me acaba de pasar por la mente.

—Qué amiga tan cochina tengo.

Se me escapó una carcajada. Menos mal que estaba en el despacho y no me había oído nadie.

—Mejor sigo trabajando si no quiero que me despidan antes de tiempo, y tú deberías hacer lo mismo.

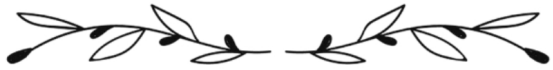
—Ahí tengo que darte la razón, porque yo tengo muchas más papeletas que tú para que me despidan.

Lo decía porque yo era la jefa del departamento de *marketing* y ella era una trabajadora del departamento de contabilidad. Aunque, sinceramente, y no es porque fuese mi amiga, ella se merecía mucho más ocupar el puesto de jefa que el gilipollas que lo estaba ocupando.

Pero claro, es lo que tiene hacerle la pelota y seguirle la corriente al jefe, que puede ponerte en un puesto que no te pertenece.

En fin, mejor dejaba de pensar en eso y me centraba en todo lo que tenía que hacer.

Capítulo 2



Daniela

Llegué a casa de mis padres para comer con ellos.

Los viernes era casi sagrada esa comida al mediodía. Algo de mucho peso debía de pasar para que me pudiera librar de ella.

Y con algo de peso quiero decir que incluso lo tenía que justificar si no quería que mi madre me diera unas cuantas collejas.

—Joder, qué bien huele —dije cuando entré en casa.

Se me hizo la boca agua solo con el olor que salía de la cocina. Y es que el estofado de ternera de mi madre quitaba el sentido de lo bueno que estaba.

Yo no tengo ni idea de cómo lo hacían en las demás casas. Fijaos que no estaba diciendo pueblos; yo estaba hablando de mi casa, de la manera de cocinar que tenía mi madre.

Como iba diciendo, cuando hacía estofado, ella no le echaba las patatas cocidas dentro. Prefería freírlas y poner un puñadito en cada plato para acompañar esa carne que le salía de muerte.

Desde luego, a mí me gustaba mucho más así, pero supongo que era como todo en la vida: lo que a mí me podía gustar, a otro no.

—Te voy a dar en la boca —me dijo mi madre nada más verme.

—¿Así saludas a tu niña del alma? —le pregunté con ironía.

—Peor has saludado tú —me contestó.

—Yo no he saludado, yo he hecho un comentario al entrar.

Me acerqué a ella para saludarla, aunque, viendo cómo me había mirado, no sabía si darle un beso o huir ahora que todavía estaba a tiempo.

—Acompañado de una mala palabra.

La miré medio incrédula.

—¿Sabes que tengo treinta y un años?

Al final sí me acerqué a darle un beso. Eso sí, lo hice casi desde lejos, porque esa mujer era capaz de darme un tirón de orejas solo por haber dicho «joder».

Vamos, que en algunas cosas me seguía tratando como si tuviera cinco años.

—Lo sé mucho mejor que tú. Fue a mí a quien tuvieron que ponerle puntos ahí abajo. —Me reí—. Por culpa de lo cabezona que naciste… —La madre que la parió—. Ay, hija, menos mal que poco a poco la cabeza se te fue equilibrando con el resto del cuerpo.

—¡Mamá! —le grité medio incrédula.

—Hija, no es mi culpa que nacieras cabezona —me dijo conteniendo la sonrisilla.

—Es increíble de lo que hemos terminado hablando y todo por haber dicho que olía bien la comida.

—No, por decir que la comida olía bien no ha sido; es porque has dicho una palabra fea.

—Mamá, que solo he dicho joder. Joder, ya.

Fue un segundo, o menos de un segundo, lo que tardó en coger la cuchara de palo, y ese mismo tiempo el que tardé yo en adelantar un pie y prepararme para echar a correr.

Y fue otro segundo lo que tardó en tirarla para que me diera, como mínimo, en la cabeza.

La suerte que tuve fue que mi madre nunca había tenido buena puntería.

La mala suerte de mi padre fue precisamente esa mala puntería de su mujer.

En todo el hombro le había dado la cuchara al bueno de mi padre y, aunque me daba mucha lástima, eso no impidió que me riera a carcajadas.

Me reí por la cara que puso, normal, teniendo en cuenta que no se lo esperaba. No era para menos el gesto que hizo, porque que tú vayas entrando feliz a la cocina con la intención de saludar a tu mujer y a tu hija y recibas un cucharazo, le cambia la expresión hasta al más pintado.

Que conste que, a pesar de la sorpresa que se llevó, tuvo reflejos y la cogió al vuelo.

—Me encanta ver todo lo que me quiere mi mujer. —Fue irónico su comentario, aunque lo dijo de broma.

Porque toda la gracia que le faltaba a doña Rosa le sobraba a don Vicente.

—Perdona, Vicente. Le quería dar a la niña —se disculpó, sintiéndolo mucho.

Y es mi madre, podía ser muchas cosas, pero sentida también era un rato. Eso sí, dependiendo de para lo que fuese.

Si esa cuchara me hubiera dado a mí en vez de a mi padre, puedo asegurar que lo habría sentido mucho menos.

—Papá, recuérdame que, si alguna vez montamos un equipo de dardos, mamá no se pueda unir a nosotros. Con la mala puntería que tiene, es capaz de acertar en la diana del equipo contrario.

—¿Tú sabes la puntería que nunca falla?

Asentí porque lo sabía de sobra.

—Hija, creo que tu madre está muy cerquita de darte una galleta, y no es precisamente de las que gustan.

Fui corriendo para ponerme detrás de mi padre. Asomé un poco la cabeza por un lado de su espalda, haciendo como si me estuviera escondiendo de ella.

Recuerdo que cuando era pequeña y me quería esconder de mi madre, porque no era tonta y sabía que se estaba rifando una hostia y que todas las papeletas las llevaba yo, siempre me metía detrás de las piernas de mi padre.

Qué bonita era la inocencia de los niños, ¿verdad?

Estaba hablando con sarcasmo, porque estaba claro que dentro de esa inocencia de la que os he hablado, yo pensaba que, si me metía detrás de las piernas de mi padre, ella no me iba a ver.

—Si es que es normal que mamá te siga tratando como a una niña pequeña, si te comportas como una de ellas.

Resoplé cuando, a mi espalda, llegó la voz de mi hermano.

Gonzalo, ese sí que era la alegría de la huerta. Se notaba desde lejos todo lo que le gustaban las bromas y el cachondeo. Igual que se me tenía que notar a mí en esos momentos lo irónica que estaba siendo.

—Hombre, Gonci. —Me reí por dentro; lo mataba que lo llamara así —. No sabía que ibas a venir hoy, como hace tres viernes que no te veo aparecer.

El no ir todos los viernes a comer a casa de mis padres a él, mi madre se lo perdonaba.

Según ella, porque el trabajo que tenía mi hermano era mucho más serio que el mío. Y no contenta con decirme eso, también me dejó recalcado más de una vez que en Gonzalo recaía mucha más responsabilidad que en mí.

Y no digo que de mi hermano no dependieran muchas personas, pero, coño, que yo también llevaba lo mío.

—Dani, no te pases —me riñó mi madre.

Uf, no sabía si callarme y meterme la lengua en el culo o contestar, pero claro, hacer lo segundo era empezar una guerra con mi madre y con él.

Miré a mi padre y, por el gesto que me hizo con los ojos, supe que me estaba diciendo que dejara pasar el tema.

Lo hice por él. Y que conste que con esto no estoy diciendo que mi madre o mi hermano fueran malas personas, nada que ver; los dos tenían muy buen corazón.

Y desde luego mi madre nunca había hecho otra distinción entre mi hermano y yo que no fuese esa que he dicho.

Y repito: estaba de acuerdo y admitía que Gonzalo tenía encima mucha más responsabilidad que yo.

Conclusión de todo el rollo que he soltado: que mi hermano mayor podía librarse los viernes y yo no.

—Id poniendo la mesa —nos pidió mi padre.

—La próxima vez que me llames por ese nombre, voy a dar orden de que te frían a multas —dijo por lo bajini, para que mis padres no lo escucharan.

Me llevé una mano al corazón fingiendo que me había dolido.

—No te pases, que te puedo denunciar por abuso de autoridad. —Pasé por su lado y le di un pellizco en el costado.

—No me toques la moral, que te voy a dar una que te vas a cagar —me volvió a replicar.

Gonzalo y yo éramos como el gato y el ratón. A veces nos llevábamos a matar, dependiendo del momento y del motivo.

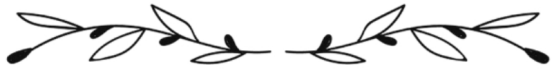
Pero si teníamos algo que también estaba por encima de todo, era que podíamos meternos el uno con el otro, pero como alguien dijera algo de mi hermano, me comía vivo a quien fuera.

Y no lo defendía yo sola; Gonzalo era capaz de hacer lo mismo por mí. Con esto quiero decir que entre nosotros nos podíamos llamar hasta perro si nos daba la gana, pero como lo hiciera alguien de la calle, se liaba la de San Quintín.

La verdad es que al final nos relajamos un poco y pasamos muy buena comida.

Vamos, que pude disfrutar del estofado de mi madre que, por cierto, aquella vez le había salido todavía mejor que otras veces.

Capítulo 3



Landon

Podía haber mandado a otro o, simplemente, haber contratado a alguien de allí, exactamente igual que había hecho hasta entonces.

Y, sin embargo, me había mandado a mí en su lugar.

Según mi padre, lo hacía por mi bien. Se suponía que un cambio de aires y quitarme de en medio me iba a hacer ver las cosas de otra manera.

No sé cómo quería que las viera.

Acepté. No tenía por qué hacerlo; aunque mi padre siguiera siendo el dueño de todo, yo tenía acciones de todas las distintas empresas que teníamos repartidas por varios países.

Por lo que podía vivir cómodamente sin necesidad de hacer lo que mi padre quería.

Si iba a cumplir con lo que me había pedido era porque sabía que lo estaba haciendo con buena intención, creyendo que con aquella decisión me iba a ayudar.

Solo puse una condición: que Carter tenía que venir conmigo y que, durante el primer mes, como mínimo, de cara a mis trabajadores, el jefe iba a ser mi amigo y yo pasaría a ser su ayudante.

Quería hacerlo así para que, al principio, mis trabajadores se mostraran tal y como eran o, si no lo hacían del todo, al menos que fueran más naturales ante mi presencia.

Aunque los de aquella sede pensaban que iba un nuevo directivo a ocupar el puesto, no se imaginaban, ni iban a saber, que quien lo haría sería el hijo del dueño de todo.

El futuro dueño, porque en el momento en que mi padre dejara el cargo, pasaría a ser mío.

Mi hermana no quería saber nada de la presidencia, por lo que mi padre le iba a dar unos cuantos millones y otras tantas acciones de la empresa principal.

Así que todo quedaría en mis manos, pero para eso aún quedaban unos pocos años. A mi padre ni se le pasaba por la mente jubilarse.

¿Para qué se iba a jubilar?

Si, sin estarlo, ya llevaba yo casi todo, y cada vez aparecía menos por la empresa.

Sonreí al pensar que eso era algo en lo que él no había caído, que al mandarme a España iba a tener que ir a diario a la empresa y, si no lo hacía todos los días, tendría que hacerlo mínimo una o dos veces por semana.

Y eso porque teníamos un buen equipo y porque, aunque yo estuviera en otro país, iba a seguir pendiente de todo.

—Cariño, que te tengas que ir no significa que tengas que hacerlo hoy mismo —me dijo mi madre.

Había ido a casa de mis padres para despedirme de ellos, aunque de mi padre podría haberlo hecho por la mañana. No lo hice porque no tenía sentido, no cuando iba a ir a su casa para ver a mi madre.

—Prefiero hacerlo hoy —le contesté.

Mi idea era llegar aquel día, colocar la ropa —podría esperar a que me la colocaran al día siguiente, pero, si lo hacía yo, sabía dónde estaba cada cosa y no tenía que pasar los primeros días como un loco buscando cada prenda—.

Y, para qué mentir, quería salir el fin de semana a conocer un poco aquella ciudad, ver por dónde se movía la gente más o menos de mi edad. No porque quisiera socializar, ni mucho menos.

Pero sí quería evitar la zona por la que se movía la juventud. Lo que menos me apetecía, si salía con Carter a tomarme una copa, era tener a mi alrededor a toda esa chiquillería.

—Pero si te vas hoy, no vas a poder despedirte de tu hermana —insistió.

—Mamá, no hace falta que lo haga, ya sabes que voy a tener a Harper más veces allí de las que me gustaría.

Conociendo a mi hermana, lo que le había dicho a mi madre era quedarse corto, sobre todo gustándole el sur de España tanto como le gustaba.

—Eso es verdad, yo creo que tu hermana es más española que inglesa —dijo sonriendo.

Lo decía porque sus abuelos eran españoles que emigraron a Londres y, aunque mi abuela nació allí y mi madre también, por lo que parecía, mi hermana había heredado el amor por ese país de mis bisabuelos, y eso que no los conoció.

De hecho, era tanto lo que le gustaba que mínimo iba tres veces al año y, cada vez que iba, como poco se quedaba entre dos y tres semanas.

Supongo que podía hacerlo. Después de todo, era la hija del dueño. Además, no iba a llamar a mi hermana niña mimada porque no lo era.

Ella trabajaba, con más ventajas, sí, pero lo hacía. Estoy seguro de que otra en su lugar ni se molestaría en hacerlo.

—Yo también lo creo. A ver si tenemos suerte y la próxima vez que vaya conoce a alguien y se queda allí para siempre —dije bromeando.

Puede que en la calle fuese serio, pero con mi madre y mi hermana sí que bromeaba de vez en cuando.

—No digas eso ni en broma, y no es porque no quiera cerca de ningún español a mi hija, es porque no quiero que se quede a vivir tan lejos de mí.

Desde luego, Grace era una de esas madres protectoras a las que les gustaba tener a sus hijos cerca.

Por eso mismo sabía que el que yo me fuese por un tiempo le iba a costar más trabajo a ella que a mí.

—Tienes un *jet* privado a tu disposición, así que podrías ir a verla siempre que quisieras.

Mi padre y yo viajábamos mucho, mi hermana también, pero nosotros lo hacíamos por trabajo y ella por gusto.

Al principio lo hacíamos en vuelos comerciales, pero perdíamos demasiado tiempo, por lo que comenzamos a alquilar *jets* privados. También nos dimos cuenta de que no nos convenía; se nos iba demasiado dinero.

Y, aunque no nos faltase, no quería decir que lo fuéramos a tirar tontamente, por lo que nos salió mucho más rentable hacer una gran inversión de muchos millones, sabiendo que en unos cuantos años habríamos recuperado el dinero.

Y, como era normal, teniendo un *jet*, mi hermana o mi madre lo iban a utilizar siempre y cuando no hiciera falta para algún viaje de trabajo.

—No es lo mismo y lo sabes.

Entendía lo que quería decir, pero si mi hermana decidía hacer su vida allí, no le quedaría otra que aceptarlo.

—Lo sé, como también sé que tendrás que aceptar la decisión que llegue a tomar.

Hizo una mueca, como diciendo que no le quedaría más remedio que apoyar a mi hermana en lo que decidiera hacer.

—Contigo estoy tranquila, sé que nunca te quedarías allí.

No podía decir que no me conociera bien, porque lo hacía.

No, no me iba a quedar nunca, sobre todo teniendo aquí lo que más me importaba, aparte de mi familia.

—No, y si me voy en estos momentos es porque mi padre me lo ha pedido. Si no, no me iría.

—Sabes que lo ha hecho pensando en ti. Tanto él como yo creemos que marcharte una temporada te va a hacer bien, por mucho que me duela tenerte lejos.

No quería seguir hablando de lo mismo, así que lo mejor que podía hacer era cambiar de tema.

—Se suponía que también me iba a despedir de mi padre, pero, por lo que parece, no va a ser posible.

—Tiene que estar al llegar. Es que tu hermana lo ha llamado para que se pasara por su casa. Por lo visto, no se acordaba de si había dejado la puerta de la terraza abierta.

Harper y sus despistes. Era tan inquieta y quería hacerlo todo a la vez, que la mayoría de las veces se le olvidaba algo, sobre todo porque lo dejaba a medias para ponerse con otra cosa.

Si antes hubiera preguntado por él, antes habría llegado.

—Creía que no iba a llegar antes de que te hubieras marchado —dijo cuando entró en el salón.

—A punto estaba. He quedado con Carter dentro de una hora y el piloto nos espera en dos.

Me acerqué para darle un abrazo.

Tenía unos padres cariñosos. Nunca nos había faltado una muestra de cariño, un abrazo o un beso, y siempre había sido por parte de ellos.

Es cierto que fuera de casa aquellas muestras no eran tantas. Por desgracia, la alta sociedad a la que pertenecíamos y el ambiente en el que, por obligación, teníamos que movernos no veían demasiado bien esas demostraciones de afecto.

—Hijo, ya sé que lo hemos hablado, pero sabes por qué lo he hecho, ¿verdad?

—Lo sé, papá, no te preocupes —le dije para que se quedara tranquilo.

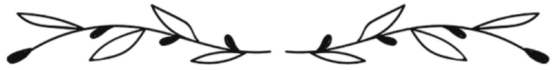
—Mira, antes he dicho que estaba tranquila porque sabía que no te ibas a quedar allí, pero ahora que lo he pensado mejor, deseo con todo mi corazón que conozcas a una española y te enamores de ella.

Eso iba a ser imposible. No iba a entregar mi corazón a nadie. Ya había tenido dueña y no era agradable sentir dolor cuando te hacían daño.

No le contesté. Habíamos hablado tantas veces de lo mismo, que no tenía sentido seguir haciéndolo.

Me despedí de ellos, aunque no creía que tardáramos mucho en volver a vernos.

Capítulo 4



Daniela

—Joder, tía, y eso que decías que no te apetecía salir hoy —me dijo Alma cuando le abrí la puerta de casa.

Y ese era uno de los motivos por los que iba a tardar más tiempo en reunir el dinero.

A ver, para aclararlo un poco, cuando dije que era uno de los motivos, quería decir el hecho de ser independiente y tener que pagar por esa independencia, porque aunque el piso no era mío, el alquiler sí había que pagarlo.

Vamos, digo yo que el dueño de la casa no me iba a dejar vivir en su piso por su cara bonita.

Pues eso, que si no quería vivir bajo el techo de mis padres, sabía que iba a tardar más tiempo en conseguir mi sueño, pero la independencia bien merecía esa espera.

Y no es que en casa de mis padres no estuviera bien, que lo estaba, pero ya tenía una edad y, viviendo sola, no tenía que darle explicaciones a nadie.

—Una cosa es que no tuviera muchas ganas de salir y otra muy distinta es que, ya que lo voy a hacer, no me arregle bien —le contesté, repasándola con la mirada—. ¿Y tú te atreves a decirme cómo voy?

Alma era como yo solo en estatura, porque físicamente no teníamos mucho que ver la una con la otra.

Mientras que ella era rubia, pero no rubia de esas que dicen «yo soy rubia», no, es que Alma era rubia platino; yo era castaña oscura. Y mientras ella tenía los ojos celestes, yo los tenía entre verdes y marrones; creo que a ese color se le llama hazel.

Joder, y nuestros cuerpos tampoco es que tuvieran mucho que ver. Alma tenía poco pecho y yo no es que lo tuviera exagerado, pero sí más que ella. En fin, mejor no sigo con las comparaciones, que son odiosas.

Lo que estaba claro era que, por ser distintas, una no era más guapa que la otra, porque mi amiga era un bombón de mujer, pero es que yo era otro.

Y me daba igual que la gente pensara que tenía el ego por las nubes. Yo digo que, para querer de forma sana, bonita y bien a los demás, antes tienes que quererte así a ti misma, y yo me quería por encima de todo.

—Es distinto, porque yo tenía ganas de salir. —Me puso el dedo índice en el centro del pecho—. Tú no tenías, así que no se vale que te hayas puesto más guapa que yo.

Puse los ojos en blanco.

—Alma, te tengo dicho que no se trata de que una vaya más guapa que la otra, se trata de que las dos vamos guapas, porque es que lo somos.

Muchas veces era para matarla. Bueno, muchas, no; la mayoría.

Joder, con lo bonita que era y el cuerpazo que tenía, qué poco se quería ella misma. Mira que me dolía la boca de tanto decirle que tenía que quererse mucho más, sobre todo si miraba de dónde había llegado.

Si alguien había tenido una vida difícil, esa había sido ella.

Alma había llegado a mi vida cuando empecé a trabajar en la empresa. Nuestra amistad no era de esas de toda la vida, pero hoy en día podía decir, a ciencia cierta, que la mía con ella sí iba a ser para toda la vida.

Coincidimos en la puerta de la empresa mi primer día. Hubo conexión entre nosotras desde el primer momento y, desde entonces, nos hicimos inseparables.

Alma era para mí mucho más importante que cualquier persona a la que conociera desde hacía años.

Y ahí estaba la tía, la que más había luchado para llegar donde había llegado, y no lo decía por decir, lo decía porque era la verdad.

Mi amiga creció en un orfanato, donde la que se suponía que debía ser su madre, esa mujer que tendría que haberla cuidado y protegido, la había dejado sin ni siquiera mirar dónde la dejaba.

Está claro que quizá no habría sido tal y como yo lo estaba diciendo. Si tenía que ser justa, nadie sabía por qué esa mujer la dejó allí; podían haber pasado mil cosas.

No sé, la vida es muy hija de puta cuando quiere.

Lo que estaba claro era que mi amiga creció allí porque nunca la adoptaron.

Que les dieran por culo a todos esos matrimonios que no quisieron darle la oportunidad de conocerla.

Ellos eran los que habían perdido.

Como iba diciendo, salió de allí al cumplir la mayoría de edad y la suerte que tuvo fue que una de las monjas, la que más apego le había cogido, habló con una hermana suya que vivía sola para que dejara que Alma se quedara con ella hasta que pudiera independizarse.

Trabajó y estudió como una mula, y ahí la podéis ver ahora, viviendo sola en un piso de un solo dormitorio. ¿Era pequeño? Sí, lo era, pero era de ella, de su propiedad.

Bueno, suyo del todo no, por lo menos durante unos años más, porque el dueño seguía siendo el banco.

Mira que había luchado y trabajado, pero en lo que yo llevaba tiempo intentando que cambiara, no había manera.

—Ya sé que siempre me dices lo mismo, y hoy te voy a dar la razón: estamos las dos perfectas.

—Ole, ay, que me has emocionado y todo.

Hice como si me limpiara las lágrimas.

—Más payasa no puedes ser —me contestó sonriendo.

—Joder, que te lo digo de verdad. Puede que haga la tonta, pero si lo hago es porque no quiero llorar de verdad —le dije con sinceridad—. No quiero que nunca más vuelvas a pensar que no eres la mejor.

—Hija, no sé cómo puedes vestir tan mal, aprende de mí.

Solté tal carcajada que fue increíble.

Una de esas que nacen desde dentro y con ganas. No era para menos; no me esperaba por nada del mundo esa respuesta.

—Qué bonita eres, coño. —Me fui hacia ella sin que se lo esperara, la cogí por las mejillas y le di un pico rápido en los labios—. Es que te como toda la boca.

—«Me comes», no, que me la acabas de comer. Tía, que te quiero mucho y todo eso, pero a mí me gusta un hombre más que a un tonto un lápiz.

Desde luego que esa noche estaba sembrada.

—No te preocupes, que a mí me pasa lo mismo.

—Uf, menos mal, ya pensaba que te habías enamorado de mí en secreto.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? Te lo digo por si la has encerrado bajo llave: no la liberes nunca —le dije mientras iba hacia mi habitación.

Tenía que terminar de arreglarme o íbamos a llegar a ese local a la hora a la que todo el mundo empezaba a marcharse.

Estaba claro que a esa hora no íbamos a llegar, pero ya se sabe que esa era mi manera de hablar muchas veces.

Me puse lápiz de ojos marrón y rímel del mismo color. Al pintármelos así, el tono verde de mis ojos resaltaba mucho más.

Supongo que cada una resalta lo que más le gusta de sí misma y, como comenté antes, a mí me gustaba todo de mí, pero los ojos eran una de las cosas que más.

Al marcar más los ojos, los labios me los pinté con un poco de brillo marroncito, aunque el color casi ni se distinguía.

Me miré en el espejo y, como siempre, me gustó lo que vi. Porque me daba igual lo que muchas personas pudieran pensar o decir. Eso de «Es imposible que te gustes siempre o que todo de ti te parezca perfecto».

Pues no, no era imposible, porque si algún día había algo de mí que no me gustaba, me plantaba delante del espejo y me repetía una y otra vez lo perfecta que era.

No dejaba de repetírmelo hasta que volvía a creérmelo.

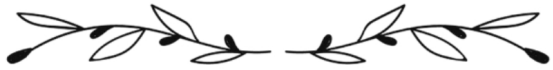
Dicho esto, creo que a buen entendedor pocas palabras bastan y, por si no lo habéis entendido todavía, lo único que voy a decir es que todo en la vida tiene un porqué.

Las sandalias de tacón eran amarillas. Sí, amarillas. Era mi color favorito para ropa, zapatos y complementos.

Y como me había puesto un vestido blanco, pues las sandalias en ese color quedaban perfectas.

El vestido, la verdad, es que era una pasada. De esos que dicen mucho o, mejor dicho, sugieren, pero de manera elegante. Como he dicho, era sugerente.

Capítulo 5



Daniela

—Esto tiene mucha mejor pinta de lo que me había imaginado —me dijo Alma nada más entrar.

Eso sí, la casi hora que tuvimos que hacer cola no nos la quitó nadie. Si no llega a ser por Alma, en más de una ocasión me habría dado media vuelta y me habría marchado de allí.

Bendita paciencia tenía toda esa gente que se pasaba todos los fines de semana haciendo horas de espera para entrar en lugares como aquel.

Que sí, que puede que Alma tuviera razón y el local fuera espectacular, pero tampoco me iba a morir si no entraba.

Y vuelvo a repetir que el sitio estaba de lujo, y no solo por la estética, que estaba claro que habían cuidado hasta el más mínimo detalle, sino también por el buen ambiente que se respiraba.

—Ahora entiendo por qué Juanjo se mueve por estos locales —comenté. Iba más para mí misma que para mi amiga, pero como lo dije en voz alta, me escuchó.

—Yo creía que sabías desde hace mucho por qué se mueve por estos lugares.

Como ya he dicho, Juanjo no se cortaba ni un pelo en decir que él tenía que enamorar a una mujer con dinero que lo quitara de trabajar. Aunque, claro, cada vez que decía algo del trabajo, a mí me daba por reírme.

Y es que Juanjo no había dado un palo al agua en su vida. Vamos, que él a lo que se dedicaba era a estar con unas y con otras hasta que llegara la incauta que le diera el nivel de vida que tanto estaba buscando.

A lo que iba antes de ponerme a soltar toda esa charla: al entrar y ver la clase de clientes que había, entendía perfectamente que se moviera por allí, porque se notaba que la gente estaba bien económicamente.

Eso era algo que se veía en la forma de vestir, en la manera de comportarse, en cómo hablaban.

—Vamos a pedir algo, que me muero por una copa y por ir entrando en calor.

Tiré de la mano de Alma hacia la barra.

—Dani, no corras tanto, que me voy a matar —protestó.

—Que no estoy corriendo, lo que pasa es que tú eres demasiado lenta.

Le guiñé un ojo.

Llegamos a la barra y, como doña Paciencia no era precisamente mi amiga, me abrí paso a codazos limpios.

No me detuve hasta que conseguí plantarme delante. Justo a mi lado había un hombre y, si digo la verdad, ni idea de cómo era, porque ni me fijé. Le di la espalda y, de manera disimulada, empecé a dar de vez en cuando un paso hacia atrás.

Lo que estaba intentando era hacer un poco más de hueco para que Alma y yo tuviéramos algo de espacio.

—Dani, no seas tan descarada empujando a ese hombre —protestó.

—Es muy grande y ocupa mucho sitio.

Una excusa tonta, pero fue la primera que se me vino a la cabeza.

—Él estaba antes. Él y su amigo, ese que nos está matando con la mirada.

Agachó la vista y eso quería decir que se había sentido intimidada, y por ahí sí que no iba a pasar.

Hice como que se me doblaba un tobillo y que estaba a punto de caer, apoyando de paso la espalda en aquel hombre y dándole un pequeño empujón.

Lo hice tan bien, que hasta Alma se lo creyó. Estiró la mano como si fuera a cogerme para evitar la caída.

Me reí por dentro.

—Si todas las mujeres que empujan son tan bonitas como tú, desde luego que yo estaría encantado.

Me giré para mirarlo de frente. Ya que me había hablado, era lo mínimo que podía hacer.

No se podía decir que no fuera guapo, porque lo era, y mucho, pero no terminaba de tener eso que debía tener para gustarme de verdad.

Tenía una sonrisa bonita. A decir verdad, más que bonita, era atractiva. Era un hombre alto y, a través de la camisa, se podía intuir que tenía buen cuerpo.

Estaba claro que le iba la marcha o, al menos, las bromas. Me lo dijeron su sonrisa traviesa y el brillo de la mirada.

Miré hacia su izquierda porque hubo un movimiento que llamó mi atención y ojalá no lo hubiera hecho, pues el hombre serio que vi… ese hombre sí que era guapo. Pero de esos guapos capaces de hacer que una monja perdiera las bragas por él.

Eso sí, todo lo que tenía de guapo lo tenía de serio. Aun así, no sé qué fue lo que me llevó a mirarlo directamente a los ojos. Solo sé que sentí que todo mi cuerpo quedaba anclado a aquella mirada celeste.

No fui capaz de apartar mis ojos de los suyos hasta que mi amiga me habló. Y no creáis que él tampoco apartó los suyos de los míos.

—Perdona, ¿qué me has dicho? No te he oído bien.

No me había enterado de nada.

—Te he preguntado que si estabas bien.

Bien y mojada, era lo que tenía que contestarle si quería ser sincera, pero como no pensaba hacerlo, me guardé la respuesta para mí.

—Claro, es que se me ha doblado el tobillo —le contesté.

—Si no te haces daño, por mí te puedes tropezar todas las veces que quieras conmigo.

Uy, este era de esos tíos zalameros.

—Gracias. Si no llega a ser por tu espalda, me hubiera caído de culo.

Vamos a divertirnos un rato, me dije a mí misma.

—No hay de qué. —Estiró la mano para presentarse—. Carter, un placer.

—Dani, y ella Alma. —Le dimos la mano las dos.

El amigo no abrió la boca para presentarse.

—Unos nombres preciosos. —Lo que yo decía, este era de los que le tiraba a todo lo que se le pusiera por delante—. Supongo que Dani es el diminutivo de Daniela.

Miré de reojo a Alma. Me devolvió la mirada y negó con la cabeza muy sutilmente, para que nadie se diera cuenta. Sabía lo que iba a hacer, porque ya lo había hecho un par de veces.

—No, Dani es el diminutivo de Daniel.

No se me escapó la carcajada de mi amiga.

Carter, o por lo menos así había dicho que se llamaba, abrió tanto los ojos que parecía que se le iban a salir. Lo más gracioso fue la manera en la que intentó disimularlo.

Este iba de listo con las tías, pero si yo tenía que demostrarle que no siempre iba a salirse con la suya, se lo demostraría, y con gusto.

—Supongo que no te importa, ¿verdad? Quiero decir que, aunque no esté operada y tenga el mismo sexo que tú, te seguiré pareciendo guapa.

Alma me dio un pellizco cerca de la cadera. La hija de su madre me lo dio más fuerte de la cuenta.

—Ay, joder, como me salga un morado, te vas a enterar.

—Pues calla de una vez. —La pobre no sabía dónde meterse de la vergüenza que estaba pasando.

—Sabes que me gusta ser sincera, que después no quiero que se lleven la sorpresa.

Di por hecho que no necesitaba aclararle mucho dónde se suponía que se llevaban la sorpresa.

Era supergracioso.

Aquel hombre no sabía dónde meterse. Lo que estaba claro era que ya no me miraba igual.

Y el que no me quitaba la vista de encima era el serio de su amigo. Ese hombre que ni había sonreído mínimamente ni había tenido la educación de presentarse.

—Claro que me sigues pareciendo guapa. —Estaba claro que este, por lo menos, era mucho más educado que el otro—. ¿Y tu verdadero nombre cuál es? —le preguntó a mi amiga.

—Alma, siempre me he llamado así, por lo menos que yo sepa.

Me gustó que le contestara demostrando seguridad.

Seguía sintiendo la mirada de ese hombre sobre mí. Me estaba poniendo demasiado nerviosa y no me gustaba sentirme así en absoluto.

Me sentí como si estuviera leyéndome por completo y, la verdad, no era una sensación agradable. Por lo menos para mí.

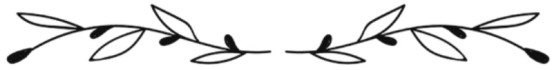
—Vamos a pedir esa copa por la que vinimos —le dije a Alma—. Me apetece ir a la zona de la terraza; es muy agobiante estar aquí.

No fue una de las mejores excusas que se me ocurrieron, sin embargo, me dio igual. Lo único que quería era salir de allí cuanto antes.

Alma se despidió de Carter con una sonrisa, y fue ahí donde me di cuenta de que le había gustado.

Desde luego que mi amiga tonta no era. Ni tampoco tenía mal gusto, porque, como dije antes, fuera o no de mi tipo, tenía que reconocer que guapo era.

Capítulo 6



Landon

—No me puedo creer que ese bombón de mujer sea un hombre —me comentó Carter cuando aquellas dos mujeres se alejaron de nosotros—. Te juro que jamás en mi vida me habían dejado sin palabras.

—Sinceramente, no creo que sea un hombre. Más bien pienso que ha querido quedarse contigo —le contesté.

No dejé de observarla desde antes de que se tropezara o, como dijo ella, se le doblara el tobillo.

Eso fue lo primero que no me creí de ella. Lo segundo, que fuera un hombre.

A mí no me la daba. Esa mujer no era un hombre, de eso estaba completamente seguro.

Lo que había querido hacer con esa mentira era darle una lección a Carter por ir de lanzado.

—Yo, por si acaso, voy a mantener las distancias con ella. Con quien no me importaría acortarlas es con su amiga.

Me giré, dejando la barra a mi espalda, y centré la mirada en la parte de la terraza que se veía desde allí.

No estaba interesado en aquella mujer y, sin embargo, no podía dejar de buscarla con la mirada. Y no era desde que había hablado con Carter; como ya he dicho, me había fijado en ella antes.

La vi entrar en el local. Iba hablando con su amiga sin dejar de sonreír y me descubrí levantando ligeramente el labio en un amago de sonrisa. Lo hice sin darme cuenta, porque lo que aquella mujer transmitía era alegría.

De la de verdad, no fingida.

Tal vez por eso me llamó la atención. Porque su sonrisa era sincera y no una de tantas falsas.

Estaba tan cansado de sonrisas fingidas… Eran esas las que más veía dentro del círculo en el que me movía.

—Es muy guapa su amiga. Si te ha gustado, no pierdas la oportunidad y ve a por ella.

—¿Y tú qué vas a hacer? Porque, si por lo menos hubieras sido amable y te hubieras presentado, podrías hablar con el tal Dani.

Para no sonreír mucho, a no ser que fuera con mi familia o con Carter, me di cuenta de que estaba sonriendo otra vez.

Y el motivo era que mi amigo seguía creyéndose que era un hombre.

En cuanto a ser amable, no lo fui. Yo no había ido a aquel local buscando conocer a nadie, y mucho menos hablar.

No lo necesitaba.

Puede que no presentarme hubiera sido una falta de respeto por mi parte, y en ese momento me dio igual. Ahora, pensándolo mejor, admitía que quizá sí debería haberlo hecho.

—No veo qué tiene que ver una cosa con la otra —le contesté, en referencia a lo que había dicho.

—Es que no quiero dejarte solo y tampoco voy a llegar hasta donde están ellas. No quiero que me tomen por un acosador ni mucho menos.

—Tengo treinta y nueve años. ¿De verdad piensas que lo voy a pasar mal porque me quede solo tomándome una copa? No seas tonto y ve, si te ha gustado esa mujer.

De todos modos, no creía que me quedara mucho más tiempo por allí.

Un rato después, Carter cogió su copa y, con ella en la mano, se fue hacia donde se veía que estaban aquellas amigas bailando.

Me moví hacia un lado de la barra porque, justo delante de donde estaba y desde donde podía verla, se me puso un grupo de hombres. Por eso me desplacé a la derecha, pero cuando volví a tener visión de donde se suponía que estaba, ya no la vi.

A quien sí vi fue a Carter hablando con la rubia. Y decirle rubia no era una forma de descalificarla, simplemente no me acordaba de su nombre.

Jamás llamaría a una mujer rubia de forma despectiva, no cuando tenía una hermana rubia como ella.

Busqué con la mirada por todo el local. Estaba intentando localizarla y, de pronto, me di cuenta de una cosa: ¿por qué cojones la estaba buscando?

Sobre todo porque a mí no me interesaba lo más mínimo ni ella ni ninguna otra.

Me di la vuelta para pedir una nueva copa y, al hacerlo, aquella mujer estaba justo a mi lado.

¿Cómo cojones había llegado hasta mí y no me había dado cuenta?

No lo sé. Lo que sí sabía era que estaba allí, a mi lado, pero con la mirada puesta en nuestros amigos.

Cuanto más la miraba, más claro tenía que era una mujer. Se notaba. A ella se le notaba que no tenía nada masculino.

Su forma de humedecerse los labios, su manera de caminar, de mirar, de hablar… Todo eso era lo que me hacía pensar que no me equivocaba.

Todo eso y mi instinto.

Me puse de lado, con el antebrazo apoyado en la barra y la copa en la mano, sin dejar de observarla.

Puede que no estuviera bien mirarla con el descaro con el que lo estaba haciendo.

Sinceramente, no me importó, porque aquella mujer estaba fingiendo que yo no estaba a su lado y, aunque no me miraba, sabía que era plenamente consciente de mi presencia.

No le hablé. Esperé a que lo hiciera ella. Sabía que, de un momento a otro, no iba a poder contenerse.

Estaba claro, o por lo menos eso fue lo que me transmitió durante el tiempo que la observé, que era una mujer con carácter, impulsiva y con cero paciencia.

Ese último punto lo dejó bastante claro cuando ni siquiera esperó a que quedara hueco libre en la barra y se abrió paso a empujones y codazos.

—Parece que nos han dejado solos.

Ahí estaba.

Sabía que no iba a tardar mucho en hacerlo.

—Yo no necesito la compañía de mi amigo para tomarme una copa —le contesté, y con esa respuesta volví a ser yo mismo.

—¿Y entonces por qué has venido con él si no lo necesitas?

—Que no lo necesite pegado a mí en estos momentos no quiere decir que no me guste su compañía. Solo digo que, si a él le ha gustado una mujer y se aleja de mí para intentar acercarse a ella, me alegro mucho por él.

—Pues si ese amigo tuyo, que ha querido tener un acercamiento con mi amiga, hace algo que la incomode, le voy a dar tal patada en el culo que del impulso va a escupir los huevos por la boca.

Se me escapó una carcajada. Me pilló tan por sorpresa lo que dijo, que no pude controlarla.

Hacía años que alguien no me hacía reír así.

Y cuando digo años, es porque era así. Puede que me riera de vez en cuando con mi familia o con las personas más cercanas, o más que reír, quizá lo que hacía era sonreír.

Pero desde luego soltar una carcajada como aquella, no.

—No te rías, te lo digo muy en serio.

La creí. Sabía que estaba hablando muy en serio.

—Algo me dice que eres capaz de eso y de mucho más.

—¿Tú no harías eso por tu amigo? —Sabía perfectamente a qué se refería.

—Si es algo que se ha buscado él, no haría eso que dices. —La miré con la intención de estudiar la expresión que pondría con lo siguiente que iba a decir—. Igual que no me he metido cuando le has soltado esa mentira.

Quería ver qué me decía, si sería capaz de reconocerme que era cierto o no.

Me fijé en el brillo de sus ojos, uno que hasta entonces no le había visto, y entre ese destello y la forma en la que se mordió el labio inferior, no hizo falta que me confirmara con palabras que había mentido.

—¿Quién te dice que te he mentido? Además, no te conozco de nada como para admitir o desmentir eso, no cuando ni siquiera sé tu nombre.

—¿Tan importante es para ti saber mi nombre?

Joder, Landon, ¿qué coño estás haciendo con esta mujer?, me pregunté a mí mismo con rabia.

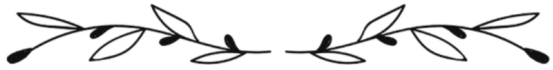
Si lo pensaba con claridad, no me interesaba nada aquella mujer. Pero en cuanto dejaba de centrarme y me dejaba llevar, me descubría hablando con ella.

Y lo que era peor, me encontraba con deseos de saber mucho más. Y no solo con ganas de descubrir cosas de ella; también me sorprendí deseando sentir el tacto de su piel bajo mis dedos.

Pasé de no querer tener nada con una mujer a desear besar aquellos labios y comprobar si eran tan suaves como parecían.

—¿Tan importante es para ti descubrir si le mentí a tu amigo? —me devolvió la pregunta.

Capítulo 7



Daniela

Se quedó callado unos segundos. Supongo que estaba pensando qué me iba a contestar.

Cuanto más miraba a ese hombre que tenía delante y del que no tenía ni idea de cómo se llamaba, más atractivo me iba pareciendo.

Era alto, y mucho. No es que fuese un gigante, pero a mí me sacaba la cabeza por completo.

Teniendo en cuenta que llevaba unas sandalias con un tacón de diez centímetros y que, si me ponía junto a él, mi frente le llegaría como mucho a la barbilla, sin ese tacón me quedaría bastante por debajo del cuello.

El cuerpo, al igual que el de su amigo, se notaba que se lo cuidaba. Estaba completamente segura de que debajo de esa camisa había unos abdominales bien marcados, y mejor no imaginar cómo tendría la V.

Uf, solo pensarlo me entraba calor.

Después estaba el color de su pelo, que, a decir verdad, no tenía ni puta idea de por qué cojones me había llamado tanto la atención ni por qué me moría por saber cómo se sentiría entre mis dedos.

Era de un castaño claro, y eso me intrigó todavía más, porque no entendía por qué ese hombre me estaba llamando tanto la atención, sobre todo cuando a mí siempre me habían gustado los morenos.

Supongo que era el conjunto de todo. El celeste de sus ojos, los hoyitos que se le marcaban en las mejillas cuando sonreía… Porque, aunque intentara disimularlo, no podía hacerlo.

No sabía qué coño había hecho ese hombre conmigo, pero me tenía ardiendo por completo. Creo que en mi vida había sentido ese calor recorriéndome el cuerpo.

Y no solo era el calor en general, era que se me había concentrado entre las piernas. Madre mía, estaba por ir al baño, meterme la mano por dentro de la ropa interior y aliviarme yo sola.

Desde luego, un deseo tan intenso y explosivo no lo había sentido nunca. Y no es que lo creyera, es que estaba segura. De haberlo sentido antes, digo yo que me acordaría.

—Landon.

Estiró la mano para estrechar la mía.

—Por lo que parece, sí que te interesa saberlo —me costó contenerme y no sonreír—. Dani —no pensaba decirle mi nombre completo—. Encantada.

Su mano era cálida y suave. Estaba claro que Landon no hacía trabajos duros con ellas.

—Pero ¿ese Dani es de Daniel o de Daniela?

Me mordí el labio por dentro para no reírme. Él me miró ese gesto y fue justo ahí cuando decidí que me iba a lanzar.

Total, lo peor que podía pasar era que me estrellara de cabeza y terminara pasando la vergüenza de mi vida.

Y es que no quería quedarme con las ganas de sentir cómo me tocaba e intentaba aplacar el deseo que me estaba devorando.

—¿De verdad te interesa saberlo tanto? —le pregunté sin apartar la mirada de la suya.

—Supongo que es curiosidad por saber si tenía o no razón.

La razón la iba a perder yo como siguiera mirándome así.

Finalmente, me atreví a dar el paso y que fuera lo que tuviera que ser. No creo que quedara ni un centímetro de separación entre nuestros cuerpos.

—Supongo que, si quieres saberlo, tendrás que descubrirlo por ti mismo.

Lo miré una vez más antes de darme la vuelta y apoyar la espalda en su pecho. Le cogí la mano que no tenía sobre la barra e hice que colocara la palma abierta en el centro de mi vientre.

—¿Quieres descubrirlo o prefieres seguir con la intriga? —le pregunté, mirándolo por encima del hombro.

—Ahora mismo es lo que más deseo.

Bajó los labios a mi cuello, justo en el pliegue que hacía con la unión del hombro.

Al sentir su aliento en esa zona, un cosquilleo demasiado placentero me recorrió el vientre y fue bajando hasta alojarse en el centro de mi sexo.

Giró un poco nuestros cuerpos, lo suficiente para que la barra quedara justo delante, y supe que lo hacía para protegerme de miradas indiscretas. Aquello demostró que había entendido perfectamente cuál era mi intención.

Con mi mano sobre la suya, empecé a guiarla lentamente hacia abajo. Me incliné un poco hacia delante, solo hasta alcanzar el filo del vestido.

Landon se pegó mucho más a mí y movió la pelvis, haciendo que pudiera sentir su erección contra mi trasero. Por lo que parecía, él se encontraba exactamente en el mismo punto que yo.

—Joder —dijo con ese acento tan marcado que tenía—. Espero tener razón, porque cómo me has puesto… Hacía mucho que no me ponía nadie así.

Mejor no le decía cómo me había puesto a mí. De todos modos, estaba a punto de descubrirlo por sí mismo.

Ya no hizo falta que le indicara el camino. Lo hizo él solo.

Metió la mano entre mis muslos y fue subiéndola despacio, de manera disimulada, para que nadie notara nada. No se detuvo hasta llegar a la unión de mis piernas.

Estaba segura de que, solo con rozarme ahí, podía notar el calor que desprendía mi sexo.

Dejó la mano quieta. No la movió ni hacia arriba ni hacia abajo.

Volví a mirarlo por encima del hombro.

—¿Por qué no sigues? —le pregunté con la voz ronca.

—Me da un poco de miedo descubrir la verdad.

Sonreí antes de volver a poner mi mano sobre la suya.

Saqué un poco más el trasero para sentir mejor su erección, esa que tenía dura y pegada a mí.

Tiré de su mano hacia arriba y, por fin, me tocó. Me tocó justo donde más lo necesitaba, donde estaba empapada y deseando que lo hiciera.

—Joder, estás mojada —dijo con la voz tomada por el deseo.

—¿Has saciado ya tu curiosidad?

—No. Todavía tengo mucho que explorar para descubrir la verdad.

Apartó las braguitas a un lado para pasar algunos dedos entre los pliegues de mi sexo.

—No deberíamos estar aquí. No te puedo hacer todas las cosas que me gustaría hacerte.

Dios, y yo me moría porque me las hiciera.

—Me da igual que desearas que estuviéramos en otro sitio, pero, por lo que más quieras, no dejes de tocarme ahora.

Apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos. Era tanto el placer que me estaba haciendo sentir que me costaba hasta respirar con normalidad.

La manera en la que me rodeó el clítoris y comenzó a estimularlo hizo que alcanzara el orgasmo en menos de dos minutos. Era imposible que hubiera pasado más tiempo, y aun así a mí se me hizo demasiado corto.

Sacó la mano de entre mis piernas y, con todo el descaro del mundo, se llevó los dedos a la boca y los chupó.

No hizo aquello para impresionarme. Lo hizo porque de verdad le apetecía hacerlo.

Puse las manos sobre su pecho y alcé la mirada hasta encontrar la suya. Me moría de ganas de que me besara.

Tenía tantas ganas que, como tardara un segundo más de la cuenta, me iba a lanzar otra vez, igual que había hecho antes.

Total, de perdidos al río.

Aquella vez no hizo falta que fuera yo la que diera el paso. Lo hizo él.

Me cogió por las mejillas, me levantó el rostro y me besó.

Allí, delante de todo el mundo y sin importarme lo más mínimo lo que pudieran pensar las personas que estaban a nuestro alrededor.

Me mordió el labio inferior, lo chupó y lo delineó con la punta de la lengua, esa que segundos después se encontró con la mía.

Fue un beso largo, profundo, como si ninguno de los dos quisiera que terminara nunca.

Al final nos separamos despacio, sin ninguna prisa.

Y fue entonces, cuando terminó el beso y ya nos habíamos apartado un poco, cuando noté que en su mirada y en la forma en la que tensó el cuerpo algo había cambiado.

—¿Sueles hacer esto mucho? —no me esperaba aquella pregunta.

Me quedé callada los primeros segundos, sin palabras. No daba crédito a que me hubiera preguntado eso, no cuando hacía apenas un momento tenía su lengua en mi boca.

No me esperaba esa pregunta cuando, menos de cinco minutos antes, había tenido los dedos dentro de mí y no los había sacado hasta hacer que me corriera alrededor de ellos.

Acababa de dejar bastante claro lo que pensaba de mí.

No lo culpaba por pensarlo. Podía creer lo que quisiera; Landon no tenía por qué saber si aquello lo había hecho más veces o no.

Lo que me molestó fue que tuviera el descaro de decírmelo así.

Joder, que pensara lo que quisiera, pero que no pretendiera hacerme sentir mal por ello.

No sé, digo yo que por un mínimo de respeto.

Desde luego, no se lo iba a dejar pasar. No, ya no era la tonta que fui en su día. Esa que no se quiso, esa que creía que no era nada.

Ahora me quería a mí misma por encima de todo.

Después de todo, agradecí por dentro que me lo preguntara en ese momento y no después de haberme acostado con él.

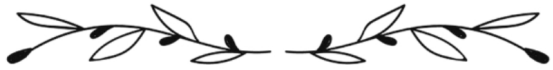
Porque me había gustado tanto que sabía perfectamente que habría terminado en la cama con ese desgraciado.

No te preocupes, Dani, de los errores se aprende. Eso que te llevas: una lección y un orgasmo.

—Si lo hago o no, no es asunto tuyo. Soy libre, no le debo nada a nadie y con mi cuerpo hago lo que me da la puta gana con quien me da la puta gana. —Lo miré con desprecio—. Gracias por el orgasmo, aunque con ese dedo todavía te falta práctica.

Le saqué el dedo corazón, le sonreí y me fui de allí sin esperar respuesta.

Capítulo 8



Landon

Había pasado todo el fin de semana sin poder sacarme de la cabeza a aquella mujer y, sobre todo, sin dejar de pensar en cómo había metido la pata.

Me di cuenta del daño que le habían hecho mis palabras. Lo disimuló rápido, pero a mí me dio tiempo a verlo.

Fui un hijo de puta. No tenía ningún derecho a decirle eso, lo primero porque no lo pensaba y lo segundo porque, como dijo Dani, con su cuerpo podía hacer lo que le diera la gana.

Sabía muy bien por qué lo hice. Yo, mejor que nadie, conocía mis fantasmas, y aquella mujer me había gustado mucho, más de la cuenta, y no estaba preparado para que otra mujer me atrajera.

Por eso mismo preferí que se alejara de mí antes de dar el siguiente paso, porque una vez que hubiéramos ido a su casa o a la mía, a la mañana siguiente todo habría sido mucho peor.

—¿Para qué hora está programada la reunión con todos los jefes de departamento? —me preguntó Carter.

Estábamos a punto de llegar a la empresa.

—A las nueve —contesté de forma escueta.

—¿Estás seguro de que quieres que me haga pasar por el jefe?

—Sí, es lo que habíamos hablado y no voy a cambiar de opinión.

Estaba siendo cortante, pero es que tenía la mente en otro sitio.

—Yo creo que es un error. Cuando salga a la luz y tus empleados sepan quién eres en realidad, van a dejar de confiar en ti.

—No me van a descubrir, porque antes de que lo hagan nos habremos marchado.

No pensaba quedarme mucho tiempo.

No cuando mi vida estaba en Londres y no allí.

—Tío, que las mentiras nunca salen bien y tú lo sabes mejor que nadie.

—En esta ocasión me importa una mierda esta mentira. De todos modos, si me descubren, me da igual. No tienen que hacer otra cosa que obedecer lo que se les ordene, sin importar nada más.

Las cosas no eran así y, desde luego, mi padre no me había educado para ser de esa manera, ni mi madre jamás me habría permitido comportarme de forma tan déspota.

—Joder, tío, no sé qué coño te pasa hoy, pero estás irreconocible.

Tenía razón. Ni yo mismo lo hacía.

Llegamos a la empresa y, después de presentarse ante la que se suponía que era su secretaria, me presentó como su mano derecha.

Tras esa breve presentación, fuimos directos a la sala de juntas, ya que era allí donde se iba a celebrar la reunión.

Al entrar, todos los jefes de departamento estaban sentados alrededor de una gran mesa rectangular y, en cuanto nos vieron, se pusieron en pie. Era una muestra de respeto.

Carter se sentó en la cabecera y, tal y como había pedido, la silla de su derecha estaba libre. Ahí era donde iba a sentarme yo.

Me puse delante de la silla, esperando a que mi amigo se sentara primero para que el resto de los presentes también lo hiciera.

Lo miré para ver si entendía por qué cojones estaba tardando tanto en sentarse.

Y al fijarme en él, me di cuenta de que tenía la mirada clavada en alguien que estaba sentada varias sillas más allá.

Cuando miré hacia allí, pensé que había perdido la cabeza de tanto pensar en ella durante todo el fin de semana.

Porque la que estaba allí de pie, con cara de no saber dónde meterse, era Dani. O, mejor dicho, Daniela.

Era ella, con una ropa mucho más formal, el pelo recogido y unas gafas de pasta amarillas.

Sí, porque esa mujer no podía ponerse un color de gafas discreto. No. Ella tenía que llamar la atención.

No le parecía suficiente hacerlo con su físico y con su manera de ser; no, para asegurarse de que todo el mundo la mirara, se plantaba aquellas gafas.

Alargué el pie para darle una patada a mi amigo, por mucha sorpresa que se hubiera llevado.

Nosotros no podíamos mostrar sorpresa ni ninguna otra emoción delante de nuestros directivos.

—Buenos días, me presento… —Comenzó a hablar, soltando todo el discurso que había ensayado previamente.

Igual que había hecho con su secretaria, lo hizo con todos los directivos. Me presentó como su ayudante y, cuando Carter terminó de hablar, ellos fueron presentándose uno a uno.

Así que ella era la directora del equipo de *marketing*.

El destino era un hijo de puta. Eso me había quedado bastante claro.

Es que, joder…

¿Qué posibilidades había de que la mujer que conocí el viernes y con la que no terminé precisamente bien fuera mi directora de *marketing*?

No sabía el número exacto, pero digamos que una entre un millón.

Si Harper se enterara de esto, estoy seguro de que me diría que me lo había buscado por hijo de puta, y no me quedaría otra que darle la razón.

—Cuando termine la reunión y se vayan todos, pídele a Daniela que se quede —le dije a Carter en voz baja.

—¿Y qué cojones se supone que le voy a decir? ¿No crees que es mejor que hables tú con ella fuera de aquí?

Como si fuera de allí fuera a tener una oportunidad de hablar con ella. Aunque, pensándolo bien, tampoco es que tuviera mucho que decirle.

¿Qué iba a hacer? ¿Pedirle disculpas?

¿Para que me volviera a sacar el dedo corazón y me dijera que aprendiera a moverlo?

Tengo que reconocer que aquello le había hecho daño a mi ego masculino, aunque sabía que me lo había dicho por joder. Buena prueba de que le gustó y de que llegó al orgasmo fue, entre otras muchas cosas, lo mojados que me había dejado los dedos.

Joder, me estaba volviendo a poner duro otra vez solo con pensar en su sabor.

Que esa mujer trabajara allí iba a ser como estar en el infierno. Uno hecho a mi medida. Estaba seguro de que iba a intentar hacerme la vida imposible.

Y estaba tan seguro porque se lo podía ver en la mirada incluso en ese momento.

—No sé, solo dile que tiene que quedarse. Después ya veré qué hago.

—Muchas gracias, podéis marcharos. Daniela, necesito que te quedes un segundo.

Por la mirada que le echó, supe que tenía clarísimo que aquello no tenía nada que ver con el trabajo. Se quedó porque no le quedó más cojones que hacerlo.

Era quedarse o desobedecer una orden del jefe delante del equipo, y eso era motivo de despido.

—Como usted diga, señor.

Esa mujer debía de estar maldiciéndonos en todos los idiomas posibles. Y si alguno no existía, estaba seguro de que se lo iba a inventar.

En cuanto nos quedamos a solas los tres, hizo algo que nunca me habría esperado de nadie.

Desde luego, a mí no me había pasado nunca y, por la cara de tonto que se le quedó a Carter, a él tampoco.

Dani era, como diría mi madre, una mujer de armas tomar.

—Os aviso de que esta conversación está siendo grabada —dijo cuando dejó el móvil encima de la mesa con la grabadora encendida. Incluso dijo el nombre de las tres personas que estábamos allí presentes—. Desde ya os digo que penséis muy bien lo que queréis hablar conmigo porque, como no sea de trabajo, os voy a denunciar por acoso.

—Dani, ¿no crees que estás actuando de manera exagerada? —me atreví a preguntarle.

—No, solo cuido mis espaldas, porque está claro que, si tiene que perder alguien, esa voy a ser yo. ¿Y ahora tenéis algún problema con mi trabajo?

Joder, qué dura era.

—No, Daniela, estamos muy contentos con tu trabajo. Todos los informes que nos han llegado hasta ahora han sido muy buenos. —Miré a Carter preguntándome qué cojones estaba haciendo—. Puedes irte cuando quieras, solo te había pedido que te quedaras para felicitarte.

—Gracias, se agradece mucho que reconozcan tu trabajo. Por cierto, jefe, Alma trabaja en el departamento de contabilidad. —Fue lo último que le dijo a Carter.

Si ya era poco lo que teníamos encima, todavía nos acababa de echar un poco más.

Cogió el móvil, pero no detuvo la grabadora. Por lo menos no lo hizo antes de salir de allí. Desde luego, de tonta no tenía ni un pelo.

—Hostia, ¿ves? Esto era lo que nos faltaba para terminar de liarla del todo.

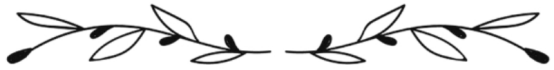
No le contesté. Aunque sonara egoísta, ahora mismo creo que mi situación era mucho peor.

—¿Por qué le has dicho eso? —le pregunté cuando nos quedamos a solas.

—Porque uno de los dos tenía que ser consciente de todo lo que podíamos perder si se te iba la boca.

Tenía razón. Si no le hubiera dicho que se fuera, lo más seguro es que hubiera hablado más de la cuenta.

Capítulo 9



Daniela

Me cago en mi puta mala suerte.

Joder, ¿no podías castigarme por lo que hice el viernes de otra manera?, pregunté mirando al techo de mi despacho.

Que no tenía ni idea de por qué lo hacía si yo no creía. Supongo que lo hice porque en momentos de desesperación necesitamos culpar a alguien de nuestra mala suerte.

Pues, si se trataba de culpar a alguien, también me iba a cagar en Juanjo, en la madre que parió a Juanjo y en sus putas ganas de buscarse a una vieja con dinero.

Que sí, coño, listo, ya lo había dicho: Juanjo iba buscando mujeres que fueran treinta o cuarenta años mayores que él.

Y buscaba a esas mujeres porque sabía que las podía encandilar mucho más que a una joven.

Pues eso, que me cagaba en Juanjo, en Alma y en mí misma por tener la lengua demasiado larga y ser lanzada por una puta vez en la vida.

Y ahora que había nombrado a mi amiga, me di cuenta de que no la había llamado para decirle que el tío con el que pasó todo el fin de semana resultaba ser su nuevo jefe.

Todo hay que decirlo.

Porque si yo fui lanzada, ella fue un puto rayo. Ojo, que no la culpo. Si a mí el imbécil ese no me hubiera dicho lo que me dijo, estoy segura de que también habría terminado acostándome con él, por lo menos la noche del sábado.

La llamé desde mi móvil. Siempre habíamos hablado por el teléfono fijo de la oficina, pero ahora no me fiaba ni un pelo, así que mejor por allí.

—¿Por qué me llamas por aquí?

—Alerta roja. Yo creo que es incluso un poco más fuerte que la roja —fue lo que le contesté.

—Vale, en diez minutos en los baños de la cuarta planta —me respondió.

Entre nosotras no hacía falta nada más.

Acababa de guardar el teléfono en el bolso cuando la puerta se abrió de pronto. Ni se molestó en llamar. Entró como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo.

—Se llama antes de entrar —le dije cuando cerró la puerta a su espalda—. Aunque vengas desde la sede principal, eso no te da ningún derecho a irrumpir en mi despacho sin respetar mi privacidad.

Intenté coger el bolso del cajón de la mesa. Lo quería para sacar el teléfono.

Si lo ponía en modo grabadora, como antes, por lo menos sabía que me iba a dejar tranquila y no iba a hablar de lo que no debía.

Creo que se dio cuenta de mi intención, porque en dos zancadas llegó hasta mi mesa e impidió que sacara el móvil del bolso.

—No. Ahora vamos a hablar y no vas a grabar la conversación.

Iba a hablar su prima con él.

Lo que le tenía que decir, ya se lo había dicho aquella misma noche.

Jesús, qué guapo era, pensé. Espabila, tonta, que eres muy tonta, me dije.

—No tengo nada que hablar contigo y creo que tú conmigo tampoco —le dije sin dejar de mirarlo.

Quería que se diera cuenta de que no me iba a venir abajo, que no me iba a achantar ante él ni ante nadie.

Dani era mucha Dani y jamás en la vida iba a volver a bajar la cabeza, ni ante la misma muerte.

—Nos guste o no, vamos a trabajar juntos, así que creo que lo mejor que podemos hacer es aclarar lo que pasó el viernes.

Lo llevas tú claro, guapo, pensé con ironía.

—No creas que nos vamos a ver mucho. A mi anterior jefe lo veía un par de veces al mes y ya era mucho. A ti, que ni siquiera eres mi jefe, no tengo ni por qué verte. —Crucé las manos sobre la mesa, queriendo que me viera segura—. Y ahora, si no te importa, me gustaría que me dejaras trabajar tranquila.

A ver si se iba, que Alma debía de estar esperándome ya.

—Dani…

—No. Dani es para los amigos —lo corté.

—El viernes no era tu amigo, era un desconocido.

Sonreí. No me iba a alterar. Por lo menos, no delante de él.

—Pues eso. Dani, para los amigos y los desconocidos. Tú has pasado a ser un conocido, y no me ha gustado lo que he conocido de ti.

—Pues bien que te gustó que te metiera los dedos.

—No creo que un hombre pueda caer más bajo que tú —le dije aguantando las formas, y me estaba costando la vida hacerlo.

Si hubiera sido por mí, me habría levantado de la silla y le habría cruzado la cara encantada, pero no lo hice, porque, aunque me costara la misma vida, le iba a demostrar que tenía mucha más clase que él.

—Lo siento, no quería decir eso.

Para mí su disculpa no tenía ningún valor. Era una disculpa para quedar bien. Landon no lo sentía.

—¿Igual que tampoco quisiste decirlo el viernes? —no me contestó.

No podía decir otra cosa. O sí, y se la estaba pensando antes de soltarla.

—El viernes tampoco quise decirlo.

Palabras vacías.

—Mira, te lo voy a decir solo una vez, y solo espero que después de hoy no vuelvas a acercarte a mí si lo que vas a decirme no es estrictamente laboral.

Me levanté del sillón despacio y continué.

—Puedo entender que te llevaras esa impresión de mí. Fue mi culpa por empezar ese juego, que claramente terminé pagando yo, pero eso no te da ningún derecho a insultarme ni mucho menos a intentar denigrarme.

—Lo siento. De verdad que no estoy intentando justificarme. Lo siento de verdad.

Negué con la cabeza.

—No lo sientes, pero, sinceramente, me da igual que lo sientas o no. Lo que quiero es que mantengas las distancias conmigo. —Me humedecí los labios, y no por seducción; lo hice porque los sentía secos.

»Después de todo, te agradezco mucho que lo hicieras, porque de ese modo he podido ver cómo eres realmente.

—No me puedes acusar de ser así. No me conoces y por dos frases mal dichas no puedes hacerlo.

Sonreí y lo hice con descaro.

—Es curioso que me digas que no puedo juzgarte cuando es precisamente lo que tú hiciste.

Aunque por fuera parecía estar muy tranquila, por dentro estaba hirviendo de rabia.

—Tienes razón…

Llamaron a la puerta, cortando lo que estaba diciendo.

—Adelante. —Di paso.

De esa manera me lo podía quitar de en medio.

La que abrió la puerta fue Alma.

—Te estaba esperan… —se cortó al ver quién estaba en mi despacho—. ¿Qué hace este hombre aquí?

Alma podía ser más tímida que yo y mucho más discreta, pero cuando se trataba de alguien a quien quería de verdad, ya se podía esconder quien fuera.

—Pues resulta que es la mano derecha del nuevo jefe. ¿Y adivina quién es ese jefe? —le pregunté subiendo y bajando varias veces las cejas.

—No. —Negó con la cabeza—. No puede ser cierto. Te estás quedando conmigo.

—Buenos días para ti también, Alma —le dijo el imbécil.

—A ti no te hablo.

No solté una carcajada de milagro.

—Pues trabajamos juntos —le dijo él, cruzándose de brazos.

Eso, cruza los brazos y marca músculo, capullo, pensé entre cabreada y cautivada. Me daba una rabia enorme sentirme atraída por ese hombre, pero es que no lo podía evitar.

El capullo era el hombre más guapo que había visto en mi vida.

—No, tu trabajo no tiene nada que ver conmigo, así que ni me tienes que hablar.

Mi amiga lo imitó cruzándose de brazos.

—Jamás pensé que el comienzo en esta sede iba a ser tan fantástico —dijo con ironía—. Mejor os dejo, que bastante vais a ponernos verdes.

Menos mal que se había ido, pensé cuando salió.

—Será capullo —dijo Alma, y eso que no le había contado todavía el comentario que me hizo.

—Capullo es poco.

Me dejé caer de golpe en el sillón.

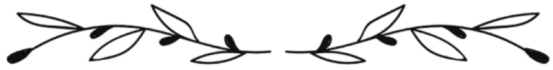
—Pero ese capullo te ha gustado mucho. De hecho, desde que te conozco, es el hombre que más he visto que te ha llamado la atención.

Normal, si desde que me conocía no me había visto con nadie. Algún tonteo suelto una noche, pero nada que mereciera la pena mencionar: un baile, unas sonrisas, unas miradas… cosa de niños.

Más allá de eso, no había visto nada, porque desde mi ex no había estado con ningún hombre y Alma ni siquiera llegó a conocerlo.

Ya os podéis imaginar el tiempo que hacía que no me tocaba nadie. Hasta que el viernes pasado fui una gilipollas y quise hacerme la valiente, para que luego me dieran la pedrada en toda la frente.

Capítulo 10



Landon

Llegué al despacho pensando una y otra vez que no sabía qué cojones me pasaba con Daniela. Solo sabía que perdía el control como no me había pasado nunca con nadie.

Lo peor era que con ella afloraba una versión de mí que no me gustaba en absoluto, y no era culpa suya.

Sabía muy bien por qué me estaba comportando así: me atraía Daniela, y eso era justo lo que no quería.

Tal vez por eso mi subconsciente me había empujado a decir aquellas palabras, intentando apartarla de mí antes de hacerle daño.

Carter estaba sentado en su mesa, mirando no sé qué en el ordenador.

Para poder llevar a cabo la mentira sobre quién era el verdadero jefe, desde la sede de Londres se había avisado de que en el despacho debía haber dos mesas.

Se pidió así para que pudiéramos trabajar los dos juntos y, si tenía que hacer alguna videollamada, poder disimular y que no se dieran cuenta.

Aunque, en el fondo, sabía que antes o después iba a descubrirse todo y que, cuando eso pasara, iba a ser tal y como me había dicho Carter.

—¿A que no sabes a quién he visto? —le pregunté, con las manos detrás de la cabeza y apoyado en el respaldo del sillón con una aparente despreocupación.

—¿Hum?

Debía de ser importante lo que estaba haciendo para no prestarme atención.

—¿Sabías que el departamento de contabilidad es el que mejor va de todas las sedes?

Eso llamó mi atención.

—¿Qué quieres decir con eso? Irá como todos, con los números claros y en orden.

—Es que me ha llamado la atención, porque todo está supervisado por Alma en vez de por el jefe del departamento y, tío, esa mujer es una máquina con los números. En toda mi vida solo he conocido a una persona a la que se le dieran tan bien, y ese es tu padre.

Mi padre tenía un talento especial para los números, pero imagino que, como él, habría millones de personas en el mundo con el mismo don.

—Supongo que será porque de verdad le gusta su trabajo y le pone corazón. ¿Me vas a escuchar ahora? —asintió—. Como te he dicho antes, me acabo de encontrar con Alma.

Se levantó de su sillón y vino hasta mi mesa.

—¿Y dónde la has visto exactamente? —me preguntó con una ceja levantada.

Bien sabía él de dónde venía.

—No te hagas el nuevo, sabes perfectamente dónde la he visto.

—Joder, Landon, no vayas a meter la pata. No lo hagas si solo es para follar una puta noche, no ahora que sabes que trabaja para ti.

—Si hubiera querido acostarme con ella, lo habría hecho el viernes. Sin embargo, no lo hice y me aparté.

—Y todavía no logro entender del todo por qué no te acostaste con ella.

Es que Carter pensaba que yo seguía acostándome con cualquiera.

Nunca había tenido problemas para acostarme con una mujer, al menos hasta que apareció Scarlett y me puso el mundo patas arriba. Desde entonces todo se había ido a la mierda.

Sabía perfectamente que no me convenía, que era la mujer más manipuladora que había conocido en mi vida y que siempre terminaba haciéndome daño, pero aun así nunca lograba apartarme de ella. Era como una droga: sabes que te consume y te mata poco a poco, y ni siquiera así eres capaz de decir que no cuando vuelve a buscarte.

Al principio ni siquiera me llamó tanto la atención, pero parecía que yo sí había despertado la suya. No sé cómo lo hacía, pero fuera donde fuese, siempre terminaba encontrándomela, y fue así como empezó a meterse poco a poco en mi cabeza.

Sus sonrisas tímidas, sus bajadas de ojos y aquella forma dulce y delicada de hablar acabaron atrapándome por completo. Un mes después empezamos una relación que, más que relación, fue un tormento. Lo dejamos varias veces porque, según ella, no lográbamos entendernos, pero siempre terminaba volviendo a caer, por mucho que me jurara que aquella iba a ser la última.

Y ese era uno de los motivos por los que no me permitía estar con otra mujer. Porque sabía que, si alguien llegaba a sentir algo por mí, tarde o temprano acabaría pagándolo. Puede que no tuviera sentido, pero era así.

Por eso también quise apartar a Dani. Porque desde Scarlett ninguna otra mujer había conseguido excitarme de verdad… hasta ella. Y con Dani me excité demasiado.

Desde el viernes no podía dejar de pensar en el calor de su cuerpo, en lo húmeda que estaba y, sobre todo, en su sabor. Tanto, que cada vez que lo recordaba me daba cuenta de lo gilipollas que había sido. Tendría que haber disfrutado de ella.

—Porque lo pensé mejor a última hora. Mira por dónde, al final salió bien no haberlo hecho —le contesté.

Lo que no había salido bien era el dolor de huevos con el que me había quedado, porque daba igual cuántas veces me hubiera masturbado desde entonces: no terminaba de sentirme saciado.

No era ella.

Y, por muy gilipollas que sonara, comparar el calor de mi mano con el que podría haberme dado su sexo alrededor del mío no tenía ni punto de comparación.

—No sé yo si al final fue para bien o para mal.

Preferí no decirle que había vuelto a tener la boca demasiado grande.

Sonó mi teléfono y, al mirar la pantalla, vi que era mi hermana. Sabiendo lo que quería, y siendo ya casi mediodía, nada bueno me podía esperar.

—Dime.

Sí, no contesté muy simpático que digamos.

—Yo también me alegro muchísimo de oír tu voz, sobre todo después de llevar más de una semana sin hablar.

Resoplé.

Mi hermana era de esas que no paraban hasta ponerte de los nervios.

—Harper, estoy trabajando…

—Por eso mismo te estoy llamando. —Carter me hizo una señal con la mano y asentí—. He decidido irme a trabajar a España contigo.

No. Eso sí que no.

—Harper, tú tienes tu puesto en Londres —le dije.

—Ya, pero también puedo tenerlo allí, y es lo que quiero.

Cuando se le metía algo en la cabeza, no había manera de hacerla cambiar de opinión.

—Mamá no va a estar de acuerdo.

A ver si diciéndole eso cambiaba de idea.

—Precisamente ha sido ella la que me ha animado —me contestó.

—Eso no me lo creo.

Más que nada porque el día que me vine, por poco se echa a llorar pensando que mi hermana podía enamorarse y quedarse en España.

—Llámala y le preguntas. Sabes que no miento nunca.

No, ella podía tener mil defectos, pero mentir no era uno de ellos. Más bien pecaba de sincera en exceso, tanto que muchas veces mi padre se levantaba de donde estuviera sentado y se largaba.

Y tampoco podía culparlo, porque escuchar a tu hija hablar con total naturalidad de su vida sexual no debía de ser plato de gusto para nadie.

Cada vez que yo le pedía que se cortara un poco delante de él, me respondía que hablar de sexo debería ser lo más normal del mundo.

—Te creo. ¿Cuándo vienes? —le pregunté.

—Pasado mañana.

—Sí que te ha entrado la prisa.

—Sabes que me gusta mucho esa tierra, y más con el tiempo tan bueno que empieza a hacer ahora.

A pocas personas conocía en esta vida a las que les gustara más disfrutar de la playa que a mi hermana.

—Lo sé.

Vaya si lo sabía.

—No he buscado dónde quedarme, pero como sé que el chalé en el que estáis es grande, no me he molestado en mirar nada.

—Carter también vive conmigo allí —le recordé, por si no tenía presente que mi amigo se quedaba en la casa.

—No me molesta, me llevo muy bien con él.

Y era verdad. Siempre se habían entendido bien, en parte porque Carter la había tratado desde el principio como si fuera una hermana pequeña.

—En cuanto llegue, los tres tenemos que salir de fiesta. —La oí reír al otro lado del teléfono.

Yo ya había acabado con las fiestas por allí, pero eso era algo que no sabía ni tenía por qué saber.

—Claro, seguro que encontramos buenos sitios para tomarnos una copa —le contesté.

Estuvimos hablando un rato más hasta que la llamó una amiga.

Me centré en trabajar. Era la manera más rápida de que se me pasara el tiempo y de dejar de darle vueltas a temas con los que no podía hacer nada.

Y la verdad era que lo que quedaba de mañana se me pasó rápido.

Cuando me quise dar cuenta, ya era la hora de comer, y lo supe porque Carter me llamó por teléfono.

Que, por cierto, no sé qué es lo que había estado haciendo, pero desde que se había ido no volvió a aparecer.

No es que se explayara mucho al hablar.

—Te espero en recepción.

Con eso lo dijo todo.

No me molesté en ponerme la chaqueta. Me dejé las mangas de la camisa dobladas, tal y como me las había subido a media mañana.

Si hubiera sido una comida de negocios, sí me la habría puesto, pero como solo iba a comer algo con Carter y rápido, no le di importancia.

Cogí el móvil y la cartera. No necesitaba nada más.

Al salir del ascensor, vi a través del cristal de la puerta que Carter estaba en la calle.

—No me había dado cuenta de la hora —le dije al salir.

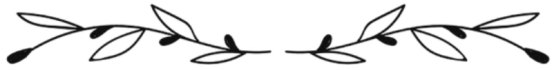
—Ya. Mira, ahí va nuestra amiga.

Hizo un gesto con la barbilla señalando hacia una dirección. Al mirar, me di cuenta de que Daniela estaba abrazada a un hombre que, a simple vista, parecía de mi edad o un poco más joven.

Era alto y, desde luego, se notaba que se cuidaba.

De pronto sentí una sensación que no me gustó nada.

Capítulo 11



Daniela

¿Recordáis que al principio dije que entre mi hermano y yo nos podíamos matar, pero que no se le ocurriera a nadie de fuera meterse con alguno de los dos? También dije que no siempre nos llevábamos mal. Pues aquel era uno de esos días en los que nos queríamos mucho. Y que conste que no lo digo con ironía, lo digo de corazón.

Parecía que Gonzalo tenía un radar y aparecía justo en los momentos en los que más lo podía necesitar, y aquel día no estaba siendo precisamente uno de los mejores de mi vida.

Supongo que, por mucho que me hiciera la fuerte de cara a todo el mundo e incluso ante mí misma, había cosas que seguían doliendo. Puede que, además, Landon hubiera removido recuerdos viejos, de cuando no me sentía nadie, de cuando vivía convencida de que el resto del mundo valía mucho más que yo.

Sus palabras me llevaron de golpe a la mujer que fui y a la que no pensaba volver a convertirme nunca más. Me había costado demasiado darme cuenta de todo lo que había permitido, de todo lo que habían hecho conmigo, como para dar un solo paso atrás. Si tenía que hacerme más fuerte, lo haría. Y si alguna vez necesitaba llorar, también lo haría, pero sería en mi casa, donde nadie pudiera verme.

Durante mucho tiempo fui la débil, la que dejaba que la vieran llorando, desesperada, porque se sentía una mierda. Pero ya no. Ahora no iba a verme nadie y, así tuviera que tragarme nudos como puños, a la Dani que tanto me había costado construir no la iba a tumbar nadie.

Y sí, era lícito llorar de vez en cuando, porque hacerlo no te hace más débil; lloras, sueltas entre lágrimas todo el dolor o toda la rabia que lleves dentro y, cuando terminas, te lavas la cara y aquí no ha pasado nada. Te preparas para que te vengan veinte más, si hace falta.

Creo que me he desviado un poco. El caso es que Gonzalo me llamó para preguntarme si me apetecía ir a comer con él y yo acepté encantada.

Salí a las dos en punto. No me quedé ni un segundo más. No iba a hacer como otros días, que terminaba alargando la jornada para dejar algo rematado y luego tenía que comer deprisa y corriendo. Porque salir sí podía hacerlo más tarde, pero entrar no.

Pues ese día no pensaba regalar ni un minuto de más. Y ya podía ir diciéndolo: con el nuevo jefe que tenía no pensaba quedarme ni un solo día más por amor al arte.

Si me pedían que me quedara, no me podría negar, claro, pero entonces me iban a pagar las horas extra. Vaya que sí. Tenía que ahorrar todo lo que pudiera en el menor tiempo posible, porque algo me decía que en aquel trabajo no iba a durar mucho.

Y no precisamente por el trabajo en sí, porque estaba más que claro que lo llevaba superbién. Ahí estaban el tiempo que llevaba en la empresa y lo bien que funcionaba mi departamento para demostrarlo. Si no duraba, todos sabíamos el motivo.

Yo, al menos, lo tenía clarísimo: o me echaban ellos o se podía liar la de Dios como al gilipollas le diera por volver a buscarme para hablar de algo que no tuviera relación con el trabajo.

—¿Cómo es que has podido hacer un hueco para comer con tu hermano? —me soltó Gonzalo en cuanto me vio.

Si es que, en el fondo, le tenía que dar la razón a mi madre. Era yo la que siempre le buscaba la boca a mi hermano. Y que conste que esto os lo digo a vosotras, porque por nada del mundo, ni siquiera bajo amenaza, le iba a reconocer a mi madre que tenía una poquita de razón.

—No he venido a comer. Todo ha sido una mentira.

No tenía ni puñetera idea de qué estaba hablando.

—Mira que he intentado millones de veces leer la mente de la gente. A veces me he esforzado tanto que del esfuerzo hasta se me ha escapado algún que otro pedo, y aun así sigo sin poder hacerlo.

Gonzalo soltó una carcajada. A él no hacía falta explicarle mis palabras; mi hermano conocía muy bien mi sarcasmo.

—Pues es sencillo, enana. Lo de la comida era una mentira para que bajaras y poder detenerte en la calle.

Le di un puñetazo en el brazo. Mira que se lo di fuerte, pues ni cosquillas le hizo.

—¿Puedes hacerlo?

Me miró sin entender.

—Digo, ¿me puedes poner las esposas ahora mismo?

Miré detrás de mi hermano y allí estaban capullo uno y capullo dos. Os aclaro que el capullo uno era Landon, porque ese iba un poco por encima del otro, y Carter pasaba directamente a ser el capullo dos.

Pues eso, que allí estaban los dos sin quitarme los ojos de encima. El capullo dos me miraba con una media sonrisa. El capullo uno lo hacía serio. Incluso me dio la impresión de que se estaba conteniendo para no venir hacia donde estaba y soltarme una de las suyas.

Uy, como se atreviera a dar un paso en mi dirección, allí iba a desatarse la tercera guerra mundial.

—Estás loca, y no es un decir, estás loca de verdad. ¿Cómo se te ocurre que te voy a esposar aquí? Vamos, ni aquí ni en ningún otro sitio.

—Yo solo te estoy ayudando un poco, porque estoy a punto de cometer un asesinato.

Me encogí de hombros, como si aquello no tuviera demasiada importancia.

—Ah, bueno, si se lo merece porque te ha hecho algo, yo te ayudo para que nunca aparezca el cuerpo y tampoco queden pruebas.

—Ole, qué bueno es tener un hermano policía. Mucho más si encima es el jefe.

Me tiré a sus brazos. Menos mal que le pasaba como a mi padre y tenía buenos reflejos, porque si no llega a ser así, los dos habríamos acabado en el suelo.

—Dani, ahora en serio, ¿te está molestando alguien?

Se dio cuenta de que yo estaba mirando detrás de él, así que, con toda la naturalidad del mundo, me cogió de la mano y empezó a caminar en la dirección contraria. Lo hizo para poder girarse y ver qué era lo que tanto me tenía pendiente.

—Está todo controlado —le contesté dándole un apretón a la mano que llevábamos entrelazada.

—¿A cuál de esos dos quieres matar?

Los vio. Como para no verlos, si seguían mirándome. Bueno, para ser más exacta, el que seguía mirándome era el capullo uno. El otro estaba intentando darle conversación, conversación que él estaba ignorando por completo.

Mira que no lo conocía más que de dos ratos, pero algo me decía que sabía perfectamente cuál podía ser uno de sus comentarios al verme con mi hermano, sin saber que lo era y, encima, caminando los dos cogidos de la mano.

—No te vayas a imaginar cosas que no son —no le iba a contar las dos frases que me había soltado Landon porque Gonzalo era muy capaz de ir en su busca—. Es solo que no me han caído bien. Uno de ellos es el nuevo jefe y el otro su mano derecha.

—Entonces, por lo que parece, han venido pisando fuerte.

Sonreí al escucharlo.

—Eso parece.

Seguí con la pequeña mentira.

—Ojalá no se hubiera jubilado Eduardo.

Eso lo dije totalmente en serio. Si mi antiguo jefe no se hubiera jubilado, aquel imbécil no habría venido, yo no lo habría conocido y, por lo tanto, no me habría pillado por un tío que no merecía la pena. Porque esa era la peor parte de todo: lo mucho que me gustaba. Madre mía, cómo me ponía. Y no, no era solo que estuviera bueno; eso se le quedaba corto. Lo superaba con creces. Coño, que no soy de piedra.

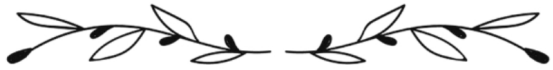
Mira que tengo mala suerte. Para uno que de verdad me gusta y consigue ponerme, resulta que es el tío más capullo e imbécil que me he echado a la cara en toda mi vida. Bueno, miento, hubo uno bastante peor que él, pero desde luego este se estaba ganando un puesto de honor.

Así que, cuando nos cruzamos de frente y me di cuenta de que me había tocado justo donde no debía, encima haciéndome daño, hice lo único que se me ocurrió para devolverle una parte: le guiñé un ojo solo para provocarlo.

No me reí de milagro cuando vi que iba a dar un paso hacia mí, aunque su amigo lo frenó a tiempo cogiéndolo del brazo. Que te jodan, pensé. ¿Y os digo un secreto? Me sentía gilipollas por seguir deseando haberme acostado con él el viernes.

Tenía un lío en la cabeza que ni yo misma era capaz de aclarar: por un lado lo deseaba porque, al menos, habría disfrutado un poco más; por el otro, me alegraba no haberlo hecho. En fin, necesitaba aclararme, y eso pensaba hacer durante la comida con mi hermano.

Capítulo 12



Landon

—Harper, me estás volviendo loco —le dije después de llevar un buen rato escuchándola.

—Es que me han dicho que ese local se ha puesto de moda desde que abrió.

Sabía perfectamente a qué sitio se refería. Fue allí donde conocí a la loca que tenía trabajando en mi empresa.

Llevaba solo una semana en España y ya sentía que estaba a punto de perder la cabeza. Entre mis encontronazos con Daniela, las miradas asesinas que me lanzaba cada vez que me veía, la llegada de mi hermana y todo lo que se me venía encima, había momentos en los que estaba por coger un coche y conducir sin pensar en el destino, solo por despejarme la cabeza.

—Sé qué local dices. Estuve allí con Carter cuando llegamos —le contesté.

—Pues quiero ir.

La miré desde el sillón de mi mesa con una ceja levantada.

—¿Y desde cuándo me necesitas para ir donde te da la gana?

Harper se había recorrido medio mundo sola, había estado en casi más países que yo y, sin embargo, allí estaba, dando a entender que necesitaba que la acompañara a un local de copas.

—No te necesito, pero me apetece ir a tomar una copa con mi hermano.

Se cruzó de brazos, y antes de que yo pudiera contestarle, Carter habló desde su mesa.

—Si os sirve de algo, creo que nos vendría bien. Después de la semana de mierda que hemos tenido.

Resoplé.

—¿Ves? —dijo Harper enseguida—. Estoy segura de que te va a venir bien despejarte un poco, porque te noto demasiado agobiado.

—Vale, venga. Esta noche vamos.

Mucha mala suerte debía tener para volver a tropezarme con Daniela en el mismo sitio.

Aunque, claro, tampoco sabía si era clienta fija de allí. Según me había contado Carter, el viernes pasado había sido la primera vez que ella y Alma iban a ese local. Él lo sabía porque, después del fin de semana que pasó con Alma, ella misma se lo había dicho.

Y hablando de mi amigo y de la rubia, ellos tampoco habían quedado en nada cuando terminó el fin de semana. No habían dicho de volver a verse ni nada por el estilo. Había sido lo que había sido, y punto. Lo dejaron claro desde el principio. Lo que ninguno de los dos esperaba era terminar trabajando en la misma empresa y que, además, uno de ellos fuese el supuesto jefe de la otra.

O, mejor dicho, el que se hacía pasar por el jefe.

El primer día, cuando Carter se enteró de que Alma trabajaba allí, fue a buscarla para hablar con ella. Lo hicieron de buenas maneras, porque entre ellos no había habido ningún malentendido ni nada parecido. Pero, claro, él quiso aprovechar la ocasión para intentar quedar de nuevo. Esta vez no le salió bien. Alma le dijo que no, y mucho menos sabiendo quién era dentro de la empresa.

Así que mi amigo tampoco estaba precisamente contento, lo cual explicaba que su semana no hubiera sido mucho mejor que la mía.

Se podía decir, sin miedo a equivocarse, que nuestra llegada a ese país no estaba siendo precisamente tranquila.

—Eres el mejor —dijo Harper, acercándose a mi mesa para abrazarme y plantarme un beso en la mejilla—. Me voy. Nos vemos en casa.

—Harper, se supone que has venido conmigo para trabajar —la reñí.

Mi hermana era responsable y cumplía con su trabajo, o al menos siempre había sido así. Es verdad que tenía ventajas que no tenía nadie más y también lo era que no trabajaba los mismos días ni las mismas horas que el resto, pero aun así siempre había respondido.

Sin embargo, desde que había llegado no había hecho gran cosa. Por no decir que no había hecho nada.

—Hoy es viernes, la empresa cierra al mediodía y son casi las doce, así que mi jornada laboral ya ha terminado —dijo con toda la tranquilidad del mundo.

—Te lo voy a dejar pasar por esta vez, pero a partir del lunes te quiero con las pilas bien puestas.

—A la orden, jefe.

Me hizo el saludo militar, encima con pitorreo.

—Eh, eso me lo tienes que decir a mí, que se supone que el jefe soy yo —protestó Carter en broma.

—A ti, si quieres, te saludo de otra forma. —Le pinchó ella.

Ni mi hermana sería capaz de tener nada con él, ni él con ella. Entre ellos aquello era otra cosa, una complicidad casi de hermanos que había existido desde siempre.

—Gracias, pero prefiero que lo haga otra rubia.

Que Carter reconociera en voz alta que le gustaba esa mujer era señal de que le gustaba de verdad.

—Pues si quieres que te lo haga otra rubia, ponte las pilas y conquístala. Estoy segura de que puedes hacerlo.

—Hazle caso —le dije yo.

Después de todo, no lo tenía tan difícil. Se gustaban los dos.

—Tú mucho animarme a mí, pero no eres capaz de hacer nada —me soltó Carter.

Le hice una señal con la mirada para que se callara delante de Harper. No le había contado nada y tampoco me apetecía darle explicaciones ni enfrentarme a un interrogatorio.

—¿Qué tiene que hacer mi hermano? —preguntó ella al momento.

Justo lo que yo esperaba.

—Yo no tengo que hacer nada —contesté antes de que Carter abriera la boca.

—A mí no me la das, hermano.

Madre mía, ya me había caído la de Dios encima.

—Te la dé o no, no voy a decir nada, porque no hay nada que decir.

Tal vez, si me ponía serio, no siguiera tirando del hilo. Aunque estaba bastante seguro de que, si no insistía en ese momento, lo haría más tarde.

—Para y no te pongas borde conmigo, que te tiro de las orejas.

Y era muy capaz de hacerlo.

—Vete ya si no quieres acabar yendo tú sola esta noche a ese local —intervino Carter.

Me conocía tan bien que no hacía falta que lo dijera yo.

—Está bien, de verdad que sois unos amargados los dos.

Cogió el bolso que había dejado sobre mi mesa, uno pequeño de mano en el que, sinceramente, no sé ni cómo le cabía nada, y se despidió agitando la mano con ese gesto suyo tan exagerado, como si fuera una princesa. Aunque, para mis padres, estaba claro que lo era.

Y reconozco que para mí también, según el día y el por culo que estuviera dando.

—Lo siento, no sabía que no querías que tu hermana se enterara —dijo Carter en cuanto nos quedamos solos.

—No pasa nada. En el fondo me da igual que se entere, tampoco es que haya mucho que contar.

—Mucho que contar no hay. Solo que fuiste un hijo de puta.

—No lo niego —admití.

—Es que tu forma de actuar con ella me tiene hecho un lío. Te arrimas a ella, me dices que fue ella la que dio el paso…

—No te lo digo, fue así —lo corté.

—Vale, perfecto, fue ella —concedió—, pero tú también tuviste que hacer algo, seguro. El caso es que le metes mano allí, la besas y, acto seguido, le sueltas esa gilipollez que ni tú mismo piensas.

Fue repasando todo lo que había pasado con Daniela, desde aquella noche hasta ese mismo momento, como si quisiera obligarme a escucharlo en voz alta para que sonara todavía peor.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Pues a algo bastante simple. La rechazas, le dices esas dos frases de mierda y luego te mueres de celos las dos veces que la has visto abrazada a ese tío en la puerta.

—No son celos.

O, más bien, no quería reconocer que lo fueran, porque hacerlo significaba admitir que Daniela me había gustado más de la cuenta y, por el momento, me negaba a asumir que me gustaba para algo más que para echar un polvo.

—Sí lo son, y lo sabes —replicó—. Pero no voy a ser yo quien te diga que, por primera vez desde que conociste a esa hija de puta…

Se refería a Scarlett.

—…te ha gustado una mujer de verdad. Y si tengo que ir un poco más allá, diría que precisamente por eso no te acostaste con ella.

Hostia con Carter. ¿Desde cuándo se había vuelto tan observador?

—Deja de divagar, que te has montado una película tú solo.

No iba a reconocer nada. Entre otras cosas, porque ni yo mismo sabía del todo qué coño me pasaba.

—No son divagaciones, Landon. Llevamos toda la vida siendo amigos. Sé lo que te pasa casi antes de que te des cuenta tú.

—Creo que venir a España te ha hecho madurar de golpe. —Lo pinché, a ver si así dejaba de darle vueltas al tema.

—No tires por ahí, que es lo que haces siempre cada vez que una conversación te incomoda.

Me estaba tocando los cojones y lo peor de todo era que lo hacía porque tenía razón.

—Di de una vez lo que tengas que decir y acabamos con esto.

Me pasé las manos por la cara. Empezaba a sentirme de verdad agobiado.

—No hay mucho más que añadir. Solo ten los huevos de admitir que si no te acostaste con ella fue porque te da miedo que te guste mucho más que Scarlett. Ese es el verdadero problema. Y lo que no entiendes es que precisamente eso sería lo mejor que te podría pasar.

Conforme hablaba, se iba encendiendo, y lo entendía. Ni él ni mi familia llevaban bien ese tema.

Tal vez desde fuera yo pareciera un hombre sin carácter, uno de esos que se dejan arrastrar por una mujer así sin hacer nada, pero no era eso. Fui yo quien le puso punto final a todo lo que Scarlett me estaba haciendo.

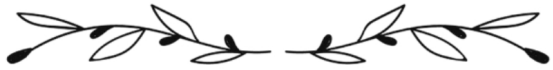
Sí, era verdad que lo habíamos dejado y retomado mil veces, y también lo era que casi siempre terminaba volviendo yo en cuanto me decía lo mínimo. Pero desde la última vez me juré que, por mucho enganche que tuviera con ella, no compensaba.

—Puede que tengas razón en muchas cosas de las que has dicho —admití al final—, pero te equivocas en una. No me da miedo que me guste más que Scarlett. Ojalá conociera a una mujer capaz de hacer que dejara de pensar en ella. ¿Te crees que no quiero quitármela de la cabeza?

—Pues date una oportunidad. Y si no es con Dani, que sea con otra.

Pero ese no era mi miedo. Mi miedo era hacerle daño a una mujer porque yo no supiera entregarme de verdad. O peor todavía: hacer que se enamorara de mí, que creyera que yo también la quería, y que después, en cuanto Scarlett reapareciera, yo volviera a caer a sus pies y dejara a otra mujer destrozada por mi culpa.

Capítulo 13



Daniela

—No me puedo creer que me vuelvas a hacer esto —le dije a Alma.

Tenía cojones que dijeran que la cabezona era yo. ¿Yo? Ja. Me río yo de cualquiera que diga eso, porque si lo hacen es porque no han tenido la desgracia de conocer a mi amiga.

Lo de desgracia es broma, lo aclaro para que no haya malentendidos.

La tía había vuelto a convencerme. Y no solo a mí, también a mi hermano. No sé cómo se las arreglaba, pero conseguía que Gonzalo hiciera cosas que a mí me costaría media vida lograr. Porque mi hermano no era un hombre al que le gustara salir por ese tipo de locales. Él era más de otros ambientes, unos más tranquilos, de los de poder ver el fútbol con los amigos o irse de senderismo. Vamos, que no era precisamente un animal de fiesta.

Pobrecito, se me estaba haciendo viejito.

Es broma. Que no es porque sea mi hermano, pero ya quisierais más de una tenerlo como pareja o para lo que os diera la gana. La cuestión era tener a un hombre como Gonzalo al lado.

—El sitio estaba superbién y no vamos a tener tan mala suerte de volver a encontrarnos con ellos —dijo Alma, tan convencida como si el destino no tuviera por costumbre reírse de nosotras en la cara.

—Mala suerte yo, porque hasta donde sé, tú te lo pasaste muy bien.

La hija de su madre me guiñó un ojo con descaro, y lejos de molestarme, no os podéis ni imaginar lo que me alegraba verla así.

—Y porque es mi jefe, que si no lo fuera y me lo hubiera vuelto a encontrar, te aseguro que me lo habría vuelto a pasar bien.

—Pues no seas tonta. Si te gusta, no pienses que es tu jefe y dale una oportunidad.

La miré con las dudas escritas en toda la cara.

—¿Y si no sale bien y termina despidiéndome?

Entendía perfectamente que estuviera llena de dudas. Yo también lo estaría si estuviera en su lugar. Pero si no daba ese paso, nunca podría descubrir si aquel hombre era alguien importante para ella o solo uno de esos amores pasajeros que, aunque no duren, te dejan un buen recuerdo. Porque no todos los amores bonitos tienen que durar toda la vida.

Es verdad que yo no había conocido ninguno de esos, pero sí había oído hablar de ellos.

—Eso no puede pasar, porque aunque no salga bien, no puede despedirte sin un motivo justificado. Estoy segura de que no se jugaría así tu puesto de trabajo.

—Cuando vino a hablar conmigo el primer día, me dejó caer que le gustaría que nos viéramos fuera del trabajo. Bueno, no me lo dejó caer, me lo dijo directamente.

—Eso no me lo habías contado —le respondí mientras me pintaba los labios, que era lo único que me quedaba.

Aquella vez había decidido pintármelos de rojo. De ese rojo que vuelve más atractiva a cualquier mujer y que, en cuanto te lo pones, te sube el ánimo y la autoestima, incluso aunque no la tengas muy alta. Me los había pintado así porque en los ojos apenas llevaba rímel y, sobre todo, porque iba vestida de negro y, cuando me vestía de negro, los labios siempre iban en ese color.

El vestido era de esos con los que parecía que ibas pidiendo guerra. Y sí, aquella noche necesitaba sentirme fuerte, atractiva y segura. Pero no para nadie, sino para mí misma.

Porque cuando una mujer se viste así, no siempre lo hace por los demás. Muchas veces lo hace por ella, por recordarse quién es. Está claro que no todas serían así, pero yo quería creer que la mayoría sí.

En mi caso, desde luego, lo era.

Y ahora sí, sigo contando cómo era el vestido.

Como he dicho, era atrevido. Por delante tenía un escote pronunciado, de esos que casi te llegan al ombligo, y en el centro del pecho las dos partes iban unidas por unas tiras de brillantitos dorados. El largo era a medio muslo, pero lo que más me gustaba era la espalda. Desde esos mismos brillantes salían dos tirantes que se cruzaban detrás, dejando la espalda casi al descubierto con un escote precioso.

Me encantaba aquel vestido. Ya me lo había puesto un par de veces y siempre por el mismo motivo: para sentirme más empoderada, con el ánimo tan arriba que fuera imposible que nadie intentara bajármelo.

Lo acompañé con unas sandalias rojas de tacón fino y alto. Tenían tres tiras delgadas: una sobre los dedos, otra que salía desde el lateral del dedo gordo, cruzaba el empeine y terminaba cerca del talón, y una última que nacía justo ahí y me rodeaba el tobillo.

—Joder, tía, estás espectacular. Hoy va a ser tu noche.

Me reí.

—La otra vez dijiste eso y mira cómo terminó.

—Bueno, yo dije que iba a ser nuestra noche. —Alcé las cejas al mirarla—. No me mires así. Por lo menos acerté el cincuenta por ciento.

Lo reconoció la cabrona.

—Eres una capulla —le dije sin dejar de reír.

—Si la otra noche acerté la mitad porque lo dije para las dos, esta vez tendré que acertar del todo, porque solo lo he dicho para ti.

—Mejor te quedas callada, que no necesito que sea mi noche. Solo necesito que sea una noche en la que nos lo pasemos bien los tres y listo.

Cogí el móvil para meterlo en el bolso e irnos. Estaba segura de que mi hermano ya habría llegado.

Y, como había imaginado, Gonzalo estaba fuera del coche, con los brazos cruzados sobre el pecho y el culo apoyado en la puerta.

—No es porque sea mi hermano, pero más cañón no puede estar —le dije a Alma.

—Tienes toda la razón. No sé cómo sigue soltero.

Se lo comió con la mirada, y eso que estaba segura de que entre ellos nunca habría nada.

—Por feo no es, eso seguro. Supongo que por el mismo motivo por el que seguimos solteras nosotras: no ha encontrado a la indicada.

Me encogí de hombros.

A esas alturas no era algo que me preocupara ni me quitara el sueño. No tenía ninguna prisa por encontrar pareja. Lo que sí tenía claro era que no pensaba conformarme con cualquiera solo por dejar atrás la soltería. No. A mí ese hombre tenía que aportarme algo. Y cuando digo algo, me refiero a todo.

Supongo que, cuando llegara el indicado, lo sentiría. O eso quería pensar. No me hagáis mucho caso, porque de esto tampoco es que entienda demasiado.

Solo hay que ver el ojo que tuve la última vez, que pensaba que había encontrado al hombre de mi vida y terminó siendo poco menos que el hombre del saco.

Menos mal que, por suerte, hay cegueras que se curan, aunque a veces tardes años en hacerlo. La mía creo que fue de las que más tardó en curarse, pero al final lo que importa es que más vale tarde que nunca.

—Dios, si no fuera tu hermana, te juro que no te dejaría escapar —le dije a Gonzalo cuando llegué hasta él.

—Joder, Dani, tú quieres que esta noche me pelee con más de uno —respondió, descruzando los brazos para saludarnos a las dos—. ¿Tú también? Y yo que pensaba que me iba a poder tomar una copa tranquilo, y resulta que no voy a poder dejar de vigilaros.

—Eso es porque no te has visto. —Lo señalé con el dedo—. No te separes de mí, que tengo que dar envidia.

—Envidia voy a dar yo con las dos pedazos de mujeres que voy a llevar de cada brazo.

—No es por nada, Gonzalo, pero precisamente «pedazos» no somos; yo nos veo bastante enteras.

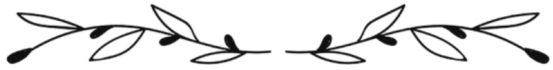
Alma aquella noche estaba sembrada. Tenía que ser así siempre. Tenía que darse cuenta de una puta vez de lo que valía en todos los sentidos.

—Esa es mi rubia —le dijo mi hermano.

Gonzalo había sido una de las personas que más pendiente había estado de mi amiga desde el momento en que se la presenté. Yo creo que la veía como me veía a mí: como a una hermana pequeña a la que había que proteger por encima de todo.

Alma había llegado a nuestras vidas tarde, sí, pero lo había hecho para quedarse y no marcharse nunca.

Capítulo 14



Landon

—No sé si este local cada vez se está haciendo más famoso, pero hoy está mucho más lleno —comentó Carter nada más entrar.

—Qué bonito es, y qué buen gusto han tenido los dueños —dijo mi hermana, admirando el sitio como si acabara de descubrir un pequeño paraíso.

Sí, Harper acababa de sacar su vena pija. No es que fuera una pija insoportable, ni mucho menos, pero sí era de esas personas a las que les gustaban las cosas bonitas, elegantes y con clase.

Yo, en cambio, estaba distraído mirando a mi alrededor. Supongo que, de forma inconsciente, la estaba buscando con la mirada, y eso que sabía que había pocas posibilidades de que estuviera allí aquella noche. Tampoco tenía claro si quería encontrarla o no. Bueno, en realidad sí lo sabía. Si era sincero conmigo mismo, me apetecía verla.

—Hoy esto está demasiado lleno. Creo que vamos a estar mejor en la barra de fuera —dije al ver el ambiente del interior.

Esa era una de las cosas que más me habían gustado de aquel local: la terraza y la barra que tenía fuera.

—Creo que me voy a hacer clienta fija de este sitio.

Mi hermana se entusiasmaba con una facilidad pasmosa. No solo por lo que acababa de decir, sino porque ella era así con todo. Se ilusionaba rápido, se entregaba enseguida y luego venían los golpes y las decepciones.

—Enana, llevas aquí cinco minutos. Ni siquiera te ha dado tiempo a probar una copa —le contestó Carter.

—No seas tonto, las copas son iguales aquí que en cualquier otro sitio.

Me reí.

—Tienes que reconocer que en eso Harper lleva razón.

—Os estáis equivocando, porque yo estaba hablando de los cócteles. El resto de bebidas, sé perfectamente que saben igual aquí que en cualquier otro lugar —nos corrigió.

Miré a mi hermana y los dos sonreímos sin abrir la boca. Cuando Carter tenía razón, había que dársela.

Llevábamos más o menos una hora en la terraza cuando me giré para buscar a Harper. Ya me había pedido que la acompañara tres veces al baño desde que habíamos llegado, así que al no verla donde la había dejado, empecé a buscarla con la mirada.

Y fue entonces cuando me pareció ver a alguien que no había conseguido sacarme de la cabeza en toda la semana.

—Me cago en la puta.

La expresión me salió sola, y encima sonó más española que inglesa.

No fue para menos. Afiné la vista y, cuando me aseguré de que era ella, sentí que se me tensaba todo el cuerpo.

Si la otra vez estaba impresionante, aquella noche había salido directamente a matar. Y lo estaba consiguiendo.

Por lo menos a mí me estaba matando.

Me estaba matando verla vestida así y, sobre todo, ver cómo medio local se la comía con la mirada. Llevaba el pelo recogido en una cola alta, algo que la hacía todavía más atractiva, y con aquellos labios rojos resultaba imposible apartar los ojos de ella. Pero cuando bajé la vista desde su cara hasta el escote, pensé que me iba a dar un puto infarto. Aquello no era un escote, era poco menos que una provocación en forma de pista de aterrizaje.

Me pasé una mano por la cara y luego por el pelo, intentando contener la desesperación.

Joder, es que me entraron ganas de cerrarles los ojos a todos aquellos tíos a base de puñetazos.

—¿Qué pasa? —preguntó Carter al verme así—. ¿Dónde está la enana? ¿Has visto algo? ¿Le ha pasado algo?

—Si no paras de hacer preguntas, no te puedo contestar —le solté sin dejar de mirar a Daniela.

—Pues dilo ya.

Sabía que se ponía nervioso al pensar que pudiera pasarle algo a mi hermana. Normal. Yo también lo haría si no supiera que Harper estaba perfectamente y que la que me tenía el corazón acelerado era otra mujer.

El corazón y bastantes más cosas.

—Mira quién está allí —le dije al fin—. Y algo me dice que, si está ella, la otra no debe andar muy lejos.

Carter siguió mi mirada y soltó un silbido bajo.

—Hostia, Landon, te lo digo en serio, tú no querrás nada con ella, pero te aseguro que todos esos tíos estarían encantados de pegarse a puñetazos por una mujer así.

Lo miré serio.

Y justo en ese momento Daniela se giró y nos dio la espalda.

—Joder, no puede ser.

Parecía un gilipollas abriendo y cerrando los ojos, intentando comprobar si aquel escote en la espalda era real o si me lo estaba imaginando.

—Sí que puede ser, sí —dijo Carter, como si le faltara poco para empezar a disfrutar con mi sufrimiento—. Rectifico. Hasta yo estaría encantado de pegarme a puñetazos por una mujer como ella.

Lo miré con ganas de matarlo.

—Cállate ya y busca a la rubia.

A ver si el primero con el que me iba a tener que pelear no iba a ser un desconocido, sino él.

—Yo me callo, pero mira con quién está.

Volví a mirar y entonces vi al mismo tío que la había recogido dos veces aquella semana en la puerta de la empresa. Estaba sonriéndole. Y yo me puse rígido en el momento exacto en que aquel hombre se inclinó y le besó la frente.

Ya no pude aguantar más.

Las ganas de acercarme a ella me pudieron, y fueron tantas que, por mi cabeza, no pasó otra cosa que no fuera llegar hasta allí.

—¿Qué haces?

Carter me agarró del brazo justo cuando empecé a andar.

—Voy a saludarla —contesté sin apartar los ojos de Daniela—. ¿No se supone que somos compañeros de trabajo?

—Landon, está con otro hombre.

Como si no me hubiera dado cuenta.

Y por si faltaba algo, en ese mismo momento apareció Alma. Llegó, se enganchó al brazo del tipo y le plantó un beso en la mejilla.

—¿Quieres acercarte tú ahora? —le solté con ironía a Carter.

—Joder, ¿y si a las amigas les van los tríos? Porque a mí eso de compartir a la mujer con la que estoy no me va.

—No te preocupes, que aquí nadie va a compartir nada.

Si a Carter no le gustaba la idea, a mí bastante menos.

Solo de imaginarme a otro hombre haciéndole a Daniela lo mismo que le había hecho yo, ya se me estaba poniendo la sangre mala.

Empecé a caminar hacia ellos.

Me faltaba poco más de un metro para llegar cuando, de pronto, apareció Harper y se colgó de mi brazo. Justo en ese instante, Daniela levantó la cabeza y se dio cuenta de mi presencia.

Nuestros ojos se encontraron al momento.

Los míos, llenos de deseo. Los suyos, de ese verde amarronado imposible de ignorar, también dejaban ver algo de eso, pero en su caso venía mezclado con rabia.

Primero miró a Carter. Después, a mi hermana. Y cuando se fijó en que Harper iba colgada de mi brazo, la rabia que tenía dentro pareció crecerle de golpe.

No sé si lo hizo por impulso, por fastidiarme o porque, sencillamente, le salió del alma. Solo sé que se abrazó más fuerte al brazo de aquel hombre y apoyó la cabeza en él.

—Buenas noches —saludé al llegar.

Los tres nos miraron. Uno con curiosidad, otra con cautela y Daniela con esa mezcla de rabia y orgullo que empezaba a conocer demasiado bien.

Sonreí por dentro.

No porque me alegrara verla incómoda, sino porque me había dado un placer absurdo interrumpir aquella escena y romper la cercanía entre ellos.

—Buenas noches —contestaron Alma y el hombre.

Daniela no dijo nada. No me sorprendió. De hecho, me lo esperaba.

Y como ya sabía que lo que iba a hacer no le iba a gustar nada, me recreé un poco más de la cuenta.

—Landon, compañero de trabajo. Él es Carter y ella mi hermana Harper —dije, estirando la mano hacia el hombre para hacer una presentación formal.

En cuanto escuchó que la mujer que iba colgada de mi brazo era mi hermana, la expresión de Daniela cambió un poco. Fue mínimo, casi imperceptible, pero se le suavizó la mirada.

Intentó disimularlo.

Conmigo no pudo.

—Encantado. Soy Gonzalo, el hermano de Dani.

La madre que la parió. Era su hermano.

Y yo llevaba días poniéndome de mala hostia por un tipo que ni siquiera podía considerarse competencia.

Aunque aquello no era lo peor. Lo peor era que la muy cabrona había estado disfrutando al verme rabiar.

Desde luego, mala leche tenía para regalar dentro de aquel cuerpo pequeño.

—Voy un momento al baño —dijo Daniela.

Los cojones. Lo que quería era quitarse de en medio.

Disimulé lo mejor que pude. Esperé un poco, lo justo para que no pareciera demasiado evidente, y en cuanto consideré que había pasado el tiempo suficiente, los dejé allí y me fui detrás de ella.

Ninguno de los cuatro se dio cuenta de que me marchaba. Fui directo hacia la zona de los baños, que era adonde supuestamente había ido.

Esperé fuera un rato. Ya estaba a punto de marcharme cuando la puerta se abrió y por ella salió Daniela.

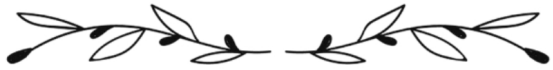
Atractiva, no; lo siguiente.

—Parece que había mucha gente dentro. Aunque me resulta raro, porque llevo un buen rato aquí y no he visto salir a nadie —le dije, cortándole el paso.

—Apártate, que voy a pasar.

Con aquel vestido era imposible que llevara sujetador, así que me di cuenta al instante de que se había excitado. No necesité más que ver cómo se le marcaban los pezones bajo la tela para saberlo.

Capítulo 15



Daniela

Dios mío de mi vida, si de verdad existes, ayúdame a resistirme a este hombre.

Lo deseé con todas mis fuerzas, aunque a ratos esas mismas fuerzas me iban fallando.

—Es que no quiero que pases —se atrevió a decirme.

Y yo, como había salido de casa en plan guerrera, di un paso en su dirección y me pegué tanto a su cuerpo que apenas quedó espacio entre los dos.

Aunque llevaba unos tacones bien altos, tuve que levantar el rostro para poder mirarlo a la cara.

—Te he dicho que te apartes —le solté, acercando demasiado la boca a la suya.

—No me apetece. Y ahora mismo menos que nunca.

Se humedeció los labios y yo sentí cómo me palpitaba el sexo.

—¿Sueles hacer mucho esto? —Le devolví la pregunta que me hizo aquella noche.

—La verdad es que no. Pero si tengo que hacerlo contigo todas las veces que haga falta, lo voy a hacer —me respondió, sin una pizca de vergüenza.

—Landon, te lo digo de verdad, no estoy para juegos. Y mucho menos para acabar tragándome otra vez insultos o frases hirientes.

Hizo un gesto de dolor.

—Todo tiene un porqué, aunque no estoy tratando de justificarme, porque esas palabras no tienen justificación.

¿Estaría siendo sincero?, me pregunté.

Dani, no seas tonta, que este lo que quiere es un puto polvo.

Joder, y yo también lo quería.

No, no estaba loca. Solo estaba intentando entenderme, aunque por lo que veía no lo estaba consiguiendo.

Dani, por tu madre, inténtalo una vez más. Total, de perdidos al río. Lo peor que puede pasar es que salga todavía peor.

—Calla y bésame —le dije al darme cuenta de que pensaba seguir hablando.

Y lo hizo.

Puso una mano en mi cintura y la otra detrás de mi cabeza, pegada a la nuca, y me besó. Pegó su boca a la mía, sacó la lengua, me tentó con ella hasta que abrí los labios y dejé que se colara en mi boca, que se enredara con la mía, que volviera a hacerme perder el sentido.

El calor que ya me ardía entre las piernas se volvió mucho más intenso. Sentía cómo me recorría por dentro, arrasándolo todo a su paso.

Y ahora que me había atrevido, y que él parecía dispuesto a no cortarlo todo con alguna gilipollez, no pensaba esperar a llegar a ningún sitio.

Era allí y en ese momento o estaba segura de que terminaría arrepintiéndome.

—Por tu madre, dime que estás preparado —le solté.

Como no llevara preservativo, me iba a dar algo. Vamos, que era capaz hasta de pedírselo a mi hermano con tal de no hacerlo sin protección.

Digo yo que alguien tendría que llevar alguno encima.

—Estoy más que preparado —dijo, cogiéndome la mano y llevándosela al bulto del pantalón—. Mira cómo me tienes.

Madre mía.

Eso que sentía debajo de la palma de mi mano no podía ser ni medio normal.

—No te digo eso. Lo que quiero decir es que, como no tengas algo para cubrir esto… —Le di un pequeño apretón—. No vamos a hacer nada, eso te lo garantizo. Por muy caliente que me tengas, sin protección no hay sexo.

Por ahí sí que no pasaba. Ante todo estaba la seguridad y la salud.

—Tengo, no te preocupes. Yo pienso igual que tú —me contestó antes de besarme el cuello.

Estaba segura de que estábamos llamando la atención, pero en esos momentos me importaba una auténtica mierda.

Puse una mano en la cintura de su pantalón y con la otra lo agarré por el centro de la camisa. Empecé a andar hacia atrás y no me detuve hasta que mi espalda chocó con la puerta del baño.

¿Era el mejor lugar para acostarme con un hombre después de tanto tiempo?

No, no lo era.

Pero aquello era lo que era: un calentón. Allí no había nada romántico. Allí había pasión, fuego y deseo.

Y de esas tres cosas, ambos íbamos sobrados.

Fue él quien estiró la mano para abrir la puerta. En cuanto lo hizo, me empujó suavemente hacia dentro, entrando justo detrás de mí. Cerró y echó el pestillo.

Menos mal que lo tenía, aunque tal y como estaba en ese instante, me habría dado igual que no lo tuviera.

—En el bolsillo de atrás —logró decir entre beso y beso.

Metí la mano donde me indicó.

—No encuentro nada.

—En el otro.

En ese sí estaba.

Uf, menos mal.

—Pónmelo.

Esa voz ronca y aquella orden casi hicieron que me corriera sin necesidad de que me tocara.

Le desabroché el pantalón, metí la mano dentro, por debajo de la ropa interior, y le saqué el miembro.

El problema era que yo nunca había puesto uno. Jamás me lo habían pedido y, además, siempre había sido demasiado cortada para hacerlo.

Aunque, digo yo, tan difícil no podía ser.

Me separé un poco, lo justo para ver qué tenía que hacer. Abrí el paquetito, saqué el preservativo y, antes de ponérselo, le rodeé el sexo con la mano, subiéndola y bajándola a lo largo de toda su longitud.

—Joder, Dani, ponlo, que desde el viernes pasado estoy que no puedo.

¿Me lo estaba diciendo o me lo estaba contando?

Porque yo estaba exactamente igual.

Se lo puse y, en cuanto lo tuvo puesto, se desató la locura.

Me quitó la ropa interior de un tirón, me cogió en brazos y apoyó mi espalda contra la pared.

—Rodéame el cuello y la cintura.

Lo hice, y en ese mismo instante empezó a penetrarme. Lo hizo despacio, con una suavidad que chocaba de frente con las ganas que nos teníamos.

—Landon… —Se me escapó en un gemido.

—Joder, Daniela, qué bien se siente —susurró junto a mi oído.

Y tanto que se sentía bien. Se sentía de maravilla.

Empezó a salir de mi interior y no quería que lo hiciera; me daba igual que fuera para volver a entrar.

No quería que lo hiciera porque me sentía tan bien con él dentro que estaba convencida de que no necesitaba nada más para correrme, así que contraje el sexo para impedirle salir del todo.

Respiró hondo, como si estuviera intentando controlarse. Apoyó la frente en mi hombro y cerró los ojos unos segundos.

—No hagas eso —dijo al cabo de un momento.

—Pues no salgas. —Me encogí de hombros, sonriendo.

—No sé si sabes muy bien de qué va esto, pero si no lo sabes, deja que te lo recuerde.

Y vaya si me lo recordó.

Salió casi por completo para volver a entrar. Lo hizo con fuerza, pero controlándose, moviéndose con una seguridad que dejaba claro que sabía perfectamente cómo tocar, cómo empujar, cómo hacer que todo se volviera mucho más intenso.

Cerré los ojos.

Era imposible no hacerlo.

Como cuando se te cierran solos porque estás disfrutando muchísimo, ya sea de una comida que te vuelve loca o de que te acaricien el pelo justo como te gusta. En mi caso se cerraron porque el placer que estaba sintiendo era demasiado grande.

—No cierres los ojos. Necesito ver los tuyos.

Fue raro porque apenas conocía a Landon, pero entendí perfectamente lo que quería decir. No era que quisiera asegurarse de nada. No. Era él quien necesitaba verme.

Abrí los ojos y nuestras miradas se conectaron.

Y en ese momento sentí que algo dentro de mí había cambiado.

No sabía qué.

No tenía ni idea de si era para bien o para mal.

Solo sentí que una parte de mí había dejado de pertenecerme del todo.

Y eso me dio mucho miedo, porque durante muchos años había perdido demasiadas cosas de mí misma y no pensaba permitir que volviera a pasar.

No podía dejar que me arrancaran nada más.

Dejé de pensar en ello en cuanto sentí que me daba un pequeño mordisco en el hombro.

—Landon… —pronuncié su nombre casi sin voz.

—Joder, Daniela…

Esa voz. Y esa forma de decir mi nombre completo.

—No pares.

Sentía el orgasmo cada vez más cerca.

No se detuvo. No cambió el ritmo, pero sí hizo un movimiento con las caderas que me volvió completamente loca.

Y cuando algunas dicen que vieron las estrellas, el firmamento entero o no sé qué más al correrse, yo no vi nada de eso.

No tengo ni idea de lo que hizo Landon conmigo. Solo sé que lo que me hizo sentir no lo había sentido en los treinta y un años que tenía.

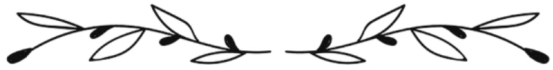
Le rodeé el cuello con más fuerza y apoyé la frente contra la suya sin dejar de mirarlo. Le acaricié la mejilla con suavidad. Quería quedarme con el recuerdo hasta del más mínimo detalle, de todo lo que me estaba haciendo sentir, porque no quería olvidar nada.

Esto no podía volver a pasar.

Y precisamente por eso podía volver a pasar.

Porque, como ya había pensado antes, no podía permitir que me quitara nada de mí. Y algo me decía que Landon era exactamente el tipo de hombre capaz de robarme hasta el aire que necesitaba para respirar.

Capítulo 16



Landon

Estar con Daniela había sido una de las mejores decisiones que había tomado en mucho tiempo, aunque en el fondo seguía teniendo la sensación de haberme equivocado.

Aquella mujer que acababa de tener entre mis brazos me había hecho sentir cosas nuevas, sensaciones que ni siquiera sabía que existían. No habría sabido explicar exactamente qué era, y en ese instante tampoco tenía claro si me gustaba o si, más bien, me asustaba.

Cuando Daniela llegó al orgasmo y se contrajo alrededor de mí, apretándome casi hasta impedir que pudiera salir de ella, me voló la cabeza. Y no solo eso, también acabó con el poco autocontrol que me quedaba. Fue imposible no acelerar, no buscar mi propio placer con más fuerza, con más hambre, como si todo lo que le estaba haciendo siguiera pareciéndome poco.

Joder, era tan grande lo que estaba sintiendo que, en medio de todo aquello, supe que podía engancharme a ese placer. Y fue justamente eso lo que me dio vértigo.

Bastante tenía ya con seguir enganchado a una mujer durante años, como para que ahora llegara otra capaz de hacerme sentir algo parecido o, peor todavía, algo más fuerte.

Pero lo que de verdad no me esperaba fue lo que vino después. O, mejor dicho, lo que no pasó.

Fue entonces cuando Daniela hizo y dijo ciertas cosas que me dejaron claro lo fácil que debía de ser para una mujer sentirse utilizada por un hombre cuando para él todo se reduce a echar un polvo.

¿Me escocieron sus palabras?

Sí. Mucho más de lo que me habría gustado reconocer.

Y sobre todo me dolieron porque no estaba acostumbrado a eso. Lo primero, porque hacía mucho tiempo que no me acostaba con otra mujer que no fuera mi «ex». Sí, lo pongo entre comillas porque Scarlett nunca llegó a ser una ex al uso.

Sobre todo porque lo nuestro tampoco fue una relación seria.

Lo nuestro había sido, durante años, una obsesión. Una puta obsesión, para ser exactos, porque entre nosotros no hubo amor. Por su parte, desde luego que no.

Por la mía, durante mucho tiempo, quise creer que sí, que estaba enamorado. Ahora sé que no. Ahora creo que fue exactamente eso: una obsesión enfermiza por mi parte.

El caso es que no esperaba sentirme utilizado. Y, sin embargo, Daniela acababa de hacerme sentir justo así.

—Gracias, me lo he pasado muy bien —me dijo mientras recogía las bragas y las tiraba a la basura.

Me imaginé enseguida por qué las tiraba. Cuando se las arranqué con las prisas, se habían quedado en el suelo, así que era normal que no quisiera volver a ponérselas.

—¿Así que te lo has pasado muy bien? —le pregunté—. Y, por lo que veo, no quieres seguir pasándolo bien en tu casa o en la mía.

—Uy, mejor no. Con una vez ya he tenido suficiente.

No podía ser tan fría.

No, no me lo creía.

Detrás de aquel comportamiento tenía que haber algo más. Podía creerme que no quisiera repetir conmigo, que de verdad no le interesara volver a verme en ese sentido, pero no me creía que le saliera decirlo así, tan abiertamente, sin disimulo y con aquella frialdad casi descarada.

—¿Es tu forma de hacerme pagar lo que te dije?

Debía de ser eso.

Daniela no era así. La mujer que tenía delante era una actriz, una que se había puesto una máscara para intentar engañarme.

Porque la que conocí el viernes anterior podía ser atrevida, lanzada y con muchísimo carácter, pero no era la mujer que estaba intentando aparentar en ese momento. No. La que yo había visto durante toda la semana en la empresa era una mujer amable, que trataba bien a todo el mundo, una mujer que no iba buscando la atención de los hombres.

—No, cariño. —Ese «cariño» fue de las palabras más irónicas que había oído en mi vida—. Lo hemos hecho porque a los dos nos ha apetecido, pero eso no quiere decir que nos debamos nada.

No iba a ser yo quien le pidiera más explicaciones. Y mucho menos quien se pusiera a rogar.

Eso ya lo había hecho una vez y no estaba dispuesto a volver a pasar por lo mismo con otra mujer.

—Tienes razón. Nos hemos quitado las ganas.

Me terminé de abrochar el pantalón y me lavé las manos. Al girarme para irme, Daniela seguía en el mismo sitio, sin moverse, con la mirada fija en un punto de la pared.

Era como si tuviera la mente en otro lado, como si estuviera reviviendo algo.

No supe qué hacer. Si acercarme a ella y preguntarle qué le pasaba o mantenerme frío y distante, igual que ella estaba haciendo conmigo.

Al final no me pudo la indiferencia. Decidí acercarme, y justo cuando empecé a hacerlo, salió de golpe de aquel lugar en el que parecía haberse metido sin darse cuenta.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Claro. Para no estarlo después del orgasmo que me has hecho tener.

Si Daniela quería seguir jugando a esa frialdad, yo también podía seguirle el juego.

—Pues ya sabes. Si en algún momento te vuelve a picar, házmelo saber. No me importa aliviarte ese picor. Después de todo, yo también disfruto bastante haciéndolo.

Me pasé con esas palabras, sí, pero era exactamente el trato que ella estaba marcando entre nosotros.

Y lo peor era que, cuando fui tras ella hasta el baño, mi intención no era aquella. En ningún momento se me había pasado por la cabeza hacerlo allí.

Sí, había pensado en acercarme, en intentar seducirla y convencerla para que se viniera conmigo a casa. Eso sí. Pero no aquello que acabábamos de hacer.

Y no iba a negar que lo había disfrutado. De hecho, probablemente había sido una de las veces que más lo había hecho en toda mi vida.

Pero mi intención inicial era otra.

Quería hacer las cosas bien. Pedirle disculpas. Hacerle ver que de verdad me interesaba conocerla. Invitarla a cenar, hablar, ir viéndonos poco a poco.

Pero ella acababa de dejarme claro que no quería nada de eso.

—Te lo agradezco, pero no me gusta repetir —me dijo—. Ya sabes, prefiero no perder la costumbre de explorar nuevas sensaciones.

Una patada en los huevos me habría dolido bastante menos.

—Como tú prefieras —respondí, porque no había mucho más que decir—. Que pases muy buena noche y que disfrutes de esa exploración.

Salí de allí sin esperar respuesta.

Cuando llegué a la zona en la que se habían quedado los otros cuatro, me di cuenta enseguida de que entre ellos había una química bastante evidente. Y cuando digo entre ellos, incluyo también a mi hermana con el hermano de Daniela.

Entre Carter y Alma ya sabía que la había, pero ¿también tenía que haberla entre los otros dos?

¿Qué coño pintaba yo allí en medio?

Ni siquiera llegué a acercarme. Le mandé un mensaje a Harper y otro a Carter diciéndoles que me iba a casa.

La noche había terminado para mí.

No pensaba quedarme en un sitio para sentirme incómodo. No. Ya tenía una edad en la que me sobraban muchas cosas, y aquella tontería era una de ellas.

Antes de irme decidí tomarme una última copa en la barra de dentro. No para hablar con nadie y mucho menos para ligar. Me apetecía beberla en silencio, sin más, solo disfrutar de aquella soledad que a veces se podía sentir incluso rodeado de gente.

Con la espalda apoyada en la barra y el vaso en la mano, así estaba mientras observaba el local. No lo hacía por cotilleo, solo por puro aburrimiento.

Y fue entonces cuando algo me llamó la atención. Daniela iba hacia la terraza cuando un hombre se le plantó delante y le impidió seguir, pero no fue eso lo que me tensó de verdad, sino verla reaccionar así.

En vez de venirse arriba, como hacía conmigo, con aquel tipo se hizo pequeña, como si el miedo la hubiera dejado inmóvil. No sabía qué coño estaba pasando, pero no me gustó nada. No me gustaba ver a ninguna mujer así, pero en su caso todavía menos.

Dejé la copa sobre la barra, sin importarme que siguiera casi entera, y me acerqué a ellos aparentando una calma que no sentía.

—Déjame pasar, Pablo. —Oí que le decía—. Me están esperando.

—¿Quién te espera? Con esa ropa de puta que busca ser follada, no creo que te espere nadie que merezca la pena. Porque un hombre decente no se fijaría en lo que te has convertido.

—Tú no tienes ni idea de quién soy yo —le replicó ella.

—Vaya, parece que aparte de ligera de cascos también te has vuelto de lengua. Me gustaba mucho más la Daniela que decía que sí a todo lo que yo le decía y que nunca replicaba.

—Aquella Daniela fue una gilipollas que permitió que un desgraciado como tú la dejara sin nada, pero esa tonta murió hace mucho.

Me gustó que sacara el carácter. Seguía asustada, eso se notaba, pero por lo menos estaba intentando plantarle cara.

—Parece que se te han olvidado los modales y lo que es estar calladita cuando yo hablo —dijo él, rodeándole el brazo con la mano—. Va a ser que voy a tener que recordarte cómo se comporta una buena mujer.

Lo vi todo rojo.

Aquel cabrón no iba a ponerle las manos encima.

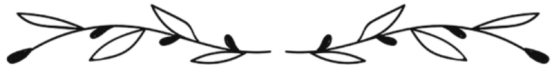
No necesitaba saber más para entender demasiado.

—Suéltala —dije al llegar hasta ellos—. No te lo voy a repetir. Suelta a mi novia ahora mismo.

Le agarré el antebrazo y apreté con fuerza.

—Ella no es nada tuyo. Te lo estás inventando. —Me escupió, con los ojos llenos de rabia.

Capítulo 17



Daniela

—No te tengo que dar ninguna explicación. Te he dicho que la sueltes y eso es lo que vas a hacer.

Landon sonaba muy cabreado. Y más cabreada estaba yo conmigo misma por no haber sabido reaccionar desde el primer segundo.

La sorpresa había sido tan grande que me quedé en *shock*.

La verdad era que había empezado a salir de él unos segundos antes de que Landon llegara a mi lado, pero con su llegada recuperé de golpe todo el valor que necesitaba para enfrentarme no a un Pablo, sino a mil si hacía falta.

—¿Y si no quiero?

El hijo de puta me apretó más fuerte el brazo. Mira que estaba, o más bien había estado, acostumbrada a sus apretones, pero ese me hizo daño de verdad. Estaba segura de que al día siguiente iba a tener marcada la forma de sus dedos.

Intenté soltarme dándole un tirón, pero no lo logré.

Hice una mueca de dolor al intentarlo y lo único que conseguí fue que me doliera todavía más.

Un segundo fue lo que tardó Landon en soltarle un puñetazo en toda la boca a Pablo. Otro, en agarrarme para evitar que me arrastrara con él al caer al suelo. Y otro más, en pegar sus labios a los míos.

Todo pasó tan rápido que todavía no era del todo consciente de lo que acababa de ocurrir.

Pablo no tardó en levantarse para ir directo a por Landon.

¿Cómo podían moverse tan rápido?

—Vete.

Puso una mano en el centro de mi pecho y me empujó hacia atrás con suavidad.

Se giró de nuevo hacia Pablo y, en cuanto lo hizo, mi ex le soltó un puñetazo que, por lo que me pareció ver, le dio de lleno en el pómulo.

Grité.

Lo hice con todas mis fuerzas.

Algunas personas intentaron separarlos antes de que llegaran dos amigos de Pablo, tan hijos de puta como él.

Se abalanzaron sobre Landon y, de pronto, eran tres contra uno. Y mira que se le daba bien repartir hostias, madre mía la de puñetazos que soltaba, pero por muy bien que se le diera, era imposible que pudiera con los tres.

Y yo no estaba dispuesta a permitir que aquellos cabrones se aprovecharan.

Creo que ni siquiera pensé en las consecuencias de hacer lo que hice. Solo sé que me dejé llevar por lo que sentí y por el puro impulso.

Cuando me quise dar cuenta, me había tirado sobre uno de los amigos de Pablo. Bueno, en realidad no me tiré sobre él: le llegué por detrás. Sí, a traición, igual que habían hecho ellos.

Le agarré del pelo sin que se lo esperara y, como no me pareció suficiente para todo lo que se merecía, decidí que también era una idea estupenda dejarle marcados mis dientes en un hombro.

Vamos, que a ese le iba a hacer un tatuaje que le iba a durar media vida y, encima, gratis.

Es que más generosa no podía ser.

Se ha notado un poquito que estaba hablando con sarcasmo, ¿verdad? Pues más verdad era lo de la marca.

—Hija de puta —gritó cuando sintió el tirón de pelo y el mordisco—. Te voy a coger y te vas a enterar.

No sé si mi hermano llegó por instinto o porque se enteró de que dentro había una pelea y le salió de golpe la vena de policía que no podía evitar.

No sabía por qué había sido y, sinceramente, me daba igual.

Lo único que me importó fue que apareció y evitó que me llevara un puñetazo.

Si hubiera sido otra pelea cualquiera en la que yo no estuviera metida, Gonzalo seguramente no se habría liado a hostias, aunque sí habría intervenido para separar.

Pero fue verme allí, tirándole del pelo a un tío, con los dientes clavados en su hombro y escucharlo decir que me iba a dar, y le importó muy poco ser policía.

Me agarró por la cintura para apartarme del amigo de mi ex, pero claro, yo no le solté el pelo. Un poco más y lo dejo calvo de por vida.

Joder, qué espléndida estaba siendo esa noche, que primero le hice un tatuaje gratis y después estuve a punto de ahorrarle el dinero en peluquero durante el resto de su vida.

—Dani, suéltalo, que este me va a hacer a mí lo que quería hacerte a ti.

Lo solté. No porque quisiera, sino porque sabía perfectamente que le iba a doler mucho más lo que pudiera hacerle mi hermano que lo que le estaba haciendo yo.

—¡Con mi hermano no, hijos de puta! —Escuché gritar a la rubia que había llegado del brazo de él.

Yo no salté sobre nadie, pero ella sí. Literalmente.

Se lio una increíble. Todo lo que diga es poco. Daba igual hacia dónde mirara.

Carter también se metió a repartir hostias. Gonzalo hizo con la hermana de Landon lo mismo que había hecho conmigo: la cogió a pulso, la separó de todos y la trajo junto a mí.

—Vosotras tres tenéis prohibido moveros de aquí.

Nos señaló una a una.

En esa posición, calladitas y mirándolo muy serias, parecíamos tres niñas buenas.

Miré a aquella tal Harper, que estaba a mi derecha. Después miré a Alma, que estaba a mi izquierda.

Entrecerré los ojos, volviendo de una a otra.

—¿Qué es lo que ha pasado? —me preguntó Alma.

—Me tropecé con Pablo y empezó… —se lo conté todo, hasta el momento en que habían llegado.

Los seguratas aparecieron junto con la policía y, por fin, pusieron fin a la pelea. Y la verdad, me alegré por los míos. Por los otros me habría encantado que les hubieran seguido dando.

—Ya te cogeré. No tengo prisa, pero te juro que, cuando menos te lo esperes, te voy a coger —me amenazó Pablo.

Landon estaba viniendo hacia donde estábamos las tres cuando oyó eso. Giró sobre sus pies y fue a darle otro puñetazo.

—Qué orgullosa estoy de ti, hermano.

Uy, algo me decía que aquella mujer era de las peligrosas. Pero lo que más me llamó la atención fue que no dejaba de buscar a mi hermano con la mirada.

—Tú, rubia, ojito con lo que le haces a mi hermano, que por él soy capaz de cargarme al que sea —le dije, entrecerrando los ojos.

Se giró de golpe para mirarme de frente y adelantó un pie, plantándose con las manos en la cintura.

—Lo mismo te digo. Ese que está ahí y que se ha peleado por defenderte también es mi hermano. Es el único que tengo y no voy a permitir que le hagan más daño del que ya le han hecho.

«Le han hecho ya».

Eso me llamó muchísimo la atención.

—¿Qué quieres decir con lo del daño?

—Nada, olvídalo.

Los cojones iba a olvidarlo.

Como si tenía que hacerme amiga de ella para que me lo contara. Me daba igual lo que tardara, pero enterarme me iba a enterar.

—Eh, eh, eh, cuidado, que ha terminado una pelea y no quiero que empiece otra —dijo Alma, colocándose casi entre las dos.

No me iba a pelear con ella. De hecho, me había caído bien desde el primer momento. Solo quería dejarle claro que no iba a permitir que le hiciera daño a mi hermano.

Y era evidente que la entendía, porque era lo más normal del mundo que defendiera al suyo igual que yo acababa de hacer con el mío.

—No me voy a pelear con ella. Solo le estoy dejando claro que la mato como le haga algo a Gonzalo. —Me aguanté las ganas de echarme a reír—. Aunque algo me dice que te pareces bastante a tu hermano y, créeme, él dejó claro desde el primer momento la lengua afilada que tiene.

Me puse las manos en la cintura, imitándola.

—Mira, guapa, no me toques las narices, que precisamente tú no eres de las que se quedan calladas.

Cualquiera que nos viera habría pensado que nos estábamos retando de verdad con la mirada, pero las dos sabíamos perfectamente que estábamos medio de broma, medio midiéndonos.

Y fue curioso lo que me pasó con ella, porque solo me había ocurrido una vez en la vida, y fue con Alma.

Con Harper sentí exactamente lo mismo.

Sentí que iba a ser alguien muy importante en mi vida. Que en ella iba a poder confiar.

No sé explicar del todo qué fue lo que me transmitió, solo sé que fueron muchas cosas y todas buenas. Y, no sé por qué, me dio la impresión de que ella sintió algo parecido conmigo.

—La nariz no te la toco, que tienes un moco colgando.

Se llevó la mano a la nariz tan rápido que estallé en carcajadas.

—Pues tú tienes un pezón fuera.

—Ya, claro. Si te crees que voy a picar, vas lista —le contesté.

—Me da igual que me creas o no, es verdad —dijo, encogiéndose de hombros.

—Hostia, Daniela —soltó Landon, plantándose delante de mí.

No tenía ni idea de por qué había dicho eso ni de por qué me estaba tapando.

—¿Qué haces, loco?

—Intentar que no pases vergüenza.

Estiró una mano hacia mi escote. A ver si se creía que le iba a dejar tocarme una teta delante de todo el mundo.

Seguí con la mirada el movimiento que iba a hacer, preparándome para darle un manotazo, hasta que me di cuenta de que, efectivamente, tenía un pezón fuera.

Ay, madre.

Que era verdad.

—Ya me lo podías haber dicho antes, capulla —le solté a la que ya sabía que iba a convertirse en mi nueva amiga.

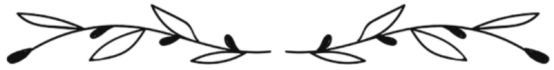
—Te he avisado en cuanto me he dado cuenta. A ver si te crees que voy por ahí mirándole las tetas a las tías.

—Que sepas que tu hermana me cae igual de mal que tú —le dije a Landon.

—Algo me dice que eso no es verdad.

Me guiñó un ojo.

Capítulo 18



Landon

—No sé cómo me has convencido para acabar montada en un taxi contigo —me dijo Daniela.

Ella no lo sabía, pero yo tampoco tenía ni idea de cómo había sido capaz de convencerla. Y, sin embargo, allí estaba, sentada a mi lado, camino de mi casa.

—Se me da bien convencer a la gente.

Mentira. O quizá no del todo, porque siempre se me había dado bastante bien conseguir que los demás hicieran lo que quería. A todos menos a ella.

Me había costado la misma vida que aceptara. Mira que tenía una hermana cabezota y, por tanto, estaba más que acostumbrado a lidiar con mujeres así, pero lo de Daniela estaba en otro nivel.

A mitad de trayecto nos quedamos callados los dos. No sé en qué estaría pensando ella. Yo, desde luego, en la noche que había tenido desde que salí de casa.

Si alguna vez alguien me preguntara cuál había sido una de esas noches que recuerdas por demasiadas cosas a la vez, sin duda diría que aquella.

Para empezar, había salido de casa con mi hermana y con Carter y regresaba acompañado solo de Dani. Pero no era solamente eso. También estaba todo lo que había pasado por el camino. Vamos, que la noche había tenido de todo y para todos los gustos.

Lo último que imaginaba al salir era que iba a terminar acostándome en el baño con la mujer que me tenía completamente loco. Y mucho menos que acabaría a puñetazos limpios.

Si lo primero no pude evitarlo porque el deseo me consumía por dentro, lo segundo mucho menos.

Ni siquiera lograba recordar la última vez que me peleé con alguien. Yo diría que fue siendo adolescente.

Pero ver cómo le hablaba aquel tipo y, sobre todo, cómo la agarró del brazo, me hizo perder los papeles.

Como ya había pensado antes, fue al ver su reacción inicial cuando empecé a entender algunas cosas. No todas, ni de lejos, y precisamente por eso quería que me contara algo más.

Sabía que era imposible que se abriera de golpe y me lo soltara todo, pero al menos iba a intentar que hablara un poco.

Iba mirando por la ventanilla. Había perdido la noción del tiempo cuando me di cuenta de que estábamos a punto de llegar, así que volví la cara para decirle que ya casi habíamos llegado.

Me la encontré con la cabeza apoyada en la ventanilla y los ojos cerrados.

Se había quedado dormida.

La miré unos segundos, grabándome cada mínimo detalle de su rostro.

Primero sus cejas, finas y delicadas, apenas más oscuras que el color de su pelo. Después bajé la mirada por su nariz pequeña y ligeramente respingona hasta llegar al arco de cupido.

Lo tenía con forma de corazón.

Sus labios eran carnosos, cálidos y suaves. Besarlos había sido una de las mejores cosas que me habían pasado en mucho tiempo.

—Es bonita —me dijo el taxista.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Lo siento, no pretendía ofenderle. Puede quedarse tranquilo, no me gusta en ese sentido.

Me guiñó un ojo.

¿De verdad tenía que pasarme algo más aquella noche?

Estaba claro que mi llegada a España no estaba siendo aburrida. Eso, desde luego, no.

Sonreí al taxista. No me quedó otra.

—Sí que es bonita, pero todo lo que tiene de bonita lo tiene de problemática —le reconocí.

—Pues no sé por qué, pero a mí me da que es de esas mujeres que te dan vida y hacen que todo se vea con mucho más color.

—¿Y todo eso lo has sabido con cinco minutos que la has visto despierta?

—No, eso lo sé porque la conozco del barrio. —Soltó una carcajada.

Negué con la cabeza, riéndome también.

—Madre mía, creo que la gente de esta ciudad no estáis muy bien de la cabeza.

—¿De qué te ríes, inglés de los cojones?

La voz de Daniela hizo que volviera a mirarla.

—Qué despertar más bonito has tenido —le dije con ironía.

—No he tenido ningún despertar bonito. Me has despertado tú con tu risa.

Me reí todavía más.

—Se supone que los ingleses somos unos amargados al lado de los españoles. —Le guiñé un ojo.

—Pues esta española está cansada y tiene mucho sueño, y cuando eso pasa me pongo de mala leche.

—Entonces estás cansada siempre.

—Serás capullo. —Me dio un manotazo en el brazo.

El taxista se detuvo en la entrada del chalé y, al bajarnos, Daniela se despidió de él con naturalidad.

Al final sí que era verdad que se conocían del barrio.

—Vaya, a los de Londres os pagan bastante bien —dijo cuando se quedó mirando la casa.

No había caído en que iba a verla y, aunque a mí nunca me había gustado presumir de dinero, tampoco era algo que escondiera.

—Mi familia tiene dinero. Por muy mal que suene que lo diga, es la verdad.

Abrí la puerta y la dejé pasar primero.

Las luces se encendieron con el movimiento.

—Qué bonito se ve todo. Desde luego, tienes buen gusto —dijo mientras observaba la entrada.

La verdad es que me había costado bastante dar con aquella casa. Creo que me habría resultado menos complicado construirla desde cero que encontrar una ya hecha que encajara conmigo, pero me empeñé en buscar una lista para entrar a vivir.

—Me costó dar con ella, pero al final ha merecido la pena tanto buscar.

Le cogí la mano. Intentó soltarse, pero no la dejé.

—No seas arisca.

Se le escapó una sonrisilla.

—Parece que estás aprendiendo rápido algunas palabras de mi tierra.

Reí.

—Eso parece. Ya me lo dijo mi madre antes de venir.

—¿Qué te dijo?

Me dijo tantas cosas, pensé.

—Lo más importante —la miré conteniendo la risa—: que las españolas teníais mucho carácter.

Lo de la sangre caliente me lo guardé para mí. No quería que lo malinterpretara.

—Parece que tu madre conoce bien a los de aquí.

Sonreí.

Me había dado cuenta de lo que estaba haciendo.

Se había refugiado en aquella conversación tonta porque sabía perfectamente que, tarde o temprano, le iba a preguntar por lo de ese hombre.

Y todo hay que decirlo: yo me había desquitado, sí, pero aquel tipo no pegaba precisamente flojo. Buena prueba de ello eran el labio partido y el morado que estaba seguro de que me iba a salir en el pómulo.

—Un poco. Por parte de madre tiene raíces españolas. Sus abuelos emigraron a Londres, se establecieron allí y ya no regresaron.

—Así que también tienes genes españoles —dijo sonriendo.

—Eso dicen mis antepasados.

Llegamos a mi habitación y noté que se quedaba un poco cortada.

—Anda, ven. Te voy a dar algo de ropa. Te quedará enorme, pero al menos podrás ducharte y ponerte cómoda.

—Gracias.

Me hizo gracia verla con vergüenza.

—¿Ahora te va a dar vergüenza? Te recuerdo que he estado dentro de ti y que has ido enseñando un pezón.

Solté una carcajada.

—Capullo. Tu hermana podía haberlo dicho antes.

—Ya te dijo que no se dio cuenta.

—Claro, es normal que la defiendas.

Sabía que me estaba pinchando, así que no me lo tomé mal.

Entré en el vestidor y cogí una camiseta de manga corta. No es que le fuera a quedar como un vestido, pero al menos sí le llegaría por debajo del culo.

Pensándolo mejor, le cogí también un bóxer. Mejor darle algo que cubriera aquel trasero tan bonito.

Salí del vestidor con la ropa en las manos y, al pasar junto a ella, volví a cogerla de la mano. No me detuve hasta llegar al baño.

—Y ahora una ducha y después a dormir.

Por muchas ganas que tuviera de hacer otras cosas, no pensaba hacerlo.

Quería que se diera cuenta de que me interesaba de verdad, de que no era solo un calentón.

Apoyé una rodilla en el suelo delante de ella para desabrocharle las sandalias.

—Me parece increíble que podáis andar con estos tacones.

—No es tan difícil como parece. —Hizo una mueca de alivio al apoyar los pies en el suelo—. Cuando quieras te doy unas clases.

—Muy graciosa —le dije mientras me ponía en pie.

Cogí los tirantes del vestido para bajárselos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me preguntó, aunque no hizo nada por impedírmelo.

—No lo creo, lo estoy haciendo. Por si no lo sabes… —Acerqué la boca a su oído—. Se llama desnudar a una persona. En este caso, para que se dé una ducha.

—Me la doy, si te la das conmigo.

—No creo que sea capaz.

Bajé los tirantes por sus brazos y dejé que el vestido cayera a sus pies.

No.

No podía meterme en la ducha con ella.

Ver su cuerpo completamente desnudo fue una de las mejores cosas que había visto en mi vida.

—¿No me digas que tu amiguito se ha despertado?

Se acercó a mí.

Sin tacones era mucho más baja que yo, pero eso no le impidió intentar intimidarme. Lo que no sabía era que, con cada gesto, me estaba seduciendo todavía más.

—Daniela, no juegues conmigo.

Joder, pensé cuando sentí su mano sobre mi erección.

—¿Y si quiero que juguemos?

—Te recuerdo que fuiste tú la que dijo que no iba a repetir.

Intenté apartarle la mano. No pude.

Mi fuerza de voluntad no era tan grande como me había empeñado en creer.

—¿No puedo cambiar de opinión? —preguntó mientras empezaba a desabotonarme la camisa—. Tú lo hiciste.

—Joder, claro que puedes cambiar de opinión. Sobre todo si es para esto.

Me quitó la camisa y después el pantalón. Me desnudó igual que yo había hecho con ella.

La cogí en brazos.

Llevarla así empezaba a convertirse en una de mis posturas favoritas.

Entré con ella en la ducha. Ni siquiera tuve que regular la temperatura del agua; el termostato ya la mantenía perfecta.

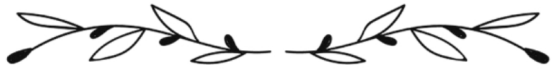
Y aquello no fue solo una ducha.

Fue la primera vez que empezamos a conocernos de verdad a través del cuerpo. Nos tocamos, nos exploramos y nos descubrimos despacio, sin ninguna prisa. Allí pude saborearla de verdad, disfrutarla hasta llevarla al orgasmo.

Y Daniela, como demostró después, no era precisamente de las que se quedaban con ganas de nada: quiso saborearme a mí también.

Y, joder, sí que lo hizo.

Capítulo 19



Daniela

No tenía pensado ir a su casa, de verdad que no.

Puede que yo fuera cabezota, pero él era insistente, y al final terminé cediendo. Y allí estaba, recién duchada y, no solo duchada, también tocada.

Lo había hecho de una forma que yo no había conocido nunca. No era una manera de hablar: nadie me había tocado con esa suavidad, con ese mimo casi paciente que se le escapaba en cada caricia, en cómo parecía disfrutar más de mi placer que de ir corriendo a por el suyo.

Salió de la ducha primero y empezó a secarse el cuerpo. Madre mía, qué cuerpo.

Me quedé observando cada uno de sus movimientos, viendo cómo se pasaba la toalla por los brazos, por esos pectorales marcados que tenía, por el centro de unos abdominales que, os lo juro, parecían de otro nivel. Y ya no digamos la V de los oblicuos.

Uf, me estaba entrando calor solo con verlo secarse.

Jamás pensé que mirar a un hombre secarse el cuerpo pudiera resultar tan erótico.

Pero lo era. Y mucho.

Se ató una toalla más pequeña a la cintura y cogió otra grande del mueble del baño.

La abrió delante de la ducha.

—Ven —me dijo.

Y yo fui.

Porque, aunque en el baño del local le había dicho que no íbamos a volver a acostarnos y aunque se lo dije por el miedo a lo que me hacía sentir a su lado, por el miedo a volver a perderme a mí misma, allí estaba. En su casa. Recién duchada con él. Dispuesta a dejar que me envolviera el cuerpo con una toalla y, seguramente, dispuesta también a seguir pasándolo bien.

Salí de la ducha y casi me tiré encima de él.

Dios, presentía que Landon podía hacerme mucho daño, más del que era capaz de imaginar en ese momento, pero no podía evitar la atracción que sentía por él.

Y no hablo solo de atracción física.

Eso iba mucho más allá.

Sentía como si algo invisible me empujara hacia él, como si hubiera una fuerza empeñada en acercarme cada vez más.

Por mucho que intentara resistirme, no podía.

Lo había intentado durante toda la semana. Había puesto toda la voluntad del mundo, había hecho esfuerzos por no pensar en nada que tuviera que ver con él, por mirar hacia otro lado cada vez que lo veía.

Pero era imposible no mirarlo.

Vamos, que solo había que verle la cara y el cuerpo que tenía. Aunque este último, siendo sinceros, lo había descubierto hacía apenas media hora.

En fin, mejor dejaba de darle vueltas.

Total, de perdidos al río, como diría mi padre.

El caso es que estaba en su casa, desnuda después de haberme duchado con él y completamente dispuesta a seguir pasándolo bien.

¿Que me estrellaba?

Pues asumiría las consecuencias.

A fin de cuentas, vida no hay más que una, y no pensaba dejar de vivirla por miedo a lo que pudiera pasar.

—Tienes un cuerpo perfecto —dijo cuando terminó de secarme.

¿De verdad me estaba diciendo eso?

¿No se había visto él?

Porque, si Landon no se veía, ya lo veía yo por los dos.

Digo yo que, ya que se pensaba que estaba medio loca, podía regalarle un poco más de locura. O de atrevimiento, depende de cómo se mire. A mí, desde luego, me daba igual.

En cuanto terminó de secarme, me lancé sobre él.

Y no lo digo en sentido figurado.

Lo hice de verdad.

Uf, otro con reflejos como mi hermano. Qué suerte estaba teniendo con los hombres que me rodeaban.

—Estás muy mal —me dijo entre risas.

—Reconoce que es precisamente eso lo que te atrae de mí.

Le rodeé el cuello con los brazos, acercando de paso la boca a la línea de su mandíbula.

Empecé a darle besos desde la barbilla hasta llegar al lóbulo de la oreja.

—Me gusta mucho —susurró.

Me encantó que inclinara la cabeza hacia un lado para dejarme seguir besándole el cuello.

—Pues entonces no te quejes y llévame a la cama o a donde quieras, pero no retrases lo inevitable.

¿Quién dijo vergüenza?

¿No dicen que quien no llora no mama?

Pues eso.

Digo yo que, si no me corté la primera noche que lo conocí, tampoco iba a hacerlo en ese momento.

—No. Ahora no hay prisas. Solo vamos a disfrutar. Vamos a seguir conociéndonos.

Me tenía cogida por el culo, con una mano en cada nalga.

Así, con mis piernas rodeándole la cintura, me llevó hasta la habitación y me dejó con cuidado en el centro de la cama.

Desde los pies de esta, Landon no apartaba la mirada de mi cuerpo.

Me recorrió entera con los ojos y, mientras lo hacía, se soltó la toalla y la dejó caer al suelo.

Quedó tan desnudo como yo.

No me corté e hice exactamente lo mismo con su cuerpo: comérmelo con la mirada. Aunque, siendo sinceros, en la ducha me lo había comido en todos los sentidos.

Estaba claro que a los dos nos gustaba provocarnos.

Era como un juego que habíamos empezado sin darnos cuenta y al que, desde luego, le estábamos cogiendo más gusto del que deberíamos.

Abrí las piernas para dejarle espacio y permitir que se colocara sobre mí después de ponerse el preservativo.

Y tal y como fue subiendo por mi cuerpo, lo hizo con besos y caricias, con una ternura que no me esperaba.

Las prisas, la pasión atropellada y el deseo de quererlo todo rápido habían quedado a un lado para dejar paso a la calma, a la lentitud y a la suavidad de nuestras manos recorriéndonos el uno al otro.

Con la punta de los dedos fue subiendo por mis piernas, llegó a las caderas y siguió el camino por los costados hasta rozar el contorno de mis pechos.

Subí los brazos por encima de la cabeza y apreté las sábanas entre los dedos.

Necesitaba agarrarme a algo.

Eran demasiadas las sensaciones que me iba despertando.

—Nunca he tocado una piel como la tuya —me dijo sobre el ombligo.

La verdad es que tenía mucha suerte con la piel. Supongo que sería genética, porque la de mi madre era igual y, a pesar de los años que tenía —que tampoco eran tantos, y como se entere de que he dado a entender que es mayor, me mata—, parecía que el tiempo no pasaba por ella.

—No te cortes. Puedes tocarla todo lo que quieras.

Sopló sobre mi ombligo y luego lo lamió, y el contraste entre lo húmedo y el aire hizo que se me erizara todo el cuerpo.

Arqueé la espalda cuando siguió subiendo por el centro del vientre con la lengua, dejando un rastro de humedad a su paso.

Después se desvió hacia uno de mis pechos y atrapó el pezón entre los labios. Lo chupó, lo lamió y tiró de él hasta que se cansó y fue en busca del otro.

Yo, en esos momentos, no era capaz de hablar ni de hacer otra cosa que no fuera gemir, arquear la espalda y apretar las sábanas que tenía entre las manos.

Una de sus manos fue subiendo por mi brazo hasta llegar a la palma, y allí entrelazó sus dedos con los míos.

Aquel gesto me gustó incluso más de lo que esperaba.

Con la otra mano volvió a bajar por mi costado hasta llegar al exterior del muslo. Siguió descendiendo y no se detuvo hasta agarrarme cerca de la rodilla.

Metió la mano por detrás de la pierna y me hizo levantarla para rodearle la cintura con ella.

Dios.

Lo estaba haciendo todo con una lentitud casi cruel.

Y encima esos ojos, que no apartaba de los míos, y sus labios a escasos milímetros de mi boca.

La forma de moverse, de tocarme, de mirarme estaba siendo tan sensual que era imposible que aquel hombre no empezara a despertar algo dentro de mí.

No tenía ni idea de qué era exactamente.

Solo sabía que no quería que dejara de hacer lo que estaba haciendo con mi cuerpo.

Y ya no era solo lo que me estaba haciendo sentir físicamente, que estaba claro que me tocaba como nunca lo habían hecho.

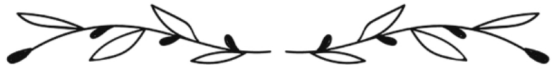
Era también lo que estaba haciendo con mi cabeza.

Joder, con el trabajo que me había costado hacerme la fuerte, levantar barreras y no dejar que nadie fuera de los míos pudiera atravesarlas, para que llegara el inglés este de los cojones y me abriera un boquete en ese muro.

Y no uno pequeño, no.

Uno tan grande que ya casi no quedaba nada capaz de frenarlo.

Capítulo 20



Landon

Hice que me rodeara la cintura con una pierna y doblé una de las mías de tal modo que una quedó estirada entre las suyas y la otra, con la rodilla por debajo de la que Daniela tenía sobre mi cadera.

En esa postura podía llegar un poco más profundo.

Me agarré el miembro por la base y lo guie hasta la entrada de su sexo.

Hacía apenas unas horas que había estado dentro de ella y, aun así, me parecía que hubiera pasado una eternidad. Y eso que, cuando salí de aquel baño, lo hice con la idea de no volver a estar con ella.

No porque yo no quisiera, sino porque era lo que ella había decidido.

Por eso, lo que menos me esperaba era tenerla desnuda en mi cama después de todos los choques que habíamos tenido y de haberla probado por fin como llevaba días imaginando. Porque, cuando la semana anterior me quedé con su sabor en los dedos, no pude dejar de pensar en si me gustaría igual directamente de ella.

Y no me gustó igual.

Me gustó muchísimo más.

Tanto, que estaba seguro de que iba a volverme adicto a aquel sabor.

Entré poco a poco en su interior, disfrutando del calor con el que me envolvía.

Deseé sentirla sin ninguna barrera entre los dos, notar su humedad directamente sobre mí. No iba a hacerlo, claro. Jamás haría algo en contra de la voluntad de nadie, y mucho menos de una mujer.

Ella me había dicho que sin preservativo no lo hacía, y la entendía.

Por mi parte, sabía que no iba a transmitirle ninguna enfermedad, más que nada porque hacía muchísimo tiempo que no estaba con otra mujer. Y, antes de Dani, llevaba aún más tiempo sin acostarme con nadie que no fuera Scarlett. De hecho, con ella hacía ya bastante que había vuelto a usar preservativo. No era tan idiota como para jugarme la salud sin saber con quién había estado.

Antes de hacer ninguna locura, lo primero era pensar con claridad y no dar un paso tan importante para los dos hasta que las cosas fueran seguras.

Ahora, que yo pensara así no quería decir que no deseara sentirla sin nada entre los dos.

Con una mano entrelazada a la suya y la otra en su cadera, empecé a moverme a un ritmo constante, nada de embestidas rápidas ni bruscas.

Aquella vez lo hice más despacio.

Sin prisa, pero sin pausa.

La mano que ella tenía libre me la pasó por debajo del brazo y terminó clavándome las uñas en el centro de la espalda.

Sentirlas en mi piel hizo que un cosquilleo demasiado placentero me recorriera entero y acabara alojándose en el bajo vientre. Se me contrajo el cuerpo de forma involuntaria.

—Landon…

Mi nombre pronunciado por sus labios, y con ese tono, era el mejor sonido que podía escuchar en ese momento.

—Yo también siento lo mismo —susurré sobre sus labios.

Sabía que decía mi nombre por el placer que estaba sintiendo, y lo sabía porque yo estaba exactamente igual.

—Dios… ah… esto es… —Hizo una pausa para dejar salir un gemido —. Esto es demasiado placer… —Otro más—. Creo que quieres matar… matarme.

Sonreí al escucharla.

Ni siquiera durante el sexo era capaz de quedarse callada, pensé.

No seas gilipollas, eso es precisamente lo que más te gusta de ella. Lo que la hace tan especial.

Me dije a mí mismo.

—No te quejes. Ya quisiera cualquiera morir de la manera en la que lo vas a hacer tú.

La hija de su madre me clavó las uñas con mucha más fuerza en una de las nalgas.

Salí casi por completo de su interior para volver a entrar con una embestida más fuerte.

Lo hice en respuesta a sus uñas.

—Joder… —gritó—. Si lo llego a saber, te las clavo mucho antes.

La madre que la parió, pensé.

Hice que apartara la pierna con la que me rodeaba, solté su mano y usé las mías para agarrarla de la cintura.

Sin salirme de ella, me apoyé en las rodillas y tiré de su cuerpo para que se incorporara lo justo como para traerla conmigo. Al hacerlo, terminé sentado sobre mis talones con Daniela a horcajadas encima de mí.

—Muévete —le pedí—. Busca tu propio placer. Hazlo lento, rápido o como más te guste.

Dejé una mano en su cintura y la otra la fui subiendo por el centro de la espalda hasta la nuca.

La agarré de ahí con una ligera presión para que me mirara.

Quería verla moverse sobre mí sin apartar los ojos de los míos.

Necesitaba verla a ella. Necesitaba recordar que no era la misma mujer que tanto daño me había hecho, que Daniela no tenía nada que ver con la otra, que eran dos personas distintas y que todo lo que una me hizo no tenía por qué repetirse con la otra.

Empezó a moverse hacia delante y hacia atrás. A veces cambiaba el ritmo y hacía girar las caderas, otras subía y bajaba despacio sobre mí.

Joder.

Me entraban ganas de poner los ojos en blanco.

—Bésame —me pidió.

Y la besé.

Pero la besé con hambre, con dientes que chocaban, con mordiscos en su labio inferior.

Y Daniela respondió tirando del mío cada vez que yo soltaba el suyo.

Nos besamos con mi mano en su nuca y sus brazos rodeándome el cuello, mientras el fuego nos recorría por dentro. El deseo crecía a cada segundo y los dos queríamos llegar al orgasmo, alcanzar ese punto en el que todo explota… y, al mismo tiempo, que aquello no terminara nunca.

—Esto es lo mejor que he sentido en mi vida —dijo cuando alcanzó el orgasmo.

Apoyó la frente sobre la mía, respirando con dificultad.

La agarré de la cintura con las dos manos. Yo estaba a punto de llegar al mío y a ella ya le estaba costando mantener el ritmo.

Era normal.

Después de un rato y de haberse corrido, el cuerpo empezaba a perder fuerza.

La ayudé a seguir moviéndose sin detenerse en ningún momento hasta que alcancé el orgasmo. Empezó como un latigazo recorriéndome la columna desde la nuca hasta el inicio del trasero, bajó después al bajo vientre y terminó concentrándose en los testículos.

Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y dejé que un jadeo saliera desde el pecho con fuerza, ronco, arrastrando con él todo lo que aquella mujer me había hecho sentir.

No sé en qué momento exacto fue, pero un rato después estábamos tendidos en la cama, con la cabeza de Daniela sobre mi pecho y mi brazo rodeándole los hombros.

Entonces empezó a hablar.

Lo hizo como si en realidad estuviera hablando consigo misma. O quizá recordando.

Hablaba con calma, sin dejar de pasar el dedo índice por mi pecho como si dibujara algo de manera distraída.

—Pablo fue mi novio casi desde el instituto hasta hace unos años, que lo dejé. —Hizo una pausa—. De hecho, es el único novio que he tenido.

»No te voy a mentir y decir que después de él no he estado con otros hombres. —Levantó la cabeza para mirarme a los ojos—. Fueron dos.

»Los conocí, creí que podía llegar a tener algo con ellos y, a la semana de conocerlos, me tiré a la piscina y me acosté con los dos.

—¿Por qué lo hiciste si no estabas convencida?

No era una pregunta con reproche, solo quería entenderla un poco mejor.

—No lo sé. Supuse que, quizá, si lo hacía, podría conectar un poco más con ellos. Que a lo mejor, si daba ese paso, mi corazón volvía a sentir algo que no fuera dolor. Es la mejor respuesta que te puedo dar, porque ahora mismo no tengo otra.

—Por lo que parece, no llegaron a traspasar el muro que levantaste alrededor del corazón —le dije sin dejar de acariciarle el brazo.

—¿Cómo sabes que levanté un muro? —me preguntó.

—Porque a los hombres también nos hacen daño. Aunque delante de todo el mundo finjamos que no pasa nada, que somos duros, también nos duelen las cosas, sufrimos… y muchas veces hasta lloramos.

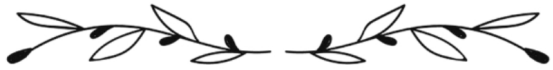
Nunca había hablado de algo así con nadie, ni siquiera con Carter, al menos no de una forma tan abierta ni dejando salir algo tan íntimo como lo que yo mismo había sentido.

—Claro que lo sé. Sé que también sufrís y que también os duelen las cosas.

Acercó los labios a los míos y me dejó un beso pequeño, suave, uno de esos que parecen no significar nada y que, sin embargo, a mí me llegó mucho más de lo que habría imaginado.

—Sigue contándome sobre ti —le pedí—. Quiero conocer a la mujer que está ahora mismo conmigo, a la que conocí el viernes pasado, a la que he visto durante toda la semana en la empresa, a la que empezó la noche de una forma y se quedó paralizada al cruzarse con ese hombre. —Me miró comprendiendo muy bien lo que le estaba diciendo—. Quiero conocer a todas esas Danielas y los motivos que la llevaron a ser así.

Capítulo 21



Daniela

Landon fue el primer hombre que supo leerme de verdad.

Lo hizo de una manera tan natural que hasta daba miedo, como si hubiera estado toda la vida a mi lado y conociera rincones de mí que yo misma había tardado años en volver a mirar.

—Digamos que la culpa de que haya tantas Danielas solo es mía. —Volví a apoyar la cabeza sobre su pecho—. Mía por no saber decir que no, por no valorarme y no quererme por encima de todo. Es culpa mía haber permitido que me hicieran tan pequeña que casi desaparecí.

Me rodeó los hombros con más fuerza.

—A veces es necesario caer para levantarte más fuerte que nunca.

Eso es lo que dice todo el mundo, y puede que sea verdad cuando ya te has levantado y lo miras todo desde fuera.

Lo que nadie te cuenta es lo dura que es esa caída. Lo que duele. El daño que te haces a ti misma mientras vas bajando. Lo mucho que tardas en tocar fondo.

Nadie te habla de todo lo que tienes que resistir hasta llegar ahí. Del dolor, de la humillación, de lo que desgasta no sentirte nunca suficiente. Hablo de mi caso, de lo que Pablo logró hacer conmigo y con mi cabeza. De cómo me anuló por completo como mujer y como persona. De cómo dejé de tener voz porque él hablaba por mí.

Tampoco te dicen todo lo que pierdes por el camino hasta que un día por fin abres los ojos. Ni lo que cuesta levantarte del suelo y volver a echar a volar. No te cuentan lo que es pasar días enteros sintiéndote por los suelos, sin ganas de nada, dejando pasar las horas sin querer saber nada de nadie, ni siquiera de ti misma.

Y mucho menos te explican lo difícil que es reconstruirte. No para volver a ser la que eras antes de desaparecer, sino para convertirte en alguien nuevo, alguien que suba un poco más alto y no vuelva a dejarse romper tan fácilmente.

Solo te dicen: sal, resurge, sé fuerte, renace.

Pero nadie te explica de dónde sacas las fuerzas cuando sientes que no te queda ni una.

Y, sin embargo, cuando por fin has pasado todo ese proceso de mierda y un día te levantas, te miras y te das cuenta de que sí, de que todas esas personas tenían razón y podías lograrlo, entonces entiendes que todo ha merecido la pena.

Y sí, en mi caso mereció la pena.

Me planté tantas veces delante del espejo repitiéndome lo mismo, obligándome a creerlo, que al final dejó de ser un intento y se convirtió en verdad. Ya no era que quisiera creérmelo, es que en ese momento de mi vida sabía perfectamente lo que valía.

Porque yo valía en todos los sentidos.

Tenía un cuerpo perfecto, una cara que ya quisieran muchas, sí, pero sobre todo tenía claro lo que quería para mi vida y lo que no iba a volver a permitir nunca.

—Pablo me hizo caer mucho. Más de lo que mi familia sabe. Muchísimo más de lo que te puedas imaginar.

Sentí un beso en la frente y aquel gesto me llegó muy dentro. Para mí, dijo más de él de lo que probablemente él mismo habría imaginado.

—¿También fue físico? —me preguntó.

Y en su tono pude escuchar una rabia contenida que no necesitaba verle en la cara para saber que estaba ahí.

Me mordí el interior de la mejilla.

No me gustaba hablar de aquello con nadie. De hecho, no lo había hablado con nadie. Ni con mi hermano ni, más adelante, con Alma, cuando se convirtió en mi mejor amiga.

—Eso fue casi al final, cuando empecé a despertar y a negarme a ciertas cosas porque ya no las veía bien o, simplemente, porque no me sentía cómoda.

Uf, era muy duro recordar aquellos días.

Por muy fuerte que me hubiera vuelto, por muy alta que tuviera la autoestima —y no hablo solo de verme bien físicamente, hablo también de lo mental—, había temas que seguían doliéndome una barbaridad.

¿Y cómo cuentas algo así sin sonar frívola, cuando de frívolo no tiene absolutamente nada?

Porque no es agradable recordar cómo llega el primer empujón acompañado de un «no haces nada bien», de un «ojalá fueras como tal» o de un «todo es culpa tuya».

Y eso tirando por lo bajo.

Pero fueron momentos muy duros y aquí tampoco hacía falta contarlo todo con pelos y señales. No tenía sentido hacerlo cuando se podía entender perfectamente lo que quería decir sin necesidad de revivirlo en voz alta.

Está claro que, para comprender del todo por qué cambia una persona, hay que conocer más o menos su historia, pero yo siempre he pensado que no hace falta profundizar en cada herida para que se entienda el dolor.

Bastante tenía ya con revivir ciertos momentos en mi cabeza una y otra vez como para tener que pronunciarlos además.

Sentí cómo el cuerpo de Landon se tensaba debajo de mí, cómo el brazo con el que me rodeaba los hombros apretaba un poco más.

—Hijo de puta —dijo con rabia.

Supuse que aquella rabia venía del odio que se puede sentir al imaginar algo así, al saber que una mujer ha pasado por eso. No porque sintiera nada más; estaba segura de que no tenía nada que ver conmigo en ese sentido.

—No te voy a llevar la contraria en eso. —Intenté aligerar un poco el momento.

—¿Por qué? —lo miré sin entender del todo la pregunta—. ¿Por qué aguantaste tanto? ¿Por qué no lo dejaste antes?

Esas mismas preguntas me las había hecho yo millones de veces.

Al principio no lograba darles respuesta. Fue con el paso de los días, y luego de los meses, cuando empecé a entenderlo un poco mejor.

Puede que lo dejara cuando empecé a darme cuenta, aunque solo fuera a medias, de lo que había hecho conmigo, con mi alma y con la Daniela que fui de niña y de joven. Pero verlo de verdad, entenderlo de verdad, eso vino después.

—Me convertí en lo que él quería sin darme cuenta. Le fui entregando todo de mí. —Hice una pequeña pausa, buscando bien las siguientes palabras—. Al principio empecé dejando de lado las cosas que me gustaban para hacer las que a él sí le gustaban.

»Luego fui cediendo más y más, dejando que cogiera cada pensamiento mío y le diera la vuelta hasta convencerme de que como yo pensaba o sentía no era lo correcto. Y lo dejé hacer… hasta que de Daniela no quedó nada.

—Supongo que es fácil decir desde fuera que tendrías que haberlo dejado antes, que no tendrías que haber permitido que te anulara así.

—Es que ese fue el problema. —Levanté la cabeza de su pecho y me apoyé mejor en una mano para mirarlo—. Que no me fui dando cuenta de ese cambio hasta que ya era demasiado tarde.

»Creo que me fue absorbiendo tan poco a poco al principio que no lo vi. No hasta que desperté de golpe, de la noche a la mañana. Y, cuando lo hice, te prometo que fue todavía peor.

—¿Peor darte cuenta y salir de allí?

Aunque suene difícil de creer, así fue.

—Sí, porque fue entonces cuando entendí todo lo que había dejado que me quitara. Cuando comprendí que la culpa no era mía por no haber sido suficiente, sino por haberle dado a otra persona el poder de decidir cuánto valía yo.

»Fue entonces cuando empecé a hablar conmigo misma, a repetirme quién era, lo que valía, y también cuando me juré que nunca más iba a dejar que nadie volviera a decirme lo que era o lo que no, porque no pensaba entregarle ese poder a nadie otra vez.

Y no creáis que ponerse esa máscara no cuesta.

Cuesta muchísimo.

Porque, aunque te hagas la fuerte y eso sea lo que le enseñas al mundo, por dentro muchas veces sigues sintiéndote la misma mierda que antes. Solo que ahora, al menos, tienes un poco más de voz y los cojones suficientes para alzarla.

—Todo el mundo tiene sus fantasmas —dijo.

Y, aunque él seguía ahí, a mi lado en la cama, su mente se había ido a otra parte.

No tenía ni idea de adónde, solo sabía que ya no estaba conmigo del todo.

—Landon —lo llamé para traerlo de vuelta—. ¿Te encuentras bien?

Parpadeó un par de veces, rápido, como si con ese gesto pudiera despejarse.

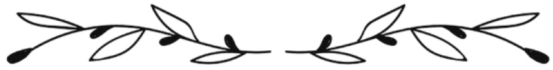
—Claro, solo estaba pensando en todo lo que me has contado.

No me creí esa excusa.

No lo hice.

Pero tampoco iba a obligarlo a hablar ni a contarme algo que estaba claro que no quería sacar todavía.

Capítulo 22



Landon

—Tengo que ir a mi casa. —Me señaló con un dedo, sin borrar la sonrisa que tenía en la cara—. Landon, te lo digo en serio.

Sonreí.

—No puedo quedarme todo el día con tu ropa interior y una camiseta.

No podía dejar de mirarla.

La manera en la que fruncía las cejas, cómo se mordía el labio o movía las manos al hablar… todo eso, además de muchas otras cosas, me tenía completamente atrapado.

Y no de la manera en la que me atrapó Scarlett en su momento.

Lo de Daniela era distinto. Sobre todo porque ellas no podían parecerse menos, y precisamente eso era lo mejor de todo: que Dani no tenía nada que ver con ella.

Donde una era cálculo, control y necesidad de manejarlo todo para que el mundo girara a su alrededor; la otra era espontaneidad, caos, impulso y verdad.

Puede que hubiera personas que intentaran apagarla. Incluso puede que durante un tiempo lo hubieran conseguido.

Lo importante era que había salido de eso.

Y lo había hecho con fuerza, más guerrera que nunca y dispuesta a plantarle cara a quien hiciera falta.

Tal y como había demostrado con su ex.

Era verdad que al principio se quedó paralizada, y precisamente fue eso lo que me llamó la atención. Pero estaba seguro de que, aun sin mí, ella misma habría terminado plantándose y poniéndolo en su sitio.

Dejando todo eso atrás, porque ya le había dado demasiadas vueltas, el caso era que Daniela estaba protestando porque yo había conseguido que aceptara quedarse el fin de semana en mi casa.

Y decir que había aceptado a la primera sería mentir descaradamente, porque si Harper era cabezota, Daniela no se quedaba atrás ni lo más mínimo. Aunque, gracias a mi hermana, tenía experiencia de sobra tratando con mujeres así, por lo que sabía más o menos por dónde tirar para convencerla.

Al final cedió.

Aceptó pasar el fin de semana conmigo.

Eso sí, no pensaba hacerlo entero vestida solo con mi ropa, y la verdad es que tampoco era plan. Sobre todo teniendo en cuenta que Carter iba a venir con su amiga a pasar el día.

Al menos eso era lo que me había escrito en un mensaje después de preguntarme si Daniela seguía en casa o ya se había marchado.

No me había dado tiempo a decírselo a ella cuando mi hermana me mandó otro mensaje diciendo que también iban a venir a pasar el día.

Y sí, no me he equivocado al decir «iban a venir». Porque, por lo visto, no venía sola.

Venía con el hermano de Daniela.

—Mi hermana me ha dicho que puedes coger de su habitación lo que necesites —le dije para que se quedara más tranquila.

—Esa no es la solución. Voy a seguir con ropa que no es mía y yo me siento mucho más cómoda con la mía.

Se cruzó de brazos, como si estuviera enfurruñada, y ese gesto me hizo gracia. Me pareció tierno, casi infantil, a pesar de la edad que tenía.

—Solo es por hoy. Además, no nos da tiempo a ir a tu casa y volver.

—¿Y por qué se supone que no nos da tiempo? No tenemos nada que hacer, así que podemos ir y volver sin prisa.

Sonreí de medio lado.

Sabía que iba a llevarse una pequeña sorpresa cuando le dijera por qué, pero no me dio tiempo a hacerlo.

Antes de poder abrir la boca, oímos cómo se abría la puerta de entrada.

Joder.

Solo esperaba que no fuera Carter, porque como fuera él iba a sacarle los ojos.

¿Qué cojones estás pensando, Landon?, me pregunté al instante.

¿Desde cuándo me importaba cómo iba vestida una mujer? ¿O desde cuándo me preocupaba que otro hombre la viera así?

Con la única mujer con la que había llegado a ser algo posesivo había sido con Scarlett.

Entonces, ¿por qué me nacía ese instinto con Daniela?

No tenía ni idea.

Solo sabía que no me hacía ni puta gracia imaginar a mi amigo viéndola con una camiseta mía y un bóxer.

Era una gilipollez pensarlo, sobre todo cuando Daniela no era nada mío. Por no decir que, aunque lo fuera, podría vestirse como le diera la gana.

De hecho, la noche anterior había llevado bastante menos ropa con aquel vestido que como estaba en ese momento. Y, sin embargo, verla con mi ropa, así, recién levantada y en mi casa, me parecía algo demasiado íntimo.

—¡Ya estamos aquí! —gritó mi hermana desde la entrada.

Desde luego, le encantaba hacerse notar cada vez que llegaba a un sitio.

—Por esto mismo no nos daba tiempo a ir a tu casa y volver —le dije a Daniela, dando un paso hacia ella—. Porque mi hermana me escribió antes para decirme que venía con tu hermano y, antes de que ella lo hiciera, Carter me mandó otro mensaje diciéndome lo mismo.

—Ya lo podías haber dicho antes —me reprochó.

—No me ha dado tiempo a hacerlo.

Más que no haberme dado tiempo, lo cierto era que se me había ido la cabeza a otra parte y me había quedado dándole vueltas a todo lo anterior.

—Pues no me apetece que me vean con tu bóxer y una camiseta.

—Por eso mismo te he dicho que cojas algo de mi hermana. Con un bikini tienes más que de sobra. Creo que vamos a pasar el día en la piscina, y además, ya que está aquí, te puede ayudar mejor.

Si por mí hubiera sido, desde luego me habría encantado pasar el día entero a solas con ella, tal y como estábamos en ese momento.

Con mi camiseta puesta o sin ella. Y si me daban a elegir, desde luego me quedaba con la segunda opción.

No era solo que me tuviera embobado y que no pudiera apartar los ojos de encima.

Era el conjunto.

Mi ropa sobre su cuerpo, esa cara recién lavada y sin maquillaje, el pelo recogido en un moño mal hecho, con más mechones fuera que dentro…

Así era exactamente como me habría gustado pasar el día con ella. Disfrutándola, disfrutándonos, aprovechando todo el tiempo que pudiéramos.

Porque algo me decía que aquello no podía ser tan fácil ni durar para siempre.

Hablando con ironía, claro.

Estaba claro que estar bien con una mujer, enamorarme de ella y que ella sintiera lo mismo… eso no era precisamente algo que se me hubiera dado bien.

Y si no lo había tenido, había sido por mi culpa. No había nadie más responsable de eso que yo.

Y ahora que me daba la impresión de haber encontrado a alguien capaz de sacarme de toda aquella mierda, algo me decía que, tarde o temprano, todo iba a torcerse.

—Cuñada, a ver si para la próxima estás un poco más presentable.

Me quedé sin palabras al oír a mi hermana.

Yo, que la conocía, sabía perfectamente que lo decía de broma, pero Daniela no la conocía de nada. Bueno, de lo poco que la había tratado la noche anterior.

Y encima tenía todo el descaro del mundo llamándola cuñada.

Ahora bien, no sabía si se lo estaba diciendo por mí o por lo que fuera que estaba pasando entre ella y Gonzalo.

Menudo lío iba a ser todo aquello como una de las relaciones saliera adelante y la otra no.

No quería ni imaginarme la tensión en las comidas familiares o en cualquier reunión.

—Estoy todo lo presentable que tengo que estar para lo que tenía pensado hacer con tu hermano —contestó Daniela.

No.

Desde luego, no se cortaba un pelo.

Y, lejos de molestarme su respuesta, me encantó.

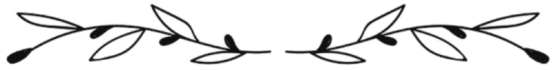
—Dani, córtate un poco —le dijo su hermano.

—No creo que tenga que cortarse en nada. De hecho, me encanta que sea así.

Le rodeé la cintura con un brazo.

Daniela apoyó la cabeza en mi hombro y, al mirarla de reojo, me la encontré sacándole la lengua a su hermano antes de sonreírle.

Capítulo 23



Daniela

—Puedes coger lo que necesites —me dijo Harper al abrir la puerta del vestidor.

Madre mía, la cantidad de ropa que se había traído aquella criatura, y eso que se suponía que solo iba a pasar unas semanas allí. O al menos eso era lo que me había dicho Landon la noche anterior.

Porque, la verdad, aquella noche habíamos hecho de todo menos dormir. Y no hablo solo de lo sexual, que de eso hubo y mucho, sino también de hablar. Nos dio tiempo a tocar un poco de todo: su familia, la mía… Fue como una especie de popurrí.

Aunque, si tenía que ser sincera, de lo que más hablamos fue de todo lo que yo había vivido con Pablo. De su vida personal, en cambio, apenas rozamos nada. Pero, como ya pensé la noche anterior, no iba a ser yo quien lo obligara a abrirse.

Cada uno necesita su tiempo, su momento y, sobre todo, su espacio. Y no solo eso, también tiene que sentirse a gusto con la otra persona.

Que él me hubiera transmitido la suficiente confianza como para acabar abriéndome a él no significaba que Landon tuviera que sentir lo mismo conmigo.

—Con un bikini y un vestido estoy bien.

No quería abusar, aunque sabía que Harper me lo estaba prestando de corazón y no porque se lo hubiera pedido su hermano.

Se puso a rebuscar en uno de los cajones hasta que sacó dos bikinis: uno blanco y otro amarillo, y nada más verlo tuve claro cuál quería. No tenía ni puta idea de qué tenía ese color, pero no podía evitar que los ojos se me fueran detrás cada vez que veía una prenda así. Me encantaba para ropa, zapatos o complementos; para otras cosas, en cambio, me parecía demasiado chillón.

Quedaba confirmado que no estaba muy bien de la cabeza o, por lo menos, que era un poco rara. Eso por ser suave conmigo misma.

—El amarillo —le dije demasiado rápido—. Si no te importa —añadí, intentando arreglar un poco la velocidad con la que había respondido.

—No me importa. —Se encogió de hombros, quitándole importancia —. Además, creo que ese color te queda mejor a ti que a mí.

Lo decía porque ella era muy rubia.

Ese tono de pelo solo se lo había visto a otra persona. Bueno, al menos entre la gente que yo conocía en persona, porque estaba claro que en el mundo había millones con ese mismo color.

Landon también era rubio, aunque no tanto como su hermana. El de él tiraba más hacia un rubio oscuro, con reflejos entre chocolate y dorado.

El caso, como iba diciendo, es que ese tono tan brillante solo se lo había visto a Alma. Supongo que en algún momento tendría que conocer a alguien más.

No sé, mientras más me fijaba en Harper, más familiar se me hacía.

En fin, creo que me estaba montando pajaritos donde no debía.

O quizá sí.

—Harper —la llamé—, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, pero que no tenga nada que ver con lo que anoche hice con tu hermano.

—Puag, de eso no me interesa nada. Para mí, imaginar a mi hermano teniendo relaciones es como imaginar a mis padres. Te aseguro que no hay nada agradable en tener esa imagen dando vueltas por mi cabeza.

Puse cara de asco, y aquello provocó que se riera a carcajadas.

—Me encanta la cara que has puesto. —Seguía burlándose de mí.

Menuda hija de su madre estaba hecha.

—Si quieres, te puedo decir cómo la tiene tu hermano y lo que es capaz de hacer con ella.

Dani, mejor no pienses en eso, que se te van a subir los colores a la cara.

—También te puedo contar lo bien que se le da mover la lengua.

Hala. Ya me lo había buscado yo sola. Y ahora no me quedaba otra que aguantar el calentón, porque solo de pensar en lo que me hizo sentir anoche aquel hombre, era imposible no ponerme a cien.

Eso tirando por lo bajo.

—No seas cochina, mi hermano no hace esas cosas.

La risotada que soltó en ese momento fue, probablemente, la más grande que había oído hasta entonces.

—No, claro. Tu hermano es miembro honorífico de la hermandad del celibato —contesté con toda la calma del mundo.

—Me encantas para Landon. Estoy segura de que le vas a devolver la vida que la otra le quitó.

En cuanto terminó la frase, se dio cuenta de que había hablado más de la cuenta.

No pensaba ponerla en el compromiso de contarme nada sobre la vida de su hermano. No era a ella a quien le correspondía hablar de eso.

Como dije antes, cuando Landon quisiera contarme algo, lo haría. Mientras tanto, iba a respetar su silencio. O, al menos, la parte de él que todavía no quería compartir.

—Creo que más que devolverle la vida, lo que puedo hacer es terminar de enloquecerlo.

Me entregó el bikini amarillo junto con un vestido playero blanco.

—Eso también es darle vida. De una forma mucho más divertida, pero vida al fin y al cabo. Y ganas de vivir y de disfrutar.

Lo que me estaba quedando claro era que aquellos hermanos no tenían absolutamente nada que ver el uno con el otro.

Aunque tampoco podía sorprenderme demasiado. Solo había que vernos a Gonzalo y a mí para darse cuenta de que dos hermanos podían ser polos opuestos.

Con aquella ropa y algunas prendas más que insistió en dejarme para la noche y para el día siguiente, me fui al baño de la habitación de Landon.

Y digo que me dio más ropa porque así fue.

Se había empeñado en dejarme también algo para después. Eso sí, esta vez me había dado prendas más sueltas.

Harper tenía una talla menos que yo y, aunque no era mucha diferencia, sí la suficiente como para que su ropa me quedara más ceñida.

Dejé todo sobre la cama y al baño solo me llevé el bikini.

Iba mirando cómo era el cierre, porque era una de las primeras cosas en las que me fijaba al comprarme uno.

Y es que no me gustaban demasiado esos que se anudaban en la espalda. Yo prefería los que se abrochaban como un sujetador o algo parecido.

En aquel caso no tuve suerte.

De verdad, era un auténtico fastidio tener que anudarlo detrás. Oye, que a quien se le diera bien, estupendo. Pero yo, que para esas cosas era muy torpe, podía tardar medio siglo en hacerme el lazo del puto bikini.

—¡Ay! —grité cuando al entrar me di de bruces con Landon—. Joder, que soy muy joven para morir de un infarto.

Me llevé las manos al pecho dejando caer el bikini al suelo. Y mira que no era de las que se asustaban con facilidad, pero es que no me lo esperaba allí. Yo pensaba que seguía abajo con mi hermano.

—Así no puedes morirte. Si vas a morir por culpa de un infarto, que al menos sea por uno que te provoque yo con un orgasmo.

Fue hablando mientras se acercaba despacio a mí.

Aquella mirada, la media sonrisa y el tono de voz tan sensual con el que me había hablado hicieron que tuviera que apretar una pierna contra la otra para intentar aliviar el ardor que me entró entre las piernas.

Era increíble el tiempo que había pasado sin tener relaciones sexuales y, sin embargo, desde que me tocó la primera vez, me ponía a mil con solo tenerlo cerca.

Y ahora que ya sabía todo lo que era capaz de hacer, era todavía peor: el calor me invadía mucho antes de lo que debería. Y lo más inquietante de todo era que Landon sabía perfectamente lo que provocaba en mí y cómo reaccionaba mi cuerpo.

—Estoy segura de que, de una forma u otra, vas a ser tú quien acabe conmigo.

Y no lo dije solo en ese sentido. Algo dentro de mí me decía que Landon podía ser la persona capaz de hacerme más daño en toda mi vida, no físicamente, porque estaba segura de que jamás me tocaría de esa manera, sino emocionalmente.

Y, sin embargo, ese mismo algo también me decía que, si él quisiera, podría hacerme la mujer más feliz del mundo.

Supongo que ahí entraba eso de quien no se embarca, no se marea, porque si no lo intentaba, si no me arriesgaba a abrirle el corazón, nunca sabría si Landon era para mí y yo para él.

—Mmm… creo que eso me gusta demasiado. No acabar contigo, sino hacerte creer que te estás muriendo por el placer tan grande que te doy —susurró casi sobre mis labios.

—Me encantaría que lo intentaras más veces. Con las que llevas hasta ahora no son suficientes.

Sabía perfectamente que lo estaba retando.

Y me encantaba.

Me sentía juguetona, con ganas de que jugara un poco más conmigo antes de bajar y reunirnos con el resto, o más bien con los que ya estaban esperando abajo.

—No me retes si no quieres tardar en bajar.

Me tenía acorralada entre el lavabo y sus brazos. Sin darme cuenta, me había hecho retroceder hasta que acabé con el trasero pegado al mueble.

No pensaba echarme atrás.

Con Landon me sentía más atrevida que con cualquier otra persona.

No sabía qué era exactamente lo que me pasaba con él, pero hacía que me viniera arriba sin miedo a las consecuencias.

—A lo mejor eso es justo lo que quiero.

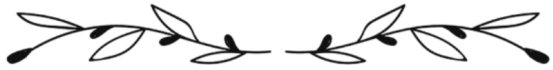
Eché el pecho un poco hacia delante para que viera que no estaba jugando, que lo decía muy en serio.

—Joder, Daniela, no te puedes ni imaginar todo lo que me haces.

Era de las pocas personas que me llamaban por mi nombre completo.

Y me gustaba muchísimo cómo sonaba en sus labios.

Capítulo 24



Landon

Me ponía de cero a cien en cuestión de segundos.

Ese cuerpo, aquella mirada que pedía tanto sin necesidad de palabras, sus gestos y esa forma que tenía de desafiarme… todo eso hizo que estuviera a punto de perder la cabeza.

—Si no te lo puedes imaginar, demuéstramelo.

Me volvía loco su manera de retarme.

Y no pensaba rechazar aquel reto. A la mierda podía irse el mundo entero, porque nosotros no nos íbamos a mover de aquel baño hasta que Daniela se deshiciera entre mis manos y yo entre las suyas.

—No sabes lo que acabas de hacer.

La agarré por el bajo de la camiseta y se la saqué de un tirón. Después le quité también el bóxer que llevaba puesto.

—Mmm… me encanta ese lado brusco que estás sacando.

Seguía provocándome.

No era tonto y notaba perfectamente que todo aquel juego venía de lo caliente que estaba.

Se le veía en la forma en la que rozaba un muslo con el otro, aunque intentara disimularlo. También en el brillo de la mirada, en cómo se humedecía los labios o se los mordía.

—Prepárate, porque así es como voy a ser esta vez —le cogí el labio inferior con los dientes y tiré de él hasta arrancarle un gemido—, pero prométeme una cosa: si en algún momento te molesta algo o no te sientes cómoda, me lo vas a decir.

Por muchas ganas que tuviera de hacerla mía con fuerza y sin pausa, antes estaba su comodidad.

—No te reprimas.

Con cada minuto que pasaba a su lado, estaba más convencido de que Daniela estaba hecha para mí o yo para ella; me daba igual cómo se mirara. Lo que quería decir era que había algo entre nosotros que encajaba de una forma peligrosa.

—Gírate y apoya las manos en el lavabo —le ordené.

Fuera de aquel juego no se me habría ocurrido darle una orden así, pero allí, en ese momento, sí.

Me quité la ropa en un abrir y cerrar de ojos y la dejé donde estaba para ir a la mesita de noche a por un preservativo.

—No te muevas —le susurré en el oído antes de alejarme.

—No pensaba hacerlo —jadeó al sentir cómo le recorría el cuello con la punta de la lengua.

Antes de volver al baño, ya me había puesto el preservativo por el camino.

Era una puta delicia la imagen que tenía delante.

Aquel culo desnudo, redondo, firme, era una tentación en toda regla.

La miré a través del espejo y me di cuenta de que ella también me estaba mirando a mí; más concretamente, tenía la vista clavada en mi erección, esa que estaba a punto de reventar de lo caliente que me encontraba.

Me coloqué detrás de ella y, sin apartar la mirada de sus ojos reflejados en el espejo, le di un pequeño golpe con el pie en uno de los tobillos para que abriera más las piernas.

La agarré con una mano por la cadera y con la otra le deshice el moño mal hecho que llevaba. Cuando tuvo el pelo suelto, se lo recogí en una mano, dándole una vuelta alrededor de los dedos.

—No apartes la mirada.

Nunca había sentido la necesidad de acostarme con alguien sin apartar la mirada, queriendo que nuestros ojos siguieran conectados a toda costa, y, sin embargo, con Daniela no quería otra cosa.

La primera vez, en el baño del local, se lo pedí porque sentí que necesitaba recordarme que ella no era Scarlett, aunque después entendí que no se trataba solo de eso. Lo que realmente me había gustado, lo que de verdad había disfrutado, era la expresión de sus ojos al alcanzar el orgasmo.

—No pienso apartarla —me dijo con una de esas sonrisas traviesas suyas.

Le di una palmada en una nalga.

No sabía si alguna vez se lo habían hecho ni si le gustaría o no. A decir verdad, yo tampoco se lo había hecho nunca a otra mujer. Pero ella me tenía tan fuera de mí que estaba seguro de no haberme sentido nunca así.

Y le gustó.

Me miró fijamente y, sin apartar mis ojos de los suyos, me introduje en ella de una sola embestida.

—Dios… —gritó.

—Shhh, te van a oír —le dije antes de darle otra palmada.

—Landon…

Mi nombre dicho entre gemidos era de las mejores cosas que había oído en mi vida. Y, por cómo contrajo el sexo alrededor de mí después de la palmada, estaba claro que aquello le ponía y mucho.

—¿Preparada? Ahora es cuando empieza lo bueno.

Joder. No sabía qué imagen me excitaba más: si la de mi cuerpo entrando y saliendo del suyo o la que me devolvía el espejo, con la cara de placer de Daniela y el movimiento de sus pechos acompañando cada embestida.

Mirara donde mirara, me tenía completamente atrapado. Por eso empecé a penetrarla con más fuerza y más rapidez, y cada vez que cerraba los ojos, arrastrada por el placer, le daba un pequeño tirón de pelo, no para hacerle daño, solo lo justo para que lo sintiera y volviera a mirarme.

—Dios… —volvió a soltar, aunque esta vez sonó casi como un grito.

—No, preciosa, Dios no tiene nada que ver con el placer que estás sintiendo ahora mismo.

Miré cómo mi cuerpo volvía a perderse dentro del suyo y supe que aquella imagen iba a quedarse conmigo mucho tiempo, porque no pensaba olvidarla y, si era sincero, tampoco quería hacerlo.

—En este momento, mientras no dejes de moverte, Dios me importa bien poco —dijo entre gemidos y jadeos.

Me mordí el labio inferior con fuerza.

Estaba a punto de estallar, pero no pensaba hacerlo hasta que ella se corriera alrededor de mí. Por eso, la mano que tenía en su cadera la deslicé hasta el centro de su vientre y seguí bajando hasta su sexo, donde empecé a trazar pequeños círculos sobre su clítoris con dos dedos sin dejar de penetrarla ni bajar la intensidad.

Supe el instante exacto en que llegó al orgasmo, y no fue por los gemidos ni por la expresión de su rostro, sino por cómo se contrajeron las paredes de su sexo alrededor de mí.

—Me haces sentir vivo.

Se lo dije porque sentí que tenía que hacerlo justo en aquel instante.

—Yo te haré sentir vivo, pero tú de verdad que me vas a matar.

Dejó caer la cabeza sobre la encimera del lavabo. Tiré de ella para incorporarla y, sin salir de su interior, la besé con hambre, con ardor, con todo lo que me estaba despertando.

El beso empezó con fuerza, casi desesperado, pero con los segundos fue volviéndose más lento, más hondo, como si detrás de él hubiera algo que todavía era imposible nombrar porque era demasiado pronto.

—Me encanta lo que me haces sentir —me dijo con la nuca apoyada en mi pecho y mirando hacia arriba.

Y esa era otra de las cosas que cada vez me gustaban más de ella: que decía lo que pensaba tal y como le salía, sin filtros, diera igual que fuera algo bueno o algo malo.

No contesté.

No porque no quisiera, sino porque no sabía cómo hacerlo. Porque no estaba acostumbrado a poner en voz alta lo que sentía. Porque esas palabras me habían pillado por sorpresa y me habían llegado más hondo de lo que quería reconocer.

Salí despacio de su interior, sin dejar de mirarla.

Y ni siquiera había terminado de hacerlo cuando ya echaba de menos el calor con el que me envolvía.

—Una ducha rápida y bajamos —le dije ya de frente, apartándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Estoy segura de que algún día dejarás de ser un inglés frío y te convertirás en el hombre más cariñoso del mundo. Y no digo que tenga que ser ahora ni conmigo, pero sé que lo serás.

Aquellas palabras me removieron por dentro más de lo que lo había hecho nadie con casi nada.

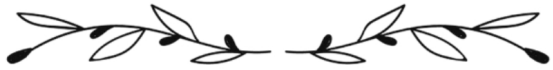
No fui capaz de contestarle.

Todavía no.

Y no pude porque tenía razón.

Era frío. Nunca había sido cariñoso en una relación, sobre todo porque jamás lo habían sido conmigo.

Capítulo 25



Daniela

Eso era justo lo que le hacía falta a Landon: que alguien le hiciera ver cómo podía llegar a ser de verdad con una mujer, cómo podía decir cosas que tocaran el corazón de la otra persona sin darse cuenta siquiera de todo lo que despertaban.

Ya lo hacía con algunas miradas, con ciertas caricias, con pequeños gestos que ni él mismo parecía advertir, pero por mis ovarios iba a conseguir que aceptara que dentro de él también había cariño, ternura y, si se daba el caso, hasta amor. Y no solo eso, también iba a lograr que, además de aceptarlo, fuera capaz de demostrarlo.

Porque estaba segura de que detrás de esa fachada y de todas esas palabras que probablemente nunca había dicho en voz alta, había un hombre con muchísimo que dar.

Y, aunque de verdad quería pensar que me daba igual que fuera conmigo o con otra mujer, no iba a engañarme: me habría gustado que fuera conmigo.

Eso no significaba que estuviera enamorada de él, porque ni podía decir algo así ni sería verdad a esas alturas, pero sí que me gustaba, y mucho. Me había gustado desde el primer momento en que lo vi, justo antes de descubrir que también podía ser un gilipollas, y os juro que eso era exactamente lo que seguía pensando hasta la noche anterior, incluso cuando me metí en aquel baño con él.

Después de eso, la que se comportó como una gilipollas fui yo, para que veáis que también sé reconocer lo malo de mí, pero, a partir de ahí, él dejó de parecerme tan estúpido. Sobre todo después de verlo liarse a hostias por defenderme, porque, no nos engañemos, ¿a quién no le gusta que alguien la defienda, aunque pueda hacerlo sola?

A mí, sinceramente, me gustó. Y quiero pensar que, si lo hizo, fue porque le gustaba por algo más que por lo evidente. A ver, sé que le gusto, eso está más que claro, pero me apetecía creer que, aparte de eso, tenía que haber algo más.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando terminé de ponerme el bikini.

—Claro, estoy mucho mejor que bien. —Le sonreí, y no le estaba mintiendo—. Sobre todo, estoy superbién… y superrelajada.

Relajada me había dejado para toda la semana con el meneo que me había dado.

Madre mía, que a ese hombre podía faltarle un poco de ternura de vez en cuando, pero le sobraba talento para poner a una mujer a mil. En la cama, fuera de la cama y donde hiciera falta.

—Si estás relajada ahora, cuando termine el día te veo arrastrándote por el suelo.

—Es broma, ¿verdad?

Tenía que estar bromeando por cojones. O quizá lo decía por lo de pasar el día en la piscina y mi mente calenturienta se había ido por donde no tocaba.

Debía de ser eso.

—No. Cuando menos te lo esperes, te meto en la primera habitación que encuentre y te hago gritar.

—No me vas a poner las manos encima en todo el día. —Lo señalé con un dedo.

El muy descarado me sonrió.

—Encima que lo haría para que siguieras relajándote.

—Claro, y yo me chupo un dedo. Porque no lo quieres hacer por ti, no. Lo haces solo por mí.

—Para que veas el buen corazón que tengo. Soy capaz de sacrificarme para que estés bien.

—Me dejas sin palabras. Te juro por mi hermano que nunca había tenido la suerte de conocer a alguien tan noble y bondadoso.

A ver cuál de los dos era más irónico.

Todo, claro, dentro de nuestro juego. Porque, de momento, el hacha de guerra estaba guardada. Aunque, siendo sinceros, quien había guardado de verdad la lengua afilada había sido él. Yo solo había dejado el hacha apoyada en un rincón.

—No jures tanto y mejor bajamos. —Tiró de mi mano, casi sin darme tiempo a terminar de ponerme el vestido.

—¿Ahora te entra la prisa? —le pregunté con cachondeo.

—No. Si por mí, ninguna. Es que me parece raro que mi hermana no haya venido a buscarnos.

—Bonita imagen se hubiera llevado de su hermano. —Me contuve la carcajada como pude—. Sobre todo porque ella piensa que su hermano no hace esas cochinadas, según sus propias palabras —le aclaré.

Se detuvo tan en seco que me choqué con su espalda.

—Ay —me quejé, llevándome la mano a la nariz—. Ya sé que haces deporte; no hace falta que me lo demuestres así.

Y lo decía de verdad.

—Perdona, ¿estás bien?

Se giró y quedó frente a mí. Con la punta de dos dedos me levantó un poco la barbilla para mirarme la cara.

—La tienes un poco roja. Ya no sé si es por haberte dado conmigo o por habértela frotado con la mano.

Me movió la cabeza de un lado a otro, comprobando que estuviera bien.

—No ha sido nada, ni me duele —sonreí al recordar por qué se había parado de golpe—. Parece que no te esperabas para nada lo de tu hermana.

Me devolvió la sonrisa.

Y yo me derretí un poco más al ver esa mirada, ese gesto y esa cara tan absurdamente atractiva.

—No me lo esperaba en absoluto. Aunque, viniendo de mi hermana, puedo esperarme cualquier cosa.

Desde luego que sí.

Yo apenas conocía a Harper, por mucho que la noche anterior hubiera tenido la sensación de que podíamos llevarnos increíblemente bien, pero también estaba bastante segura de que de ella podía esperarme cualquier cosa.

Y, a ver, todos sabíamos que lo había dicho de broma, así que le expliqué a Landon por qué se lo había soltado y de dónde venía el comentario, y no dejó de reírse hasta que bajamos.

Fue entonces cuando vi que mi jefe, o sea, su amigo y ligue de Alma, ya había llegado con ella. Los cuatro estaban sentados alrededor de una mesa del porche trasero, cada uno con una cerveza en la mano y un picoteo en el centro.

No era nada elaborado, pero todo tenía una pinta tremenda: aceitunas en un cuenco, unas patatas al punto de sal en un plato, una tabla de quesos con unos cuantos dátiles y piquitos y, por último, una bandejita con jamón que, solo por el aspecto, ya se notaba que era del bueno, de ese cuya grasa casi se te deshace en la boca.

Madre mía, no me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que vi aquella mesa delante, porque, aunque no fueran cosas complicadas, tenían una pinta increíble.

—¿No habéis tenido suficiente esta noche?

No supe dónde meterme con el descaro de aquella rubia.

—Por lo que parece, no, no han tenido suficiente —contestó mi hermano.

¿Desde cuándo Gonzalo hablaba con ese descaro?

—Hermano, no tenemos la culpa de que no tengas tanto aguante.

A ese sí que le cerraba yo la boca.

—Uy, eso ha dolido, amigo —dijo Carter.

—Eh, eh, eh, a tu hermano lo dejas tranquilo, que mientras yo no me queje, todo va bien.

—¿No me digas que te vas a obsesionar con mi hermano? —le pregunté a Harper con recochineo—. ¿Sabes que es policía y que se quita a las acosadoras de encima bastante rápido?

Miré a Alma y las dos nos contuvimos las ganas de reír.

Landon se sentó en una silla con esa tranquilidad suya que a veces me desesperaba, cogió un botellín de cerveza y le dio un trago sin apartar la mirada de mí.

Me di cuenta porque lo miré de reojo.

—Claro, como también sé que puede ayudarme a encubrir un asesinato.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Nah. —Hice un gesto con la mano, quitándole importancia—. Mi hermano me quiere demasiado.

Le guiñé un ojo a Landon.

—No creas que te quiero tanto. Por lo menos, no todo el tiempo. Muchas veces me entran ganas de matarte.

—Gonci, eso ha dolido —me llevé una mano al corazón fingiendo estar ofendidísima.

—Te lo has buscado, enana —dijo antes de levantarse y echar a correr hacia mí.

—Era broma, ya no te digo más Gonci, te lo prometo. Gonzalito.

¿Quién dijo miedo?

Salí corriendo por todo el jardín, intentando que no me atrapara, porque si lo hacía, estaba segura de que me iba a tirar directamente a la piscina.

Los demás seguían sentados, riéndose de vernos a mi hermano y a mí corriendo como dos críos.

Bueno, todos no.

La rubia medio loca había desaparecido. O eso creí yo hasta que un chorro de agua me dio directo en la cara.

Os juro que al principio no supe ni qué había pasado ni de dónde había salido.

—La madre que te parió —le grité a Harper entre carcajadas.

Lo que no se esperaba ella era que su hermano la cogiera por detrás y la lanzara directamente a la piscina.

—Hermana, esto era cosa entre ellos. No puedo permitir que ataques a traición a mi chica.

Sentí cómo el corazón me daba un vuelco al oír eso de «mi chica».

Y me salió el impulso de correr hacia Landon.

Así que eso fue exactamente lo que hice.

Justo antes de llegar a él, di un salto. Me cogió por debajo del trasero por puro reflejo, mientras yo le rodeaba la cintura con las piernas y el cuello con los brazos.

—Al final me vas a gustar y todo —le dije muy cerca de la boca.

—¿Cómo que al final? —Me miró con los ojos entrecerrados.

Esa mirada no me gustó nada.

—Ni se te ocurra. —Le agarré de la oreja para pegarle un tirón.

Vamos, que si le daba por tirarme al agua, esa oreja se venía conmigo en la mano.

Y no, no me llevé la oreja.

No me la llevé porque el capullo de mi hermano apareció y nos tiró a los dos a la piscina.

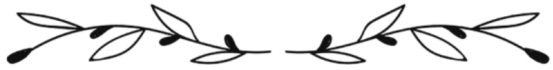
Ahí fue cuando empezaron de verdad las bromas y las risas.

Sobre todo cuando Alma salió corriendo y, del impulso, empujó también a mi hermano al agua.

Y, al final, entre unas cosas y otras, terminamos todos dentro de la piscina.

Eso sí, nosotras con los vestidos puestos además del bikini, y ellos con las camisetas y los bañadores.

Capítulo 26



Landon

Cuando el viernes mi hermana casi me obligó a ir a ese local, lo que menos me imaginaba era que iba a terminar pasando el fin de semana que había pasado.

No, eso sí que no me lo esperaba en absoluto.

Puede que fuera pensando que tal vez vería a Daniela, pero por mi cabeza no pasó en ningún momento todo lo que terminó ocurriendo después. Y no me refiero solo a lo del local, sino a los dos días siguientes.

Cuando el domingo por la tarde me dijo que ya iba siendo hora de que la llevara a su casa, no me quedó más remedio que hacerlo. Sin ganas, pero tuve que hacerlo.

A fin de cuentas, Daniela tenía razón en lo que había dicho.

Habíamos ido demasiado deprisa al pasar el fin de semana juntos, sobre todo teniendo en cuenta lo mal que empezamos cuando nos conocimos.

Esa fue su respuesta cuando le dije que se quedara también la noche del domingo y que, por la mañana temprano, la llevaría a su piso para que se cambiara de ropa y de allí iríamos juntos a la empresa.

Como he dicho, no me lo tomé mal, sobre todo porque tenía razón.

No debía querer correr tanto, no cuando apenas nos conocíamos. Pero, al mismo tiempo, con Daniela sentía justo lo contrario, como si pudiera leerla con facilidad, como si la entendiera de una forma que no me había pasado nunca con nadie.

Ni siquiera con Scarlett había sentido algo así.

Con ella fue distinto. Con ella todo empezó poco a poco. Como ya dije en su momento, al principio no le hice demasiado caso, hasta que terminé fijándome en ella o, mejor dicho, hasta que fue ella la que hizo que me fijara.

No paró hasta tener toda mi atención y, cuando lo consiguió, fue cuando empecé a obsesionarme.

Y ahí fue cuando toda mi vida se fue a la mierda.

Me quedaba destrozado cada vez que se iba y me dejaba, según ella, porque necesitaba prosperar.

Y sí, prosperaba, pero en la lista de hombres con los que se había acostado. Y lo peor de todo era que, aunque yo era consciente de todo eso, cada vez que reaparecía volvía a caer, como si fuera un adicto que necesitara su dosis para seguir respirando.

Jodía y mucho ser consciente de todo el daño que me había hecho.

Aunque tengo que reconocer que la culpa era mía, porque estaba claro que, si había llegado tan lejos, era porque yo se lo había permitido.

Total, que jodía muchísimo verlo todo con claridad y, aun así, no ser capaz de decirle que no cuando volvía a buscarme.

Y mira que lo intentaba, para que después toda mi resistencia inicial se fuera a la mierda en cuanto Scarlett me miraba.

Aunque esta vez estaba convencido de que no iba a volver a buscarme. Era imposible que lo hiciera cuando estaba a punto de casarse, si es que no lo había hecho ya.

Eso era lo último que sabía de ella.

El caso era que ahora sí estaba convencido de que, aunque reapareciera en mi vida, esta vez no iba a volver a caer.

Ya no.

No cuando había conocido a una mujer que, en un solo fin de semana, me había enseñado y demostrado mucho más de lo que lo había hecho Scarlett en todos los años que vivimos entre idas y venidas.

Aun así, tenía que admitir que Daniela llevaba razón y que lo mejor era ir despacio, con calma y conociéndonos de verdad, sin prisas, sobre todo porque los dos veníamos de relaciones que no habían sido precisamente sanas.

La diferencia era que ella no sabía cómo había sido la mía, y no lo sabía porque yo no había querido contarle nada, no porque no me apeteciera abrirme con ella, sino porque no estaba seguro de que pudiera entenderlo.

—Yo sigo pensando que deberíamos decir que el jefe eres tú.

Levanté la cabeza de la tableta, donde estaba leyendo un correo que me había mandado mi padre.

—Ya te he dicho que todavía no quiero decir nada.

Quería seguir observando el comportamiento y la forma de trabajar de los empleados.

—Por lo menos podríamos decírselo a las chicas.

—Si hacemos eso, nos arriesgamos a que se lo digan a alguien y, si pasa, nada habrá valido la pena —le contesté, porque era lo que pensaba, aunque cada vez estaba menos convencido.

—No lo veo y no me gusta —insistió negando con la cabeza.

—Sé que desde el principio no te ha hecho mucha gracia, pero no entiendo a qué viene ahora tanta negativa a seguir como habíamos quedado.

—Si no lo entiendes, una de dos: o eres más tonto de lo que pensaba o de verdad nunca te ha gustado nadie lo suficiente como para sentirte mal por mentirle.

Sí que me había gustado alguien, y él lo sabía mejor que nadie.

Aunque quizá tuviera razón.

Porque, si lo pensaba de verdad, con Scarlett no me habría importado mentir en algo así. No me habría preocupado en absoluto.

Sin embargo, en cuanto pensaba en Daniela descubriendo que le estaba mintiendo, se me instalaban unos nervios muy concretos en el estómago. Y sabía perfectamente de dónde venían: del miedo a que, cuando se enterara, no quisiera volver a saber nada de mí.

—Tienes razón —le reconocí, y no creáis que no me costó, porque de cabezón tenía bastante—. El problema viene ahora. ¿Cómo se lo decimos sin que se molesten con nosotros?

—No tengo ni idea, solo sé que tenemos que decírselo cuanto antes. Es mejor que se enteren por nosotros a que lo hagan cuando todo explote.

Me quedé un momento observando a Carter y, por más que intenté hacer memoria, no recordaba haberlo visto nunca así por una mujer.

—La rubia te gusta de verdad —afirmé unos minutos después.

—Sí. Tiene algo que hace que no pueda dejar de pensar en ella. —se pasó una mano por la cara—. Cuando pasé el primer fin de semana con ella, ya me di cuenta de que me había gustado más de lo normal.

»Pero ahora, después de este segundo, lo puedo decir sin miedo a equivocarme: me gusta mucho. Más que gustarme, me atrevería a decir que junto a Alma me siento mejor que nunca.

Sí.

Definitivamente podía confirmar que Carter no había estado así nunca con otra mujer.

Que había estado con muchas y que a todas las había tratado como a reinas, era verdad, pero nunca lo había oído hablar de ninguna de la manera en la que hablaba de Alma.

¿Me pasaba a mí lo mismo con Daniela? ¿La veía de una forma distinta? No lo sabía.

Por ahora solo podía decir que sentía con ella una conexión que no había sentido con nadie.

La atracción entre los dos era algo más que evidente. Estaba ahí desde el primer momento en que se cruzaron nuestras miradas, aunque yo no fuera precisamente amable con ella al principio.

—Habla con ella. Puedes contárselo todo —le dije mientras le daba vueltas a la cabeza a cómo iba a decírselo yo a Daniela.

—¿Crees que es mejor que cada uno se lo contemos por separado?

Asentí, completamente convencido.

—Es lo mejor. Queda con ella esta noche.

Lo vi coger el móvil y ponerse a escribir. Estaba claro que le estaba mandando un mensaje a Alma.

Yo debería hacer lo mismo. Quedar con Daniela antes de que fuera demasiado tarde y ya hubiera hecho otros planes.

—Creo que tienes razón —le dije, después de mandarle yo también un mensaje.

—Tengo razón en muchas cosas, pero refréscame la memoria, porque ahora mismo no sé en cuál de todas la tengo.

Capullo.

Sonreí pensando en lo arrogante que podía llegar a ser cuando le daba la gana.

—Se lo vamos a decir a todos, pero después de haber hablado con ellas.

Iba a decírselo solo a los directores de departamento. Era con ellos con quienes tenía que tratar directamente. A los demás trabajadores no tenía por qué explicarles nada, por muy mal que sonara.

La realidad era esa.

Ellos no tenían trato directo conmigo, sino con el responsable de su departamento.

—Dime que voy a tener mi propio despacho —soltó sonriendo.

Por muy buenos amigos que fuéramos, trabajar los dos en el mismo despacho era un coñazo. Y no solo porque cada uno tuviera su forma de trabajar, sino porque, cuando teníamos llamadas al mismo tiempo, era una putada estar escuchando al otro de fondo.

Eso, entre otras cosas.

—Siempre lo has tenido, no veo por qué esta vez iba a ser distinto —le contesté.

Y justo en ese momento me llegó un mensaje de Daniela.

Daniela: *Sí, me gustaría que nos viéramos, pero esta vez en mi piso.*

Landon: *¿No prefieres que sea en mi casa?*

Daniela: *No. Esta vez será en mi piso. No creo que te pase nada por dejar tu reino y bajar al mundo de los pobres.*

Landon: *No es por eso —y, sinceramente, esas cosas me importaban poco, y creo que ella lo sabía—. Era por si te apetecía un baño en la piscina.*

Daniela: *En otro momento. Hoy quiero que vengas a casa.*

Landon: *¿Esta insistencia es por algo en concreto?*

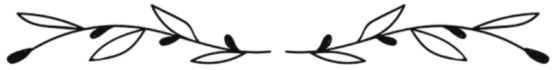
No podía dejar de sonreír mientras hablaba con ella.

Daniela: *Era una sorpresa, pero dada tu insistencia te lo diré. En casa tengo unas esposas y pensaba utilizarlas para inmovilizarte y hacerte algunas cosillas.*

Joder.

Solo de leer aquello, se me puso el pene erecto.

Capítulo 27



Daniela

En cuanto llegó la hora de salir, apagué el portátil y la tableta y los guardé en el bolso que usaba para llevarlos de casa al trabajo y del trabajo a casa.

Eso sí que no me podía faltar: el bolso del portátil a juego con el color de las gafas que me pusiera ese día.

Tampoco vayáis a pensar que tenía bolsos de todos los colores, porque no era así. Lo que sí tenía eran las gafas amarillas, rosas, celestes y blancas y, claro, de esos mismos tonos me compré también los bolsos para el ordenador y la tableta.

Para que luego digan que no soy cuqui y mona, si es que más ideal no podía ser yo. Me reí para mis adentros al pensar así de mí misma, aunque enseguida tuve que centrarme, porque ya me conocía y sabía que, como me despistara, terminaba hablando de cualquier cosa menos de lo que venía a cuento.

El caso es que aquel día me había puesto un vestido verde militar para ir a trabajar. Era muy bonito y lo que más me gustaba de él era que, según el calzado que eligiera, podía verse más formal o informal. Y con ese color me gustaban tanto el blanco como el amarillo, aunque aquella mañana había decidido ponerme las gafas blancas.

Pues eso, que iba saliendo tan tranquila, hablando con un compañero de trabajo, cuando al llegar a la calle, justo delante de la entrada del edificio, vi a Landon. No sabía si me estaba esperando a mí o a otra persona, porque estaba apoyado de forma relajada, con una mano en el bolsillo del pantalón y el móvil en la otra, completamente pendiente de la pantalla.

Debía de ser importante lo que estaba mirando, porque ni siquiera se había dado cuenta de que yo acababa de salir. Aunque, como ya he dicho, tampoco tenía claro que estuviera allí por mí.

Sinceramente, no lo creía, sobre todo porque habíamos quedado en que se pasaría por mi casa a la hora de cenar, así que me quedé dudando un momento entre acercarme a saludarlo o no.

—Hasta mañana, Fernando.

Me despedí del compañero con el que iba hablando.

Y al final pudieron más las ganas de acercarme a él, de tenerlo cerca. Aunque, siendo sincera, lo que de verdad me apetecía era llegar hasta donde estaba, engancharme a su cuello y plantarle un beso de los que hacen historia.

Estaba claro que no iba a hacerlo.

No por falta de ganas, sino porque no sabía si a él le parecería bien. Porque por mí, sinceramente, lo que pensaran los demás me traía bastante sin cuidado.

Y con eso no quiero decir que me importe un pito la opinión de la gente. Lo que quiero decir es que intento hacer lo que me hace feliz, lo vean bien o no.

Como digo yo: mientras no le haga daño a nadie, todo está bien.

—Está usted muy solo —le dije, aguantándome las ganas de reír—. ¿Espera a alguien?

Levantó una ceja al oírme hablarle de usted.

—¿Soy un desconocido? —Negué con la cabeza—. Entonces, ¿por qué me hablas de usted?

—En teoría, eras la mano derecha del que, por ahora, es mi jefe, porque está claro que al jefe supremo no voy a conocerlo nunca. Ese tiene que estar sentado en su trono, señalando con el dedo lo que tenemos que hacer los simples mortales.

Se le escapó una carcajada. De esas que salen solas y con ganas.

Y me gustó oírle esa risa ronca y profunda. Más que gustarme, me puso los pelos de punta.

—También era la mano derecha de tu jefe este fin de semana y no recuerdo que me hablaras de usted cuando te hacía llegar al orgasmo.

¿Cómo podía ponerme a cien con unas palabras así?

No tenía ni idea del poder que tenía sobre mí, pero nunca me había pasado con otro hombre. Con Landon perdía por completo la capacidad de razonar y lo único que me apetecía era hacerlo jadear mi nombre mientras él me hacía gritar el suyo.

—Eso no cuenta. Durante el fin de semana sufrí enajenación mental.

Me contuve las ganas de reír al ver la cara que puso.

—Pues sigue sufriéndola y ven aquí.

Se puso en modo dominante y, si no fuera porque lo hacía dentro de nuestro juego y de ese tono medio sexual que usábamos a veces, le iba a hacer caso su prima, porque yo no obedecía así como así a nadie.

—No me has dicho si estás esperando a alguien —le dije, acercándome.

—Te estaba esperando a ti, pero eso ya lo sabías, ¿verdad?

Pues no, no lo sabía, y aun así me encantó escucharlo.

—No sabía si me esperabas y, si soy sincera, creía que estabas esperando a Carter o a tu hermana. Nosotros, en teoría, habíamos quedado más tarde.

—Que les den. A la única que quería ver era a ti. —Acortó el poco espacio que quedaba entre nosotros—. Me moría por robarte un beso.

—No hace falta que lo robes. Yo también me muero por dártelo.

Puse la palma de la mano en el centro de su pecho y la fui subiendo despacio hasta llegar a la parte de atrás de su cuello.

Me puse de puntillas, aunque aquello era una gilipollez, porque tampoco iba a llegar a besarlo si él no decidía bajar la cabeza.

Me encantaba cuando me ponía una mano en la cara y me acariciaba la mejilla con el pulgar. Por muy simple que pareciera, para mí ese gesto significaba muchísimo.

Porque lo hacía con una suavidad y una mirada que os prometo que se me ganaba el corazón entero.

Bueno, ese órgano se lo estaba ganando casi sin hacer nada.

Ains, Dani, ¿dónde cojones te estás metiendo?

Landon bajó un poco la cabeza al mismo tiempo que yo levantaba la mía, y ahí, a mitad de camino, se encontraron nuestras bocas.

¿Cómo se podía echar tanto de menos unos labios que había besado la noche anterior, cuando me dejó en la puerta del portal?

No tenía ni idea.

Puede que con Pablo hubiera estado cegada, anulada en todos los sentidos, sin darme cuenta de hasta qué punto me había apagado, pero nunca sentí la necesidad de verlo, de que me besara, de que me tocara o simplemente de que me hablara.

Con Landon estaba siendo justo lo contrario.

Y, la verdad, no sabía si era mejor o peor sentir aquella necesidad de tenerlo cerca, aunque sí tenía muy claro que quería estar con él sin importarme demasiado las consecuencias.

Porque no seamos tontas: sabía perfectamente que iba a haberlas y, en algunas, estaba bastante segura de que me tocaría perder a mí. Pero bueno, ya afrontaría todo cuando llegara el momento.

—¿Vamos? —me preguntó cuando separamos los labios.

—Claro. Estoy deseando verte encerrado toda la tarde en mi minúsculo piso.

Me mordí el labio inferior para no reírme.

—No solo la tarde. No pienso moverme de allí hasta mañana por la mañana, cuando vengamos a trabajar.

Me cogió el bolso del portátil para llevarlo él. En cuanto lo tuvo en las manos, lo miró, luego me miró a mí y después volvió a fijarse en el bolso.

—¿Te pasa algo?

Sabía perfectamente lo que estaba pensando.

—¿Siempre conjuntas el bolso con las gafas?

—No, siempre no. Sobre todo porque solo tengo cuatro colores de gafas.

Aunque, pensándolo bien, sí, siempre iba conjuntada, porque tampoco tenía más bolsos de ese estilo.

Me gustó que me rodeara la cintura con un brazo. Me hizo sentir que significaba algo para él.

—Has dicho antes que tenías pensado quedarte en mi piso para venir mañana directamente a la empresa, pero digo yo que antes tendrás que pasar por tu casa para coger ropa.

Casa, por decir algo, porque lo que yo tenía desde luego no podía considerarse ninguna mansión.

Llegamos hasta donde había aparcado el coche y me abrió la puerta para que entrara.

Puede que fuera una costumbre que se hubiera perdido con el tiempo, pero ¿a quién no le gusta sentirse cuidada o mimada?

A mí, desde luego, sí.

Me hacía sentir que algo importaba.

Porque digo yo que, cuando no importas absolutamente nada, nadie tiene ese tipo de detalles.

Ni esos ni otros.

Eso creía yo.

Capítulo 28

Daniela

Abrí la puerta del piso y me aparté a un lado para dejar que Landon entrara antes. Sabía perfectamente que no lo iba a hacer, porque era demasiado caballero como para pasar delante de mí, pero aun así le hice el gesto con la mano.

—Después de ti.

Y, efectivamente, se negó a entrar antes que yo.

¿Veis? Lo que yo decía: todo un caballero inglés.

Menos mal que no era igual de caballero en la cama o fuera de ella cuando el asunto tenía que ver con sexo. Gracias a Dios, pensé.

Aunque, siendo sincera, tampoco es que lo fuera en muchos otros aspectos. Bien pensado, Landon era caballero solo cuando le daba la gana o cuando le convenía, porque la lengua la tenía bien afilada.

En definitiva, tenía varias facetas y para todos los gustos. Eso sí, la versión sexual me la pedía yo primero; no fuerais tan rápidas, que luego a mí me tocaba quedarme con la de la lengua afilada.

—Ni me voy a molestar en enseñarte el piso. —Me reí—. No porque no quiera, sino porque con tres pasos tuyos lo recorres entero.

Sonrió.

Vale, quizá había exagerado un poco, aunque no demasiado.

—Así lo tienes todo más a mano —me contestó sin borrar la sonrisa.

—¿Te gusta tenerlo todo a mano?

La pregunta iba por el tamaño del piso, pero sabía perfectamente que él la iba a llevar por otro camino.

—Me encanta, aunque no tanto como me gustaría.

Se fue acercando despacio a mí.

Por su forma de caminar y de mirarme, estaba claro que había activado su modo sensual. Como si con él hiciera falta mucho para tenerme derretida. Si a mí me bastaba verlo para quedarme con la baba colgando. Y, a decir verdad, ni siquiera necesitaba tenerlo delante; con solo pensar en él ya me tenía medio ganada.

—Eso tiene fácil solución. —Se me escapó una risilla.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es, según tú?

—Mudarte a una casa mucho más pequeña. Ya verás cómo así lo tienes todo más a mano.

Estallé en carcajadas al ver la cara que puso.

Al final sí que le enseñé el piso. Le señalé dónde estaba mi habitación, el baño, la habitación de invitados y la cocina. El salón no hacía falta, porque era lo primero que había visto al entrar.

—Y esta es la habitación donde vas a dormir tú si pasas la noche aquí.

Me miró levantando una ceja. Vamos, que con ese gesto me estaba diciendo que no me lo creía ni yo.

—¿Duermes en esa habitación?

Él sabía de sobra que no, solo me estaba siguiendo la broma.

No sé muy bien cómo lo hizo, pero terminó acorralándome contra la pared. Cuando me quise dar cuenta, tenía una mano apoyada a la altura de mi cabeza y la otra en mi cintura.

—Duermo contigo, ya sea en un palacio, debajo de un puente o en una cueva, pero pegado a ti —fue diciendo, acercando cada vez más la boca a la mía—. Y si puede ser encima de ti o tú encima de mí, mucho mejor.

—Creo que sería muy incómodo para ti aguantarme toda la noche encima.

Nuestros labios se fueron acercando tanto que casi se rozaban. Era pura provocación por parte de los dos.

—Aguantaría una semana si hiciera falta.

—No te pases, Superman —sonreí sobre sus labios.

Dios, me moría de ganas de besarlo, de notar el calor y la suavidad de su boca, de atraparlo entre mis dientes y tirar de su labio sin llegar a hacerle daño.

—No me hace falta ser Superman para soportar tu peso.

No sé si lo hizo para demostrarlo o porque simplemente era lo que le apetecía en ese momento, pero a mí me volvía loca cada vez que me levantaba en brazos.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Me cogió por debajo del trasero y yo le rodeé la cintura con las piernas justo cuando mi espalda chocó contra la pared del pasillo.

—Mmm… creo que querías verme porque tenías algo que decirme —le dije mientras inclinaba la cabeza hacia un lado para dejarle más espacio y que siguiera besándome el cuello.

—Tengo muchas cosas que decirte, y de muchas maneras —murmuró entre beso y beso a lo largo de mi cuello.

—Lo que estás haciendo ahora no es hablar.

Sonreí al sentir que me clavaba un poco más los dientes cerca de la clavícula.

Era un salvaje cuando quería, eso sí, un salvaje con cierto cuidado. Vamos, que tenía justo ese punto de brusquedad que conseguía ponerte mucho más cachonda de lo que ya estabas.

—Hay muchas maneras de hablar, y esta es una de ellas.

Gemí de gusto cuando me apretó el culo con las manos.

Ojalá hablaras más a menudo de esta manera, pensé, disfrutando como nunca de sus besos y de sus manos.

No me cansaría jamás de decir que lo que Landon hacía con mi mente y, sobre todo, con mi cuerpo, no lo había hecho nadie. Ni siquiera Pablo. Y mira que durante mucho tiempo creí que había estado enamorada de él.

Lo he dicho bien: creí.

Porque después descubrí que aquello no era amor ni estar enamorada de nadie.

Lo único que hice fue dejarme dominar demasiado tiempo por un monstruo que sabía jugar con la mente de los demás para que hicieran y pensaran exactamente lo que él quería. Dicho de una forma más técnica, era un puto narcisista, pero de manual.

Y todos sabemos lo que puede llegar a hacer alguien así.

Centrándome en lo que de verdad importaba en ese momento, incliné un poco más la cabeza hacia la izquierda para dejarle todavía más espacio. Me volvía loca sentir sus labios recorrer cualquier parte de mi cuerpo.

Y al final pasó lo que era de esperar.

Terminamos desnudos, con los cuerpos enredados y sudando a mares sobre mi cama.

Si no hubiera sido por el calor que me entró, y eso que tenía el aire acondicionado puesto, desde luego me habría quedado allí hecha un ovillo y me habría echado una buena siesta, a pesar de la hora que era.

No lo hice, no por falta de ganas, sino porque me apetecía una ducha casi tanto como quedarme en la cama.

Landon se duchó antes que yo, mientras yo seguía remoloneando entre las sábanas. No sé en qué momento había ido a su casa a por ropa, pero el caso es que salió del baño con un pantalón de pijama puesto.

Era de esos de tela fina y fresca, de color celeste, casi del mismo tono que sus ojos.

Qué injusta era la vida, pensé sin dejar de mirarlo.

Ese abdomen plano, esa V tan marcada, ese pecho…

Daba igual hacia dónde lo mirara, estaba para comérselo entero.

Con un gran suspiro me levanté de la cama. No me tapé el cuerpo, no tenía sentido hacerlo. Y, además, a mí me gustaba el mío y no me avergonzaba en absoluto.

Lo tenía clarísimo: a quien no le gustara, que apartara la mirada. Yo era así y, mientras me sintiera bien conmigo misma, así pensaba seguir.

Me di una buena ducha, de esas en las que acabas dejando que el agua fría te caiga desde la cabeza hasta los pies. De esas que, aunque al principio hacen que te encojas en cuanto notas el chorro helado resbalando por el centro de la espalda, después te dejan el cuerpo nuevo.

Vamos, que estaba tan fría que me entraron ganas de gritar, pero es que después de la primera impresión, cuando el cuerpo se acostumbraba, me encantaba la sensación.

Y sobre todo, me relajaba muchísimo.

¿Iba a dormir bien esa noche?

Yo creía que sí.

Entre el sueño que arrastraba, el sexo y la ducha, estaba segura de que en cuanto cenara iba a caer en coma.

Como mínimo.

Me puse la ropa interior y encima un pijama de verano, de esos que no son sexis ni nada por el estilo, solo cómodos.

Porque digo yo que, por mucho que Landon estuviera allí, eso no significaba que tuviera que ponerme uno de esos pijamas que solo sirven para presumir, porque de cómodos tienen lo que yo de santa: nada.

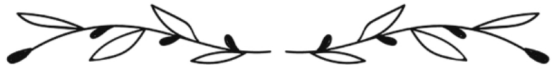
Así que me puse uno para sentirme a gusto en mi propia casa.

Aunque seguía con el pelo mojado, me lo recogí en un moño que, más que moño, parecía un nido de pájaros de lo mal hecho que estaba.

A tomar viento.

Si tenía que gustarle, tendría que ser así: arreglada o sin arreglar, pero siendo yo.

Capítulo 29



Landon

¿Cómo podía parecerme tan atractiva con un pijama sencillo y el pelo despeinado?

No tenía ni idea y, sin embargo, verla así era cuando más bonita e irresistible me parecía desde que la conocía.

Y lo peor —o quizá lo mejor— era que ni siquiera era consciente del efecto que tenía sobre mi cuerpo ni del poder que empezaba a ejercer sobre mi cabeza.

Desde luego, venir a España me iba a salir caro.

No sabía qué habría sido peor, si quedarme en Londres o acabar allí, pero daba igual lo que pensara a esas alturas. Las cosas se habían dado así y ya no había vuelta atrás, así que no me quedaba otra que hacer caso a lo que mi cabeza no dejaba de repetirme una y otra vez.

Al final estaba haciendo de todo menos aquello a lo que había ido.

Aunque, siendo sincero, eso tampoco era del todo verdad, porque también había quedado con ella con la intención de disfrutar de su cuerpo.

Y sí, también de su compañía.

Era cierto que el motivo principal de estar allí era contarle la verdad, pero quizá estaba posponiéndolo porque algo dentro de mí se encogía al pensar en la posibilidad de que no se lo tomara bien y, por lo tanto, no quisiera volver a verme fuera del trabajo.

—¿Qué te apetece cenar? —me preguntó.

Pasó por detrás de mí, camino de la cocina.

Me apetecía cenármela a ella.

Pero no iba a decirle eso ni de coña, porque lo último que quería era que pensara que era un salido o, peor aún, que solo me interesaba para follar.

Y puede que todo nuestro juego empezara precisamente por ahí, por una atracción sexual imposible de ignorar, pero estaba claro que algo había cambiado.

Y no solo por mi parte.

También por la suya.

O, al menos, eso era lo que yo creía viendo cómo se comportaba conmigo ahora.

Fui detrás de ella.

—Cualquier cosa. Lo que no quiero es que nos tiremos un rato cocinando.

—¿Nos tiremos? —preguntó con media sonrisa.

Como si no terminara de creerse que yo pensara meterme en la cocina con ella.

—Sí, has oído bien.

No me hicieron falta más de dos pasos para alcanzarla.

Estaba claro que no me había mentido cuando me dijo que su piso era pequeño. A ver, tampoco era una caja de zapatos, pero comparado con las casas en las que yo había vivido toda mi vida, sí lo parecía.

Y con eso no quería decir ni que fuera mejor ni peor, solo que eran mundos distintos.

—Pensé que estabas acostumbrado a que te lo hicieran todo.

Y se quedó tan tranquila después de soltarlo.

Aunque un segundo más tarde pensé que decía eso sin saber todavía quién era yo de verdad.

—Siempre he tenido servicio en casa que lo ha hecho todo.

Me vino bien que sacara aquel tema, porque así tenía la oportunidad de empezar por ahí.

—Entonces dudo que sepas hacer algo en la cocina.

—No creí que fueras de las personas que juzgan a otras por las apariencias.

Le cambió la expresión de la cara al instante. Vi perfectamente cómo se arrepentía de lo que había dicho, pero no me lo iba a tomar a mal.

No cuando estaba claro que lo había soltado sin malicia y en tono de broma.

—Lo siento. A veces me pierde la boca o hablo antes de pensar.

Acorté la poca distancia que nos separaba y la abracé.

Daba igual que, hacía poco, hubiéramos estado abrazados en la cama. Me daba igual tenerla cerca; lo único que me apetecía era tenerla entre mis brazos, pegada a mí.

Tan cerca que ni el aire pudiera pasar entre nosotros.

Y me acojonaba mucho sentir aquella necesidad, porque era algo nuevo para mí. Algo que no había sentido nunca.

—No pasa nada. En cierto modo tienes razón. —Apoyé la barbilla en su cabeza—. Mi hermana y yo nacimos en una familia donde la falta de dinero nunca ha sido un problema, pero eso no significa que nos regalaran las cosas.

»En casa de mis padres siempre ha habido gente que nos ha ayudado, sí, pero eso no quiere decir que no nos educaran bien ni que no nos enseñaran que las cosas se consiguen con esfuerzo y trabajo.

No me interrumpió en ningún momento.

Dejó que le hablara de mi vida, de mi infancia, de mi familia y de cómo había sido crecer dentro de todo aquello.

Hubo momentos en los que me di cuenta de que quería preguntarme cosas, pero no lo hizo. Yo creo que esperaba soltarlo todo cuando terminara de hablar.

Y entre unas cosas y otras también fui dejándole caer pinceladas del poder que tenía mi padre y de lo inmensa que era la empresa familiar, aunque sin llegar a decirle ni el nombre de la compañía ni el suyo. Después de todo, cuando el cargo pasara a mis manos, su apellido seguiría siendo más que conocido.

—Y si tu padre tiene una empresa tan grande que algún día va a pasar a tus manos, ¿por qué trabajar para otro?

Se había separado de mí hacía ya un rato y se sentó sobre la mesa de la cocina. Se notaba que lo hizo a propósito, para marcar cierta distancia y poder mirarme bien mientras hablábamos.

Yo, en cambio, apoyé la parte baja de la espalda en la encimera y las palmas sobre el mármol, sin apartar la vista de ella.

Había llegado el momento de decirle la verdad.

Solo esperaba que no se lo tomara demasiado mal.

—Quiero que sepas que esto ya estaba planeado antes de saber quién eras, antes incluso de conocerte. —Despegué una mano de la encimera y me la pasé por el pelo—. No pienses que mi intención ha sido mentirte ni mucho menos reírme de ti.

—No me está gustando nada el camino que está tomando esta conversación.

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que se había puesto en tensión. Los hombros se le endurecieron y la postura relajada con la que me había estado escuchando desapareció por completo.

—Carter no es tu jefe. Bueno, en teoría sí lo es porque sigue estando por encima de ti en el organigrama, pero no en el sentido en el que tú piensas. —Se apoyó en las palmas de las manos para bajarse de la mesa de un salto.

»Lo que quiero decir es que yo soy tu jefe. No, un director más que hayan puesto aquí. Mi familia es la dueña de todas las empresas.

Con los ojos fijos en mí, inclinó la cabeza hacia un lado.

Era como si me estuviera evaluando.

—¿Me estás diciendo que eres el jefe de todos los jefes?

Sonreí por la manera en la que me lo preguntó. Ella no había sonreído, pero a mí me resultó tan natural que no pude evitar hacerlo. Había algo en su forma de hablar que siempre me despertaba ternura.

—En teoría, el jefe de todos los jefes sigue siendo mi padre.

—Landon, no te hagas el tonto, que sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Lo sé. Solo estaba intentando bromear un poco.

—Pues no bromees, porque a mí no me hace ni pizca de gracia. —Cruzó los brazos sobre el pecho, claramente a la defensiva—. Todavía no sé si echarte con una patada en el culo o seguir escuchándote.

—Si sirve de algo, y teniendo en cuenta mi opinión, te diría que me siguieras escuchando. Lo de la patada en el culo no me hace mucha gracia.

Intenté poner cara de pena. Digo yo que algo tendría que hacer.

—Es que no sé cómo tomármelo. Lo veo todo tan mentira… No sé por qué has querido engañar a todo tu equipo. No le encuentro ninguna lógica.

Ni yo tampoco se la encontraba ya. No después de haber hablado con ella.

Estaba claro que tendría que haber escuchado a Carter desde el principio.

De vez en cuando tenía buenas ideas, pensé con ironía.

—Nada de esto es mentira. —Me acerqué de nuevo a ella—. Lo que ha pasado entre nosotros es real y puedes estar segura de que en lo único que te he mentido ha sido en lo de la empresa.

Y, sinceramente, más que mentir, yo lo consideraba omitir.

—No sé, Landon… —De pronto se puso todavía más seria—. No nos conocimos precisamente bien y después tampoco es que la cosa mejorara mucho al principio.

Sentí un nudo en el estómago, y supe enseguida que era miedo. Miedo a perder lo poco que tenía con Daniela, porque, aunque todavía fuera poco, me había dado mucho más que cualquier otra persona.

—Sabes que todo cambió.

Puse una mano en su cintura y la otra en su mejilla.

—No creo que nos haya dado tiempo a descubrir si de verdad las cosas entre nosotros han cambiado.

Mis cojones que no. Ella lo sabía tan bien como yo; lo que pasaba era que no quería reconocerlo, ya fuera porque seguía dolida por lo que le dije o porque se había dado cuenta de que yo también le estaba despertando cosas que le daban miedo. Pero tenía claro que no iba a dejar que se alejara por eso.

Si mi padre me había repetido desde pequeño que todo esfuerzo tiene su recompensa, yo pensaba dejarme la piel, si hacía falta, por conseguir lo que empezaba a sentir como una de las mejores recompensas de mi vida.

—Sí, nos ha dado tiempo, y lo sabes tan bien como yo. —Le levanté un poco el rostro para que me mirara—. Mírame a los ojos y dime que tú no has notado ese cambio igual que lo he notado yo.

Cerró los ojos con fuerza durante unos segundos, como si estuviera discutiendo consigo misma.

—Sí lo he notado.

Solté el aire sin darme cuenta de que había estado conteniéndolo.

—Gracias. Te prometo que voy a contestarte todo lo que quieras preguntarme.

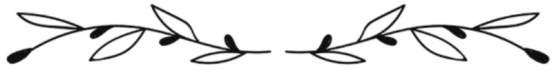
Fue ella quien puso una mano en mi hombro y tiró un poco hacia abajo para besarme.

Y disfruté de ese beso como había disfrutado de pocos en toda mi vida.

Y no, no era una forma de hablar.

Era la verdad.

Capítulo 30



Daniela

—Es increíble todo esto —me dijo Alma de camino al restaurante en el que solíamos comer.

Y, claro, lo hacíamos cuando el trabajo me lo permitía a mí o se lo permitía a ella.

Porque todo hay que decirlo: no había ni un solo contable en la empresa más responsable y eficiente que Alma, y no lo digo porque sea mi amiga, sino porque era la pura verdad.

Ni siquiera el director de su departamento estaba a su altura. Aunque, siendo sincera, aquel era un inútil de campeonato, pero eso ya lo dejé claro al principio. El caso es que ocupaba un puesto que le venía enorme, y no sabéis cómo me jodía verlo en las reuniones de primeros de mes con el resto del equipo.

Lo mejor que podía hacer era dejar de pensar en él, porque lo único que conseguía era ponerme de malaleche.

—Sí que lo es —admití.

De todos modos, ya no tenía sentido darle más vueltas. Nos habían mentido.

Si digo la verdad, quizá no me lo llegué a tomar tan mal porque no solo me mintió a mí; nos había mentido a todos.

Si no hubiera sido así, la patada en el culo que le dije que le iba a dar se la habría dado de verdad.

Vamos, que no iba a venir un inglés de los cojones a reírse de mí.

Y lo de inglés lo digo porque lo era, que si llega a ser de otro sitio, también lo habría soltado igual.

Lo que quiero decir es que me daba exactamente lo mismo de dónde fuera: no iba a permitir que ningún hombre volviera a hacer conmigo lo que hizo el cabrón de mi ex.

—Pues no parece que te lo hayas tomado tan mal.

—No —contesté, sin añadir nada más.

—Dani, ¿estás bien?

—Sí, solo estaba pensando.

Madre mía cómo empezaba a apretar el calor.

Menos mal que en dos semanas empezábamos la jornada intensiva, porque estaba deseando que se acabaran los turnos partidos.

Qué poco me gustaba trabajar así. Supongo que igual que me pasaba a mí, le pasaría a casi todo el mundo.

Y si ya estaba contenta pensando en que dentro de poco empezábamos con el horario intensivo, más feliz me ponía acordarme de que en menos de un mes me tocaban mis quince días de vacaciones.

—¿En qué? Porque ese silencio tuyo no me gusta ni un pelo.

Le sonreí.

Estaba claro que Alma me conocía mejor que nadie. Aunque también había sentido algo parecido con Harper, y eso sí que era raro en mí. Ni con mis amigas de toda la vida había sentido la conexión que notaba con aquellas dos rubias.

—Pues no era nada malo.

O nada bueno, según se mirara y según quién lo mirara, porque llevaba varios días dándole vueltas a algo que no terminaba de quitarme de la cabeza.

Pero era imposible que fuera lo que me estaba imaginando.

De verdad que no podía ser.

Os juro que, mientras más lo pensaba, por muy loco e irreal que pareciera, más posibilidades le veía.

Aunque no pensaba abrir la boca y decir en voz alta lo que se me estaba pasando por la cabeza. Vamos, que lo que menos me apetecía era que me tomaran por loca.

Que una cosa era hacer tonterías de vez en cuando y otra muy distinta que quisieran encerrarme en un psiquiátrico.

Así que tú, chitón, Dani, que calladita estás más bonita.

Me lo repetí a mí misma intentando echarme la bronca antes de meter la pata hasta el fondo.

—Entonces no tendrás ningún problema en decirme qué es eso que te ronda por la cabeza.

Ni muerta abría la boca y le decía nada.

Lo mejor era disimular todo lo que pudiera.

—En las vacaciones. —La miré subiendo y bajando varias veces las cejas, intentando hacerme la graciosa para que se lo tragara—. Mira la fecha en la que estamos y todavía no hemos decidido adónde vamos a ir este año.

Eso no me lo tuve que inventar, porque era totalmente cierto.

—Este año se nos ha echado el tiempo encima.

Llegamos al restaurante y, al entrar, vimos que la mesa en la que nos sentábamos normalmente estaba ocupada, así que nos acomodamos en otra.

Era lo normal. Que aquella fuera nuestra mesa habitual no quería decir que la reservaran en exclusiva para nosotras.

—Buenas tardes, Luca —saludamos al camarero.

—Buenas tardes, chicas. Lo siento, hoy se os han adelantado.

Luca era un niño. O casi.

No os lo toméis al pie de la letra, porque estaba claro que, si fuera un crío, no estaría trabajando allí ni en ningún otro sitio. Era solo una forma de hablar, o más bien la forma en la que lo veía yo.

El caso es que era muy joven, pero también muy trabajador y, sobre todo, simpático y buena gente.

—No te preocupes, sabes que no nos importa sentarnos en otro sitio —le contestó Alma.

Después de acomodarnos y pedir la comida, retomamos la conversación justo por donde la habíamos dejado.

—Y lo malo de haberlo dejado tanto es que ahora los precios deben de estar por las nubes.

Y no era mentira. La subida de precio a última hora era una putada enorme.

—Pues este año yo no tengo mucho presupuesto —dijo Alma.

La entendía perfectamente.

Yo no quería gastar demasiado porque estaba ahorrando para montar mi propio negocio, que venía siendo un capricho importante, sí, pero también mi sueño.

Mi amiga, en cambio, necesitaba el dinero para vivir. Estaba claro que la vida le había mejorado mucho y que ya no pasaba las necesidades que había pasado en su momento, pero aun así el dinero no le sobraba precisamente.

Así que una por una cosa y la otra por otra, no veía yo que este año fuéramos a tener las vacaciones de nuestros sueños.

—¿Y si este año nos quedamos en tu piso o en el mío?

Me miró como si de verdad hubiera perdido la cabeza.

Solté una carcajada por la cara que puso.

—¿Qué tiene eso de vacaciones?

No podía dejar de reírme.

—Es que no me has dejado terminar —le contesté cuando conseguí calmarme un poco.

—Pues suéltalo rápido, porque no logro pillarlo.

Negué con la cabeza.

Muy buena persona y todo lo que quisiera, pero cuando le daba la gana era cerrada de mollera. Y lo poco que le quedaba abierto era para ser cabezota.

—Mira, nos quedamos en una de las dos casas, como te he dicho, para estar juntas, pero la idea es movernos de un sitio a otro. Un día playa, otro comer en un chiringuito, otro escaparnos a otro pueblo… No sé, cosas así.

Se quedó callada un momento, como si estuviera valorando ventajas e inconvenientes.

Aunque, sinceramente, creo que lo que estaba haciendo de verdad era echar cuentas mentalmente para ver si nos compensaba más eso o un viaje cerrado.

—Dani, yo eso no lo veo. Sobre todo porque, si te paras a pensarlo, entre chiringuitos, restaurantes y demás, nos puede salir más caro que irnos a Bora Bora.

—No te pases de exagerada, que pocos sitios salen tan caros como irse a ese paraíso.

Joder, ya quisiera poder ir yo alguna vez en la vida a un sitio así. Es que ya ni digo Bora Bora, porque hasta para soñar me parecía demasiado.

—Era un decir. Dejando eso a un lado y centrándonos en lo importante —la miré con atención mientras seguía hablando—, creo que lo mejor es que busquemos algún hotel por alguna zona de España. Estoy segura de que encontraremos algo.

—Vale, pero te encargas tú.

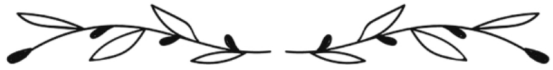
La señalé con el tenedor. Porque, si de ahorrar dinero y encontrar buenas ofertas se trataba, no había nadie en el mundo como Alma.

Y es que, cuando la necesidad aprieta, no te queda más remedio que espabilar y volverte creativa para salir adelante.

Al final quedamos en que sería ella la que se encargaría de buscar lo que fuera, aunque la verdad era que a mí el sitio me daba bastante igual. El caso era descansar y hacerlo con ella, y con eso me bastaba.

Aunque, si además pudiera pasar también algunos de esos días con Landon, eso ya sería directamente un sueño.

Capítulo 31



Landon

Si yo casi había perdido la razón por Daniela, mi hermana la había perdido por completo por Gonzalo.

Y no digamos Gonzalo, porque de mi hermana podía esperar algo así, más o menos, ya que Harper siempre había sido impulsiva. Pero de él no, y eso que, en realidad, apenas lo conocía: solo lo había tratado tres o cuatro veces en salidas juntos, en la barbacoa de aquel primer fin de semana en mi casa y por todo lo que Daniela me había contado de él y de sus padres durante ese casi mes que llevábamos aquí.

El caso es que, aunque el tiempo se me había pasado en un abrir y cerrar de ojos, me daba la sensación de que mi hermana estaba corriendo más de la cuenta. Tampoco podía decirle gran cosa, porque ya era lo bastante mayor para saber lo que hacía, así que lo único que me quedaba como hermano era estar a su lado y, si hacía falta, darle algún consejo.

La verdad era que nunca había visto a Harper así por ningún hombre. Y, por lo que Daniela me había contado de su hermano, a él le estaba pasando más o menos lo mismo con ella, así que no me quedaba otra que pensar que lo suyo iba en serio y que, probablemente, todo saldría bien entre ellos.

A la vista estaba que mi cuñado —y sí, supongo que ya podía llamarlo así, no por lo mío con Daniela, sino por la relación que habían empezado mi hermana y él— no estaba jugando. Solo había que ver que Harper ya había ido a comer a casa de sus padres, vamos, que ya los conocía.

Si os preguntáis si yo también los había conocido, la respuesta era no. Daniela ni siquiera me lo había propuesto, y supongo que era porque no terminaba de sentirse segura o porque, sencillamente, quería ir un poco más despacio.

La verdad es que aquel viernes me sentí más dolido de lo que me habría gustado admitir. Al principio no le di demasiada importancia, pero luego me di cuenta de que sí me había afectado, quizá porque nunca había llegado a vivir algo así.

Antes de Scarlett había estado con muchas mujeres: con algunas solo fue un fin de semana, con otras ni eso, apenas una noche, y con unas pocas mantuve algo durante uno o dos meses, aunque nunca nada serio. Solo nos veíamos cuando nos apetecía y listo.

Fue con la mujer que terminó convirtiéndose en una obsesión y, más tarde, en mi pesadilla, con quien tuve la primera relación más seria de mi vida, al menos por mi parte.

Aunque también es cierto que nunca llegué a conocer a sus padres, y no fue por casualidad, sino porque ella se avergonzaba de ellos. Claro que eso lo supe mucho después, porque jamás me lo dijo. Vergüenza deberían sentir ellos por haber tenido una hija así.

Qué pena haber tardado tanto en darme cuenta de quién era realmente esa mujer.

De todos modos, ya daba igual las vueltas que le diera a todo aquello. No tenía sentido, ni mucho menos solución.

Precisamente porque nunca había vivido algo como una comida familiar por parte de mi pareja —porque por parte de mi familia, evidentemente, nunca me habían faltado—, tampoco había sentido antes la necesidad de algo así. Pero aquel día algo dentro del pecho se me encogió y me sentí desplazado.

Sabía que Daniela no lo había hecho a propósito; sinceramente, creo que ni siquiera se le pasó por la cabeza preguntarme. Y no porque no quisiera que yo fuera, sino más bien porque temía mi respuesta. Creo que, en el fondo, pensaba que yo no iba en serio con ella, que para mí aquello podía ser un juego o un simple pasatiempo.

Y también era cierto que, cuando le conté que yo era su jefe, le dije que había venido a aquella sede de forma temporal y que en unos meses regresaría a Londres. Porque, al fin y al cabo, esa había sido la idea con la que vine.

Sin embargo, ahora todo había cambiado. Ya no pensaba regresar a mi país y dejarlo todo atrás porque, si hablaba claro, la única persona que de verdad no estaba dispuesto a dejar atrás era Daniela. Lo demás me importaba bastante poco.

Me sonó el teléfono y, al ver quién era, sonreí. La verdad es que hoy ya estaba tardando en llamarme.

—Hoy se te ha hecho tarde —dije, y al otro lado la oí suspirar.

No fue uno de esos suspiros suyos de otras veces, los que soltaba cuando algo no le hacía demasiada gracia o cuando estaba conteniéndose para no soltar una respuesta con ironía. Aquel sonó distinto, más apagado, más cansado.

—Mamá, ¿te pasa algo? —le pregunté, poniéndome en alerta.

—No, cariño —respondió, aunque no sonó demasiado convincente —. Es que esta mañana he salido con Margot. Habíamos quedado para desayunar y hacer unas compras.

—Pero si a ti te encanta quedar con tu amiga de vez en cuando y pasarte la mañana de compras.

Algo tenía que haber pasado para que estuviera así, porque mi madre no era de esas personas a las que se les torcía el gesto porque sí.

—Y así es.

—Entonces, ¿a qué ha venido ese suspiro? Y más vale que me digas la verdad o llamo al piloto para que venga a por mí.

—No, por aquí no te quiero.

Cada vez me gustaba menos lo que mi madre no terminaba de decir. Era rarísimo que no quisiera que fuera a verla, sobre todo cuando llevaba prácticamente desde que me vine pidiéndome que fuera, así que algo no iba bien, y eso hizo que me pusiera el doble de alerta.

—Mamá, si no quieres que vaya es porque esto tiene que ver conmigo.

No sé cómo serían las demás madres, pero la mía siempre iba a tratar a mi hermana y a mí como si siguiéramos siendo dos niños pequeños, y eso que yo estaba a punto de cumplir los cuarenta.

—Me he encontrado con Scarlett.

Yo nunca había conocido a sus padres porque a ella le avergonzaba que fueran un matrimonio humilde, de esos que habían hecho lo que habían podido por sacar adelante a una buena hija. Sin embargo, ella sí había conocido a los míos y a todo mi entorno, así que ya os podéis imaginar por qué le interesaba tanto acercarse a mi familia y tan poco que ocurriera al revés.

—¿Has tenido algún problema? ¿Te ha dicho algo que te haya ofendido?

Como le hubiera dicho algo así, entonces sí que iba a ir contra ella, y creedme cuando os digo que tenía mucho con lo que hacerlo.

—Me preguntó por ti y, como no quise decirle dónde estabas, empezó a subir un poco el tono. Cariño, no le des más vueltas, solo ha sido una rabieta por no salirse con la suya.

—Me da igual lo que digas. No tiene por qué montarte un numerito ni hacerte pasar un mal rato.

No, por ahí no iba a pasar. Ya lo había pensado unos segundos antes y seguía teniéndolo igual de claro.

—¿Qué tipo de cosas te ha dicho?

—Landon, de verdad que no tiene importancia. Como te he dicho, solo ha sido una rabieta.

—No, mamá. Una rabieta podía ser lo que montaba yo de pequeño cuando quería algo y no lo conseguía a la primera, pero que te diga a ti cualquier cosa, por muy insignificante que parezca, eso no es una rabieta.

»Eso es no tener vergüenza ni educación. —Hacía tiempo que no me ponía así de malhumorado, pero en ese momento estaba de una mala leche importante—. Es la última vez que te lo pregunto: ¿qué es exactamente lo que te ha dicho?

Por mi tono de voz sabía perfectamente que no estaba para juegos y que, si no me decía la verdad, era capaz de coger un avión y plantarme allí aquella misma noche.

—Como te he dicho, me preguntó dónde estabas. Por lo que me contó, fue varias veces a tu casa después de llamarte y de que tú no le cogieras el teléfono.

»Me dijo que daba igual que yo no le dijera dónde estabas, porque al final iba a dar contigo y que tú ibas a volver a caer rendido a sus pies, como hacías siempre que ella quería.

No me pillaban de sorpresa esas palabras. Como que también estaba seguro de que mi madre se había guardado algunas palabras.

No me equivocaba si decía que Scarlett había tenido la lengua mucho más afilada.

—No te preocupes, te prometo que nunca voy a volver con ella. — La quise tranquilizar.

—Cariño, por favor, te pido que no dejes que vuelva a entrar a tu vida.

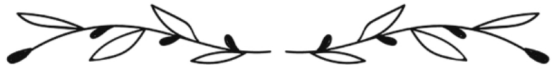
Me costó un buen rato convencerla de que eso no iba a pasar y de que, esta vez, no eran palabras vacías de esas que se lleva el viento. Esta vez iba en serio. No pensaba volver a caer, ni mucho menos dejar que me convenciera otra vez.

Todas aquellas veces en las que regresé con ella, cada vez que me lo pidió, lo hice porque de verdad creía que se había arrepentido y que iba a cambiar. También porque aún no conocía lo que era que una mujer te diera un beso porque le apetecía, te abrazara porque le nacía o te buscara simplemente para rozarte la mano.

Ahora que sí conocía todo eso, y mucho más.

No iba a permitir que volviera a entrar en mi vida para destruir algo que me estaba gustando tanto y que, además, me hacía tanta falta.

Capítulo 32



Daniela

Me sentía un poco intranquila, con esa sensación rara e incómoda que se te mete dentro del pecho y no sabes muy bien de dónde sale. No sé si me vais a entender, aunque yo creo que sí, porque alguna vez en la vida seguro que la habéis sentido.

Era como si tuvieras la espalda pegada a la pared y alguien apoyara la palma de la mano, o incluso el puño, en el centro del pecho, haciendo cada vez más fuerza por mucho que intentaras separarte, hasta el punto de que parecía que te lo estaba estrujando por dentro y te dolía incluso al respirar.

Y lo peor era que aquello venía acompañado de unos nervios horribles en la boca del estómago, de esos que parece que te pellizcan por dentro y hasta te provocan ganas de vomitar.

No entendía de dónde salía aquella angustia de repente ni por qué me estaba dando justo entonces, porque sí, eso me había pasado muchas veces cuando estaba con Pablo, incluso al principio de dejarlo, y sabía perfectamente lo que era: ataques de ansiedad.

Pero ahora no tenía sentido.

Estaba bien. Me encontraba mejor que bien.

Mi «relación» con Landon iba superbién. Cada día nos entendíamos mejor y no era solo eso, también estaba la complicidad que se había creado entre los dos. Por lo menos, eso era lo que yo sentía, aunque a veces también me parecía verlo en él. O quizá fuera solo mi sensación. O las ganas de que realmente fuera así.

El caso es que, si analizaba bien aquella sensación, esta vez no era exactamente igual que otras veces. Se parecía, sí, pero no del todo. Más bien era como si tuviera un presentimiento, como si algo fuera a pasar.

Que luego a lo mejor no pasaba nada, o yo pensaba que era algo malo y terminaba siendo todo lo contrario, pero el caso es que sentía que no podía respirar y que las paredes del piso se me iban a caer encima.

A lo mejor era eso, que estaba agobiada.

Puede que todo viniera de ahí, porque desde que habíamos empezado con la jornada intensiva, casi siempre me iba a comer a su casa. Bueno, ya me entendéis con eso de su casa.

Al final siempre acabábamos allí, donde Josefa nos tenía la mesa puesta y la comida esperándonos y donde, después de comer, nos metíamos en la piscina. Luego, tras ese baño refrescante, nos tumbábamos en la cama balinesa que tenía fuera.

Los días que estábamos solos, muchas veces terminábamos allí después del baño o, cuando nos daba el calentón más fuerte, directamente dentro de la piscina. Eso, claro, los días que solo estábamos nosotros dos, porque otros se venían a comer y a pasar la tarde, Carter con Alma y Harper, y algunos días, cuando el trabajo se lo permitía, también mi hermano.

Se suponía que en aquel chalé iban a quedarse Carter y, más adelante, también Harper, y así fue, al menos durante las primeras semanas. Luego Carter se alquiló otro, un poco más pequeño, sí, pero seguía siendo enorme, y Harper acabó mudándose a casa de mi hermano.

La verdad es que, viendo cómo habían ido las dos últimas semanas, parecía que yo también me había mudado ya, porque pasaba más tiempo en casa de Landon que en la mía. Pero no, todavía no lo había hecho.

El caso es que, como aquella sensación de malestar no se me iba y cada vez la notaba más, decidí que lo mejor era salir de casa. Y tenía dos sitios en mente: la playa o casa de mis padres.

Al final ganaron los «papis», porque sí, nada mejor que una buena distracción para quitarme del pecho aquella opresión que llevaba encima.

Y, por si os lo estáis preguntando, aquel día no me había ido con Landon no porque hubiéramos discutido ni nada por el estilo, sino porque él tenía una videoconferencia con todos los directores de las distintas sedes. Y no eran precisamente pocas, ni tampoco las tenía en pocos países.

Uno con empresas repartidas por medio mundo —aunque en realidad todo partiera de la principal— y la otra guardando durante años hasta el último céntimo para poder montar algún día su propia floristería. Me iba a parecer mentira el día que abriera esas puertas.

Dani, pareces gilipollas. Más vale que dejes de soñar y te centres un poco, porque antes de abrir esas puertas que tanto deseas todavía te queda mucho camino por recorrer.

Paso a paso. Eso fue lo último que me dije después de echarme la bronca a mí misma.

Era un poco como el dicho de tú te lo guisas, tú te lo comes. Pues igual: yo sola me metía a soñar y yo sola me sacaba del sueño.

Llegué a casa de mis padres y, como eran casi las cinco de la tarde, sabía perfectamente que estarían en su momento de siesta. Ya sé que mucha gente se la echa bastante antes, pero mis padres no. A ellos les gustaba comer tranquilos mientras hablaban de cómo les había ido la mañana, ya sabéis, conversaciones normales entre un matrimonio.

Después recogían los dos y no, todavía no tocaba dormir. Antes venía el cafelito y un poco de sobremesa. Y no os llevéis las manos a la cabeza por lo de tomarse un café antes de dormir, porque en mi familia éramos inmunes a la cafeína.

Y digo éramos porque yo también me incluyo. Vamos, que me podía tomar uno a las dos de la madrugada, lavarme los dientes y meterme en la cama, que iba a dormir igual de bien que si no me hubiera tomado ninguno.

Joder, no me lo podía creer. Otra vez me había ido por donde no era. Bueno, en realidad sí que venía un poco a cuento, porque me gusta contaros hasta el más mínimo detalle. Qué le vamos a hacer.

El caso es que entré en casa de mis padres en completo silencio y, con el mismo sigilo con el que había entrado, me acerqué a un mueble del salón. Abrí un cajón sin hacer ruido y saqué unas castañuelas. Sí, habéis oído bien, unas castañuelas.

Había pasado años yendo a una academia de baile y allí me enseñaron a tocarlas. Muy despacio me las coloqué en los pulgares y, de puntillas, fui hasta ponerme justo delante de ellos.

Los miré con cierta pena. Estaban los dos monísimos, tendidos en el mismo sofá, con la cabeza de cada uno apoyada en un brazo y los pies casi en la cara del otro. Ains… me daba un poco de lástima despertarlos.

Nah, pensé. Aquella era mi revancha por todas las veces que mi madre me había despertado de mala manera cuando era pequeña. Y sí, lo habéis leído bien, porque mi señora madre me levantaba cada mañana para ir al cole como si se estuviera acabando el mundo. Y no exagero, os lo juro.

A esas edades, mi corazón ya debía haberse vuelto inmune a un infarto del susto que me daba. ¿Conocéis el famoso *riá pitá* del compás con el que te enseñan a tocar las castañuelas? Espero que sí, y si no, buscad un tutorial, que seguro que hay cientos.

Pues con ese compás los desperté. Y el salto que dieron al levantarse estoy segura de que no lo habría dado ni el mejor saltamontes en sus mejores sueños.

—¡Daniela, me cago en tu padre! —me gritó mi madre.

—¿Y yo qué culpa tengo de que la niña haya salido tan puñetera? —protestó mi padre.

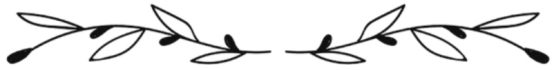
—Hombre, tú pusiste la semilla.

Mi madre no tenía la cara más dura porque el día no era más largo.

—Y tú el huevo.

Solté una carcajada. Ahí mi padre había estado fino, y la verdad es que no podía haber tomado una decisión mejor que ir a pasar la tarde a casa de mis padres, porque, al menos, conseguí distraerme lo suficiente como para que toda la angustia con la que había salido de casa terminara por desaparecer.

Capítulo 33



Daniela

—Preciosa, ¿dónde estás? He ido a tu piso y no estás.

Ni siquiera esperó a que lo saludara.

—He estado toda la tarde en casa de mis padres.

Hacía ya bastante rato que me había ido de allí, pero es que no tenía ganas de encerrarme en el piso. Y, como no tenía ni idea de si Landon iba a querer que fuera a su casa, me había quedado dando una vuelta por el centro de la ciudad.

Eso podía hacerlo porque el sol ya se había ido casi por completo y porque aquel día corría un levante agradable. De lo contrario, ese paseo no habría sido nada cómodo.

—¿Y ahora?

Uy, este estaba demasiado preguntón.

—¿Te pasa algo?

—No, solo quiero saber si vas a venir a casa esta noche.

Aunque nuestra relación había cambiado muchísimo, en realidad no habíamos hablado de nada en concreto. Simplemente nos veíamos, pasábamos tiempo juntos y estábamos bien, pero hablar de una relación como tal, todavía no lo habíamos hecho.

Y tal vez era eso lo que me hacía sentirme un poco insegura con Landon, porque no sabía hasta qué punto le interesaba de verdad. Era cierto que, cuando estaba con él, me hacía sentir bien y que la conexión entre los dos era más que evidente, pero que nos lleváramos así de bien no significaba necesariamente que quisiera tener una relación conmigo.

Y me daba rabia. No por él, sino por mí, porque me daba muchísimo coraje sentirme insegura cuando esa etapa de mi vida ya la había dejado atrás hacía mucho tiempo y no quería volver a ella nunca más.

No me gustaba esa sensación. Me había hecho demasiado daño a mí misma como para pasar otra vez por lo mismo. Y no era por Landon, que no se parecía a Pablo en absolutamente nada, porque si hubiera sido así, no lo habría querido ni a cien kilómetros de mí.

—Como no me has dicho nada y no sabía a qué hora ibas a terminar, no tenía pensado ir.

Oí un suspiro al otro lado del teléfono.

—Creo que tenemos que hablar.

El nudo que había sentido aquella tarde en la boca del estómago se me apretó todavía más.

¿Por qué me daba tanto miedo perderlo?

En realidad, no era solo miedo, era puro terror. Landon se había vuelto alguien demasiado importante en mi vida, y no fue hasta que le oí decir aquella frase cuando quise admitirlo de verdad.

¿Y qué era eso que no había querido reconocer hasta entonces?

Que estaba enamorada de él. No tenía ni idea de cómo había pasado ni en qué momento exacto, solo sabía que lo quería y que, si algún día me dejaba, sería el hombre que más daño podría hacerme en toda mi vida.

—¿Lo dejamos para mañana?

Era una tontería aplazar las malas noticias. Sabía que, cuanto antes, mejor.

Aun así, dejadme con mis locuras, porque, por tonto que parezca, algo dentro de mí me decía que, si no hablábamos hoy, seguiría sintiendo que todavía lo tenía conmigo.

Lo sé, una gilipollez.

Porque Landon se iba a ir igual, hablara conmigo esa noche o no. Y cuando digo que se iba, no quiero decir del país, sino de mi lado. Aunque también podía pasar que se fuera de los dos sitios.

—La verdad es que me gustaría verte esta noche.

Pues a mí no.

Pero, si él lo tenía tan claro, ¿quién era yo para poner trabas e intentar frenar algo que iba a pasar tarde o temprano?

Cogí una buena bocanada de aire con la intención de llenar bien los pulmones. Y no digo que no lo hiciera; a la vista estaba que seguía viva.

Aunque yo tenía la sensación de que el aire no me entraba y de que cada vez me costaba más respirar.

—Ahora cojo un taxi y voy para tu casa.

Me negaba a ir al piso, coger el coche e ir hasta su chalé. Total, tampoco creía que tardara mucho en darme la patada en el culo y, como encontrar aparcamiento por mi zona era casi misión imposible, no me apetecía mover el coche para luego pasarme media vida dando vueltas.

Y estaréis pensando: ¿para qué ir a su casa si ya sabía lo que me iba a decir? Pues porque a los problemas se les planta cara, nada de esconder la cabeza como un avestruz.

O, como dice la señora Rosa —para quien no se acuerde, mi madre —, a los problemas se les hace frente y nunca se les da la espalda. Y eso era exactamente lo que iba a hacer yo, porque la cobardía la dejé atrás hace mucho tiempo.

—Si me dices dónde estás, puedo ir a por ti —se ofreció, y sonó sincero.

No iba a aceptar, y no pensaba hacerlo porque no quería pasar a su lado ni un minuto más del estrictamente necesario. Cuanto más tiempo estuviera con él, más me iba a costar alejarme.

—No, prefiero ir por mi cuenta.

Y no estaba mintiendo.

—Daniela, estás demasiado rara esta tarde.

Hombre, ¿y cómo coño quería que estuviera?

Si sabía que el hombre del que estaba enamorada iba a mandarme a la luna, y no precisamente de placer como había hecho todos aquellos días y noches.

—Estoy bien. Ahora nos vemos. —Fuerte, Dani, me dije cuando me tembló la mano—. Te dejo, que me está saludando con la mano una vecina. Seguro que quiere decirme algo.

En ese momento no me veía con fuerzas para seguir escuchándolo, así que lo mejor era inventarme una excusa para colgar.

No me gustaba mentir, aunque había excepciones, y aquella era una de ellas. Bueno, ni siquiera podía considerarse una mentira del todo.

—Como prefieras. Sabes que no me cuesta nada ir a buscarte donde sea.

—No es necesario, Landon. Nos vemos ahora.

Colgué sin esperar a que se despidiera.

Es que no podía seguir oyendo esa amabilidad cuando estaba convencida de lo que me iba a decir en cuanto llegara a su casa. Eso sí, pensaba tomarme mi tiempo para ir, porque digo yo que ese pequeño capricho sí podía dármelo.

Y si no podía o no debía, lo iba a hacer igual, porque me salía del moño.

Entré en una tienda porque, al pasar por delante del escaparate, vi un pañuelo amarillo del tono exacto que me encantaba. Y lo mejor de todo era que servía tanto para el cuello como para el pelo. Era de ese amarillo subido que deslumbraba y alegraba la vista, y al ser de raso, el color parecía todavía más brillante.

Me encantaba cómo me lo ponía mi madre cuando era pequeña y, de esa misma manera, me lo seguía colocando yo ahora.

No creáis que no me costó lo mío aprender a hacerme las trenzas de espiga entrelazando pañuelos y lazos, porque me costó bastante, pero, como soy una cabezota cuando se me mete algo entre ceja y ceja, no paré hasta que me salió. Y ahora me las hacía con los ojos cerrados.

En verano recurría muchísimo a ese tipo de peinados o a otros parecidos, pero casi siempre intentaba llevar el pelo recogido de una forma u otra, porque era como mejor se podía soportar el calor sofocante que hacía en Málaga, sobre todo durante el día.

Y eso siempre que no nos tocara terral, porque con esos días no se podía ni pisar la calle.

Ya me he vuelto a ir otra vez. Imaginaos que he puesto los ojos en blanco mientras os lo decía.

El caso es que entré en la tienda solo un momento, casi la pillo cerrando, pero como al final llegué a tiempo, terminé saliendo más contenta que unas castañuelas. Las mismas, por cierto, que me había quitado de un tirón mi madre aquella tarde.

Sabrá Dios lo que pensaba hacer esa mujer con mi pequeño instrumento de música.

Se notaba que estaba siendo irónica, ¿verdad?

—Vaya, parece que el inicio de la noche me va a sonreír.

Escuché aquella voz a mi espalda y no me hizo falta volverme para saber quién era. Tampoco tenía la menor intención de hacerlo. Me negaba a darle ese gusto.

Saqué el teléfono del bolso con disimulo, miré la pantalla y, sin pensarlo dos veces, llamé al nombre que acababa de buscar.

—Porque me ignores no significa que vaya a desaparecer, y mucho menos de tu vida.

Debió de dar un par de pasos rápidos, porque sentí su aliento justo en la nuca.

¿Os ha pasado alguna vez que del amor hayáis pasado al odio?

Estoy segura de que sí. Y no hablo de ese odio ligero que sientes cuando alguien te cae mal. Lo que yo sentía por Pablo iba muchísimo más allá. Era un odio visceral, de esos que nacen en lo más profundo y, cuando salen a la superficie, lo arrasan todo a su paso.

Eso era exactamente lo que me provocaba él. Eso y un asco profundo.

—Dime, Dani —contestó mi hermano al otro lado.

—Pablo, déjame pasear tranquila por calle Larios.

Hice como si se lo estuviera diciendo directamente a mi ex para que Gonzalo me oyera y entendiera enseguida qué estaba pasando. Lo escuché teclear en un ordenador mientras hablaba con alguien por otro teléfono.

—Vete hacia la plaza de la Marina. Una patrulla está llegando. Y no me cuelgues, Daniela.

Que me llamara por mi nombre completo era señal de cabreo o de preocupación, y en aquel momento estaba clarísimo que era lo segundo.

—Daniela, por mucho que me ignores, sabes que vas a volver a ser mía, así que hazte a la idea, porque va a ser por las buenas o por las malas. —Me agarró del hombro con fuerza para detenerme—. Me importa una mierda que estés hablando con el hijo de puta de tu hermano.

—Suéltame, me estás haciendo daño —me quejé.

Pero en vez de soltarme, apretó todavía más.

Y no solo eso.

Movió la mano de tal manera que terminó poniéndomela en el cuello, con el pulgar detrás, en la nuca, y los otros cuatro dedos en la parte delantera.

Estaba presionando.

Y esa presión me estaba impidiendo que el aire llegara bien a mis pulmones.

—No puedo respirar —dije como pude.

—¡Hijo de puta! Ese cabrón es hombre muerto. —Escuché a Gonzalo con una rabia que pocas veces le había oído.

Y también lo oí gritarle a alguien que se diera prisa.

Pablo era un hombre grande. No tan alto como Landon, pero seguía siendo grande comparado conmigo, tanto que casi podía rodearme el cuello con una sola mano.

Y, aun así, me dio tanta rabia lo que estaba haciéndome que os juro que no sé de dónde saqué las fuerzas.

Solo sé que, a pesar de que apenas podía respirar, me giré con rapidez, tanto que lo pillé desprevenido, y le di una patada en las pelotas.

Lo hice con todas mis fuerzas, soltando en ese golpe toda la rabia y todo el dolor que llevaba dentro.

Y, como tampoco era tonta, no me quedé para ver su reacción.

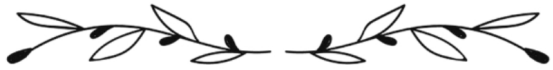
Salí corriendo.

Y a mitad de camino me crucé con dos policías que venían hacia mí a toda velocidad.

Sabía que mi hermano no paraba de gritarme cosas por el teléfono, pero en ese momento llevaba tal subidón de adrenalina que no era capaz de escucharlo con claridad.

Menos mal que los policías se hicieron cargo de todo.

Capítulo 34



Landon

La había llamado tres veces.

En la primera, dio dos tonos y al tercero colgó. Y no era tonto, sabía perfectamente cuándo alguien te corta la llamada.

En la segunda no llegó ni a sonar. Lo mismo pasó con la tercera.

Entre aquello, lo tarde que era, que no había llegado todavía y lo rara que la había notado cuando hablé con ella, había una sensación dentro de mí que no me gustaba nada.

Dejé el teléfono encima de la mesa baja que había delante del sofá, justo al lado del portátil. Lo había cogido para intentar ponerme con algunos proyectos que tenía en mente, más que nada para distraerme.

No funcionó.

No era capaz de concentrarme sin saber si Daniela estaba bien. Hasta llegué a pensar que quizá no quería cogerme el teléfono porque no quería saber nada de mí.

Pero, joder, si era así, por lo menos podría decírmelo, porque sentir aquella angustia no era precisamente agradable.

Un rato después fui a la cocina.

Había querido prepararle la cena y, como sabía que a Daniela le gustaba más el pescado que la carne, por la mañana había llamado a Josefa para que se pasara por el mercado y comprara rape y las verduras que iba a necesitar para hacerlo al horno.

El caso era que lo había sacado antes de tiempo, precisamente por si llegaba un poco más tarde y así evitar que se secara.

Aunque, viendo la hora que era ya, no íbamos a cenar aquel pescado ni en su punto ni seco.

Salí de la cocina porque el móvil empezó a sonar.

De camino al salón iba pensando que podía ser ella.

Por eso, cuando vi el nombre de mi hermana en la pantalla, me decepcioné un poco.

Sinceramente, estuve tentado de no cogerlo, pero al final lo hice solo para cerciorarme de que estaba bien y de que no me llamaba porque le hubiera pasado algo.

—Dime —contesté.

—Landon, ha pasado algo y estoy segura de que vas a querer saberlo.

Me senté en el borde del sofá, apoyando el codo del brazo con el que sujetaba el teléfono sobre la pierna.

—¿Le ha pasado algo a mamá o a papá?

Fueron las primeras personas en las que pensé.

No se me ocurrió que pudiera ser algo relacionado con Daniela y que mi hermana se enterara antes que yo.

Aunque un segundo después lo pensé mejor y, si le había pasado algo a Daniela, tenía bastante sentido que Harper se enterara antes estando con su hermano.

—No, que yo sepa están bien. Ha sido…

—Ha sido Daniela, ¿verdad? —la interrumpí.

Porque, sinceramente, por otra persona no me iba a llamar. Y no es que eso fuera exactamente así; estaba claro que había más gente que me importaba, pero en aquel momento estaba demasiado nervioso como para pensar con claridad.

—Sí. Se ha encontrado con su ex a la salida de una tienda. —Me levanté de golpe porque supe que no me iba a gustar nada lo siguiente que me contara—. Más bien la ha encontrado él a ella, porque la ha cogido por la espalda…

Me explicó todo lo que había pasado. Cómo primero la agarró del hombro con fuerza y cómo después le apretó el cuello.

—Menos mal que pudo llamar a Gonzalo —suspiró.

Yo también lo hice, pero el mío no fue de alivio, sino un intento desesperado de calmarme.

Jamás, y cuando digo jamás es porque nunca en mi vida había sentido la rabia que estaba sintiendo en aquel instante.

Aquel hijo de puta se había atrevido a volver a ponerle las manos encima.

—¿Dónde está? —pregunté mientras iba hasta el aparador de la entrada para coger las llaves del coche y la cartera.

—Está en la comisaría donde trabaja su hermano. Ya ha estado en el hospital.

Me dio la dirección de la comisaría. Apenas me despedí de ella.

Puse la dirección en el GPS del coche y, por lo que marcaba, estaba a unos veinte minutos. No era mucho, teniendo en cuenta que el chalé estaba a las afueras de la ciudad.

Cuando lo compré, porque ya era mío.

Cuando vine aquí, busqué uno que me gustara para alquilar, pero hacía un par de semanas hablé con la inmobiliaria para que se pusieran en contacto con los dueños y hacerles una oferta.

Nos costó varios días llegar a un acuerdo, pero al final lo hicimos. Al día siguiente firmé todos los papeles y desde entonces la casa era mía.

Es cierto que el único que lo sabía era Carter. No se lo había dicho a nadie más porque quería hacerlo organizando una barbacoa, pero como en aquellas dos semanas no habíamos conseguido coincidir todos, no había salido el tema.

Aparqué en el primer sitio libre que encontré.

En la entrada de la comisaría, con solo dar el nombre de Gonzalo y decir que era mi cuñado, me llevaron directamente hasta su despacho.

En el trayecto hasta allí, di por hecho que Daniela estaría con él y, aunque sabía que no sería su hermano quien le tomara declaración, estaba casi seguro de que lo harían en aquel despacho.

Y así fue.

En cuanto me dieron paso y entré, vi al otro policía recogiendo ya los papeles. Por la pinta, acababan de terminar hacía apenas unos segundos.

No miré nada más.

Mis ojos fueron directamente hacia Daniela.

Lo único que me importaba en aquel momento era verla, comprobar cómo estaba y saber qué le había hecho ese desgraciado. Todo lo demás carecía de importancia.

—Landon —pronunció mi nombre como si le sorprendiera verme allí.

Sin importarme que estuviera su hermano ni nadie más, fijé la mirada en su cuello.

Tenía marcas.

Estaba claro que había apretado con suficiente fuerza como para dejarle aquellas rojeces.

Cerré los ojos unos segundos, intentando tranquilizarme para no hacer una locura, porque al ver lo que le había hecho, lo único que me apetecía era ir a buscarlo y darle la paliza de su vida.

Cómo me habría gustado tenerlo delante en aquel momento. Le habría enseñado de una puta vez cómo no se toca jamás a una mujer. Si lo hubiera tenido en mis manos, le habría quitado para siempre las ganas de levantársela a nadie.

Qué asco de hombres, esos que se creen valientes cuando no son más que unos cobardes.

—Estoy bien —dijo levantándose de la silla en la que estaba sentada.

—No, no estás bien. Si lo estuvieras, no estarías ahora mismo aquí.

Abrí los brazos para que viniera hacia mí.

Necesitaba tenerla entre ellos, sentirla pegada a mí, porque en aquellos momentos su contacto era lo único que podía calmarme un poco.

Dios, me moría solo de pensar que podía haberla cogido en otro lugar, en uno donde nadie la hubiera visto, y estaba seguro de que, si eso hubiera pasado, podía haberle hecho cualquier cosa.

—Parece más de lo que en realidad es —murmuró con la mejilla pegada a mi pecho.

Los cojones parecía más de lo que era.

Apoyé la barbilla en su cabeza, cerré los ojos y respiré hondo. Me resultaba increíble cómo aquella mujer se había ganado mi corazón y había conseguido que cayera a sus pies sin fingir absolutamente nada.

No se había inventado un personaje ni se había esforzado en parecer lo que no era; me había enamorado siendo exactamente ella, con su descaro, con su sonrisa, con la ternura con la que me miraba y con esa manía suya de querer convertirme en un hombre más cariñoso, al menos con las palabras.

—Parece lo que es, Daniela.

Todo aquello era demasiado nuevo para mí.

Nunca había sentido lo que estaba sintiendo desde que la conocía.

—¿Lo tenéis detenido? —le pregunté a Gonzalo.

—Sí. De esta no lo libra nadie, de eso me encargo yo. —Levantó un lado de la boca en una media sonrisa, y al principio no entendí a qué venía—. Yo y el recuerdo de la patada en las pelotas que le ha dado mi hermana. De esa creo que se queda eunuco.

Ahora entendía un poco mejor esa sonrisa.

—¿Puedo llevarme a tu hermana?

Quería llevarla a casa, mimarla y hacerle sentir que estaba a su lado, porque ahí era exactamente donde pensaba quedarme.

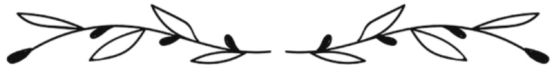
De hecho, era de eso de lo que había querido hablar con ella cuando la llamé y le dije que teníamos que hablar: quería contarle todo lo que significaba para mí. Eso, entre otras muchas cosas. Pero de esas ya os enteraréis cuando me oigáis decírselas a ella.

—Sí, ya ha declarado.

Le di un beso en la frente antes de separarla un poco de mi pecho para despedirme de mi cuñado.

Y, con el brazo alrededor de su cintura, así la llevé hasta el coche.

Capítulo 35



Daniela

El trayecto lo hicimos en silencio.

Supongo que cada uno iba pensando en lo suyo; yo, desde luego, lo estaba haciendo.

Y, aunque parezca mentira, tenía la cabeza más puesta en la reacción de Landon que en lo que acababa de pasar con Pablo.

No sé si era porque una cosa me la esperaba y la otra no. Para que me entendáis: lo que me había hecho mi ex me lo esperaba. Y, conociéndolo como lo conocía, casi se había quedado corto.

La reacción que sí me había pillado por sorpresa era la de Landon. Porque, de verdad y de todo corazón, yo estaba convencida de que quería dejarme.

Pero una persona que muestra la preocupación que él había mostrado por mí no puede sentir indiferencia. O, al menos, eso quería creer yo.

Independientemente de hasta qué punto le importara.

Y, si de verdad le importaba, ¿por qué me había dicho que teníamos que hablar?

—¿Estás bien? —me preguntó cuando detuvo el coche en el garaje.

—Sí, solo iba pensando —le contesté antes de abrir la puerta y bajarme.

—No te preocupes, voy a encargarme de que no vuelva a acercarse a ti.

Entramos por la puerta que unía el garaje con la casa, la que daba directamente a la cocina, y en cuanto puse un pie dentro, vi sobre la vitro la bandeja del horno con una buena cola de rape sobre una cama de verduras.

Estaba clarísimo que había preparado la cena para mí y, la verdad, no pude evitar pensar que aquello también era una señal de que no pensaba dejarme.

—No terminé de hacerlo. Lo saqué antes del horno para que no se pasara —me explicó al darse cuenta de que me había quedado mirando la bandeja.

Y es que a mí los disgustos, en vez de quitarme el hambre, me daban más. Por lo menos ahora. Hace unos años me la quitaban, pero supongo que mi forma de afrontarlos había cambiado.

O quizá me había dado cuenta de que dejar de comer no solucionaba absolutamente nada. Lo único que hacía era dejarte más débil y, por tanto, con menos fuerzas para plantarle cara a lo que viniera.

—¿Qué te parece si lo metemos otra vez en el horno? —le pregunté.

—¿Quieres cenar? —Me devolvió la pregunta, extrañado.

—Claro. Y más con la pinta que tiene ese rape. No comérselo sería un delito.

Me miró con una expresión que no le había visto nunca.

No sabría decir si era admiración, cariño o simple asombro, pero lo que sí sé es que me puso nerviosa.

—Eres increíble. Nunca he conocido a una mujer como tú.

—No tengo nada de especial. Simplemente, hace mucho tiempo me di cuenta de que había dos maneras de afrontar los problemas.

Cogí la bandeja y la metí otra vez en el horno.

Como estaba a medio hacer, bajé un poco la temperatura para que terminara bien, sin quemarse por fuera y quedarse crudo por dentro.

—Acurrucarme en el sofá o en la cama y llorar hasta quedarme sin lágrimas… o plantarme delante de ellos y afrontarlos con fuerza. —Me volví para mirarlo de frente—. Y yo soy de las segundas.

Me costó muchísimo llegar a ser así.

Muchas lágrimas, muchas noches sin dormir y demasiado miedo a lo que me esperaba al día siguiente.

Pero salí de ahí y me hice fuerte.

Y me hice fuerte yo sola.

No penséis que mi familia me dejó de lado o que no me apoyó, porque no fue así. Mis padres y mi hermano se enteraron de todo cuando yo ya había empezado a reconstruirme.

Estaba claro que sabían que había roto con Pablo, pero nada más. Lo demás lo supieron cuando yo se lo conté, porque, si algo tienen los narcisistas agresivos como él, es que delante de quienes no quieren controlar se muestran como seres encantadores, educados y casi perfectos.

En definitiva, actores de primera.

—Y no te haces una idea de lo mucho que me gusta que seas así.

Os prometo que, cuando me dijo eso, sentí cómo el corazón se me aceleraba hasta tal punto que pensé que se me iba a salir del pecho.

—¿De verdad te gusta esa parte de mí?

—No, no solo me gusta eso. —Se acercó tanto que casi no pasaba el aire entre los dos—. Cada cosa que descubro de ti me gusta más que la anterior.

Qué gilipollas había sido.

Había pasado tanto tiempo acostumbrada a que mi pareja me apartara o me hiciera de menos, que pensé que Landon también quería sacarme de su vida.

Tengo que decir que también lo pensé porque nunca había mencionado nada de una relación ni de lo que quería realmente conmigo.

—¿Entonces no me querías dejar?

Digo yo que, si desde el principio le había dicho siempre las cosas como las pensaba, tampoco iba a callarme esa duda ahora.

—¿Dejar? —Se separó un poco para mirarme mejor—. ¿De verdad pensaste que quería dejarte?

—Pues sí. Lo pensé, sobre todo después de que me dijeras que teníamos que hablar.

Me crucé de brazos y lo miré fijamente.

—Lo único que quería era decirte que no sé cómo lo has hecho, pero me tienes rendido a tus pies.

Prometo que no era teatro, pero me llevé una mano al pecho.

No me esperaba que me dijera eso.

Que le gustaba, sí. Podía imaginármelo. Pero no esas palabras.

—¿Te estás quedando conmigo? —pregunté, todavía sin salir de mi asombro.

—Te digo que me he enamorado de ti y me preguntas eso. —Se hizo el ofendido.

Estaba claro que estaba interpretando, porque por mucho que intentara esconder la sonrisilla, no podía del todo.

—Desde luego que sabes dar sorpresas como nadie.

Ahora sí se me escapó una sonrisa grande, sincera, de esas que salen directamente del corazón.

—A ver si también me sorprendes tú a mí.

Pues te vas a quedar con las ganas, pensé.

Sobre todo después del mal rato que me había hecho pasar. Es verdad que el pobre no me había dicho nada raro y que la película me la había montado yo sola, pero a alguien tenía que echarle la culpa de mi sufrimiento, ¿no?

Y, como no os oigo, voy a dar por hecho que me dais la razón.

—A mí no se me da bien eso de sorprender.

Aunque me moría de ganas de decirle que lo quería, que para mí ya era alguien demasiado importante y que precisamente por eso había sufrido tanto al pensar que lo iba a perder.

—Yo creo que sí se te da bien sorprender. Por lo menos, conmigo ya lo has hecho varias veces.

Y las que te quedan, pensé, porque tu vida conmigo iba a ser de todo menos aburrida.

Eso no se lo dije, no fuera a salir corriendo ahora que acababa de confesarme que estaba enamorado de mí. En lugar de hacerlo, se lanzó a besarme y yo recibí aquel beso con todo el gusto del mundo.

Para mí fue especial. No porque me gustara más que los otros, sino porque era el primero que nos dábamos después de reconocer, más o menos, lo que sentíamos. Y digo más o menos porque yo todavía no le había dicho con palabras lo que sentía por él.

Fue un beso de descubrimiento, sí, por muy raro que suene, sobre todo después de habernos besado tantas veces que ya había perdido la cuenta. Pero lo fue, porque en aquel beso estábamos descubriendo nuestros sentimientos a través de los labios del otro.

Nos separamos sin ganas, aunque era lo que tocaba. O, mejor dicho, lo que yo obligué a que tocara, porque todavía nos quedaba mucha noche por delante para disfrutarnos. Antes teníamos que cenar. Después ya vendría todo lo demás.

—No es precisamente esto lo que me gustaría cenar —me dijo antes de morderse el labio inferior con una sensualidad que casi me mata.

No, si con ese gesto me entraron unas ganas tremendas de saltar la mesa y lanzarme encima de él.

—Pues esta es la cena que hay. Lo otro te lo dejo para que lo devores como si fuera el postre.

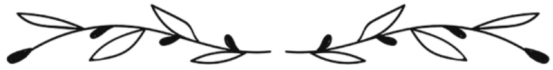
Hala.

Solo de pensar en Landon, en sus manos, en su lengua y en todo lo que podía hacer con ella, ya me había puesto tontita.

Y, por cómo se removió en la silla, estaba clarísimo que a él le había pasado exactamente lo mismo.

Dejé los cubiertos a un lado del plato sin apartar la mirada de él y Landon hizo lo mismo. En aquel instante no hacían falta palabras, porque con las miradas nos lo dijimos todo. Después nos levantamos despacio, yendo el uno en busca del otro.

Capítulo 36



Landon

Que el pescado acabara en el cubo de la basura era algo que se veía venir.

Debería haberlo supuesto desde el primer momento. Entre que tuve que sacarlo del horno antes de tiempo y que, cuando volvimos a mirarnos de aquella manera, las ganas ya nos podían, estaba claro que aquella cena tenía los minutos contados.

Ganas de lanzarnos el uno sobre el otro no nos faltaban, y yo, desde luego, lo único que quería era devorar su cuerpo entero.

Cuando le dije que cada cosa que descubría de ella me gustaba más que la anterior, no le mentí. Era verdad.

No dejaba de asombrarme su carácter, su manera de ser y, sobre todo, la forma en la que había conseguido reconstruirse después de todo lo que había vivido.

Porque, en lugar de hacerse más pequeña, como por desgracia les ocurre a muchas mujeres después de pasar por algo así, Daniela había hecho justo lo contrario: se había engrandecido.

Se había reconstruido a sí misma hasta hacerse más fuerte, más grande, más segura.

Más poderosa.

Sí, poderosa.

Porque, después de haber estado completamente hundida, había encontrado la fuerza para sanar su mente y, en ese proceso, recuperar el control sobre sí misma, sobre lo que le hacía daño y sobre lo que no iba a volver a permitir nunca más.

Por supuesto que hablo del plano psicológico.

El físico era otra historia.

De ese ya me iba a encargar yo de que ni ese cabrón ni ningún otro volviera a ponerle una mano encima en su vida.

Pero, dejando ese tema a un lado, porque por muchas vueltas que le diera ya no podía hacer nada más aquella noche, lo único que sí estaba en mi mano era demostrarle lo que significaba para mí, lo importante que se había vuelto y lo profundamente enamorado que estaba.

Qué gilipollas había sido todos aquellos años creyendo que lo que sentía por Scarlett era amor.

No era que acabara de darme cuenta en ese instante, porque hacía tiempo que sabía que aquello no lo era, pero una cosa era saberlo y otra muy distinta ser realmente consciente.

Y no, hasta entonces no lo había sido del todo. Ahora sí. Ahora podía verlo con claridad. Amor era lo que Daniela me había hecho sentir. Ella había sido quien me enseñó a entenderlo, y no solo con palabras o con gestos, sino en todos los sentidos.

Me había enseñado a amar y a demostrarlo con el cuerpo, con el alma, con las miradas y también con las palabras. Y lo había hecho sin que yo me diera cuenta… o, mejor dicho, sin que quisiera verlo.

Porque sí era consciente de que sentía algo muy fuerte por ella, aunque no alcanzaba a entender del todo la magnitud de lo que llevaba dentro. Si os digo la verdad, en aquel momento me sobraba todo el mundo menos ella.

—¿Ducha, baño o piscina? —le pregunté después del beso.

—Ninguna de esas cosas. Ahora mismo me sobran todas; lo único que me falta es sentirte dentro.

Ninguna mujer me había puesto jamás tan caliente como ella.

—Daniela, no me provoques, que sabes de sobra el poco aguante que tengo.

Sabía perfectamente que, si seguía tentándome así, no iba a contenerme.

—Eso es una de las cosas que más me gustan de ti: que no te contengas.

Empezó a desabrocharme la camisa y, por cada botón que soltaba, me dejaba un beso.

Pero no eran besos superficiales ni distraídos.

Iba dejando un rastro húmedo y lento que le habría subido la temperatura hasta a un muerto.

—La paciencia no es lo tuyo —le dije riéndome.

—Ni lo tuyo tampoco —me contestó mientras metía la mano por dentro del pantalón y de la ropa interior.

—Joder…

Se me escapó en cuanto sentí sus dedos rodeándome.

—Todavía no te estoy jodiendo bien.

Hasta el fuego parecía frío al lado de Daniela. Aquella mujer ardía y, lo que era aún mejor, me arrastraba a arder con ella.

A partir de ahí, todo se descontroló de verdad. La ropa que todavía nos quedaba encima desapareció a tirones, sin que dejáramos de besarnos ni un segundo. Aquellos besos ya no tenían nada de lentos ni de pausados; ahora eran intensos, llenos de mordiscos, de lenguas que se buscaban con hambre, de dientes que chocaban y de una urgencia que nos consumía a los dos.

Sin romper ese beso y con las manos de Daniela empujándome el pecho, me fue haciendo retroceder hasta que la parte de atrás de mis rodillas chocó con el sofá. La agarré por debajo de las nalgas y ella me rodeó la cintura con los muslos. Con una mano me abrazó la nuca y con la otra me agarró del pelo por la coronilla.

Sonreí contra sus labios porque supe enseguida lo que iba a hacer. Y lo hizo. Me dio ese tirón de pelo que esperaba y me encantó que lo hiciera porque, aunque pareciera imposible, todavía conseguía ponerme más caliente de lo que ya estaba.

Separé un poco la boca de la suya y la miré con atención. Dios, estaba preciosa. Lo estaba siempre, pero cuando se dejaba arrastrar por aquella fogosidad, cuando se ponía así de encendida, era cuando más bonita la veía.

—Te quiero dentro de mí ya.

No me lo pidió, me lo ordenó, y por el tono de su voz, por la forma en la que lo dijo, supe que me necesitaba tanto como yo necesitaba entrar en ella.

Aguanté su peso con una sola mano mientras con la otra me agarraba el pene y lo guiaba hasta la entrada de su sexo. No esperé ni a estar bien sentado ni a acomodarla con calma sobre mí, porque la necesidad de los dos podía con cualquier intención de hacer aquello despacio.

—Sí… —casi gritó.

Escuchar una palabra tan simple dicha con aquella voz cargada de pura lujuria hizo que se me erizara la piel entera.

Me dejé caer en el sofá sin salir de su interior, y aquel movimiento hizo que me sintiera todavía más dentro, con más fuerza, con más profundidad.

—Madre mía… —solté en cuanto pude articular algo.

La agarré por las caderas y la guie para que siguiera moviéndose sobre mí, con la frente apoyada en la mía mientras subía y bajaba a lo largo de mi cuerpo.

Y daba igual que lo estuviéramos haciendo con prisas, con urgencia o con fuerza, porque cuando lo hacías con la persona correcta, aquello nunca era follar. Follar era otra cosa, era acostarte con alguien por quien no sentías nada de todo lo que había entre nosotros.

Lo que Daniela y yo hacíamos, incluso en momentos como ese, era hacer el amor; daba igual que unas veces fuera con calma y otras con prisa.

Antes no lo había entendido del todo. Y no digo que no supiera distinguir entre acostarte con alguien teniendo sentimientos o creyendo que los tenías, pero ahora sí lo entendía de verdad.

Y todo gracias a aquella mujer maravillosa que había entrado en mi vida arrasándolo todo a su paso; vamos, que un vendaval era una broma comparado con ella.

Daniela echó el cuerpo hacia atrás y apoyó las manos sobre mis rodillas sin dejar de moverse sobre mí, y aquella postura me dio una visión mucho más clara de cómo me hundía una y otra vez dentro de su cuerpo. No sé qué cojones tenía esa imagen, pero me ponía como un volcán a punto de entrar en erupción.

—Joder, qué bueno… —dije con la mirada clavada entre nuestros cuerpos.

—No aguanto más —soltó entre gemidos y jadeos.

La levanté de mis piernas y, al hacerlo, me lanzó una mirada asesina. Normal, porque la había frenado justo cuando estaba en lo mejor. Pero, por mucho que me mirara así, pensaba compensárselo en el mismo instante.

—Te voy a matar —murmuró cuando la tendí en el sofá.

—No te quejes, que estoy seguro de que te va a gustar.

Tuve que contener la sonrisa al ver la cara que me puso.

—Quien ríe último, ríe mejor. O eso dicen —me soltó mientras me miraba a los ojos y yo me colocaba sobre ella.

—Puedes reírte todo lo que quieras mientras estoy dentro de ti.

Le agarré una pierna por detrás de la rodilla y, con una caricia lenta, fui bajando la mano por su pierna hasta llegar al tobillo. Después se lo levanté hasta apoyármelo en el hombro.

En aquella postura quedaba mucho más expuesta y la penetración era todavía más profunda.

Guie el pene hasta su entrada y volví a entrar despacio, centímetro a centímetro, hasta hundirme por completo.

Las ganas de reírse se le borraron incluso antes de intentarlo.

En el momento exacto en el que me sintió entero dentro de ella, arqueó la espalda y dejó escapar un gemido que me atravesó por completo.

—Parece que se te han quitado las ganas de reír —le dije con la voz ya tomada por la excitación.

—No te preocupes, ya me reiré en otro momento.

La creí.

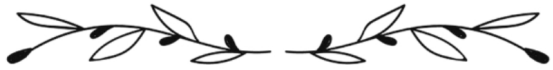
Porque Daniela era perfectamente capaz de salir con una de las suyas en cualquier momento y yo estaba seguro de que, con una mujer como ella, iba a tener entretenimiento para toda la vida.

Seguí moviéndome dentro de ella sin darle tregua, con embestidas constantes, firmes, todas con la misma intensidad, de esas que sabía que terminarían llevándola directa al clímax.

Y sentí el momento exacto en el que el orgasmo la atravesó: su cuerpo se contrajo alrededor del mío, apretándome con una fuerza deliciosa, y fueron precisamente esas contracciones las que me empujaron también al límite. Me dejé ir con ella.

Le bajé la pierna del hombro y, en cuanto lo hice, me rodeó la cintura con ella. Acerqué la boca a la suya y nos besamos, dejando en ese beso todo lo que sentíamos el uno por el otro.

Capítulo 37



Landon

Apoyado en mi coche, con los brazos cruzados sobre el pecho, así esperaba a mis padres a la salida del aeropuerto, mirando de vez en cuando hacia las puertas de llegada. Porque, claro, habían decidido venir a visitarnos y, por supuesto, no podían avisar con tiempo. Qué va. Ellos tenían que decirlo la noche anterior y casi a última hora.

Y no es que me lo hubiera tomado mal, ni mucho menos, porque mis padres jamás me iban a molestar. Solo digo que podrían haber avisado con un poco más de margen. Vamos, que ni siquiera se preocuparon por preguntar si yo iba a estar o no, aunque, pensándolo bien, tampoco habría pasado nada si no hubiera sido así. Podrían haberse ido al chalé igualmente con solo llamar a Josefa para que fuera a abrirles la puerta. Y, si no, siempre les habría quedado mi hermana o un hotel.

En fin, que sabía perfectamente que mi madre había querido «darnos una sorpresa». Sí, entre comillas, porque decirlo tuvo que decirlo, aunque fuera con pocas horas de antelación. Pero lo cierto es que su visita no me molestaba en absoluto. Todo lo contrario. Me alegraba verlos. Ya había ido a visitarlos una vez desde que me hice cargo de la dirección de la sede y, la verdad, tenía ganas de volver a tenerlos cerca.

Y ese también era otro tema. Cuando convoqué la reunión con todos los directivos para decirles que yo era el verdadero jefe, no se lo tomaron tan mal como yo esperaba. O, al menos, eso fue lo que demostraron delante de mí. Claro que también era lo lógico, porque nadie iba a ponerse a quejarse en mi cara ni a ponerme verde delante del resto. Aun así, tengo que reconocer que tampoco me llegaron rumores después de gente protestando, así que ese asunto quedó resuelto y fuera del camino.

Volviendo a mis padres y a su visita, cuando la noche anterior mi madre me escribió para decirme que venían al día siguiente, Daniela estaba tumbada a mi lado en el sofá. Mientras yo respondía unos correos algo más urgentes, ella estaba leyendo una novela en el libro electrónico, y debía de ser graciosa, porque cada cierto rato se le escapaba una carcajada.

En cuanto vi el mensaje de mi madre, dejé el portátil a un lado y le quité el libro de las manos. Por la mirada que me echó en ese momento, estoy bastante seguro de que podría haberme asesinado allí mismo, pero se lo expliqué enseguida y fue entonces cuando aproveché para proponerle hacer una gran barbacoa en casa y que así vinieran también sus padres.

Matábamos dos pájaros de un tiro: ella conocía a los míos y yo a los suyos.

Me contestó que iba a decírselo, aunque estaba bastante segura de que aceptarían. Y cuando le conté a mi madre que había conocido a una española que me gustaba mucho más de la cuenta y que habíamos decidido darnos una oportunidad y empezar una relación, lo primero que me dijo fue:

—Te lo dije, las españolas te conquistan como ninguna otra.

Pero cuando le añadí que, además, era la hermana de la pareja de Harper, la muy hija de su madre se echó a reír a carcajadas.

Una de las frases que soltó fue:

—Lo divertidas que van a ser las reuniones familiares como una de las dos relaciones no salga bien.

En vez de preocuparse por el malestar que alguno de sus hijos pudiera llegar a sentir, ella se partía de risa imaginando la incomodidad que podríamos vivir.

Desde luego, el carácter que había heredado mi madre tenía muchísimo más de su sangre española que de la inglesa, eso era indiscutible.

Aunque también había tenido razón en una cosa: aquellas comidas familiares iban a ser de todo menos aburridas.

Dios, solo de imaginar una de esas reuniones en una situación así se me ponían los pelos de punta. Desde luego, si la relación que se rompía era la mía con Daniela, ya me buscaría cualquier excusa para no aparecer.

Y no penséis mal de mí, tenéis que entenderme, porque cualquiera se enfrentaba al torbellino de Daniela, aunque yo ni siquiera hubiera sido el culpable de la ruptura.

De todos modos, aquello no dejaba de ser hablar por hablar y seguirle la broma a mi madre, porque si había algo que tenía claro a esas alturas era que Daniela era todo lo que necesitaba para sentirme completo.

—Cariño, qué ganas tenía de darte un abrazo.

Mi madre dejó la maleta atrás sin prestarle la menor atención; total, sabía que mi padre venía detrás y que no iba a dejarla allí abandonada.

Abrí los brazos y la abracé con fuerza.

No sé cómo será el amor de otros hijos hacia sus padres. Supongo que la mayoría los querrá como yo quiero a los míos. Lo único que sé con absoluta certeza es que mis padres siempre han sido pilares fundamentales en mi vida y en la de mi hermana.

Y así iba a seguir siendo.

—Yo también tenía muchas ganas de abrazarte. —La apreté un poco más.

—¿Dónde está esa española que me quiere robar a mi hijo?

Sonreí al escucharla.

—Creo que su madre podría decir exactamente lo mismo de ti con mi hermana o conmigo.

—Ya, hijo, y lo siento por esa madre, pero ¿qué quieres que te diga? —Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia—. Yo pienso en mí, porque algo me dice que mis dos hijos se van a quedar aquí.

En todo el tiempo que llevaba con Daniela no me había parado a pensar seriamente en aquello, y sin embargo era importante. Muy importante. Porque no sabía hasta qué punto estaría dispuesta a irse a Londres conmigo.

La empresa iba a acabar recayendo en mis manos y, aunque contara con muy buenos trabajadores, no podía dejar la sede principal en manos de cualquiera. Ni siquiera podía planteármelo.

Ahí estaba el esfuerzo de mi padre, pero también el mío desde que salí de la universidad, y no podía arriesgarme a que todo se fuera a la mierda. No solo por mi familia, sino también por todas las personas que dependían de la empresa y de las distintas sedes repartidas por varios países. Miles de personas vivían de aquello y, en la mayoría de los casos, dependían de nosotros para poder dar de comer a sus familias.

Desde luego, era un tema que Daniela y yo tendríamos que hablar con calma, buscando opciones que fueran buenas para los dos. Y, por muchas vueltas que le diera en aquel momento, no iba a solucionar absolutamente nada.

Anda que ya le valía a mi madre soltar eso así, con lo tranquilo que estaba yo apenas unos minutos antes. Aunque, pensándolo bien, tampoco podía culparla demasiado, porque no dejaba de ser una realidad que tarde o temprano iba a tener que afrontar.

Me separé de ella y fui a saludar a mi padre. Nos dimos un buen abrazo y, por supuesto, el beso no faltó. Mi padre había sido un hombre estricto, sí, pero nunca había dejado de demostrarnos cariño, ni a su mujer ni a sus hijos.

Eso sí, de puertas para fuera podía parecer uno de esos ingleses serios y estirados, de los que a simple vista no parecen demasiado simpáticos, justo el tipo de hombre que, al pasar delante de sus empleados, conseguía que se pusieran tan rectos que un poco más y se partían la espalda.

Os prometo que esa podía ser la imagen que daba, pero luego no tenía nada que ver con la realidad.

—Hijo, me alegro de verte. —Me miró con esa expresión cargada de amor que siempre nos había dedicado a Harper y a mí, diera igual la edad que tuviéramos—. Parece que estar aquí te ha venido bien en todos los sentidos.

Sabía perfectamente por qué lo decía.

Y era por el mismo motivo por el que me había mandado allí.

Capítulo 38



Daniela

Parecía que iba a enfrentarme al juicio de mi vida, o por lo menos así me sentía yo.

De verdad, qué malos eran los nervios previos a conocer a los padres de tu pareja, porque, a ver, dejándonos de tonterías, si resultaba que no le caía bien a la madre, siempre existía la posibilidad de que te hicieran la vida un poquito más complicada. Y solo de pensarlo se me ponían los pelos del cuerpo de punta.

Mejor llevarse bien con la suegra, que si ella estaba contenta, los demás también lo íbamos a estar. O eso decían los entendidos en estos temas; que conste que estaba bromeando un poco.

—Quita esa cara de miedo que tienes, o van a ser ellos los que te tengan miedo a ti —me dijo Harper.

Estábamos en el jardín preparando todo para la barbacoa y, cuando digo todo, me refiero a la mesa, las bebidas, las salsas, los platos y ese tipo de cosas que siempre terminan siendo más de las que parecen.

Cuando la noche anterior Landon me dijo que sus padres llegaban al día siguiente, al principio me quedé sin saber qué contestarle. Unos minutos después le dije que yo iba a regresar a mi casa.

Espera, que creo que esa parte no la sabéis. Desde que hacía una semana me pasó lo de mi ex y, además, Landon y yo habíamos terminado confesándonos lo que sentíamos, desde entonces prácticamente no había salido de su casa.

De hecho, solo lo hacía para ir a por ropa o por cualquier cosa que pudiera necesitar, pero para nada más. Sí, se podía decir que casi oficialmente vivía con él y, mientras que yo en cierto modo seguía con algo de miedo por lo rápido que estaba yendo todo, mi madre, en cambio, estaba encantada. Encantada hasta el punto de dar palmas con las orejas, y eso que todavía no conocía a Landon.

Vamos, que mi madre estaba fatal de la cabeza si pensaba que por el hecho de estar viviendo con él me iba a quedar embarazada, porque lo que ella no sabía era que en mi mente la palabra maternidad no tenía sitio ni a corto ni a largo plazo. Es que, directamente, ni se me pasaba por la cabeza. En fin, que con mi madre lo mejor siempre era seguirle un poco la corriente si querías que te dejara tranquila.

—¿Y si no le caigo bien? —le pregunté a Harper.

Mi cuñada se rio.

Así, con todo su descaro, se rio en mi cara.

—Estoy segura de que les vas a caer bien a los dos.

—No puedes estar segura de eso.

—Claro que sí —me rebatió sin dudar ni un segundo—. Los conozco a ellos y te conozco a ti, así que sí, puedo estar segurísima.

Decidí darle un voto de confianza y creerla porque, total, de algo tenía que servirme tener a la hermana de mi novio de mi parte.

—¿Quién traía el pan y el postre? ¿Mi hermano?

Se había organizado todo tan deprisa que andaba bastante perdida con quién traía qué.

—No, eso lo traen Alma y Carter.

Era pensar en mi amiga y se me dibujaba una sonrisa en la cara.

Y es que, desde que la conocía, jamás la había visto tan feliz como desde que estaba con ese hombre. Y si ella era feliz, yo lo era el doble por ella. Joder, que con la vida de mierda que había tenido durante tantos años, ya le tocaba algo que de verdad le hiciera sentir que la vida también podía ser bonita.

Y, además, seguía dándole vueltas a aquello otro que me rondaba la cabeza y que aún no me atrevía a decir en voz alta, porque no podía asegurarlo y no quería meter la pata.

Bueno, en realidad sí lo había hablado con alguien.

Con mi madre.

Y no porque yo se lo hubiera soltado, sino porque ella había notado lo mismo que yo.

—¿Y mi hermano viene o no? —le pregunté.

Como he dicho antes, todo había sido tan precipitado que ni tiempo me había dado a hablar con él.

—Y tanto que viene. Como no aparezca a la hora que le he dicho, me planto en la comisaría y lo saco del despacho tirándole de la oreja.

Se me escapó una carcajada al imaginar la escena.

Y no era por nada, pero veía a Harper perfectamente capaz de hacer eso y bastante más. Eso sí, hablando en broma, porque ella sabía muy bien a qué se dedicaba Gonzalo y entendía que no siempre iba a tener el horario que le diera la gana, sobre todo cuando su equipo estaba metido en algún operativo.

Y eso si él no iba con ellos, porque, aunque mi hermano fuera comisario y no tuviera obligación de meterse en todo, era demasiado guerrillero y le gustaba estar al pie del cañón con sus chicos.

En fin, que supongo que Harper iba a tener que acostumbrarse a esa vida igual que lo habíamos hecho mis padres y yo.

Justo en ese momento sonó el videoportero.

Me asomé a la pantalla que había junto a la puerta del jardín.

—Pues tu chico ha sido el más puntual y encima le ha dado tiempo de ir a por mis padres.

Le di al botón para abrir el portón y, cuando estaba a punto de cerrarse después de entrar el coche de mi hermano, apareció otro detrás.

Ese era el de Carter.

—Ya solo faltan mis padres y mi hermano —dijo Harper a mi lado, mirando la pantalla por encima de mi hombro.

—No creo que tarden mucho en llegar.

Sobre todo porque ellos viajaban en el avión privado, y eso, digo yo, tenía que ahorrar muchísimo tiempo. Nada de colas de embarque, nada de esperar a que subiera todo el mundo ni todas esas horas muertas de aeropuerto que yo solo podía imaginar, porque nunca había viajado así.

Como iba diciendo, supuse que todo era mucho más rápido y mucho más cómodo.

Fue Harper la que entró en la casa para abrirles la puerta principal. Desde la parte delantera de la casa se podía llegar hasta el jardín sin necesidad de pasar por dentro, pero mi cuñada no tenía paciencia para esperar a que mi hermano diera la vuelta.

También es verdad que ellos no sabían que nosotras estábamos ya en la parte de atrás.

Mientras ellos cruzaban la casa, yo seguí colocando cosas en la mesa debajo de la pérgola. Como esta vez íbamos a ser más, entre Harper y yo habíamos decidido utilizar esa mesa en vez de la otra del porche, porque era bastante más grande.

—Madre mía, aquí caben diez familias —soltó mi madre en cuanto la vio.

Vamos, tan exagerada como siempre.

—Claro, mamá. Si apuras un poco más, aquí metes hasta un equipo de fútbol completo con sus familias.

¿Se notaba que estaba siendo irónica? Pues más le valía, porque si no era así, estaba fallando.

—Pues no vas tan desencaminada.

Ella siguió con su exageración de siempre, pero, oye, si era feliz así, ¿quién era yo para quitarle la ilusión?

Aunque, por otro lado, tampoco estaba diciendo algo tan descabellado.

—Hija, ¿dónde pongo todo esto? —preguntó mi padre, cargado con dos bolsas enormes cuyo contenido solo Dios conocía.

—No teníais que haber traído nada.

Fui hacia él para cogerle una, pero no me dio tiempo, porque Carter apareció y le quitó las dos de las manos con toda la naturalidad del mundo.

—Eso se lo dices a tu madre. Ya sabes lo apretada que es.

Mi madre era más apretada que un nudo marinero de esos imposibles de deshacer. O eso quería pensar yo, porque la verdad es que no tenía ni puta idea de cómo se hacían.

—¿Conocéis a Carter? —les pregunté a mis padres.

No por nada, sino porque me chocó que el novio de Alma le cogiera las bolsas a mi padre con tanta confianza sin que yo hubiera visto presentación alguna. Sobre todo sabiendo cómo era Carter.

—Sí, nos lo ha presentado tu hermano en la entrada —me contestó mi padre.

Mi nuevo amigo.

Nuevo amigo mientras siguiera tratando bien a Alma, porque el día que dejara de hacerlo pasaría automáticamente a convertirse en mi mayor enemigo.

Capítulo 39



Daniela

Estaba terminando de colocar las servilletas de tela sobre el plato de cada uno cuando escuché cómo se abría el portón de la entrada. Mira que estaba algo lejos, que desde donde yo estaba hasta donde se dejaba el coche había que andar un buen trecho, pero no sé qué tenía aquel sonido que siempre lograba reconocerlo al momento.

Le di la vuelta al chalé porque, lo siento mucho, pero no tenía paciencia para esperar a que se bajaran del coche, cruzaran la casa y terminaran saliendo al jardín. Ya sabéis cómo soy, y eso de esperar no va mucho conmigo, así que ni lo intenté.

Llegué hasta donde Landon solía aparcar y allí estaban ellos. Al verlos no tuve ninguna duda de dónde habían heredado el pelo rubio sus hijos. En realidad, Landon era una mezcla entre el padre y la madre, porque su color tiraba más a un castaño claro, pero su hermana era clavada a ese hombre en el tono del pelo. Y os prometo que, en cuanto lo vi, sentí cómo los nervios se me instalaban de golpe en el centro del estómago.

Dios. Allí iba a pasar algo gordo aquel día, y eso no lo iba a frenar ni un milagro. Hasta me temblaban las piernas solo de imaginar la escena que podía montarse allí fuera, porque yo decía una cosa: sus hijos podían estar muy ciegos, sí, pero no me creía que ellos también lo estuvieran.

En fin, que más me valía estar preparada para lo que se podía liar, porque aquella primera toma de contacto prometía ser de lo más entretenida, de eso podíais estar seguras.

No fui capaz de reaccionar hasta que Landon me llamó para que me acercara, y entonces fui hacia ellos intentando disimular las dudas y el miedo que me habían invadido por completo, porque os prometo que allí más de uno iba a quedarse con la mandíbula descolgada.

Y yo me iba acercando con esa sensación de estar casi segura de algo que, hasta hacía muy poco, no había sido más que una intuición. Respiré hondo procurando que no se me notara demasiado.

Dani, por tu madre, pon buena cara y hazte la tonta todo el tiempo. Lo que tenga que ser, será.

Eso me repetía a mí misma mientras me acercaba.

Que sí, que la sonrisa de aquella famosa que salía por la tele diciendo lo de «dientes, dientes» se iba a quedar pequeña al lado de la mía, porque un poco más y se me veían hasta las muelas del juicio.

—Cariño, ellos son mis padres, James y Grace.

Landon me puso una mano al final de la cintura y me empujó con suavidad un poco hacia delante.

—Encantada de conoceros —dije, alargando la mano para saludarlos.

La madre me sonrió con una de esas sonrisas dulces que te hacen sentir cómoda al instante, de las que transmiten ternura y confianza.

—¿Así que tú eres la española que me ha robado a mi hijo? —me preguntó.

Le devolví la sonrisa con una de esas que escondían muchas cosas detrás.

—Creo que mi madre dice lo mismo de su hija.

Ni siquiera me dejó terminar del todo. Me apartó la mano y me dio un abrazo con dos besos incluidos.

De primeras me quedé un poco cortada, la verdad, porque me pilló totalmente desprevenida. No me esperaba para nada algo así. Pero me gustó muchísimo lo que me transmitió aquel abrazo. Me sentí cómoda, como si la conociera de mucho más tiempo del que en realidad llevaba conociéndola.

Le di un beso en la mejilla, y no fue por compromiso, sino porque me salió de dentro.

El padre sí que parecía más serio. Imponía bastante más, aunque sus ojos contaban otra historia. A través de ellos se veía que era buena persona. Claro que, si me paraba a pensar en lo que llevaba tiempo rondándome la cabeza, ya no me parecía tan buena persona.

Y aun así, hizo exactamente lo mismo que su mujer.

Me abrazó con fuerza, con cariño, sin saber todavía cómo era yo.

Mira que si luego resultaba que era una hija de puta.

¿Abrazaría así de fuerte a mi amiga cuando la viera?

Os juro que en aquel momento no sabía si dejar salir mi lado travieso y reírme hasta de mi sombra o, por el contrario, permitir que mi parte más noble y sentimental tomara el control e irme a un rincón a jartarme de llorar.

Me daba miedo por Alma. Por el dolor que todo aquello pudiera causarle, porque estaba segura de que, de una manera u otra, iba a terminar haciéndole daño.

—Al final ha sido como yo dije —comentó su madre cuando el padre me soltó.

—¿Y qué fue lo que dijiste, si puede saberse? —pregunté, intrigada.

Landon me rodeó la cintura y me pegó un poco más a su cuerpo. Levanté la cabeza para mirarlo y me lo encontré sonriendo, además de guiñándole un ojo a alguien. Eso sí, no sabía si se lo había guiñado a su madre, a su padre o a los dos.

—Les dije que, como dieran con unos españoles que les tocaran el corazón, ya no iba a recuperarlos. Y, por lo que veo, no me equivoqué.

No supe muy bien qué contestar a eso. Sinceramente, yo no creía que las cosas funcionaran así, solo pensaba que se había dado la casualidad.

Y menuda casualidad, ¿verdad? Dos hermanos con otros dos hermanos.

Ya sé que no éramos los únicos en el mundo y que seguro que había muchísimos casos parecidos; me apostaba lo que fuera a que también existirían familias con tres hermanos enlazados con otros tres.

Pero, volviendo al momento y dejando de fantasear, terminamos entrando en la casa por la puerta principal. Así pudieron dejar las maletas en un lado del salón, porque no quisieron subirlas todavía a la habitación para no hacer esperar más a los que ya estaban en el jardín.

Al salir, la primera en llegar hasta ellos para saludarlos, como era lógico, fue su hija. Eso sí, tirando de la mano de mi hermano, como si quisiera asegurarse de que el pobre no saliera corriendo. Mientras Harper abrazaba a sus padres y les presentaba a Gonzalo, yo aproveché para presentarles a Landon a los míos.

—Ya era hora de poder conocerte —le dijo mi madre.

Después de darle dos besos, mi madre me miró a mí y asintió con la cabeza de una forma tan disimulada que me hizo gracia, porque fue como si me estuviera dando su aprobación.

Como si yo no pudiera enamorarme de Landon sin el visto bueno de mi señora madre. A buenas horas, pensé, porque que me enamorara de ese hombre no lo habría evitado ni el fin del mundo. Estaba completamente segura de que el que tenía a mi lado estaba destinado a ser el hombre de mi vida. O, al menos, así era como yo lo sentía en aquel momento.

—La culpa de que no nos hayamos conocido antes la tiene tu hija, que nunca me ha dicho que fuera a vuestra casa —contestó él, sin ningún tipo de filtro.

Le di un pellizco en el costado. Y sí, apreté un poco para que dejara de soltar esas cosas, porque bastante claro tenía que, como mi madre me pillara a solas, me iba a leer la cartilla bien leída.

Menos mal que en ese momento llegaron su hermana y sus padres hasta donde estaban los míos, y se pusieron también a saludarse entre ellos. Entonces busqué con la mirada a Alma. Sabía que ella era tan prudente y educada que no iba a acercarse hasta que los de la «familia» nos hubiéramos presentado todos.

Y sí, he dicho familia entre comillas, porque mi amiga así lo consideraba, cuando para mí ella era mucho más familia que mucha gente que sí compartía mi sangre. O casi.

Para mí, Alma era mi hermana, y me daba igual que no nos conociéramos de toda la vida o que nuestra amistad hubiera empezado cuando entré a trabajar en la empresa. Como he dicho otras veces, los años que lleves conociendo a alguien no significan absolutamente nada.

Para muestra, mi ex. Nos conocíamos casi desde niños y mira cómo había terminado todo.

Le hice un gesto con la mano para que se acercara. No sé si Alma ya sentía algo raro o si era yo, que estaba demasiado pendiente de todo, pero noté que le costaba mucho más de lo normal venir hacia donde estábamos. Y eso que Carter iba justo a su lado.

¿Sabéis esas imágenes de la tele que ponen a cámara lenta para que se vea bien lo que ha pasado y no se escape ni un detalle? Pues los siguientes segundos los viví así. Madre mía, qué angustia pasé.

A ver, os pongo en situación. Por un lado estaba la expresión de la madre de Landon, que se había quedado con la mirada fija en la cara de mi amiga y que, de vez en cuando, la desviaba para mirar a sus hijos o a su marido.

Por otro, estaba la incomodidad de Alma, que se le notaba en la cara y hasta en la manera de andar. Y ahí ya me quedó clarísimo que no era imaginación mía: ella también había notado algo o, como mínimo, intuía que allí había más de lo que parecía.

Y luego estaba James. O, mejor dicho, el color que había desaparecido de su cara, porque ese hombre ya era blanquito de por sí, no era moreno como mi padre, pero es que de pronto se había quedado transparente. Ya me entendéis. No me vengáis ahora con que exagero.

—James, esa muchacha es hija tuya.

Boom.

La bomba estalló ante las narices de todo el mundo. De todos menos de mi madre y de mí. Nosotras lo esperábamos. Y no me preguntéis cómo lo sabíamos, porque solo había que ver a mi amiga y a Harper. Eran como dos gotas de agua. Y no, no me vengáis con la tontería esa de que todos tenemos un doble por el mundo.

Doble fue la vida que llevó mi suegro durante un tiempo.

O, como mínimo, el desliz que tuvo.

Vamos, que la comida que nos esperaba prometía de todo menos tranquilidad. Y digo comida por decir algo, porque no sabía yo si después de aquello a alguien le iba a quedar cuerpo para sentarse a comer como si nada.

Capítulo 40



Landon

No podía haber oído bien a mi madre. De verdad que no. Aquella mujer tenía que haberse tomado algo, porque lo que acababa de decir no entraba dentro de ninguna lógica posible.

¿Cómo podía soltar, así de tranquila, que Alma era hija de mi padre? Y lo peor no era solo la barbaridad de la frase, sino la seguridad con la que la había dicho, como si no hubiera margen para la duda, como si llevara toda la vida sabiendo algo que al resto nos acababa de estallar en la cara.

—¿Qué has dicho? —preguntó mi hermana.

Fue la primera en reaccionar, porque yo ni siquiera había sido capaz de hacerlo. Me limité a mirar a mi padre, esperando encontrar en él alguna negación inmediata, algún gesto de sorpresa real, algo que me indicara que todo aquello era una locura, pero él no apartaba los ojos de Alma. Ni siquiera parecía escuchar el resto del mundo. Solo la miraba a ella.

—Lo que has oído —repitió mi madre sin vacilar—. Y no estoy loca. Sé muy bien lo que digo y esa mujer es tu hermana.

No sabía ni cómo tomarme aquello. No porque tuviera nada en contra de Alma, ya que era justo al revés. Me parecía una mujer increíble, con un corazón enorme, con una entereza y unos valores que ya los quisiera mucha gente.

Fijaos si no tenía nada en contra de ella, que si me hubieran preguntado qué mujer podría haber sido una buena hermana para nosotros, seguramente habría pensado en alguien como ella.

El golpe no venía por su persona, sino por todo lo que implicaba lo que acababa de descubrirse, por cómo se nos estaba desmontando delante de las narices una parte de la vida que yo creía conocer.

Apreté la mano de Daniela sin darme cuenta y ella me devolvió el apretón, aunque tenía la vista clavada en su amiga. Se notaba que estaba completamente pendiente de Alma, de su respiración, de cómo se sostenía en pie, de si en cualquier momento iba a tener que correr hacia ella.

Y, sinceramente, no me extrañaba, porque la pobre estaba blanca, temblando, descompuesta.

—Eso no puede ser —consiguió decir al fin—. A mí me entregaron recién nacida porque mis supuestos padres no querían hacerse cargo de mí.

Carter la tenía abrazada y, aun así, no dejaba de temblar. Las lágrimas le corrían por las mejillas sin freno, pero lo que de verdad me encogió por dentro fue el desgarro con el que le salían las palabras, como si cada una le arañara por dentro.

—Yo solo sé que eres hija de James —insistió mi madre, esta vez mirándola con una mezcla extraña de firmeza y compasión—, y él tendría que estar viéndolo igual que yo. Sé que esto es difícil de creer, pero no necesito una prueba para saberlo.

—Llamadme tonto, pero no estoy entendiendo nada —dije al fin.

Porque era exactamente eso lo que nos pasaba a casi todos los que estábamos allí. Por la cara de mi hermana y la de Gonzalo estaba claro que ellos tampoco sabían por dónde coger aquello.

Carter, Vicente, incluso yo mismo, estábamos igual de descolocados. Las únicas que parecían haber atado cabos antes que los demás eran Daniela y su madre.

—Después te cuento —me dijo Daniela al notar que la miraba.

—¿Cómo que después me cuentas? —le pregunté en voz baja, dolido—. ¿Cómo es posible que supieras algo?

No voy a mentir. Me sentó mal. No porque pensara que me había ocultado algo a propósito, sino porque me dolía sentir que los demás parecían ir por delante de mí en algo que me tocaba de lleno.

Entre una pareja no debería haber secretos de esa clase, o al menos eso pensé en ese instante. Intenté soltarle la mano, pero no me dejó.

—No te montes películas —me respondió igual de bajo—. Yo no sabía nada, solo había notado el parecido. Bueno, parecido no… joder, lo raro es que no os hubierais dado cuenta antes.

»No dije nada porque no estaba segura y no quería meter la pata, pero en cuanto he visto a tu padre, ya no me ha quedado ninguna duda.

Miré de una a otra. Y sí, una vez verbalizado, una vez roto el dique, el parecido estaba ahí. Era evidente. No sabía cómo coño no lo había visto antes, quizá porque jamás se me habría pasado por la cabeza algo así, quizá porque el cerebro no busca lo que no imagina posible. Aun así, seguía habiendo algo en todo aquello que me oprimía el pecho.

—No me había dado cuenta, pero aun así… es casi imposible pensar algo así. Sobre todo porque ella es de aquí y nosotros de allí.

Me estaba entrando un agobio de cojones, y por las expresiones del resto no era el único.

Mi padre respiró hondo, como si estuviera asumiendo que ya no había marcha atrás, y fue entonces cuando dijo que lo mejor era sentarnos y hablar con calma, porque tenía mucho que explicarnos y, al mismo tiempo, también mucho que comprender él mismo.

Lo escuché y, por extraño que parezca después de semejante golpe, una parte de mí quiso creerlo. Porque, aunque en aquel momento me sintiera completamente descolocado, seguía conociendo a mi padre mejor que a casi nadie.

Y justamente por eso tenía claro que, si aquello era verdad, algo muy grave había tenido que pasar. Porque él jamás habría abandonado a un hijo por voluntad propia. Ni aunque eso le hubiera costado el divorcio con mi madre.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa ya preparada para la comida, aunque lo de comida empezaba a sonar casi ridículo. La tensión era tan grande que costaba hasta tragar saliva.

Fue entonces cuando Carter soltó que nos iba a hacer falta una cerveza o una copa de vino para pasar aquello un poco mejor, y tenía más razón que un santo. Entre él y Gonzalo repartieron bebidas para todos, quizá por hacer algo útil, quizá por necesidad pura de moverse y no quedarse quietos dentro de aquella bomba.

Mi padre tardó unos segundos en hablar. Dijo que no sabía ni por dónde empezar, y fue mi madre la que tomó la palabra. Nos recordó algo que todos sabíamos: que durante años él había viajado muchísimo por trabajo.

Y, en uno de esos viajes a España, salió una noche, bebió más de la cuenta y perdió el control. Yo miré a mi hermana porque los dos estábamos pensando lo mismo. Nunca habíamos visto a nuestro padre fuera de sí por culpa del alcohol. Ni siquiera mareado. Mucho menos borracho.

Debió de notársenos tanto en la cara que él mismo intervino para decirme que sí, que aquella fue la única vez en toda su vida que había perdido el control de esa manera.

A partir de ahí, mi madre siguió hablando. Dijo que aquella noche conoció a una mujer y que, como ahora quedaba más que demostrado, aquello había tenido consecuencias. No habló con rabia. Tampoco con dulzura. Habló como quien ya ha llorado una historia demasiado tiempo y ha terminado aceptando que la verdad no desaparece por no pronunciarla.

Mientras lo hacía, yo no podía dejar de mirar a Alma. Se había cubierto la cara con las manos y lloraba rota, de una manera que partía el alma. Daniela fue enseguida a su lado y Gonzalo también, como era normal, porque los dos la querían como a una hermana desde hacía mucho antes de saber que, quizá, esa palabra no era solo simbólica.

En mitad de todo aquello, Carter me dijo que me lo había dicho el segundo día, y yo lo miré como si se hubiera vuelto loco. Evidentemente, no me había dicho nada de esto, pero entonces me recordó aquella conversación en la que me comentó que nunca había visto a nadie llevar los números como mi padre hasta que revisó los informes de Alma.

Y sí, eso sí lo recordaba. Lo que en aquel momento me pareció una simple comparación ahora se convertía en una pieza más de un puzle que se estaba formando ante nosotros con una violencia que daba miedo.

Mi padre siguió contando lo que sabía de aquella noche y de la madre de Alma. Explicó que intentó informarse después, que buscó, que preguntó, que quiso saber si aquella locura había tenido consecuencias, pero que todo terminó perdiéndose entre silencios, versiones a medias y una verdad que nunca le llegó.

También salió el dolor de mi madre, porque, aunque con el tiempo lo hubiera perdonado, eso no quitaba que lo hubiera pasado mal. Y no voy a negar que mi padre me decepcionó. No me habría esperado jamás algo así de él. Pero si algo me dolía de verdad, no era solo el fallo en sí, sino lo que aquello le tuvo que hacer a mi madre. Porque al final fue ella quien pagó una culpa que no había sido suya.

Miré alrededor de la mesa. Nadie decía nada. Todos estábamos atrapados en nuestros propios pensamientos, intentando recomponer una realidad que ya no era la misma que hacía una hora.

Pero, aun con toda la confusión, con todo el dolor, con toda la rabia y la incredulidad, yo tenía una cosa clarísima: si Alma era mi hermana, lo era desde ya. Y lo iba a ser con todos sus derechos.

Capítulo 41



Daniela

Por mucho que Alma me dijera que estaba bien, no se lo creía ni su prima.

—No me puedes decir que estás bien, no después de esta bomba.

Cuando ayer estalló todo en casa de Landon, no me pareció lo más correcto llevármela aparte para hablar con ella. Hacer eso delante de todos me parecía una falta de respeto, tanto hacia su padre como hacia los demás que estaban allí intentando asimilar lo mismo que nosotras.

Si me preguntáis cómo fue la comida, solo os puedo decir que tuvo un poco de todo. Hubo ratos en los que la tensión se podía respirar en el aire, momentos en los que bastaba mirar una cara para saber que cada uno seguía dándole vueltas a lo mismo.

Pero también hubo otros en los que, por el bien de todos, decidimos dejar todo aquello un poco a un lado y centrarnos en disfrutar del momento. Y, cuando eso pasaba, la verdad es que las risas y las bromas se escuchaban por todo el jardín.

Lo que más me gustó de James y de Grace fue, precisamente, la manera en la que se tomaron las cosas. Él, aparte del asombro y del miedo del primer impacto, fue dejando ver a lo largo del día algo que me emocionó muchísimo: la forma en la que miraba a Alma.

Y con esto no quiero decir que la quisiera ya como a Landon o a Harper, porque sería absurdo pensar algo así en unas horas, pero sí que había en sus ojos una mezcla de ternura, culpa y necesidad de acercarse a ella que decía mucho más que cualquier palabra.

Y no fue el único. Cuando le preguntaron a Alma por su vida y ella empezó a contarlo todo, a mí ya se me rompió el corazón como se me había roto tantas otras veces al escucharla. A mi familia también, claro, porque conocíamos su historia y sabíamos el peso que llevaba encima desde hacía demasiados años.

Pero ver la cara del resto fue otra cosa. Esas miradas cargadas de dolor y, por momentos, también de rabia, hablaron solas. El padre de Landon, con cada frase que decía su supuesta hija, iba haciendo una mueca distinta, como si cada palabra se le clavara dentro.

Aunque, siendo sincera, la persona que más me asombró fue Grace.

Esa mujer tenía todo el derecho del mundo a no querer tolerar a mi amiga cerca, aunque Alma no tuviera la culpa de haber venido al mundo. Ya bastante había tenido la pobre con descubrir que la hija de puta de su madre prefirió dejarla en un orfanato antes que ponerla en manos de un hombre que, yo estaba segura, la habría recibido con los brazos abiertos.

Y no solo él. Porque, tal y como fue pasando la tarde, yo tuve cada vez más claro que Grace también habría sido capaz de acogerla como si fuera suya, aunque fuera fruto de una infidelidad de su marido. Solo había que fijarse en la manera en la que la miraba, en el cariño y la ternura que se le escapaban incluso cuando intentaba mantenerse serena.

Os prometo que en ese momento no sabía si Alma era realmente consciente de la suerte que podía haber tenido encontrando por fin a su familia de sangre. Y cuando digo familia de sangre, lo digo porque la de corazón la encontró el día en que se cruzó conmigo en la puerta de la empresa en mi primer día de trabajo.

Pero, aun así, yo sí me alegraba. Y mucho. Porque algo dentro de mí me decía que esos hermanos y ese matrimonio, ahora que la habían encontrado, no pensaban dejarla escapar.

Por eso, cuando terminó todo y cada uno se fue a su casa, no quise hablar con ella a fondo. Quería darle tiempo. Necesitaba que sacara lo que sentía, que se permitiera ordenar un poco aquella locura, ya fuera para bien o para mal, pero sin que yo me le echara encima demasiado pronto.

—Te prometo que estoy bien. De hecho, creo que es cuando más feliz me he sentido nunca.

Los ojos le brillaban de una manera que no le había visto jamás.

—Si es así, no sabes cuánto me alegro. —La abracé con fuerza—. Al final va a resultar que vas a ser una de mis jefas supremas —le dije, intentando bromear.

Aunque, por mucho que quisiera hacer una broma, la verdad era que había soltado una realidad como una catedral.

—Ni suprema ni nada. Yo voy a seguir siendo la misma, con la única diferencia de que ahora tengo unos hermanos y un padre.

No era tonta y sabía perfectamente por qué no decía también que había encontrado a una madre. No quería poner a Grace en un compromiso ni hacer que se sintiera obligada a asumir un papel que todavía no sabía si estaba preparada para asumir.

Pero, sinceramente, mi suegra —sí, a estas alturas ya me veía con derecho a llamarla así— la había mirado con los ojos con los que una madre mira a sus hijos, y yo estaba segura de que, antes o después, iba a terminar siéndolo para Alma también.

—Y una madre —le dije convencida—, porque estoy segura de que Grace va a tratarte como a una hija.

Habíamos quedado en mi piso. Queríamos hablar con tranquilidad y, de paso, yo necesitaba llevarme más ropa a casa de Landon, porque hasta entonces solo me había llevado lo justo y ya empezaba a ser absurdo ir tirando siempre de cuatro cosas mal contadas.

Algunos días me apetecía ponerme un vestido concreto o algún pantalón que no tenía allí, y ya me había dado cuenta de que era una tontería seguir manteniendo medio armario aquí y medio allí, sobre todo teniendo en cuenta que estaba tan enamorada de Landon que ya no sabía vivir lejos de él.

—Ains, es que todo esto parece mentira.

Por fin estaba dejando salir algo de lo que llevaba dentro.

—Pero no lo es —le contesté con una sonrisa enorme.

—Joder, que al final soy tu cuñada.

Soltó una carcajada y yo habría jurado que se rio así de fuerte por puro nervio, porque una cosa era decirlo en alto y otra muy distinta asumir todo lo que significaba.

—Para mí no eres mi cuñada. Para mí sigues siendo mi hermana, esa por la que soy capaz de arrasar el mundo entero.

No se lo dije por quedar bien. Se lo dije porque era exactamente lo que sentía por Alma, y ella lo sabía.

—No me hagas llorar. —Se limpió una lágrima—. Sabes que tú también eres mi hermana y que gracias a ti supe lo que era tener una familia. Te quiero, y nada ni nadie podría hacer que dejara de hacerlo.

—Jo, después dices que te he hecho llorar —protesté, emocionada hasta el punto de tener yo también los ojos llenos de lágrimas.

No me cansaba de decirlo, pero no era moco de pavo encontrarte con algo así de pronto.

—A ver si solo vas a poder llorar tú.

Estuvimos toda la mañana hablando y, aunque tocamos otras cosas, ya os podéis imaginar cuál fue el tema principal casi todo el rato. Tanto le dimos vueltas que, al final, noté que empezaba a agobiarse más de la cuenta, así que decidí cortar aquello por lo sano.

—Cámbiate de ropa, ponte un bikini y algo de playa, que nos vamos.

Tenía que distraerla como fuera.

—Pero habíamos quedado con los chicos en que nos recogerían aquí para ir a comer.

—¿Y qué? Los llamamos y les decimos que nos vemos allí. Le damos el nombre del chiringuito y listo.

Sabía que le iba a venir bien que le diera el aire, porque Alma siempre se relajaba con el sonido del mar y con ese olor a playa que parecía que le ponía el pecho en calma. Y, para qué voy a mentir, a mí también me encantaba la playa.

—Además, así aprovechamos y ensayamos lo que íbamos a hacer en vacaciones, porque al final y a lo tonto este año no nos vamos a ir a ningún sitio.

—Tienes razón, lo hemos ido dejando y nos hemos quedado sin nada.

Sin nada no me iba a quedar yo, eso lo tenía clarísimo. Como si me tenía que ir de vacaciones a una comuna nudista. Total, como dice el dicho, lo que se van a comer los gusanos, que lo disfruten los humanos. Vale, ya sé que no era exactamente así, pero yo siempre lo había dicho de esa manera.

Nos cambiamos de ropa, metimos en el bolso el protector solar, las toallas, las gafas de sol y un cepillo del pelo, que para mí eso no podía faltar nunca, y salimos por la puerta del piso creyéndonos las reinas del mundo, dispuestas a desconectar y a disfrutar del día o, mejor dicho, de lo que quedaba de él.

Nos montamos en el coche y fuimos directas a lo que para nosotras era el paraíso, porque a las dos la playa nos daba vida. Era cierto que nos encantaba coger unas hamacas delante de algún chiringuito y comer allí, pero no podíamos hacerlo tanto como nos apetecía.

Ella porque tenía que mirar mucho el dinero y yo porque, como ya sabéis, seguía ahorrando para mi floristería. Pero hoy sí lo íbamos a hacer.

Total, por lo que parecía, las vacaciones se habían ido a tomar por culo.

Capítulo 42



Daniela

Esto sí que era vida.

Lo pensé en cuanto me tumbé en una de las hamacas, aunque, en realidad, lo primero que hice al llegar fue darme un baño. Y es que había pocas cosas en esta vida que me gustaran más que meterme en el agua del mar, sobre todo si estaba fría.

Cuanto más fría, mejor. Así que, después de ese primer chapuzón, volví a la arena, arrastré la hamaca hasta dejar la cabeza en sombra y el resto del cuerpo al sol, y me tendí como si no hubiera un mañana.

—Este año estoy demasiado blanca para la fecha en la que estamos —murmuré, mirándome las piernas.

Algo de color tenía, eso era verdad, pero ni de lejos el moreno que solía llevar ya a esas alturas del verano.

—Por fin un año en el que no parecemos tanto el café y la leche.

Me reí con la respuesta de Alma.

Y es que no le faltaba razón, porque la pobre era una de esas rubias blanquitas que se ponen rojas como una gamba recién cocida con nada que les dé un poco el sol.

—No te hagas ilusiones, que con dos veces que me ponga a tomarlo ya sabes que me pongo morena.

A ver, era verdad que cogía color rápido, aunque tampoco en plan milagroso.

—Por lo visto, hasta en eso he heredado la parte inglesa —dijo ella con una media sonrisa.

Por lo menos se lo estaba tomando bien, y yo prefería que fuera así. Porque, total, por muchas vueltas que le diera al asunto, el pasado no lo podía cambiar nadie. Lo único bueno de todo aquello era que sí podía cambiarle el futuro. Y os juro que no había nada en ese momento que me alegrara más que lo que le había pasado a ella.

Supongo que cualquier persona que hubiera vivido lo mismo que Alma merecía encontrar sus orígenes si así lo deseaba, pero no voy a ser hipócrita: a mí la que de verdad me importaba era mi amiga.

—¿Quién te iba a decir que eras una guiri por completo?

Las dos nos reímos.

—Pues a ti parece que te van mucho los guiris.

Ahí me había dado.

—Lo reconozco. No sabía que me podían gustar tanto, pero ya te digo que no os cambio por nada del mundo.

A ella no la cambiaba porque era mi hermana, de esas que llegan a tu vida pisando fuerte y se quedan para siempre. Y lo que tenía la vida, o el destino, o vete tú a saber qué coño era, es que el hombre que yo sentía como el amor de mi vida había resultado ser el hermano —o medio hermano— de la mujer que tenía tumbada al lado y que tanto significaba para mí.

—Ni yo tampoco. Y, por lo que parece, Landon tampoco —dijo ella.

Fue nombrarlo y notar cómo el corazón se me aceleraba, como si dentro del pecho se quedara pequeño el espacio para todo lo que sentía. La verdad era que no sabía hasta qué punto yo era importante para él, aunque, por lo que me demostraba cada día, parecía que bastante.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? ¿Cómo te sientes con Carter?

Yo la veía enamorada, no, lo siguiente. Y lo mejor era que a él lo veía exactamente igual, o incluso peor.

—Es la primera vez en mi vida que siento esto por un hombre —me confesó—. Y no es solo lo que siento por él, es todo lo que me hace sentir.

Escuchar a tu mejor amiga hablar así de feliz era de esas cosas que más podían alegrarte en el mundo, siempre que la quisieras de verdad.

—Me alegro muchísimo de que Carter se haya cruzado en tu vida.

—Lo sé. —Giró la cabeza para mirarme, porque teníamos las hamacas una al lado de la otra—. Sé que si hay alguien que se alegra de verdad de que me pasen cosas buenas, esa eres tú.

Me quedé un rato más tomando el sol. Vamos, que un poco más y le tenía que dar un cursillo a los lagartos sobre cómo achicharrarse a gusto. Pero, viendo que ni Landon ni Carter llegaban todavía, decidí darme otro chapuzón, porque el sol ya apretaba de verdad.

Alma no quiso venir.

Como decía ella, yo soy más de secano, que venía a ser justo lo contrario que yo, que siempre había sido más de agua que los propios bichos que vivían dentro.

Llegué a la orilla y, sin pensar demasiado, empecé a correr hacia dentro hasta que tuve profundidad suficiente para lanzarme de cabeza. Y, aunque parezca pesada, nunca me cansaría de decir que aquello era vida.

Sentir el agua fría golpeándome la cabeza era una de las sensaciones más placenteras que había descubierto en los peores momentos de mi vida, y desde entonces se había quedado conmigo.

Que no es que hubiera descubierto América ni nada por el estilo, que millones de personas hacían lo mismo. Lo mío fue casualidad.

Un día en el que apenas podía respirar, en el que no dejaba de llorar, en el que hasta mover los párpados se me hacía cuesta arriba. Un día en el que solo quería cerrar los ojos, hacerme tan pequeña que desapareciera y no volver a saber nada del mundo.

Pues ese día, sin saber muy bien de dónde saqué las fuerzas, me levanté de la cama y me metí en la ducha. Mi intención era poner el agua caliente y dejar que me relajara, pero, por lo que fuera, aquella mierda empezó a salir helada.

Di un salto del susto, claro, pero después de ese primer golpe sentí algo distinto: el agua fría cayéndome por la cabeza me obligó a volver a respirar con normalidad y consiguió dejarme la mente en blanco, aunque solo fuera por un rato.

Madre mía, la vuelta que acababa de dar para decir, simplemente, que me gustaba el agua fría y que me sentaba bien.

Total, que allí estaba yo, tan tranquila, disfrutando del mar, cuando pasó lo que tenía que pasar.

¿Qué es lo que tiene el agua que, en cuanto notamos un roce, se nos activa el pánico? Y no vayáis de valientes, que a mí no me la dais. Quiero ver yo a más de uno y de una muy enteritos sintiendo algo moverse alrededor de las piernas.

Pues eso fue exactamente lo que me pasó a mí.

Y no en cualquier parte.

No.

Aquello me rozó justo entre los muslos.

Mi primera intención, como os podéis imaginar, fue salir huyendo por patas. Bueno, en este caso, por brazadas, porque allí dentro poca carrera podía echar. Pero el problema fue que aquel «algo» subió un poco más y se enganchó al lateral de las bragas del bikini, y ahí ya me quedó claro que aquello no era un pez ni nada del estilo, sino un animal de dos patas.

Moví la mano hacia donde pensé que tendría la cabeza, porque digo yo que, si no tenía superpoderes, en algún momento tendría que respirar. El problema fue que, justo cuando fui a agarrarlo del pelo, me atrapó la muñeca y tiró hacia abajo, hundiéndome del todo con él.

Ni tiempo me dio a coger aire, y mucho menos a reaccionar cuando sentí unos labios sobre los míos. Sí, como lo oís: un beso. Bajo el agua.

Y sin ver una mierda, porque ya me diréis quién es el listo o la lista que aguanta con los ojos abiertos mucho rato bajo el agua del mar. Que sí, que la sal será maravillosa para curar heridas y esas cosas, pero escocía como su puta madre.

Cuando conseguí abrir los ojos un instante, vi que era Landon.

No penséis que era tonta. Ya había intuido que era él en cuanto me di cuenta de que no era ningún bicho marino.

Salimos a la superficie y los dos dimos una bocanada de aire. No sé si por haber estado bajo el agua o por el beso. Seguramente por ambas cosas.

—Estás loco —le dije cuando conseguí hablar.

—Loco por ti, pero eso ya lo sabes.

Dios.

Con esa sonrisa y esa mirada no había manera humana de echarle la bronca por haberme asustado.

Lo único que conseguía era que me entraran unas ganas tremendas de lanzarme sobre él y comérmelo a besos. Y a lo que no era besos.

Intenté que me soltara porque, no sé si por el susto o por verlo allí, en ese momento me sentía como un volcán a punto de entrar en erupción. Y no precisamente en el mal sentido. Todo lo contrario. Me sentía tan encendida que era perfectamente capaz de hacer una locura en mitad de una playa llena de gente.

—¿Estás intentando huir de mí? —me preguntó conteniéndose la risa.

—No huyo de ti, huyo de lo que soy capaz de hacerte.

Otra cosa no, pero sincera había sido siempre. Y con él, todavía más.

—No pasa nada. Si nos detienen por escándalo público, tu hermano nos quita la denuncia rápido.

—Mejor lo evitamos. No es por nada, pero no soy muy fan yo de que me vean el toto.

Se echó a reír, pero yo le había dicho una verdad como un templo. Aunque, si me ponía del todo sincera, tampoco me hacía ninguna gracia que le vieran a él el culo. Ni lo que no era el culo.

—Prepárate para cuando estemos a solas —me susurró—, porque con las ganas que tengo de hacerte gemir, me va a costar la vida controlarme.

Y no, no penséis que éramos dos cavernícolas incapaces de dominar nuestros impulsos, porque lo hicimos. Puede que saltaran chispas cada vez que nos mirábamos, pero conseguimos contenernos y nos dedicamos a pasar un buen día de playa.

Los cuatro lo pasamos bien, sí, pero lo mejor de todo fue ver cómo los hermanos seguían conociéndose un poco más.

Capítulo 43



Landon

Ya había pasado una semana y todavía nos costaba hacernos a la idea de que teníamos una hermana.

Mira que el destino podía ser jodido cuando quería, y no lo digo en mal sentido, porque quien me conociera de verdad sabría que, para mí, Alma ya empezaba a ocupar un lugar muy parecido al de Harper.

Era cierto que no podíamos tener todavía la misma confianza, porque esas cosas no nacen de un día para otro por mucho que una prueba de ADN te confirme lo que ya sospechabas, pero también estaba seguro de que, con el paso de los días, la iríamos construyendo.

Si a mí me había costado encajar todo aquello, era sobre todo porque nunca creí que mi padre fuera capaz de engañar a mi madre. Aunque, al mismo tiempo, tampoco podía hacer nada con lo que había pasado. Hacía demasiado tiempo, y si mi madre lo había perdonado, era asunto de ellos.

Eso no quería decir que no me importara, porque claro que me importaba, solo que no sabía realmente qué había ocurrido en aquel momento, qué circunstancias hubo, qué supieron unos y qué callaron otros, así que tampoco me sentía con derecho a juzgarlo todo sin entenderlo del todo.

El caso era que, desde que se descubrió la verdad, aquella semana nos había dado para mucho. Para pasar tiempo juntos, para conocernos y también, porque así lo pidió Alma, para hacernos una prueba de ADN. Y, como ya sabíamos todos, donde hay mucho dinero, por suerte o por desgracia, casi todo se puede acelerar, así que en dos días tuvimos los resultados.

No me iba a andar con rodeos: no hicieron falta para convencernos de nada, porque todos lo sabíamos ya sin necesidad de leer ningún papel, pero sí sirvieron para poner por escrito una verdad que nos había explotado delante de la cara.

A decir verdad, todo estaba siendo más fácil de llevar de lo que habría imaginado. Creo que nos lo tomamos bien, sobre todo después de hablar largo y tendido y de entender que, por encima del desconcierto inicial, había algo que todos teníamos claro: Alma no iba a volver a estar sola nunca más.

Además de eso, estaba el otro tema, el de todo lo que le pertenecía por derecho, porque también en eso coincidíamos todos. Nadie pensaba mirar para otro lado.

Yo estaba en la oficina dejando algunas cosas listas, porque no me gustaba dejar asuntos a medias y mucho menos si me iba a ir de vacaciones. Había decidido cogerme el mes entero e iba a hacer que Daniela también lo hiciera, aunque ella llevaba ya dos días oficialmente de vacaciones y seguía convencida de que solo tendría quince días.

Eso se lo creía ella, porque estaba clarísimo que no pensaba dejarla volver al trabajo antes que yo. No tenía un plan cerrado, pero sí una idea muy clara: quería llevármela a varios países. No pretendía sonar presuntuoso ni nada por el estilo, pero tenía la suerte de contar con un avión privado a mi disposición, así que el tema de los billetes no suponía ningún problema.

Y justamente por eso estaba allí todavía, rematando cosas y organizando todo lo mejor posible para poder irme tranquilo.

El teléfono volvió a sonar.

No sabía cuántas veces lo había hecho ya aquella mañana, pero la mayoría habían sido de la misma persona, de la que menos me apetecía saber y a la que no pensaba cogerle la llamada. Supongo que cualquiera pensaría que, si tanto me molestaba que me escribiera o me llamara, lo lógico sería bloquearla y terminar antes.

La verdad es que ni yo mismo sabía muy bien por qué no lo hacía. Solo tenía claro que, aunque ya no quedara en mí ni rastro de sentimientos bonitos hacia ella, seguía sin sentirme del todo capaz de cortar de raíz ese vínculo. Y no, no era por amor, ni por nostalgia, ni por nada parecido.

Yo estaba con Daniela y no la cambiaba por nada en el mundo.

Me sentía pleno con ella, en paz, lleno de algo que no había conocido en la vida. Daniela era lo mejor que me había pasado nunca. Era la mujer que me había enseñado, casi sin proponérselo, lo que significaba amar de verdad y sentirte querido de una forma limpia.

Me estaba enseñando lo que era un amor que no necesitaba comprarse con joyas, viajes o ropa de marca, uno que se daba porque te nacía, porque querías entregarte así, sin calcular, sin esperar siempre algo a cambio.

Entonces llegó el mensaje.

Scarlett: *Estoy en la entrada. Le dices a los de seguridad que me dejen entrar o la lío de tal manera que el nombre de la empresa va a salir en todos los medios.*

Durante un segundo no supe ni cómo tomármelo. ¿En la entrada? ¿En qué entrada? Porque, hasta donde yo sabía, Scarlett no tenía ni idea de que yo estaba en la sede de España. Así que, de primeras, solo se me ocurrió pensar que estaría en la entrada de mi casa de Londres.

En la urbanización no podía entrar cualquiera; solo podían hacerlo los propietarios y el personal autorizado que cada uno tuviera apuntado en lista. De otro modo, no se pasaba. Sí, era una urbanización exclusiva, pero sobre todo era una de las más seguras de Londres.

Antes, Scarlett había estado en la lista y entraba cuando le daba la gana. Pero hacía mucho que la había sacado y que tenía la entrada prohibida. Así que, si de verdad estaba allí, los pobres guardias debían de estar aguantando un espectáculo importante.

Sonó entonces el teléfono fijo del despacho.

Aquel día, desde luego, no iban a dejarme ni respirar.

Lo único que me apetecía de verdad era dejarlo todo como estaba e irme a casa, donde seguramente Daniela estaría dándose un baño en la piscina. Solo imaginarla desnuda en cualquier parte de la casa me puso duro como una piedra.

Quería mucho a mis padres, pero la semana que se habían quedado con nosotros había sido un suplicio en un único sentido: no podía hacer con Daniela lo que me diera la gana cuando me diera la gana y donde me diera la gana.

Por lo demás, no me habían molestado en absoluto. Ni a mí ni a ella. De hecho, habían congeniado muy bien con Daniela y también con su familia, incluso mi padre, al que normalmente le costaba abrirse con los desconocidos.

Descolgué el fijo bastante más brusco de lo que debería.

—¿Qué pasa?

Más que preguntar, gruñí.

—Señor, en la entrada hay una mujer que dice ser su novia y que tenemos que dejarla pasar.

¿Mi novia?

Mi novia podía entrar allí cuando quisiera, entre otras cosas porque trabajaba en la empresa y era directora de uno de los departamentos.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

No era tonto. Entre el mensaje y aquella llamada, ya me imaginaba perfectamente quién era la que estaba montando el numerito.

Escuché al de seguridad preguntárselo y, en cuanto oí el nombre de Scarlett, solo me salió maldecir entre dientes.

¿Cómo coño se había enterado de que yo estaba allí?

Desde luego, en ese momento lo más inteligente era dejarla subir, porque como no lo hiciera, era perfectamente capaz de formar un escándalo monumental en la entrada.

—Lo he oído. —Me pasé una mano por el pelo, lleno de frustración y de rabia, aunque ya no tenía muy claro cuál de las dos pesaba más—. Déjala subir.

—Como usted diga.

No tenía ni idea de qué quería exactamente de mí, aunque, siendo sincero, imaginarlo podía imaginármelo bastante bien. Por lo visto, cuando la última vez le dije que lo nuestro se había terminado para siempre, no se lo tomó demasiado en serio.

Y tampoco la podía culpar del todo. No si tenía en cuenta que se lo había dicho muchas veces antes y que luego siempre había terminado cayendo otra vez.

Aquello había sido como el cuento del lobo. Se lo dices tantas veces a alguien y luego no lo cumples, que cuando por fin lo dices en serio, nadie te cree.

Le había repetido demasiadas veces que no iba a volver con ella, y luego lo había hecho.

Pero ahora estaba muy equivocada si pensaba que iba a volver a pasar.

Porque ahora tenía a mi lado a una mujer que merecía la pena de verdad. Qué digo, merecer la pena. Tenía a la mujer más perfecta que había conocido en mi vida, y no la habría cambiado por nadie. Mucho menos por una mujer que ni siquiera se quería a sí misma.

Me levanté del sillón, no para recibirla, sino para salir fuera del despacho y estar allí cuando se abrieran las puertas del ascensor. No quería que se dedicara a mirar alrededor ni a repasar la planta con esos ojos suyos siempre pendientes de todo, porque si algo tenía Scarlett era esa facilidad asquerosa para estudiar el terreno y saber dónde y cuándo atacar a su siguiente presa.

El sonido del ascensor al llegar a la planta y abrirse me puso los pelos de punta. No porque temiera mi reacción al verla, porque nunca había estado más seguro de que ya no sentía nada por ella, sino porque sabía perfectamente todo lo que era capaz de hacer con tal de salirse con la suya. Y esta vez no iba a conseguirlo, porque no pensaba ceder ni un solo paso.

—Vaya, parece que esta vez has intentado esconderte bien, *cariñito*.

El sarcasmo con el que pronunció aquel apodo, que pretendía sonar cariñoso pero era puro veneno, me revolvió el estómago.

—No necesito esconderme de nadie. Solo atiendo mi empresa.

Apreté los dientes para no soltarle algo peor.

—¿La empresa de tu padre o ya es tuya? —preguntó, y en el tono se le notó la avaricia igual que en la mirada.

No me podía creer cómo había sido capaz de estar tan ciego por una mujer así. La tenía delante, podía verla con claridad, con detenimiento, y no había absolutamente nada en ella que me gustara ya. Tenía la mirada fría, calculadora, la de una mujer movida solo por el interés. Nada más.

Dios, ¿por qué no había hecho caso desde el primer momento a todas las personas que vieron en ella lo que yo estaba viendo ahora?

Ni siquiera dejé que se acercara demasiado. Antes de que lo hiciera, me giré y entré otra vez en el despacho.

—Eso no es asunto tuyo.

Iba ya de camino a la mesa cuando sentí cómo me agarraba por la parte de atrás de la camisa.

Me detuve, pero no me giré.

Quería que entendiera, de una vez por todas, que ya no tenía ningún poder sobre mí.

—Te equivocas —dijo ella.

Enderecé la espalda.

—Porque si esa empresa ya es tuya, entonces todo cambia.

Y, en ese instante, no sentí tristeza, ni rabia por lo perdido, ni siquiera pena por lo vivido.

Lo que sentí fue asco.

Asco de mí mismo por haber compartido tanto tiempo con una mujer como ella.

Capítulo 44



Daniela

No sabía con exactitud quién era la mujer que acababa de oír decir aquellas palabras, esa misma que estaba dentro del despacho de Landon agarrándolo por la parte de atrás de la camisa, pero la puerta estaba abierta y no tuve que pensar demasiado para imaginarlo.

Tampoco creí que llevara mucho rato allí, porque para subir hasta esa planta había tenido que esperar a que el ascensor bajara y volviera a subir, así que aquello acababa de pasar o casi.

Me quedé en la puerta sin hacer ruido.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que había alguien más en la planta. Ella porque estaba completamente centrada en él y él porque ni siquiera se había molestado en girarse para mirarla. Y qué queréis que os diga, ese gesto, o más bien la falta de él, me gustó. Aunque tampoco voy a mentir: si me quedé en silencio, fue porque quería oír la respuesta de Landon.

Podéis llamarlo como queráis, desconfianza o amor propio, eso ya depende desde dónde se mire.

Porque sí, al ver la escena supe enseguida quién tenía que ser esa mujer y me dio miedo. Me lo dio porque, desde que Landon me contó toda la historia con ella, siempre supe que existía la posibilidad de que, al volver a verla, se diera cuenta de que aún quedaba algo dentro de él.

Por mucho que me hubiera dicho que no era así, cuando te habías pasado tantos años enganchado a una persona, no era fácil despegarte de ella. Y en el caso de Landon no hablaba solo de amor, sino de la obsesión que había tenido durante demasiado tiempo.

—Claro que cambia…

Al oírla decir eso, sentí cómo se me encogía el corazón.

Dios.

Estaba a un segundo de notar cómo se me hacía trizas dentro del pecho y de esta, estaba segura, no me iba a recuperar en la vida.

—Pero no por lo que tú crees —continuó él, y entonces todo cambió dentro de mí—. Cambia porque he encontrado a una mujer maravillosa que, sinceramente, está tan por encima de ti que ni siquiera pienso compararla contigo, porque hacerlo sería rebajarla a la altura de alguien demasiado insignificante.

Mi corazón dejó de latir unos segundos, pero esta vez por algo bueno.

Por algo tan bonito que hasta me mareó.

Joder, era la primera vez en mi vida que un hombre que no fuera de mi familia hablaba así de mí.

—No digas tonterías —soltó ella con una seguridad que me dio ganas de arrancarle las extensiones una a una—. Sé que ahora estás hablando desde la rabia. Podrás follarte a mil si quieres, pero ninguna va a importarte lo mismo que yo.

Aquello me escoció, no voy a decir lo contrario.

Porque, por mucho que mi autoestima no tuviera nada que ver con la de hace unos años y por mucho que ahora sí supiera quererme, todavía había algo dentro de mi cabeza que no podía evitar compararme con otras mujeres. Y, siendo sincera, en la mayoría de esas comparaciones yo no salía especialmente favorecida.

Supongo que la mente era una gran hija de puta y que, aunque hubieras superado casi todo, siempre quedaban heridas enquistadas, de esas que duelen como si te apuñalaran por la espalda cuando menos te lo esperas.

—Desde luego que no —le respondió él—, porque quiero que te quede claro una cosa: lo que me importa Daniela, no me has importado tú jamás.

Sentí que me podía explotar el corazón de pura felicidad.

Me había quedado como aturdida, como si flotara en una nube, tan feliz que hasta me sentí un poco mal por estar escuchándolos. Aunque tampoco estaba escondida.

Estaba en la puerta, con ella abierta.

Ellos eran los que no se habían dado cuenta de que yo estaba allí.

—Gracias, cariño. Tú también me importas mucho.

Decidí intervenir.

No iba a dejar que Landon siguiera soportando aquello, ni mucho menos iba a permitir que esa mujer siguiera tocando al hombre del que estaba completamente enamorada.

Porque si antes me quedaba alguna duda sobre lo que sentía por él, en ese instante se esfumó la última. Aquel hombre se había convertido en mi mundo entero.

Así que, antes de hablar, respiré hondo y me repetí a mí misma que yo valía mucho más que esa mujer.

Y, joder, no fue fácil hacérmelo creer, porque la tía tenía un cuerpo de escándalo.

Pero el mío tampoco se quedaba atrás.

Vamos, que yo no iba a ser menos que ella ni en sus mejores sueños, porque como yo no había nadie.

Shhh… no digáis lo que estáis pensando, que hasta yo era consciente de que aquello sonaba a ego por las nubes, pero es que necesitaba repetírmelo si no quería venirme abajo.

Los dos se giraron de golpe, cada uno con una expresión distinta, aunque, sinceramente, mis ojos se fueron directos al rostro de Landon, que era el único que de verdad me importaba.

Porque esa mujer me daba igual.

O, mejor dicho, solo me importaba en la medida en que era la culpable de tantas cosas rotas dentro de él: de que le costara abrirse, demostrar cariño o incluso dejar que se lo dieran.

—Preciosa… —se apartó de ella como si le quemara—. No sabía que ibas a venir.

Miré de reojo a la otra y juraría que pude ver cómo echaba humo por las orejas.

—Estaba aburrida en casa y he querido venir para echarte una mano, así terminamos antes entre los dos.

Dejé que me rodeara la cintura con el brazo y, llamadme tonta si queréis, pero me encantó que dejara claro con ese gesto lo que yo significaba para él.

—¿Por esta me has cambiado? —escupió ella.

La miré con una ceja arqueada, con esa actitud de quien quiere dejar claro que puede decir lo que quiera, que no le va a dar el gusto de verla hundirse, aunque por dentro sí doliera un poco.

—No, cariño —y que se notara bien la ironía—. No te ha cambiado por mí. Simplemente, se ha dado cuenta de que yo le aporto mucho más.

Puse la palma de la mano en el centro del pecho de Landon.

Digo yo que, si ella era una descarada, yo podía serlo todavía más. Nunca me había gustado eso de marcar territorio, pero por una vez en la vida me iba a permitir el lujo de decir con el cuerpo, sin necesidad de palabras, que ese hombre era mío.

—Te vas a arrepentir —me soltó con una mirada cargada de veneno —, porque cuando menos te lo esperes va a volver a mí. Yo he sido, soy y seré el amor de su vida.

No voy a negarlo.

Esas palabras dolieron.

—Lo que pasa es que ahora ha encontrado un agujero nuevo donde meterla…

—¡Basta! —la cortó Landon de golpe—. No vas a venir a mi empresa a faltarle el respeto a mi mujer.

¿Perdón?

¿Había oído bien?

¿De verdad había dicho «mi mujer»?

Porque, si aquello había salido de su boca de verdad, a mí me podía dar un infarto allí mismo.

—¿Tu mujer? —Se rio la muy hija de puta—. No, querido, solo es la novedad. Tarde o temprano volverás a mí y, si no lo haces por voluntad propia, ya me encargaré yo de que lo hagas.

Mira que me consideraba una persona con bastante paciencia, pero aquella ya me estaba tocando demasiado las palmas. Y cuando digo que me las estaba tocando, quiero decir que estaba a nada de ponerme a cantar y a bailar encima de la mesa.

Se notaba el sarcasmo, ¿verdad?

Miré a Landon y él debió de leerme la intención en la cara, porque el brazo con el que me sujetaba la cintura se tensó todavía más.

—Vete y no vuelvas más —dijo él, soltando un suspiro largo antes de seguir—. Scarlett, no juegues con mi paciencia, porque sabes perfectamente que puedo hundirte en un abrir y cerrar de ojos. Así que te aconsejo que no vuelvas a acercarte a mí, ni a los míos ni a nada que tenga que ver conmigo. Haz tu vida y búscate a otro al que engañar.

Capítulo 45



Daniela

Algo muy gordo debía de tener Landon contra ella para que, en el mismo momento en que dijo aquello, la echara.

Eso sí, antes de desaparecer por la puerta nos mató con la mirada.

Y os lo juro de verdad, porque, si las miradas mataran, ahora mismo estarían organizando mi funeral. No es cachondeo. Aquella mujer me había puesto los pelos de punta, y mira que yo no era precisamente de asustarme con facilidad.

—Dios mío, ¿no podíamos ser como la gran mayoría de la gente y tener unos ex normales?

En realidad, no necesitaba respuesta, porque la respuesta era bastante evidente.

—Eso sería demasiado fácil —contestó Landon con ironía.

Me puso las manos en las caderas para hacer que me girara y quedara frente a él, porque yo me había quedado mirando la puerta por la que acababa de salir aquella mujer.

No sé si fue por el cabreo que llevaba encima, por la forma en la que me había defendido o por todo junto, pero lo cierto es que verlo así me estaba removiendo por dentro de una manera muy peligrosa.

—No dejes que sus palabras te hieran —susurró, rozándome los labios con los suyos.

—Las palabras de esa mujer no significan nada para mí.

Mentira.

Hacían daño y despertaban inseguridades muy feas, pero no pensaba dejar que él lo viera. Con el paso de los años me había vuelto casi una experta en esconder lo que me dolía, sobre todo lo que de verdad me hacía daño.

Esos sentimientos llevaba tanto tiempo guardándomelos para mí que, sinceramente, ya no sabía ni cómo dejarlos salir. Y tampoco es que me hiciera mucha gracia que me miraran con pena.

—Mejor —murmuró, pegando su frente a la mía—, porque dejar que te afecten no tiene sentido, sobre todo cuando no hay comparación entre una y otra.

Dios.

Esa mirada, esas palabras y esos labios tan cerca de los míos me estaban encendiendo como pocas veces me había pasado.

Mentira cochina.

Lo raro, teniendo a ese hombre delante, era no estar ardiendo constantemente.

Y si a eso le sumábamos cómo me había defendido delante de ella y todo lo que había dicho de mí, lo extraño habría sido estar tranquila.

Sí, puede que hubiéramos sido atrevidos desde la primera vez que nos vimos. Qué coño, habíamos sido atrevidos los dos. No se podía decir lo contrario después de todo lo que habíamos provocado entre nosotros desde el principio.

Y no voy a mentir: aquel primer orgasmo con él había sido de los más excitantes de mi vida. ¿Fue por la situación? Totalmente. ¿Lo habría repetido? También.

—Joder, no me mires así, que pierdo los papeles.

Sentí cómo apretaba más las manos en mis caderas y tiraba de mí hasta pegarme por completo a su cuerpo. Mi pecho chocó con el suyo y, con ese simple contacto, sentí que me humedecía todavía más de lo que ya estaba.

—Estamos en la oficina —le recordé.

Aunque, sinceramente, me importaba un pito.

Lo único que me importaba en aquel momento era sentirlo dentro de mí.

Madre mía, no sabía cuál era exactamente el motivo, pero lo que tenía clarísimo era que lo deseaba en ese instante más que cualquier otra cosa. Bueno, en realidad, siendo sincera, el momento raro era aquel en el que no lo deseara, porque Landon me volvía loca en todos los sentidos.

—No hay nadie —dijo en voz baja—. Pero aunque hubiera, me daría igual.

A quien de verdad le daba igual era a mí.

Vamos, como si hubiera diez pares de ojos encima. No os asustéis, que es un decir.

Las manos que tenía en mis caderas fueron bajando lentamente hasta mi trasero, y lo hizo tan despacio que se me erizaron todos los vellos del cuerpo. En cuanto las colocó justo por debajo, me levantó a pulso. Le rodeé la cintura con las piernas y el cuello con los brazos, y así, conmigo colgada de su cuerpo, fue hasta la puerta del despacho para cerrarla y echarle el seguro.

Puede que los trabajadores ya se hubieran ido, porque en verano no se trabajaba por las tardes, pero más valía prevenir que curar. Porque, aunque antes hubiera dicho que me daba igual que me vieran, no era cierto. Vamos, que no me apetecía demasiado que me encontraran con las piernas abiertas y a Landon empujando entre ellas.

Después de cerrar, me llevó directa a la mesa.

—Lo fácil que sería hacerte gritar si hubieras venido con vestido —murmuró contra mi cuello, dejando un reguero de besos a lo largo de la piel.

—Cariño, eso sería ponértelo demasiado fácil.

Ladeé un poco la cabeza para dejarle más espacio y que siguiera besándome justo en esa zona que tanto me gustaba. Era un placer de esos que te hacen cosquillas por dentro, que te llenan de escalofríos de los buenos, de los que no quieres que terminen nunca porque son como una droga que cada vez te pide más.

Y yo me había vuelto completamente adicta a ese hombre.

No solo en lo que al sexo se refería, que sí, que era una parte importante, sino en todos los sentidos.

Y ahora que uno de mis mayores miedos con él acababa de pasar y, además, para bien; ahora que me había demostrado que su ex ya no significaba nada y que la única mujer que le importaba de verdad era yo, todo lo que sentía por él se había multiplicado por mil en cuestión de minutos. Ahora sí podía permitirme pensar que tal vez aquel hombre era con quien podía pasar el resto de mi vida.

Y ese tal vez no era porque yo dudara de lo que sentía.

Era porque no podía estar segura de que Landon quisiera pasar la suya conmigo.

Supongo que eso sería algo que tendría que descubrir poco a poco, en el día a día.

Me soltó justo delante de la mesa.

—Date la vuelta y apoya las manos.

Lo dijo como una orden.

Me mordí el labio inferior para que no se me escapara la sonrisa, y no porque quisiera reírme de él, sino porque me encantaba cuando se ponía así, en ese plan dominante que me desarmaba entera.

Hice lo que me pidió sin protestar.

Ni loca iba a llevarle la contraria en algo así. Otra cosa sería que me diera órdenes fuera de nuestros juegos.

—Me encanta cuando te pones así.

Más que encantarme, me volvía loca.

—Cielo, siempre voy a hacer lo que sé que te gusta y te complace, porque, aunque parezca que soy yo el que domina, es todo lo contrario.

Era imposible que aquel hombre fuera tan perfecto y que, encima, tuviera la suerte de que era completamente mío.

Pegó el pecho a mi espalda y llevó las manos al botón del pantalón. No tardó nada en desabrocharlo y meter una mano entre la ropa interior y mi sexo. Se me escapó un suspiro, y eso que apenas me había rozado, pero solo de pensar en todo lo que iba a hacerme sentir de un momento a otro ya se me aflojaban las piernas.

—Dios, estás empapada —susurró, con los labios pegados a mi cuello y dos dedos moviéndose entre los pliegues de mi sexo.

Separé las manos de la mesa para incorporarme un poco y poder apoyar la cabeza en su pecho.

—Te necesito mucho, Landon.

Giré la cara para mirarlo y me quedé enganchada a sus ojos. Levanté una mano hasta la parte de atrás de su cuello y tiré un poco de él, porque me moría de ganas de besarlo. Sentir sus labios pegados a los míos se había convertido en una de las mejores cosas que había probado en mi vida.

—Yo también te necesito, cariño.

Introdujo dos dedos, curvándolos un poco hacia arriba, mientras con el pulgar trazaba círculos sobre mi clítoris.

Dios.

Aquello iba a ser rápido.

Y brutal.

Le agarré del pelo para que no apartara la boca de la mía mientras con esos dedos me llevaba de nuevo a ese paraíso que ya conocía bien desde que estaba con él. Porque este hombre sabía llevar un imperio en los negocios, sí, pero tampoco se le daba nada mal tocar a una mujer. Y yo, que era una tonta soñadora, quería pensar que, como me tocaba a mí, no había tocado nunca a nadie.

Tal y como imaginé, tardó muy poco en hacerme ver las estrellas, y eso que era de día.

Le atrapé el labio entre los dientes y mordí un poco más fuerte de lo habitual para no gritar, porque el orgasmo fue tan intenso que me dejó las piernas temblando.

—Preciosa, ahora sí tienes que apoyar bien las manos en la mesa e inclinarte hacia delante.

Fue él quien me apartó la mano de su nuca para colocarla de nuevo sobre la mesa y quien hizo que me inclinara. Después me bajó el pantalón junto con la ropa interior hasta la mitad de los muslos, de manera que abrir más las piernas era casi imposible.

—Así me vas a sentir mucho más.

Escuché cómo abría el cinturón y, después, el pantalón.

—Landon…

—Lo sé, tranquila.

No, si tranquila estaba.

Lo único que necesitaba era sentirlo dentro.

Sentir cómo iba entrando poco a poco, cómo me llenaba centímetro a centímetro.

Me removí un poco cuando noté la punta de su glande rozando mi sexo, moviéndose entre los pliegues, subiendo hasta el clítoris y bajando de nuevo hasta la entrada. Hizo ese recorrido un par de veces, y solo dejó de hacerlo cuando llevé una mano hacia atrás y le clavé las uñas en el culo.

—Entra ya y no juegues con mi desesperación —jadeé.

Me dio un beso justo en el centro de la espalda y apoyó allí la frente unos segundos.

Lo escuché suspirar fuerte, como si estuviera intentando contener un poco las ganas. Después levantó la cabeza y me dio otro beso en el mismo sitio.

Con una de sus manos me sujetó por la cintura y con la otra me cogió de la coleta que llevaba hecha desde aquella mañana. Se la enredó en la mano y me dio un pequeño tirón para que levantara la cabeza y lo mirara.

—¿Lista?

Solo esa pregunta ya me puso la piel de gallina.

Sabía muy bien lo que venía después.

Y me encantaba.

—Para ti siempre voy a estar lista.

Le guiñé un ojo al mismo tiempo que me mordía el labio inferior, sabiendo perfectamente lo que ese gesto le provocaba.

Con una sonrisa ladeada y sin apartar la mirada de la mía, me penetró de una embestida fuerte, profunda e intensa.

Se me escapó un grito de puro placer.

Y a Landon, un jadeo.

Dios, no sabía lo que tenía escucharlo jadear así, con esa voz ronca y profunda que le salía durante el sexo, pero cada vez que lo hacía me ponía como una moto a mil revoluciones.

Capítulo 46



Landon

En el momento en que Scarlett salió por la puerta del despacho, supe que no iba a dejar las cosas como estaban.

A Daniela se lo dijo la mirada que le lanzó antes de irse; a mí no me hizo falta ni verla para saberlo. Por desgracia, conocía demasiado bien a Scarlett. Sabía lo caprichosa que podía llegar a ser y que, cuando quería algo o se le antojaba, era capaz de hacer todo lo que estuviera en su mano para conseguirlo.

Como digo, la conocía demasiado bien y, por eso mismo, estaba preparado para sus berrinches. Supongo que, en parte, la culpa de que se creyera con derecho a comportarse así era mía. Había permitido demasiadas cosas durante demasiado tiempo. Pero que no se equivocara y pensara que esta vez podía hacer lo de siempre, porque ahora que sabía de verdad lo que era amar, nada de eso iba a volver a funcionar conmigo.

Y cuando digo amar, me refiero a amar de verdad, no a esa obsesión enfermiza que durante años confundí con amor.

Porque sí, no me daba miedo ni vergüenza admitir que Daniela lo era todo para mí y que, sin ella, ya no sería capaz de vivir del mismo modo. Y lo mejor, lo que de verdad me llenaba el corazón, era saber que ella me amaba con la misma intensidad con la que lo hacía yo.

Desde el principio, Daniela nunca se había cortado a la hora de decirme lo que sentía; le daba igual que fuera algo bueno o malo. Así era ella, transparente, natural, incapaz de esconderse detrás de una máscara para encajar en ningún sitio, y creo que fue precisamente eso lo que más me cautivó. Su manera de hacer y decir las cosas sin disfrazarlas, dejando claro que a ella había que quererla tal como era, porque no pensaba cambiar para gustarle a nadie.

Y la entendía.

Sabía que detrás de esa manera de ser había mucho sufrimiento, muchas lágrimas derramadas, muchas noches sin dormir y demasiados ataques de ansiedad.

Todavía de vez en cuando le daba alguno.

Ella intentaba disimularlo, claro, pero a mí ya no me podía engañar.

Cuando quieres de verdad a una persona y te empeñas en conocerla de verdad, aprendes hasta el más mínimo gesto, incluso esos que el resto del mundo no vería jamás.

La primera vez que le dio uno estando conmigo, me di cuenta de que se metía en la ducha y dejaba que el agua le cayera helada desde la cabeza. Apoyó las manos en los azulejos, cerró los ojos y se quedó allí quieta hasta que noté que empezaba a respirar mejor.

Ese día entendí lo que le estaba pasando y, aunque ella no me dijera nada, supe que su pasado seguía haciéndole daño. Y precisamente por eso me prometí que nunca volvería a dejarla sola en esos momentos.

Desde entonces, cuando veía que le estaba dando uno de esos ataques, la cogía entre mis brazos; ella apoyaba la cabeza en mi hombro y nos metíamos juntos en la ducha, a veces hasta vestidos.

Es cierto que cada vez le daban menos, y también con menos intensidad.

Al menos quiero creer que algo bien estaba haciendo.

A ver, siendo sincero, hacía muchas cosas bien.

Cuando Daniela entró en el despacho aquella tarde y habló, sentí miedo.

Sí, miedo.

Miedo de que se diera cuenta de que yo no era lo bastante bueno para ella. Porque, por mucho que sus palabras fueran para demostrar que estaba a mi lado, ese miedo no se me quitó del todo hasta que la sentí quedarse junto a mí, firme, sin apartarse.

No voy a mentir, porque no va conmigo hacerlo.

Cuando de verdad conseguí volver a respirar con normalidad fue después, cuando nos entregamos el uno al otro sobre la mesa del despacho. Y sí, puede que desde fuera pareciera algo rápido, explosivo, casi más cercano a follar que a otra cosa, pero entre nosotros nunca era solo eso.

Entre nosotros era hacer el amor.

Porque, cuando hay sentimientos de por medio, da igual que el encuentro sea brusco, urgente, explosivo, lento o tierno. Si lo que te une a esa persona es real, todo significa lo mismo.

De aquel momento en el despacho había pasado ya una semana, y mira que yo nunca había sido un hombre de vivir de ilusiones, pero para mí estaba siendo la mejor semana de mi vida. Y estaba seguro de que el resto del verano también lo sería.

Lo tenía claro porque no pensaba permitir que nada ni nadie lo estropeara.

Y de eso mismo me estaba encargando.

Porque, como ya sabía que Scarlett no iba a quedarse quieta, tenía clarísimo que iba a intentar separarnos, ya fuera con mentiras, con manipulaciones o con algo bastante peor.

Parecía mentira que todavía no se hubiera dado cuenta de que, con dinero, se podía conseguir casi de todo. Y yo, por suerte o por desgracia, tenía más dinero del que podría gastar aunque viviera cien vidas.

Nunca me lo había gastado mejor que en aquello.

Y no hablo de comprar nada para mí, sino de invertir parte de ese dinero en sacar a la luz todos los trapos sucios que ella llevaba años escondiendo.

No pensaba hacer nada ilegal ni ir contra ella de cualquier manera.

De hecho, primero le pedí por las buenas que nos dejara en paz. Sobre todo, que dejara a Daniela.

Pero por lo que pude averiguar hacía dos días, mi consejo no le había servido absolutamente de nada, porque había decidido ir directamente contra mi mujer.

Mujer.

Sí, porque así la veía.

Y si hubiera hecho algo solo contra mí, quizá hasta lo habría dejado pasar. Pero si atacas a lo que más quiero, entonces voy a ir contra ti con todo lo que tenga en mi mano.

Había contratado a un equipo de seguridad discreto, porque no quería que Daniela se diera cuenta y, sobre todo, no quería preocuparla. Ese equipo no solo se encargaba de impedir que Scarlett se nos acercara, sino que además había investigado su vida. Entre lo que yo les había contado y lo que ellos habían descubierto, quedó claro que estaba pillada por todas partes.

Era muy tonta si pensaba que yo iba a dejar pasar el intento de quitar a Daniela del medio contratando a dos muertos de hambre.

Y no voy a ponerme medallas que no me corresponden, porque estoy seguro de que, si no llega a ser por ese equipo, aquellos dos habrían llegado hasta ella.

No tengo ni idea de qué le habrían hecho exactamente, y tampoco quiero imaginarlo.

Lo único que me importa es que no pudieron tocarla y que tanto Scarlett como esos dos desgraciados no iban a salirse con la suya.

Me encargué de contratar a los mejores, pero sobre todo a gente que tuviera conexión con la policía, porque quería que todo se hiciera de forma legal. Y así estaba siendo.

Estaba claro que por el intento no iban a pasar el resto de su vida en la cárcel, pero unos años sí les iban a caer.

A esos tipos, incluso alguno más, porque se les sumaban otras causas que ya tenían pendientes. Entre cinco y ocho años sí que podían esperarlos a la sombra.

Y a Scarlett le iba a pasar algo parecido, con la diferencia de que a ella probablemente le caerían bastantes más, porque la muy lista se había dedicado a estafar a hombres con mucho dinero, y a esos no les temblaba el pulso a la hora de ir con todo contra alguien que los hubiera engañado.

Nunca le había deseado nada malo a nadie.

No iba conmigo ni con los valores con los que me habían criado.

Pero lo que le estaba pasando a ella sí se lo deseaba.

Y cuantos más años le cayeran, más iba a alegrarme yo.

Con ese problema fuera del camino y con el ex de Daniela también apartado de una vez, nos íbamos a dedicar a disfrutar del verano. Y lo íbamos a hacer sin planear demasiado.

No teníamos ninguna necesidad de hacerlo.

No era por presumir, pero me bastaba con decir adónde quería ir para llevarla. Todo lo que quisiera estaría a su disposición.

Y, aunque ella lo sabía, siempre me repetía lo mismo: que no necesitaba nada de eso, que ella era feliz teniéndome a mí al lado y estando cerca de la gente a la que quería.

Aun así, pensaba encargarme personalmente de que tuviera el mejor verano de su vida.

Os prometo que no lo iba a olvidar nunca.

Pero lo mejor de todo era la sorpresa que estaba preparándole para cuando terminaran las vacaciones.

Acabé de preparar unos cócteles para tomarlos dentro de la piscina.

Aquel día había querido que estuviéramos solos en casa, sin prisas, sin visitas, sin nadie más.

Solo nosotros dos.

Capítulo 47



Daniela

Estaba siendo el mejor verano de mi vida.

Si tenía que ponerle una pequeña pega, ni siquiera llegaba a ser una pega de verdad. Era más bien esa sensación de echar de menos algo bueno mientras, al mismo tiempo, sabías que está pasando exactamente como tiene que pasar.

Y eso no era otra cosa que no estar pasando las vacaciones con Alma.

No me malinterpretéis, que os explico por qué era bueno y por qué, aun así, la echaba de menos.

Como he dicho, estaba siendo el mejor verano de mi vida. Tenía a mi lado al hombre más maravilloso del mundo, y eso que cuando lo conocí me cayó mal. Mejor dicho, me cayó peor que mal.

Eso sí, guapo me lo pareció desde el primer momento en el que mis ojos se toparon con él. Y digo guapo por no decir que era el tío más cañón que había visto en todos los años que llevaba viva.

Bueno, a lo que iba, que como me ponga a hablar del físico de Landon, soy capaz de tirarme tres horas y terminar con un charco de babas a mis pies. Y no solo babas, me dije para mis adentros.

Pues eso, que la única «pega» que podía ponerle a aquellas vacaciones era no ver a Alma tanto como me habría gustado. Pero lo entendía perfectamente, porque ella había decidido pasar unas semanas en Londres, conociendo de verdad a sus padres. Y sí, habéis oído bien, padres, porque Grace la había acogido como si también fuera su hija.

Ains.

Cada vez que pensaba en Alma se me removía algo por dentro, y no de pena, sino de emoción. Me alegraba el alma que por fin le hubiera pasado algo tan bonito, porque si alguien se merecía encontrar algo así en la vida, esa era ella.

Landon me había dicho que, si me apetecía, podíamos ir también a Londres con ellos, pero fui yo la que dijo que no. Que prefería quedarme con él. Y eso habíamos hecho durante aquellas dos semanas en las que estuvimos completamente solos.

Me llevó a conocer distintas partes de Europa, y todavía me parecía mentira todo lo que habíamos recorrido en tan pocos días. Fuimos pasando por las principales ciudades de varios países. En algunos nos quedábamos una noche, en otros dos, y solo hubo una excepción: Italia.

En Italia nos quedamos cinco días.

No sé qué tenía ese país, pero a mí me encantaba. Eso sí, allí no nos dedicamos a visitar grandes ciudades ni monumentos llenos de turistas. Landon alquiló un coche y nos recorrimos pueblos costeros pequeños, remotos, de esos a los que no llega tanta gente y donde todavía puedes comerte la comida más auténtica del mundo y cruzarte con personas que parecen salidas de otra época.

Hubo paseos cogidos de la mano que fueron una maravilla, de esos que no necesitas adornar con nada porque ya lo tienen todo. Pero, si soy sincera, lo mejor fueron las noches.

Esas sí que fueron inolvidables.

Noches en las que nos dejábamos llevar entre las sábanas. Bueno, quien dice entre las sábanas, dice en cualquier rincón donde tuviéramos intimidad, porque sexo entre nosotros había y mucho.

Y que conste que no me quejo.

Todo lo contrario.

En mi vida había disfrutado tanto de mi sexualidad como lo estaba haciendo junto a Landon.

Pero, volviendo al presente, me estaba terminando de arreglar porque aquella tarde íbamos a salir a dar una vuelta por uno de los pueblos blancos y costeros de mi ciudad.

Hoy no tocaba playa ni piscina ni nada parecido. A Landon no le apetecía y lo entendía perfectamente. Tanta playa y tanta agua también cansaban, y si a él le apetecía arreglarse un poco, dar un paseo tranquilo y terminar comiendo en un buen restaurante, a mí me parecía un plan perfecto.

Decidí peinarme y maquillarme antes de vestirme, porque me iba a poner un vestido que podía subirme por los pies y así no me estropeaba ni el pelo ni la cara al ponérmelo.

En el pelo me hice un moño bajo, de esos que parecen medio deshechos, pero que al mismo tiempo quedan elegantes. Me encantaban ese tipo de peinados.

Maquillaje, lo que se dice maquillaje, no llevé gran cosa. Me puse protección solar con color, marqué un poco el contorno con un bronceador, me eché colorete líquido para que la piel se siguiera viendo jugosa e iluminada y, por último, máscara de pestañas marrón y un poco de lápiz del mismo tono en la línea del agua.

Me gustaba usar ese color porque hacía que el tono verde de mis ojos resaltara más.

A ver, no es que mis ojos fueran rarísimos ni nada por el estilo, que mucha gente los tenía así. Lo que pasaba es que, según la luz y los colores que llevara alrededor, a veces se me veían más verdes y otras más marrones. Pero en verano casi siempre tiraban a un verde mucho más claro. Supongo que por la luminosidad.

Terminé con un labial rosa suave y salí del baño en ropa interior.

Llevaba un conjunto blanco de encaje, con unas florecillas pequeñas bordadas en rosa. Me encantaba. Me lo había autorregalado por mi cumpleaños unos meses atrás y, la verdad, todavía no lo había estrenado porque nunca me parecía que hubiera un momento especial para hacerlo.

Hasta ese día.

—Tal y como te tengo ahora mismo delante de mí, se me quitan las ganas de salir de casa.

Landon me devoró con la mirada en cuanto entré en el vestidor. Estaba allí, solo con un bóxer negro, terminándose de abrochar una camisa blanca, y la verdad es que verlo así era delito.

—¿Y me lo dices tú, que vas marcando paquete y culo? —le pregunté con una sonrisa juguetona—. Eso por no hablar de los abdominales que se te ven con la camisa medio abierta.

Madre mía.

Yo no sabía si estaba perdiendo la cabeza o si, por el contrario, la estaba centrando por fin. El caso es que, cuanto más miraba a ese hombre, más me gustaba.

Joder, algo muy bueno debía de haber hecho en otra vida para que me hubiera tocado semejante hombre.

Porque sí, chicas, cuando un hombre valía la pena, había que decirlo sin miedo. Y Landon no valía solo físicamente, que también, y mucho, sino como persona. Era un buen hombre, uno de verdad, de los que merecen la pena en todos los sentidos.

Que sí, que a veces tenía un poco de mal humor cuando no se le conocía bien, pero, por suerte o por desgracia, nadie en esta vida es perfecto y, bajo mi punto de vista, eso es precisamente lo que nos hace especiales.

—Preciosa, no voy marcando nada.

La sonrisa con la que lo dijo dejaba clarísimo que no pensaba lo mismo que estaba diciendo.

—¿Seguro? —le pregunté, repasándolo entero con la mirada.

—Seguro —respondió, aguantándose la sonrisa—. Es lo que tengo. Y, por lo que sé, tú no tienes ninguna queja.

—No, si yo soy superfeliz con todo lo que tienes.

Le sonreí.

—Preciosa, te lo digo muy en serio. Si me sigues mirando así, no vamos a ir a ningún sitio, y de verdad que hoy me apetece mucho ir a comer a ese restaurante.

—Si eres tú el que no para de comerme con la mirada.

Pasé por delante de él rozándole la entrepierna con el trasero a propósito. Me agarró al instante por las caderas, dejándome pegada a su pelvis, y acercó la boca al lóbulo de mi oreja.

—Esta provocación la vas a pagar esta noche cuando volvamos a casa.

Lo murmuró tan cerca que su aliento me rozó el cuello y me puso todos los vellos de punta. Y, cuando terminó de hablar, me dejó un beso lento, demasiado sensual, entre la oreja y el cuello.

Me costó la misma vida no darme la vuelta y saltarle encima, mandando la salida a tomar por culo.

Pero tenía que demostrar que era una mujer adulta, madura y perfectamente capaz de controlar sus impulsos.

Nótese la ironía.

Y también la desgana con la que lo pensé.

Capítulo 48



Landon

Tuve que respirar hondo varias veces para no mandarlo todo a tomar por culo, olvidarme de la salida y quedarme en casa con ella. O, peor aún, para no cogerla allí mismo y embestirla contra la estantería del vestidor hasta hacerme olvidar incluso mi propio nombre.

Dios, qué suerte había tenido con aquella mujer.

Era una diosa hecha para perderse entre su cuerpo y no querer salir nunca más, pero aquel día no podía hacerlo. Al menos no todavía.

Le tenía preparado algo especial, algo que no se esperaba en absoluto.

Y tengo que decir que, para que aquello se hiciera realidad, había necesitado la ayuda de toda la familia. Precisamente por eso me parecía todavía más bonito, porque los momentos importantes de verdad siempre sabían mejor cuando estaban rodeados de las personas que más significaban en tu vida.

Aquellas dos semanas viajando con ella, además de servirme para disfrutarla como nunca y de la manera que más me importaba, también me habían ayudado a confirmar ciertas cosas. En realidad, yo ya sabía las respuestas, pero necesitaba oírselas decir a ella, necesitaba tenerlas claras para poder terminar de organizarlo todo.

Y, madre mía, lo que me había costado hacerlo a distancia.

Pero mucho peor que organizarlo había sido conseguir que no se diera cuenta de nada.

Esa sí que había sido la parte difícil.

Y precisamente por eso había tenido que recurrir a la familia, porque había demasiadas cosas que mover en apenas dos semanas y hacerlo solo, sin levantar sospechas, era prácticamente imposible.

La solté, muy a mi pesar, para que terminara de vestirse y, como me esperaba, cogió el vestido que le había regalado en Italia.

No era de firma ni mucho menos. Yo sí había sido siempre un hombre al que le habían importado esas cosas, pero con Daniela aquello dejó de tener sentido. A ella le daba igual una etiqueta mientras algo le gustara de verdad, y tengo que reconocer que, en aquel caso, a mí también me dio exactamente igual.

Solo sé que, cuando pasamos por delante del escaparate de aquella pequeña tienda en aquel pueblo perdido que apenas recibía turistas, vi el vestido y supe al instante que era para ella.

Lo que primero me llamó la atención fue el color.

Era su favorito.

Y, si tengo que ser sincero, también había terminado convirtiéndose un poco en el mío. Eso sí, para vérselo puesto a ella, no para mí.

Era un vestido sencillo, alegre, de color amarillo, con pequeñas flores rosas repartidas por toda la tela. Se ajustaba al cuerpo en la parte de arriba, hasta la cintura, y desde ahí caía con algo de vuelo hasta quedar por encima de las rodillas.

Estaba preciosa.

Y con el color dorado que había cogido su piel, todavía le quedaba mejor.

Yo me había puesto un traje azul marino, sin chaleco. Iba arreglado, pero sin pasarme. Y la verdad es que, si me había puesto un traje estando de vacaciones, no era porque me apeteciera especialmente ir tan formal, sino por todo lo que iba a pasar después. De no ser por eso, me habría vestido mucho más informal.

—Cariño, estás preciosa —le dije cuando me agaché para abrocharle las sandalias amarillas que se había puesto a juego con el vestido.

Las había comprado el mismo día, en la misma tienda, igual que el bolso rosa, del mismo tono que las flores.

Mira que a mí la moda me había interesado más bien poco toda la vida, y eso que mi madre y mi hermana se habían pasado años hablando de tiendas, tejidos y tendencias. Solo había dicho hermana en singular durante toda mi vida, porque la otra, por desgracia, no había aparecido hasta hacía muy poco.

Y aun así, daba gracias a quien fuera por haber hecho que Alma acabara entrando en nuestras vidas.

—Tú no te quedas atrás —me dijo Daniela cuando terminé de abrocharle las sandalias.

—¿Lista para pasar un buen día? —le pregunté sonriendo.

—Contigo a mi lado siempre estoy lista, porque no importa el cómo, el cuándo ni el dónde. Solo importa el con quién. Y ese siempre eres tú.

Joder.

¿Cómo era posible que esa mujer consiguiera ponerme la piel de gallina solo con unas palabras?

—Te amo por encima de todo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

No quise guardarme aquello.

Primero, porque era la verdad.

Y segundo, porque tenía clarísimo que jamás en la vida iba a cansarme de decirle cuánto la quería ni lo importante que era para mí.

—Te amo. —Se puso de puntillas para rozarme los labios con los suyos—. Y ahora mejor nos vamos ya, o voy a terminar llorando de la emoción.

—Ven aquí.

Tiré de ella para abrazarla.

Había conocido a muy poca gente con un corazón tan noble como el de Daniela.

Le di un beso en la frente, otro en la punta de la nariz y, por último, uno corto y rápido en los labios. No podíamos entretenernos más, porque los dos éramos de mecha demasiado corta cuando se trataba del otro.

Salimos de casa y nos montamos en el coche.

Pero no para ir a donde ella pensaba.

No quedaba lejos; de hecho, estaba bastante cerca, y fue cuestión de diez minutos que se diera cuenta de que no habíamos cogido el desvío hacia el pueblo donde, en teoría, íbamos a comer.

—Por aquí no se va —anunció.

La miré de reojo.

—Lo sé, pero antes tengo que pasar por el hotel donde van a comer tu hermano y mi hermana.

Mierda.

Se me había escapado inventarme una excusa mejor.

Y me jodía, sobre todo porque yo solía preverlo todo con bastante más cuidado.

—¿Por qué tienes que ir ahora?

—Tengo que firmar unos papeles con urgencia.

Improvisé aquello sobre la marcha.

No sé si se lo creyó o no, pero no volvió a preguntar.

Y sí, íbamos a un hotel.

Y sí, también iba a firmar un papel.

Pero no el que le había dicho a ella.

Lo que esperaba firmar allí era algo bastante más importante: el documento que nos convirtiera en marido y mujer.

¿Que si estaba loco por hacer algo así?

Pues probablemente sí.

Pero no, no penséis que no había pensado en la boda de sus sueños, porque precisamente lo que estaba haciendo era cumplirla.

Ella misma había dejado caer más de una vez, y además sin rodeos, que no quería una boda como la de todo el mundo y mucho menos ir vestida de novia.

Y yo iba a encargarme de darle exactamente lo que siempre había soñado.

Pero no solo eso.

Porque, como regalo de bodas, también pensaba cumplirle otro de sus sueños.

Estoy seguro de que cualquiera desde fuera podría pensar que yo era un engreído por ir tan convencido de que iba a decirme que sí. Y sí, estaba seguro. Pero no por soberbia, ni por creerme nadie.

Estaba seguro porque sabía cuánto me quería y porque yo la quería a ella exactamente igual.

—Vamos —le dije al bajar del coche, tendiéndole la mano.

Bordeé la entrada principal del hotel para llevarla directamente a la parte de atrás, donde ya estaba reunida toda nuestra familia.

—¿Qué es esto? —preguntó en cuanto lo vio todo.

Habían colocado una alfombra blanca que llevaba hasta un pequeño altar improvisado y, a ambos lados, estaban todas las personas importantes para nosotros. Allí, esperándonos, estaba también el concejal que iba a casarnos.

La miré y, de pronto, me tembló todo por dentro.

—Esto es… nuestra boda. Si decides que soy lo bastante bueno como para querer pasar el resto de tu vida conmigo.

Las lágrimas le empezaron a correr por la cara sin ningún control.

Y las mías no tardaron ni un segundo en hacer lo mismo.

—Claro que sí —me respondió llorando y riéndose al mismo tiempo —. No hay nada que me haga más feliz que pasar el resto de mi vida junto a ti.

La cogí por la cintura, la levanté y le di un beso que, en teoría, tendría que haber llegado después.

Pero daba igual.

Besos no le iban a faltar ni aquel día ni ninguno.

Ya me encargaría de eso.

Nos dimos el «sí, quiero» de la manera que queríamos los dos: rodeados de las personas que más nos importaban.

No necesitábamos nada más.

Todo lo demás nos sobraba.

—Todavía te queda una sorpresa más por descubrir —le dije por la tarde, cuando ya casi estaba anocheciendo—. Es mi regalo de boda, pero tenemos que coger el coche para ir a verlo.

—¿Más sorpresas?

—Y todas las que hagan falta mientras te hagan feliz —murmuré sobre sus labios.

Y sabía que aquello iba a hacerla feliz.

Me había encargado de que le montaran la floristería de sus sueños.

Y, desde luego, sus gritos de emoción, el llanto descontrolado y los saltos que daba en cuanto la vio me dejaron clarísimo que había acertado de lleno.

—Landon, no sé ni qué decir.

—No tienes que decir nada. Con saber que eres feliz, tengo más que suficiente.

—Te amo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Yo también te amo con la misma intensidad con la que lo haces tú.

Y la besé.

Allí mismo, justo en la entrada de la floristería, la besé dejándome el alma entera en ese beso.

Epílogo



Un año y medio después…

Daniela

No, todavía no podía ser.

Me toqué la barriga con disimulo para que ni mi madre ni Carmen se dieran cuenta, porque como me vieran hacerlo, eran capaces de llamar, como mínimo, a emergencia nacional.

Y, por si os estáis preguntando quién es Carmen, no os preocupéis, que os lo cuento ahora mismo.

Carmen era mi trabajadora de confianza, esa mujer maravillosa a la que contraté cuando la floristería empezó a ir demasiado bien como para llevarla yo sola. Pues bien, mi querida empleada también se había convertido en una chivata profesional que no paraba de contarle a mi marido cómo había pasado el día. Eso empezó justo en el momento en que dije que estaba embarazada.

Y aquí estaba yo, cuarenta semanas después de aquella noticia.

Bueno, en realidad, la noticia la di hacía treinta y dos semanas, porque cuando la solté ya estaba de ocho. Pero, antes de seguir, quiero mencionar a dos personas. No voy a tardar mucho, porque para mí valían tan poco que no merecían desperdiciar demasiadas palabras.

Por un lado estaba Scarlett. Esa seguía en la cárcel y, por lo que parecía, todavía le quedaban unos cuantos años entre rejas.

Eso le pasaba por ser mala persona y por estafar a quien no debía.

No me alegraba del mal de nadie, pero a ella y a mi ex podían darles por culo.

Él era la otra persona a la que quería mencionar.

Bueno, este salió a la calle a los pocos meses, que ya sabemos cómo funciona este país cuando no se trata de delitos de sangre. Al menos tuvo la inteligencia suficiente para irse al pueblo de su madre, que era del norte de España, y yo solo esperaba que no le estuviera haciendo a otra lo mismo que me hizo a mí.

Si de verdad existía el karma, solo esperaba que a esos dos les llegara tarde o temprano.

—¿No puedes esperar a mañana? —le pregunté a mi hijo.

Sí, a ese mismo que estaba dentro de mi barriga y que, a juzgar por los dolores que me estaba dando, había decidido que hoy era un día estupendo para venir al mundo.

Volví a acariciarme la tripa.

Aquella vez había sido como un calambre que me recorrió desde los riñones, pasando por la barriga y terminando justo en el centro del sexo.

Uf.

Esa ya había dolido más que las otras.

Apreté los dientes, cerré los ojos y me agarré al mostrador con fuerza.

—Vente ahora mismo para la floristería, mi hija se ha puesto de parto.

Abrí los ojos de golpe al escuchar a mi madre.

—¿Con quién hablas? —le pregunté en cuanto pasó un poco el dolor.

—Con tu marido…

—Mamá —protesté—, quería terminar antes lo que tengo que hacer.

—Claro que sí. Mi nieto va a esperar para nacer cuando a ti te venga bien.

Mi madre, como siempre, directa como una bala.

—Hay mucho trabajo y no puedo dejar sola a Carmen.

—Hija, me estás asustando. Yo creía que tenía una hija inteligente y no una medio tonta. O, peor todavía, tonta y media.

Más graciosa, mi madre, pensé con toda la ironía del mundo.

—Ay, tu madre es la mejor, me meo con ella —dijo Carmen, muerta de risa.

—Claro, eso lo dices porque no eres tú el centro de la diana.

—Eso lo dice porque es una mujer inteligente que sabe apreciar lo bueno cuando lo ve —replicó mi madre llevándose el teléfono otra vez a la oreja—. Y ahora calla, que voy a avisar al resto de la familia.

La miré sin dar crédito.

Cada día tenía la cara más dura.

—Te estás buscando que te prohíba la entrada al hospital y te quedes sin conocer a tu nieto.

La señalé con el dedo.

Dedo que tuve que bajar bastante rápido porque me dio otra contracción bastante más fuerte.

—Ni tú ni todos los GEO de España me iban a prohibir entrar en ese hospital.

Dicho aquello, siguió llamando a unos y a otros como si estuviera organizando una operación secreta.

Mis suegros iban a tardar más en llegar, claro, porque tenían que venir desde Londres, y aunque contaran con un avión privado, sus horas iban a echar igualmente. Al igual que Alma y Carter.

Sí, mi mejor amiga se había ido a vivir allí.

Lo había hecho porque así lo había querido. Quería hacerse cargo de la contabilidad de la sede principal y, por supuesto, su pareja se fue con ella. En realidad, aquello había sido también un alivio para Landon en el trabajo. Tener allí a su mejor amigo, a su cuñado y a su hermana lo dejaba mucho más tranquilo.

Así que ellos vendrían en el mismo vuelo que mis suegros.

Y no, mi amiga no se había casado ni tenía hijos. Vivían juntos y, por ahora, seguían diciendo que estaban bien así.

Los que antes llegarían al hospital serían mi padre, mi hermano y Harper.

Esos dos sí que se habían casado, y con una boda mucho más pomposa que la mía, porque a mi cuñada eso de llamar la atención le encantaba. Pero, oye, si ella era feliz así y no hacía daño a nadie, los que la queríamos también lo éramos al verla sonreír.

Aunque eso no era todo.

Harper y Gonzalo también estaban esperando a su primer hijo.

Sí, otro niño.

Ellos estaban deseando ser padres y el resto estábamos igual de felices por ellos.

—Cariño, ¿estás bien? —me preguntó Landon en cuanto apareció, con una cara de nervios que el pobre no podía disimular.

—Pues no, hijo, no puede estar muy bien cuando está con dolores y a punto de sacar por ahí abajo un niño. Y bien grande, que ya lo han dicho los médicos.

—Gracias, suegra. Eres la número uno tranquilizando a un padre primerizo.

—No. Lo que soy es realista y digo las cosas por su nombre.

—Vida —le puse una mano en la mejilla para que me mirara solo a mí—, no le hagas caso. Estoy bien.

Justo en ese momento me dio otra contracción y, a mis pies, se formó un charco de agua.

Había roto aguas.

—Cariño, dime que estás bien.

El pobre estaba asustado.

—Vida, sabemos que esto va a doler, pero dentro de eso estoy bien.

Le di un beso rápido.

Y él, sin pensárselo dos veces, me cogió en brazos para llevarme al hospital.

Y allí, con Landon dándome la mano, ocurrió el momento más bonito de nuestras vidas.

Mark llegó al mundo con unos pulmones estupendos y con unos padres que estarían dispuestos a dar la vida por él.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu
